Su obsesión llega hasta el punto de decir a l'abbé Mouret "mefiez-vous de votre dévotion à la Vierge". Con lo cual se aleja de la imagen propuesta por la jerarquía eclesiástica de la Virgen María como madre redentora y salvadora del mundo para cumplir la profecía hecha por Dios Padre en el Paraíso a la serpiente: ser aplastada por la mujer. Pero a Zola le interesa de esta manera porque la mente de Archangias hace lo que debe ser rechazado por ir contra natura lo normal.

En el lado opuesto está l'abbé Mouret y el obispo Fortunato Camoirán, para los cuales la existencia gira en torno al culto a la Virgen:

> La vida de Fortunato la ocupan cuatro grandes cuidados: el culto de la Virgen, los pobres, el púlpito y el confesonario. (*LR*, 232).

## VII. IGLESIA Y EDUCACIÓN

En las primeras páginas de *LR*, en la descripción del repulsivo Celedonio, acólito campanero de la catedral de Vetusta, Alas escribe:

> Así como en las mujeres de su edad [de Celedonio] se anuncian por asomos de contornos turgentes las elegantes líneas del sexo, en el acólito sin órdenes se podía adivinar futura y próxima perversión de instintos naturales, provocada ya por aberraciones de una educación torcida. (*LR*, 11).

"Aberraciones de una educación torcida", luego la educación es una causa fundamental para determinar el futuro de cada persona y el autor expresa esta idea justo al principio de la novela y referida a un personaje secundario, el tema, por tanto, interesa a Leopoldo Alas.

Los protagonistas de *LR*, Ana Ozores y Fermín de Pas, son así mismo, dos ejemplos de educaciones equivocadas para Clarín. La crítica a la formación del individuo en su infancia es también una constante en Zola y la expone con claridad al describir los pasos que han llevado al seminario a Serge Mouret, el protagonista de *La faute*. En estos tres personajes que acabamos de nombrar es donde la evidencia de un sistema educativo en crisis es más patente e interesa a Zola y a Alas manifestar la ineficacia de unas doctrinas y de unas enseñanzas, que, si por una parte son contrarias a los avances de la ciencia moderna y de la lógica natural; por otra, dan lugar a individuos infelices o inadaptados que, como mucho, cuando logran asimilarse a la moral dominante lo harán movidos no más que por el propio interés o la supervivencia a toda costa, muy lejos de los principios morales que enseñaba aparentemente la educación recibida. Pero no queda sólo en los protagonistas la problemática de la formación, es algo que penetra por todas las narraciones de estos dos autores, ya que la educación de los miembros de un grupo social es la práctica activa de toda filosofía que pretenda implantar, fortalecer o continuar un determinado sistema.

En esta sociedad de la segunda mitad del XIX, la religión entra en crisis por haber habido una identificación entre el poder político y el poder religioso en la nueva clase burguesa que lleva las riendas de los nuevos estados, pero la manera de perpetuar la primacía es através de la educación con una base religiosa; una religión que defiende también los principios del poder de manera que la simbiosis entre ambos sea absoluta y perfecta. En este binomio de poderes hay demasiadas contradicciones y demasiadas fracturas para que las clases sociales desposeídas y, sobre todo, los nuevos grupos científicos e intelectuales puedan aceptar la

perpetuación de un sistema educativo que sólo interesa a los sectores dominantes para asegurarse la continuidad pero a partir de premisas anticuadas, acientíficas y dogmáticas.

Zola, en los *Rougon-Macquart* presenta una coherencia absoluta en cuestiones educativas muy en consonancia con su ideología positivista que le hace concebir el naturalismo como forma de actuación literaria, y todo ello a través del determinismo científico con que el autor de Médan en *Le roman expérimental* considera que hay que afrontar la novela. Es de todos conocido que el pensamiento zoliano, en las producciones posteriores a la obra que nos interesa, continuó desplazándose hacia posturas más radicales dentro de esta corriente de la experimentación científica.

Con Leopoldo Alas no ocurre exactamente así. Sabemos que en escritos posteriores a *LR*, sobre todo a partir de *Cambio de luz* (abril de 1893) hay, como se ha querido interpretar con este título, una transformación en su orientación ideológica, pero en *LR*, que es la obra que aquí nos interesa, los presupuestos de Alas en lo que a educación se refiere son los mismos que obtuvo en su etapa de formación regeneracionista madrileña, a partir de su llegada a la universidad Central de Madrid en 1871, para asistir a las clases, entre otros, de Giner de los Ríos, Canalejas, González Serrano y Camús y cursar los estudios de Derecho y Filosofía; es decir, los sectores de la Institución Libre de Enseñanza y los círculos republicanos y demócratas. Que posteriormente, a partir de esa transformación ideológica, llegara a actitudes consideradas por algunos si no opuestas por lo menos contradictorias con sus postulados anteriores, sobre todo a lo que en materia educativa se refiere, tal y como ocurrió, por ejemplo, con la publicación de *Un discurso* y la réplica a éste de B. Champsaur (1891)), no es muy significativo en nuestro estudio: los planteamientos de Alas están en *LR* en clara oposición al sistema educativo vigente durante la Restauración, y mucho más cuando no hay ninguna otra salida alternativa, como acabamos de ver en el fragmento citado unas páginas más arriba, cuando en boca del doctor Somoza vemos una exposición sobre la educación femenina que termina como único destino en el convento, y en este ejemplo tendríamos un caso extremo.

Uno y otro, Zola y Clarín, dan a la educación la importancia que tiene en el futuro del individuo, del personaje de la novela, mucho más si se trata de mujeres o de curas, en tanto que representan fuerzas determinantes de la sociedad, aunque a primera vista no aparezcan como tales, pero que han de experimentar la reforma necesaria para que sea posible un nuevo sistema de relaciones personales y sociales.

De forma muy breve exponemos ahora que estos dos escritores naturalistas hacen una revindicación del papel de la mujer como madre y como compañera, pero para ello hay que transformar la educación femenina, basada hasta entonces en una moralidad mogigata

fundamentada en creencias religiosas obsoletas.

Y si la educación femenina ha de cambiarse, sobre todo por lo mucho de dogmatismo y oscurantismo religioso que encierra, la formación de los sacerdotes debe sufrir una revisión profunda. En el caso de Zola, el espíritu reformista es llevado al extremo en su última creación, la trilogía de las ciudades (*Roma*, *París* y *Lourdes*), en estas obras, el de Médan, hace que la figura del cura católico, tal y como se la entiende, resulte imposible en la nueva sociedad ideal, por el hecho de que esta semblanza del sacerdote católico conocida de todos es profundamente antinatural. También en los *Rougon-Macquart* Zola considera al cura casi imposible: los buenos curas son almas caritativas, solitarios altruistas, no hay diferencia entre el doctor Pascal Rougon y los buenos curas de *La joie*, *La Terre* y, hasta cierto punto, el sacerdote de *Pot-Bouille*, aunque también hay otros curas que pueden resultar ineficaces, como veremos inmediatamente. Para Zola en esta saga la iglesia está justificada como una institución que tuvo su momento en la Edad Media, así lo expone en *Le rêve*, cuando se podía hablar de la identificación de poderes, cosa inadmisible en la sociedad burguesa.

Para Clarín, en la misma novela que estudiamos, el sacerdote tiene una justificación en su función fundamental de ministro de Dios, pero no todos los tipos de sacerdote que presenta: sólo pueden serlo aquellos personajes en los que educación y vocación se han fundido, y si no se produce esta fusión habrá un fracaso, pero no un fracaso personal necesariamente, más bien se trata de un fracaso educacional, porque el individuo se adaptará al sistema para conseguir la supervivencia.

Veamos a continuación cómo en *LR* y en los *Rougon-Macquart* aparece definida la preparación de diferentes personajes y hasta qué punto condiciona sus comportamientos posteriores el partir de unos planteamientos falsos o inadecuados.

El seminario.

El protagonista de *La Faute*, l'abbé Serge Mouret, es el modelo de cura que Zola nos presenta para estudiar su carrera desde sus inicios en su familia y en el Seminario y, ya sacerdote, tendrá una serie de vivencias problemáticas debidas no sólo a su temperamento sino también a la educación recibida, todo ello provocará el final de retiro penitente al que el mismo abbé Mouret se autocondena.

La historia de l'abbé Mouret se desarrolla a lo largo de tres novelas de los *Rougon-Macquart*: *La conquête*, *La faute* y *Le docteur*. La primera es una novela de cura, pero el

protagonista no es Serge Mouret, sino su madre, Marthe y un sacerdote obsesionado por el poder, l'abbé Faujas, que vivirá de inquilino en la casa de los Mouret. La segunda novela, como su nombre completo indica, *La faute de l'abbé Mouret*, tiene como personaje principal a Serge. En *Le docteur*, no encontramos la presencia directa de l'abbé Mouret, pero, en esta obra que termina la saga, se pone en conocimiento del lector qué ha sido de aquel cura joven que aparecía en las primeras novelas del ciclo.

A lo largo de estos tres relatos se analiza la personalidad de Serge Mouret como la de un ser especial: extremadamente sensible y con tendencia al misticismo, solitario, estudioso, reflexivo. Justo en la segunda página de *La conquête*, Zola nos presenta a un muchacho dulce intentando consolar a su hermana discapacitada de la pérdida de un pajarillo que el mismo Serge le había regalado con anterioridad. Inmediatamente después cuando toda la familia está reunida en el cuarto de estar en espera de la hora de cenar, el padre François Mouret, a su llegada a la casa e intercambiar las impresiones del día con su mujer e hijos, tiene las siguientes palabras con el muchacho menor que, sin prestar mucha atención a la trivial conversación cotidiana, estaba concentrado en la lectura de un libro:

> "Tu apprends tes leçons, toi? demanda-t-il en passant à côté de Serge, qui n'avait quitté son livre.
> - Non, mon père, répondit l'enfant. C'est un livre que l'abbé Bourrette m'a prêté, la relation *des Missions en Chine*."(*La conquête*, 27).

Ya hemos visto antes en este mismo trabajo al estudiar a su madre, Marthe Mouret, y al hablar de la figura de l'abbé Faujas, cómo Serge tiene la misma naturaleza soñadora, débil, nerviosa e influenciable de su madre y cómo en un joven retraído y estudioso, cuya sed de aventuras se sacia con heroicas hazañas misioneras, la constante presencia en su casa de l'abbé Faujas será determinante para decidir su ingreso en el Seminario, en contra de la voluntad paterna.

Serge es un muchacho inteligente y muy estudioso y su padre tiene grandes ambiciones puestas en él, al que compara con frecuencia con sus parientes Rougon -recordemos que su madre es una Rougon- que han hecho fortuna en París. La debilidad de carácter y la dulzura de Serge, casi femenina, según Zola, hacen a François Mouret retrasar constantemente la marcha del hijo a la capital, además su esposa no está muy de acuerdo con este brillante porvenir que desea su marido.

De esta manera Serge llega a los diecinueve años "Serge accompagnait sa mère à la messe. Il était d'esprit religieux, très tendre et très grave." Para fortalecer su físico endeble, el

doctor Porquier le recomienda que haga excursiones y paseos por el campo, Serge se apasiona por la botánica y se dedicará a la herboristería, y en sus excursiones y labores de coleccionista de plantas es acompañado por l'abbé Faujas. El muchacho y el sacerdote se convertirán en amigos íntimos, sobre todo a partir de una grave enfermedad en la que el joven está al borde de la muerte y durante la convalecencia el cura estará siempre a la cabecera de la cama, desplazando incluso al pobre François Mouret con el beneplácito de la indiferencia de Marthe. La situación llega a un extremo en que el padre, que cada vez soporta con más dificultad al cura dice:

> "Qu'est-ce qu'il peut faire là haut, ce garnement? grondait-il. Je passe des journées entières sans seulement l'apercevoir. Il ne sort plus de chez le curé; ils sont toujours à causer dans les coins... D'abord il va partir pour Paris. Il est fort comme un Turc. Tous ces bobos-là sont des frimes pour se faire dorloter. Vous avez beau me regarder toutes les deux [Marthe y Rose, la cocinera], je ne veux pas que le curé fasse un cagot du petit."
>
> Alors, il guetta son fils. Lorsqu'il le croyait chez l'abbé, il l'appelait rudement.
>
> "J'aimerais mieux qu'il allât voir les femmes! criat-il un jour, exaspéré. (*La conquête*, 198).

Pocos días después, François Mouret encontrará a su esposa y su hijo con la cara bañada en lágrimas, el muchacho le dice:

> "Mon père, dit Serge, j'ai une grâce à vous demander. Ma mère prétend que vous vous fâcherez, que vous refuserez une autorisation qui me comblerait de joie... Je voudrais entrer au seminaire."
>
> Il avait joint les mains avec une sorte de dévotion fiévreuse. (*La conquête*, 200).

Ante el estupor del padre:

> "Mon père, reprit Serge au bout d'un long silence, j'ai vu Dieu, si près de la mort; j'ai juré d'être à lui. Je vous assure que toute ma joie est l'a. Croyez-moi, ne me désolez point." *(La conquête*,200).

François Mouret no ve otra solución que aceptar el deseo de su hijo. Serge entra en el seminario.

La narración de *La conquête* continúa su desarrollo y sólo en la página final volveremos a encontrarnos a Serge traído inesperadamente del seminario para atender a su madre moribunda pocos instantes antes de que ésta expire.

Zola nos ha presentado al muchacho insitiendo mucho en su carácter y temperamento, en oposición a la campechanía de su padre y que prefiere encerrarse en mundos más espirituales con su madre y con el cura Faujas, no necesariamente para hablar de religión sino solamente para encontrar la paz del alma que le gusta llevar en una vida de meditación sosegada e idealismo. Otro tipo de vivencias, más comunes en los jóvenes de su edad, como veremenos inmediatamente, le parecen a Serge vulgares y groseras y le hace preferir aún más su mundo exclusivista.

La decisión de Serge de marchar al seminario es una decisión voluntaria, no hay presión directa de ningún tipo, e incluso está la oposición paterna inicial. Serge decide ordenarse sacerdote por deseo propio, aunque la influencia del espiritualismo de la madre y la constante presencia y conversación de Faujas sean un estímulo frente a la aparente incomprensión paterna.

Ya en la novela *La faute*, nos encontramos con Serge, sacerdote joven en su humilde parroquia de Artaud continuando con las preferencias que le han acompañado en el seminario:

> Lui, gardait toute l'ombre morte du séminaire. Pendant des annés, il n'avait pas connu le soleil. Il ignorait même encore, les yeux fermés, fixés sur l'âme, n'ayant que du mépris pour la nature damnée. Longtemps, aux heures de recueillement, lorsque la méditation le prosternait, il avait rêvé un désert d'ermite, quelque trou dans une montagne, où rien de la vie, ni être, ni plante, ni eau, ne le viendrait distraire de la contemplation de Dieu.[...] Là, mourant à lui-même, le dos tourné à la lumière, il aurait attendu de n'être plus, de se perdre dans la souveraine blancheur des âmes. Le ciel lui apparaissait tout blanc, d'un blanc de lumière, comme s'il neigeait des lis, comme si toutes les puretés, toutes les innocences, toutes les chastetés flambaient.(*La faute*, 59).

Su misticismo y su afán de soledad contemplativa llega a unos extremos que incluso hace que su director espiritual le riña, pero Serge sigue en su mundo:

> [...]Mais son confesseur le grondait, quand il lui racontait ses désirs de solitude, ses besoins de candeur divine; il le rappelait aux luttes de l'Eglise, aux nécessités du sacerdoce. Plus tard, après son ordination, le jeune prêtre était venu aux Artaud, sur sa propre demande, avec l'espoir de réaliser son rêve d'anéantissement humain. Au milieu de cette misère, sur ce sol stérile, il pourrait se boucher les oreilles aux bruits du monde, il vivrait dans le sommeil des saints. (*La faute*, 59).

Como vemos, Serge es un místico completo, ni siquiera puede ser el soldado de Cristo que preparan en el Seminario: Serge carece de ardor guerrero. Su contemplación en "l'ombre morte du séminaire" ha acabado por matar el menor instinto de lucha por la vida, esta muy lejos de

esa Iglesia combativa para mantener y asegurarse el poder en las circunstancias adversas del XIX a la que se refiere su confesor.

Hasta aquí conocemos la personalidad y el ideal de vida de Serge. En los capítulos XV y XVI de *La faute*, l'abbé Mouret recuerda su paso por el seminario, un periodo de cinco años dedicados los dos primeros cursos al estudio de la Filosofía y a la Teología los tres últimos años. El seminario es un lugar ideal para el temperamento del joven, allí puede pasar una gran parte de su tiempo dedicado a la introspección, la oración, la contemplación y estudio. En cuanto a las largas horas de trabajo intelectual tampoco son un problema para una persona a la que le gusta vivir enfrascado en los libros, aunque las lecciones fueran en latín y los profesores recurrieran al francés de vez en cuando utilizando algún vocablo explicativo.

Serge es uno de los mejores alumnos: no le gusta discutir y aprende sus argumentos de memoria. Prueba la existencia y la eternidad de Dios a través de razonamientos de la Biblia, los escritos de los Padres de la Iglesia o lo que podríamos llamar el consenso universal a partir de los principios de la filosofía aristotélica. Sus resultados como estudiante no dejan nada que desear, son sobresalientes y esto va a tener un resultado contradictorio, pues un día uno de sus profesores, al observar la pasión con que se dedica al estudio de la lógica y la metafísica le comenta que a menudo "les plus savants ne sont pas les plus saints". A partir de este momento experimenta el joven una especie de desprecio por la ciencia; esto no quiere decir que abandone el estudio sino que lo relega a un segundo plano, una faceta más en la rutina de su formación. Continúa con los cursos de *Histoire ecclésiastique*, de Robacher, las argumentaciones de Gousset y la *Instruction théologique*, de Bouvier, y lo hace por sumisión a sus profesores. Obedece para obedecer así a Dios, pero Zola nos indica que el muchacho no se atreve a consultar con profundidad otros autores que tal vez llevarían a conclusiones difíciles de ser aceptadas por un cerebro inteligente como el suyo, tales son los trabajos de Bellarmin, Ligori, Suárez o Santo Tomás de Aquino; sólo la Sagrada Escritura le apasiona, y en ella encuentra Serge el verdadero saber: "une histoire d'amour infini qui devait suffire comme enseignement aux hommes de bonne volonte", y lleva a una situación extrema su negativa a pensar:

> [...]Il n'acceptait que les affirmations de ses maîtres, se débarrassant sur eux de tout souci d'examen, n'ayant pas besoin de ce fatras pour aimer, accusant les livres de voler le temps à la prière. Il avait même réussi à oublier ses années de collège. Il ne savait plus, il n'était plus qu'une candeur, qu'une enfance ramenée aux balbutiements du catéchisme.(*La faute*, 135).

Esta situación explica el descontento que tiene con el muchacho su padre espiritual que observa cómo una mente brillante se pierde para la causa de la Iglesia. Y hemos de tener en cuenta que el director del seminario de Plassans es l'abbé Fenil, el cura rival de l'abbé Faujas, el inquilino de los Mouret; precisamente tenemos una primera descripción de Fenil por boca de François Mouret, quien, al verlo desde su jardín en la casa de los Rastoil hace los siguientes comentarios a l'abbé Faujas:

> [...]Le vieux, que vous apercevez un peu arrière, est un de nos grands vicaires, M. L'abbé Fenil. C'est lui qui dirige le séminaire. Un terrible homme, plat et pointu comme un sabre. Je regrette qu'il ne se tourne pas; vous verriez ses yeux.... (*La conquête*, 62).

Por nuestra parte, sabemos también que Fenil pertenece al bando legitimista y apoya al candidato de dicho partido frente al grupo de Faujas y los Rougon; es decir, el gran Vicario es un hombre totalmente metido en la política y, aunque su labor sea muy disimulada y discreta, necesita que los ministros de Cristo estén preparados para la lucha. En *LR*, el rector del seminario se llama Escosura, y está obsesionado por una serie de reglas de disciplina como es evitar que los seminaristas paseen por el Espolón para evitar el roce con las mujeres y cosas semejantes que hacen que el doctor Robustiano Somoza lo califique de "Torquemada *pour rire*".

Es obvio que Serge ha llegado a un punto en que no quiere saber nada de ningún tipo de guerra por ninguna clase de poder, necesita aislarse y vivir con Dios, nada más. El seminarista Mouret es muy consciente de que este comportamiento suyo lo hace distinto de sus compañeros y esto también le gusta porque en cierta manera se siente más puro, más cerca de la divinidad, en un ambiente donde la sordidez y la hipocresía son frecuentes:

> [...] Il ne trouvait dans ce passé qu'une grande pureté, une obéissance parfaite. Il était un lis, dont la bonne odeur charmait ses maîtres. Il ne se rappelait pas un mauvais acte. Jamais il ne profitait de la liberté absolue des promenades, pendant que les deux directeurs de surveillance allaient causer chez un curé du voisinage, pour fumer derrière une haie ou courir boire de la bière avec quelque ami. Jamais il ne cachait des romans sous sa paillasse, ni n'enfermait des bouteilles d'anisette au fond de sa table de nuit. Longtemps même, il ne s'etait pas douté de tous les péchés qui l'entouraient, des ailes de poulets et des gâteaux introduites en contrebande pendant le carême, des letres abominables tenues à voix basse, dans certains coins de la cour." (*La faute*, 134).

Pero estas faltas nunca cometidas por Serge, a pesar de ser habituales en sus compañeros,

resultan insignificantes si se observa que hay grandes diferencias en las motivaciones determinantes de la decantación por el camino del sacerdocio de los otros seminaristas; tales cosas horrorizan al joven Mouret:

> [...]Il avait pleuré à chaudes larmes, le jour où il s'était aperçu que peu de ses camarades aimaient Dieu pour lui-même.(*La faute*, 134).

Efectivamente, muchos de sus compañeros aspiran al sacerdocio por razones que tienen poco que ver con el ideal de espiritualidad de Serge, además tienen otros planteamientos y conocimientos de la vida, sobre todo si no son de extracción social burguesa como el joven Mouret:

> [...]Il y avait là des fils de paysans entrés dans les ordres par terreur de la conscription, des paresseux rêvant un métier de faineantise, des ambitieux que troublaient déja la visión de la crosse et de la mitre. Et lui, en retrouvant les ordures du monde au pied des autels, s'était replié encore sur lui-même, se donnant davantage à Dieu, pour le consoler de l'abandon où on le laissait. (*La faute*, 134).

Aislarse en el sentimiento de la diferencia con respecto de los demás es su norma. Recuerda también el placer que conseguía sometiendo su cuerpo a penitencias, sobre todo cuando en la soledad de su celda pasaba largos ratos arrodillado rezando o meditando. De esta forma, la sensibilidad extrema de Serge se ha agudizado durante su etapa en el seminario, donde no ha recibido precisamente la formación adecuada para fortalecer sus puntos débiles y enfrentarse, si fuera necesario al mundo real, alejado incluso del ideal combativo por los intereses de la Iglesia en el que es conveniente que se eduquen los futuros soldados de Cristo. L'abbé Mouret

> [...]Au sortir du séminaire, il avait eu la joie de se voir étranger parmi les autres hommes, de ne plus marcher comme eux, de porter autrement la tête, d'avoir des gestes, des mots, des sentiments d'être à part. Il se sentait féminisé, rapproché de l'ange, lavé de son sexe, de son odeur d'homme. Cela le rendait presque fier, de ne plus tenir à l'espèce, d'avoir été élevé pour Dieu, soigneusement purgé des ordures humaines par une éducation jalouse. (*La faute*, 139).

Una educación que ni lo ha preparado para ser un eficaz ministro de la Iglesia ni le permite superar una serie de problemas, los cuales han quedado en el nivel inconsciente y han sido acallados con la oración o la penitencia o con la simple ignorancia de que existían, y que, en su debido momento, se presentarán y será imposible detenerlos.

Serge recuerda sólo una cuestión que le había producido vergüenza. Durante los últimos seis meses en el seminario, antes de su ordenación sacerdotal, le habían hecho leer *De rebus venereis ad usum confessariorun*, un manual de "casuistique savante du vice, étalant l'abomination de l'homme, descendant jusqu'aux cas les plus monstrueux des passions hors nature" su lectura es un violento latigazo a su viginidad de cuerpo y espíritu, lo aterroriza y

> [...] Il restait à jamais sali, comme une épousée, initiée d'une heure à l'autre aux violences de l'amour. Et il revenait fatalement à ce questionnaire de honte, chaque fois qu'il confessait. Si les obscurités du dogme, les devoirs du sacerdoce, la mort de tout libre arbitre, le laissaient serein, heureux de n'être que l'enfant de Dieu, il gardait malgré lui l'ébranlement charnel de ces saletés qu'il devait remuer, il avait conscience d'une tache ineffaçable, quelque part, au fond de son être, qui pouvait grandir un jour et le couvrir de boue. (*La faute*, 140).

O sea, se le ha iniciado en otras facetas de la vida aún dormidas en él, pero no se las aborda de forma directa sino que se las deja de lado; se le enseñan una serie de conocimientos teóricos a una persona que no ha terminado de madurar ni física ni espiritualmente sobre una cuestión tan trascendental para un futuro sacerdote católico como es la sexualidad, enfocada desde la perspectiva del pecado, y a sabiendas que, como ministro de la Iglesia, ha de aceptar un celibato que ni siquiera, por su formación y experiencia, sabe en realidad en qué consiste. La enseñanza recibida le lleva a la sublimación, a refugiarse en un mundo espiritual sin contacto con lo más cercano que lo rodea. Recordemos que, cuando antes de ingresar en el seminario a causa de este misticismo exacerbado su padre había exclamado "j'aimerais mieux qu'il allât voir les femmes!", quizá ésta no era la solución pero a François Mouret le parecía más acertada y natural, porque al menos se trata de un conocimiento, aunque sea a nivel empírico, una alternativa a refugiarse en un mundo cerrado herméticamente en las fronteras de una supuesta espiritualidad.

No es de extrañar que con estos antecedentes Serge termine pecando contra las leyes y las enseñanzas de la Iglesia, pero no queda ahí la cosa, pues Zola considera que su falta va a ir contra la naturaleza por contravenir su principio fundamental en el ciclo de nacimiento, desarrollo, reproducción y muerte. Una naturaleza ya desequilibrada por motivos genéticosse complica con una educación inadecuada, una formación que sorprende por sus resultados al misógino hermano Archangias el cual no comprende en modo alguno la sensibilidad de l'abbé Mouret:

> -Ecoutez, monsieur le curé, reprit-il enfin, je suis trop bas pour vous adresser

des observationes; seulement, j'ai presque le double de votre âge, je connais le pays, ce qui m'autorise à vous dire que vous n'arriverez à rien par la douceur... Entendez-vous, le cathéchisme suffit. Dieu n'a pas de miséricorde pour les impies. Il les brûle. Tenez-vous-en à cela.

Et comme l'abbé Mouret, la tête penchée, n'ouvrait point la bouche, il continua:

-La religion s'en va des campagnes, parce qu'on la fait trop bonne femme. Elle a été respectée, tant qu'elle a parlé en maîtresse sans pardon... Je ne sais pas ce qu'on vous apprend dans les séminaires. Les nouveaux curés pleurent comme des enfants avec leurs paroissiens. Dieu semble tout changé... Je jurarais, monsieur le curé, que vous ne savez même plus votre catéchisme par coeur? (*La faute*, 65).

De todas formas, l'abbé Mouret es un caso infrecuente, como él mismo lo sabe al gozar justo por esa diferenciación suya del resto de los compañeros. El propio Serge se sonríe cuando piensa en su vida de retiro voluntario en la incómoda, pobre y solitaria parroquia de Artaud y la compara con un antiguo compañero de estudios, huérfano de origen campesino, cuya pensión para estudiar en el seminario era pagada por una señora que lo protegía; este sacerdote tiene ahora un destino respetable que le permite una agradable tranquilidad burguesa a partir de los pequeños beneficios que obtiene con su oficio:

[...]les douze cents francs d'appointement, le presbytère au fond d'un jardin, les cadeaux, les invitations à dîner, les menus profits des mariages, des baptêmes, des enterrements. celui-là devait être heureux,dans sa cure. (*La faute*, 138).

Este compañero de l'abbé Mouret podría estar más cercano al Magistral, pero no es así en absoluto. Este modelo de sacerdote representa el cura de "misa y olla" destestado por Paula Raíces, modelo nunca pensado como porvenir de su hijo cuando, en palabras de don Fermín, le echó la sotana al cuello.

Fermín De Pas entra en el seminario, pero su entrada no es voluntaria. Su madre le ha trazado una línea desde chiquito y él no tiene otra elección, pues no conoce otra cosa; o si precisamos más, conoce un mundo soez, mezquino, que odia profundamente, el mundo de la taberna regentada por su madre a la boca de la mina para ir saliendo adelante y pagarle los estudios; la carrera eclesiástica, señalada por doña Paula, es la única vía posible para prosperar, para mejorar ambos, madre e hijo, pues éstos eran los pensamientos de Paula Raíces en la infancia del Magistral:

[...]Allí estaba ella para barrer hacia la calle aquel lodo que entraba todos los días por la puerta de la taberna; a ella la manchaba, pero a él no; él allá dentro con Dios y los santos, bebiendo en los libros la ciencia que le había de hacer señor; y su madre allí fuera, manejando inmundicia entre la que iba recogiendo ochavo a ochavo el porvenir

de su hijo; el de ella, también, pues estaba segura de que llegaría a ser una señora. (*LR*, 312).

Fermín De Pas no puede elegir en su primera juventud porque no tiene elección:

> [...]El espectáculo de la ignorancia, del vicio y del embrutecimiento le repugnaban hasta darle náuseas y se arrojaba con fervor en la sincera piedad, y devoraba los libros y ansiaba lo mismo que para él quería su madre: el seminario, la sotana, que era la toga del hombre libre, la que le podría arrancar de la esclavitud a que se vería condenado con todos aquellos miserables si no le llevaban sus esfuerzos a otra vida mejor, una digna del vuelo de su ambición y de los instintos que despertaban en su espíritu. (*LR*, 311).

Paula se traslada a una legua de León, para trabajar como ama del cura de la Virgen del Camino y así Fermín puede entrar en el colegio que, según nos informa Clarín, los jesuitas habían abierto hacía poco a orillas del río Bernesga.

La educación del muchacho dirigida personalmente por el cura de Matalarejo y el estudio en solitario le permiten al joven Fermín demostrar su "talento, sagacidad y vocación", de manera que el P. Rector pensó en hacer de él un jesuita. Y probablemente Fermín lo hubiera sido de haber podido continuar el entusiasmo que despierta en De Pas el dinamismo de la Compañía, sobre todo las ejemplares y aventureras vivencias de los Padres en Oriente, que lo mismo que a Serge Mouret cuando las leía en su casa, al joven Fermín le hacen brillar los ojos de emoción y lo llenan de misticismo heroico debilitador de su espléndida fortaleza de montañés. Pero este no es el destino que Paula quiere para su hijo, todo el sacrificio realizado debe ser para el provecho de ambos, no para sueños y fantasías de los jesuitas.

Don Fermín mismo va a llegar a considerar que fue un sueño aquella época de su primera juventud en San Marcos. Él se siente plenamente identificado con aquel sistema de vida que entre los jesuitas llevaba, pero la realidad que ha habido que seguir ha sido otra: Fermín entra en el Seminario. En este tiempo Doña Paula es ya el ama de Camoirán, entonces canónigo de Astorga, y la aceptación del obispado por parte del buen don Fortunato y la carrera eclesiástica de De Pas van a estar entrelazadas.

Don Fermín tiene un objetivo muy claro: subir en la jerarquía eclesiástica lo más alto posible (en la página 206 de *LR*, vemos cómo cuando está reflexionando inconscientemente dibuja una tiara), y, sobre todo, un culto principal, el culto al dinero, la religión en la que desde pequeño lo ha enseñado doña Paula y que ahora, cuando es Vicario de la diócesis de Vetusta y poseedor encubierto junto con su madre de la tienda de objetos religiosos, parece estar

cumpliéndose el fin de su educación.

Para conseguir su triunfo social, don Fermín se ha servido y se sirve de su talento y de su sagacidad y tesón; de la vocación no podemos hablar, porque en verdad nunca la ha tenido, y podemos decir que los deseos de marchar a las misiones estaban dentro del heroísmo juvenil, dentro de la única salida que se presentaba a inquietudes lógicas para su edad. Su madre no lo quería cura de misa y olla y no lo es, su inteligencia es notable y está muy orgulloso de ella y se preocupa de que se le reconozcan sus capacidades públicamente. Le gusta enzarzarse, discutir y salir airoso en temas teológicos o dogmáticos complicados, le gusta la lucha dialéctica y la brillante oratoria:

> Había defendido el dogma heroico [de la infalibilidad, y no es de extrañar que Alas se refiera a él ya que había sido aprobado el 18 de julio de 1870 y supone un refuerzo absoluto a la autoridad papal, al ser considerado por la Iglesia como dogma] en Roma, en el púlpito, con elocuencia entonces espontánea, con calor, como si el infalible fuera él. Llamaba a Dupanloup cobarde. En Madrid había llamado mucho la atención predicando en las Calatravas, al volver de Roma con el buen obispo de Vetusta. El tema había sido también la infalibilidad. Los periódicos le habían comparado con los mejores oradores católicos, con Monescillo, con Manterola, eclesiásticos como él, con Nocedal, con Vinader, con Estrada, legos. (*LR*, 207).

De Pas está muy lejos de los Sermones cargados de emoción y sentimiento estético de Camoirán o de l'abbé Mouret:

> [...]Era un iconoclasta para sus adentros. Le faltaba el gusto de las artes plásticas; y sin atreverse a decirlo, opinaba que los cuadros, aunque fuesen de grandes pintores, profanaban las iglesias. Del dogma le gustaba la teología pura, la abstracción, y al dogma prefería la moral. La vocación de la filosofía teológica y el prurito de la controversia habían nacido ya en el seminario; su espíritu se había empapado allí de la pasión de la escuela, que suple muchas veces al entusiasmo de la verdadera fe. (*LR*, 238).

El Magistral cumple con el modelo de cómo debe ser el ministro de Cristo: un soldado de su doctrina, y le gusta compararse así mismo con Alejandro Magno o con Cristobal Colón, en sus intervenciones públicas a las que llama batallas, aventuras o hazañas teológicas según el caso.

A pesar de todo este triunfo el Magistral se impacienta, su ambición quiere más dentro de la carrera eclesiástica y sabe que con su inteligencia y brillantez sólo no consigue el triunfo definitivo. Conoce a la perfección los mecanismos para continuar su ascensión hacia el

obispado y más allá si es posible, pero también sabe que el proceso es muy lento y tiene que recurrir a su educación en la hipocresía y el disimulo para ocultar la verdadera fortaleza y capacidad de su carácter. Aunque un poco largo es muy interesante la lectura del siguiente párrafo en el que el Magistral expresa su frustración y su opinión de todo el sistema eclesiástico:

> "Y nada, no había pasado de ochavo. La Iglesia es así, pensaba De Pas, con la cabeza apoyada en las manos y los codos sobre la mesa, olvidado ya del Papa infalible; la Iglesia proclama la humildad y es humilde como ser abstracto, colectivo, en la jerarquía, para contener la impaciencia de la ambición que espera desde abajo. Yo me lucí en Roma, admiré a los fieles en Madrid, deslumbro a los vetustenses y seré Obispo cuando llegue a los sesenta. Entonces haré yo la comedia de la humildad y no aceptaré esa limosna. Los intrigantes suben; los amigos, los aduladores, los lacayos, medran sin necesidad de sermones, pero nosotros, los que hemos de ascender por nuestro mérito apostólico, no podemos ser impacientes, tenemos que esperar en una actitud digna de sumisión y respeto. ¡Farsa, pura farsa! Oh, ¡si yo echase a volar mi dinero! Pero mi dinero es de mi madre, y además yo no quiero comprar lo que es mío, lo que merezco por mi cabeza, no por mis arcas. ¿No quedábamos en que yo era una lumbrera? ¿No se dijo que en mí tenía firme columna el templo cristiano? Pues sí soy una columna, ¿por qué no me echan encima el peso que me toca? Soy columna o palillo de dientes, señor cardenal? ¿En qué quedamos?" (*LR*, 207).

Es opuesta por completo esta actitud a la que hemos visto de l'abbé Mouret. Aunque también son circunstancias muy diferentes por las que Fermín y Serge van a consagrarse al sacerdocio.

Frente a la cierta oposición paterna y a la libertad de elección que hace Mouret (su padre lo hubiera querido estudiando Derecho en París), el sacerdocio, como hemos visto, es la única alternativa que puede elegir De Pas. Una vez ya dentro de los estudios religiosos, en el seminario exclusivamente, Mouret, con los jesuitas y en el seminario, De Pas. Ambos jóvenes coinciden en la necesidad de concentración espiritual, en el refugio en la meditación y en la mística, ambos sueñan con las hazañas misioneras, pero Mouret es plenamente feliz en su mundo solitario, en la vida contemplativa, alejada de la misión del ministro de Cristo para la que deben preparar los seminarios y más cercana a la de un monje de clausura. La constante debilidad de su salud, además, no le permite muchas aventuras, recordemos que para fortalecerse, antes de entrar en el seminario, iba al campo a estudiar las plantas. Mouret quiere fundirse con Dios en el éxtasis místico renunciando incluso si es preciso a ejercitar su inteligencia para no apartarse de su ideal.

Don Fermín en esta época de entusiasmo religioso se ve a sí mismo como ejecutor de

las hazañas de los padres de la Compañía, y no le falta para eso la fortaleza necesaria, sabemos que es un montañés ágil cuyos brazos imponen respeto a más de uno (a los mineros que frecuentaban la taberna de su madre en su juventud, y en su madurez causarán miedo a algunos vetustenses: a un anarquista que una vez le dio el alto cuando la Revolución (La Gloriosa), y sobre todo a don Álvaro Mesía); de haber podido seguir con los jesuitas quizá hubiera nacido en él una vocación verdadera ya que sus sentimientos de aquella época de juventud nos informa Clarín que han sido sinceros, pero su realidad personal y social estaba muy alejada del ambiente burgués provinciano de los Mouret, y aunque, una vez en San Marcos, se le presenta la alternativa de continuar en la Compañía de Jesús o la entrada al seminario, la elección es imposible, porque quien ha decidido desde un principio es la madre a la que él, capaz de dominar a toda Vetusta, no puede enfrentarse y con la que que también tiene una deuda moral por todo el sacrificio que ha hecho.(Ver Luis Miravalles, 1984, pág. 658, sobre el condicionamiento de la madre).

Ya ordenados sacerdotes van a adoptar una postura diferente ante la vida y la educación recibida va a ser determinante. En Serge Mouret habrá una necesidad de encerrarse en la ignorancia. Ante cualquier tema que diera lugar a la menor duda o que pudiera quebrantar sus creencias hay un rechazo total en lugar de los mecanismos normales de análisis, de enfrentamiento con la realidad y de seguimiento de la diferencia entre ciencia y fe. Estos no tenían por qué ser incompatibles como hemos visto que defienden otros personajes zolianos, ya sean curas, como l'abbé Horteur, de *La joie,* o l'abbé Godard de *La Terre*, por ejemplo; o seglares como el doctor Deberle, de *Une page*, o el doctor Pascal de la novela del mismo nombre. Pero en el seminario no han tenido en cuenta para nada las características personales de Serge y mientras otros seminaristas han podido desempeñar después una misión más o menos eficaz en sus parroquias por sus conocimientos personales del mundo, las personas como Serge o como l'abbé Madeline, de *La terre*, no pueden superarlo y cuando llegan a circunstancias extremas como l'abbé Mouret tienen reacciones contrarias a la lógica y a la naturaleza y por tanto inhumanas porque para Zola no puede haber una ley que contravenga las premisas de la ley natural impresa en todo el género humano sin nigún tipo de educación ulterior que no sea más que para perfeccionarla.

El Magistral conoce perfectamente la vida y por lo mismo, conoce también cómo ha de moverse para conseguir el objetivo deseado: su ambición de poder y prestigio (el dinero para él ocupa un segundo lugar, pero para su madre es lo primero). Don Fermín es un buen soldado de Cristo, tal y como lo quiere la Iglesia, pero quizá la Iglesia no querría un ministro con las características reales de don Fermín cuya vocación, una vez ordenado sacerdote, es

nula y a quien sólo mueve un interés personal y material bastante contrario a las enseñanzas del cristianismo. El sistema educativo falla porque hace a De Pas un perfecto hipócrita, pero un hipócrita con éxito. El Magistral no tiene que recurrir a ningún mecanismo de sublimación o de penitencia como los que sigue l'abbé Mouret, su educación, el instrumento práctico para transmitir y continuar los valores de un sistema, es hipócrita porque la práctica real de esta sociedad así lo es, hay un divorcio entre teoría y praxis.

El Magistral es acusado de simoniaco por el llamado elemento anticlerical de Vetusta y es cierto que don Fermín y su madre tienen un negocio de objetos de culto, pero el sistema social ha creado figuras como los testaferros y demás argucias legales para hacer muy difícil probar la falta y al mismo tiempo que se enseña la ley se aprende a realizar la trampa.

El Vicario General se ensaña contra el párroco de Contracayes "por convertir el confesonario en una escuela de seducción", y nosotros sabemos que aunque hay rumores de que don Fermín hace lo mismo al administrar la Penitencia (ese era el medio con el que empezó su relación con Ana), él no tiene ningún problema para resolver determinadas necesidades fisiológicas ( incluso las llega a justificar ante sí mismo con un "él era hombre" (*LR*, pág. 527)) por medio de ese pacto que su madre tiene establecido con el servicio doméstico. Don Fermín no tiene por qué sublimar como l'abbé Serge, él se libera de sus ímpetus con el sólo cuidado del disimulo, del saber guardar la apariencia en que se le había educado, pero todos están implicados en la farsa y en este caso en concreto Clarín escribe:

> [...]"Don Fermín continuaba siendo un niño que jamás crecería para la malicia." Esto era un dogma en aquella casa. Doña Paula exigía que se creyera que ella creía en la pureza perfecta de su hijo. Pero todo en silencio. (*LR*, 208).

De Pas es un sacerdote brillante que no ha desaprovechado sus estudios. Ha obtenido una educación que, aunque dirigida al sacerdocio, no está muy alejada de la recibida por los hijos de la burguesía en los colegios religiosos, sobre todo de los jesuitas, como el de San Marcos de León, donde el propio Alas fue alumno. Se trata de la educación de los hijos de la clase dominante destinados a perpetuar el sistema a través de la competición más dura, y no es que la competencia sea criticable si se trata de que el individuo busque la superación personal, que no ha de implicar necesariamente la destrucción o la humillación de otros, el problema es cuando se trata de imponer un determinado tipo de supremacía que beneficia a los grupos de poder de siempre y que pueden manipular a su antojo la ley pues está desvirtuada desde su nacimiento por la inadecuación entre teoría y práctica. Si todo lo anterior está presidido por una religiosidad basada en creencias científicamente caducas y moralmente

inservibles, si además la religiosidad es nada más que la justificación del poder temporal por el poder espiritual en la extraña simbiosis de la moral burguesa del Segundo Imperio en Francia y la Restauración en España, es obvio que ese sistema educativo en modo alguno es el que desean la mentalidad positivista, por no decir socialista, zoliana, y la de Clarín, dentro de las teorías regeneracionistas del momento.

La educación recibida hace al Magistral un individuo socialmente válido: es un triunfador, es el dueño de Vetusta, es el ministro de la Iglesia triunfante que quieren producir en ese momento los seminarios. Moralmente es un sujeto inaceptable, pero esto pertenece a la esfera de lo privado y mientras se practique la máxima de "pero todo en silencio", puede seguir su género de vida y, vemos cómo sale victorioso de los problemas que se le presentan en *LR:* muerte de sor Teresa, la hija de Carraspique, conversión del ateo Guimarán, procesión del Jueves Santo de la Regenta. Hasta el mismo final del relato es un triunfo puesto que don Víctor, azuzado por De Pas, tiene que vengar la afrenta en la que perderá la vida. De continuar la novela no sería extraño que el Magistral llegara al cardenalato: una brillante carrera pues, aunque internamente esté destrozado, incluso muerto, lo importante es haber triunfado socialmente.

El tipo del luchador tenaz por conseguir poder y reconocimiento público de su victoria es también el modelo de l'abbé Faujas de *La conquête*. Zola termina la novela con el asesinato del cura, ni la sociedad que lo aclamó ni la concepción de la moral zoliana pueden permitir llegar más lejos aún la lucha por la conquista del poder que este sacerdote mantiene en la novela. Faujas debió también recibir esta educación que exigía soldados de Cristo, a la que se unió una ambición sin límites.

De esta forma De Pas y Faujas son los ganadores, los socialmente adecuados al esquema que la Iglesia del XIX parece necesitar, o por lo menos a un sector de la Iglesia muy conectado con el poder político. Pero existe también, no lo olvidemos, la figura del sacerdote alejado de las batallas, como hemos visto l'abbé Mouret, un caso extremo de misticismo. A este ejemplo podemos unir el obispo de Vetusta, don Fortunato Camoirán, y también el astuto obispo de *La Conquête*, Mgr. Rousselot; de este último sabemos que tenía una esmeradísima educación clásica y que le gusta vivir entre sus libros, desentendiéndose todo lo posible de las luchas por el poder en que está sumida su diócesis, su ciudad y hasta su país, él se refugia en la torre de marfil de su vasta cultura y ofrece su poder al que más le presione y más le pueda dejar tranquilo según convenga (l'abbé Fenil, l'abbé Faujas), su mundo es:

> Le cabinet de Mgr. Rousselot était une vaste pièce, un peu sombre, où un grand

feu de bois brûlait continuellement, été comme hiver. Le tapis, les rideaux très épais étouffaient l'air. Il semblair qu'on entrât dans une eau tiède. L'évêque vivait là, frileusement, dans un fauteuil, en douairière retirée du monde, ayant horreur du bruit, se déchargeant sur l'abbé Fenil du soin de son diocèse. Il adorait les littératures anciennes. On racontait qu'il traduisait Horace en secret; les petits vers de l'Ahthologie grecque l'enthousiasmaient également, et il lui échappait des citations scabreuses, qu'il goûtait avec une naïveté de letré insensible aux pudeurs du vulgaire. (*La Conquête*, 169).

Similar a Rousselot es el arcipreste don Cayetano Ripamilán de *LR*, pero Ripamilán sí sabe comprometerse con la vida cuando es necesario.

Donde hay un gran paralelismo es entre l'abbé Mouret y el obispo de Vetusta.Ya hemos hablado bastante de la sensibilidad y el misticismo del joven cura, pero una de las bases, por no decir la principal, de ese misticismo estaba situada en el amor que desde niño siente por la Virgen María. En el capítulo XIV de *La faute* escribe Zola que Serge desde los siete años gustaba de coleccionar estampas de la Virgen en diferentes representaciones: con el Niño, coronada de rosas, coronada de estrellas, etc., María es para Serge durante toda su infancia y adolescencia como una gran amiga con la que va madurando, una compañera mayor, "toujours plus âgée d'un ou deux ans, comme il convient à une amie souveraine", con la que compartir la soledad tan querida. Al entrar en el seminario el culto a la Virgen le causó algunos problemas de conciencia porque, según pensaba el seminarista, al consagrar a María la mayor parte de su amor quizá robaba algo que era propiedad de Dios al que debía pertenecer su corazón por entero, pero encuentra una solución en los libros que lee en el seminario:

> [...]Les livres de dévotion à la Vierge l'excusèrent, le ravirent, l'emplirent de raisonnements, qu'il répétait avec des recueillements de prière. Ce fut là qu'il apprit à être l'esclave de Jésus en Marie. Il allait à Jésus par Marie. (*La faute*, 120).

Una vez resuelto el problema, Serge encontrará en la devoción a la Virgen el refugio ideal a todas sus dudas de fe y esta protección le permitirá continuar apartado en su mundo personal. No es de extrañar que cuando conozca a la joven Albine se produzca una identificación entre la muchacha y la imagen ideal de María.

Cuando Alas nos presenta al obispo de Vetusta a modo de tarjeta nos cuenta:

> La vida de Fortunato la ocupaban cuatro grandes cuidados: el culto de la Virgen, los pobres, el púlpito y el confesonario. Tenía cincuenta años, la cabeza llena de nieve, y su corazón todavía se abrasaba en fuego de amor a María Santísima. Desde el Seminario, y ya había llovido después, su vida había sido una oda consagrada a las

alabanzas de la Madre de Dios. Sabía mucha teología, pero su ciencia predilecta consistía en la doctrina de los Misterios que se refieren a al Mujer sine labe concepta. De memoria hubiera podido repetir cuanto han dicho los Santos padres y los místicos en honor de la Virgen, y sabía alabarla en estilo oriental, con metáforas tomadas del desierto, del mar, de los valles floridos, de los montes de cedros; en estilo romántico -que irritaba al Arcipreste-, y en estilo familiar, con frases de cariño paternal, filial y fraternal.

Tenía escrito cinco libros que primero se vendían a peseta y después se regalaban, titulados así: *El Rosal de María* (en verso), *Flores de María*, *La devoción de la Inmaculada*, *El Romancero de Nuestra Señora*, *La Virgen y el Dogma*. (*LR*, 232-3).

Resulta interesante que ambos religiosos, Mouret y Camoirán, unidos por el culto a la Virgen, se caractericen por ser lo que se conoce como "hombres buenos", que quizá puedan ser inoperantes, tal es el calificativo utilizado por Serrano Poncela (1967), en el corpus social; aceptamos el vocablo si por inoperancia vamos a entender que colaboran a perpetuar el inmovilismo de la sociedad establecida, pero si en las capas altas son considerados un tanto imbéciles, para las clases populares son verdaderos santos. Uno y otro son desde luego el antimodelo del soldado de Cristo que querían los seminarios, tal y como hemos visto que el hermano Archangias se lo reprochaba a l'abbé Mouret, como también el Magistral le echa en cara al obispo su excesiva generosidad (así lo piensa De Pas); desde luego son un fracaso para sus educadores, son personas que rehuyen la batalla por el poder para buscar su refugio en una vida humilde. Recordemos que si don Fortunato aceptó la diócesis de Vetusta fue por la presión que sobre el ejercía doña Paula, que junto con su hijo, como ya sabemos desde el principio de la novela por los acólitos que juegan en el campanario, tienen en un puño al obispo.

<u>El pensionado: la educación femenina</u>.

Las relaciones entre la Iglesia y el Estado durante el siglo XIX pasan por distintas fases. En el capítulo I de este trabajo hemos señalado que tras la caída del Absolutismo, tanto en Francia como en España, se firman una serie de concordatos entre los nuevos gobiernos de ambos países y la Santa Sede. Estos acuerdos llevan a una identificación del orden social con el orden moral que interesa a las dos partes firmantes y una de las formas de lograr realizar esto es a través de la educación.

Si es verdad que en etapas anteriores había habido cierres de los colegios religiosos y

expulsiones de sus miembros, ya fueran frailes o monjas, ahora, aunque es verdad que la enseñanza laica empieza a considerarse y a generalizarse, la formación en centros religiosos no es solamente posible y está permitida, sino que también serán estos colegios donde se formarán los hijos e hijas de la clase dominante. La educación religiosa se ha convertido en un toque de distinción, un toque de pertenencia a la clase en razón a que enseña cuál ha de ser el comportamiento moral que el sistema exige. No es de extrañar que la cortesana Nana en sus proyectos de regeneración piense en la formación de su hijo:

> [...] Puis, elle rasa tout le monde par ses bons sentiments, un accès d'honnêteté bête, avec des idées d'éducation religieuse pour Louiset et tout un plan de bonne conduite pour elle. Comme on riait, elle eut des mots profonds, des hochements de bourgeoise convaincue, disait que l'ordre seul menait à la fortune, et qu'elle ne voulait pas mourir sur la paille. (*Nana*, 203).

Y si el hecho de poder recibir o no una preparación de calidad ya marca una notable desigualdad social, el que la educación sea la que dan las instituciones religiosas la convierte en la principal causa de desequilibrio diferenciador, pues la que garantiza el éxito a la selecta juventud ya que a ella sólo van a acceder los económicamente favorecidos y en algunas escasas ocasiones los cerebros privilegiados, acosta de grandísimos sacrificios de la familia o con la ayuda de protectores o del propio centro de estudios, al que le interesa captar inteligencias jóvenes con las que fortificarse; no tenemos más que recordar cómo durante todo el periodo que estudiamos los jesuitas fueron los educadores de generaciones y generaciones que se sucedían en los gobiernos y en la administración, incluso con tendencias opuestas.

En lineas muy generales así se presentaba el sistema educativo mayoritario durante la segunda mitad del XIX: la escuela católica triunfaba sobre la escuela laica. Personalidades como las de Zola y Alas cercanas a las ideas socialistas que van adquiriendo solidez en esta época, no están de acuerdo con este panorama. En primer lugar por la diferenciación social que establece (aunque este asunto no vamos a estudiarlo aquí); en segundo por el dominio del dogma católico que discrimina a otras creencias religiosas, también cristianas incluso, y sobre todo que significa un desfase, y hasta un antagonismo, con los avances científicos y técnicos del momento y creadores de constantes contradicciones entre la verdad científica y la verdad católica, que si en algunas ocasiones es necesario aceptar por cuestiones de mantener la fe recibida, como hace con cierta frecuencia Alas, en otras van en contra de la demostración científica en temas que para nada perjudican a las creencias fundamentales, transmitidas por Cristo, pero que atentan contra las enseñanzas de la Iglesia.

La crítica al sistema educativo no se hace abiertamente en *Los Rougon-Macquart* ni en *LR* con respecto a la enseñanza masculina; sólo se habla de la formación de los seminaristas en el caso de Clarín, y se limita a ridiculizar brevemente, en boca del médico don Robustiano Somoza, no a la institución, sino al rector del seminario vetustense, Escosura, un fanático que recibe por parte de sus conciudadanos los calificativos de "Torquemada pour rire", "timorato", "cerril" y "montaraz". A la educación laica de los muchachos no hay apenas referencias; en *La Curée*, al hablar de Maxime, el hijo de Saccard, se dice que su perversión comenzó en el colegio. En la novela de Clarín los jóvenes que aparecen han empezado ya sus estudios universitarios en Vetusta o en la capital.

Con respecto a las mujeres sí hay una clarísima toma de posición: Clarín y Zola coinciden en presentar la educación que tradicional y mayoritariamente reciben las niñas como aberrante. Ambos escritores exponen con sinceridad su preocupación por la formación de la mujer. El hecho de ser mujer significa recibir una preparación de segunda clase ya que, al continuarse con la idea de la filosofía clásica griega y medieval de la mujer como ser de inferior categoría al hombre, no hay porqué prepararla y mucho menos, si se la educa, igualarla al varón, al que debe estar sujeta y sometida según dice San Pablo.

A partir del siglo XVIII hay un sector mayoritario en los círculos intelectuales que aboga por la igualdad de la mujer y reclama sus derechos como ciudadana, entre ellos el de la educación; esta igualdad obviamente aún no se ha conseguido, aunque es evidente que en la cultura occidental las cosas han cambiado bastante pero tampoco tanto como muchos imaginan. En el XIX, con la toma del poder de hecho por parte de la burguesía no puede decirse que se le otorguen muchos derechos a las mujeres, que, por lo visto, deben seguir en situación de desigualdad, alejadas del poder directo, como ocurre con las clases trabajadoras, puesto que aquéllas como éstas de llegar a una posición en la que puedan ejercer los derechos que estas jóvenes democracias les conceden en teoría, producirían una conmoción en el orden establecido porque transformarían la célula básica de la sociedad burguesa: las unas, la familia; las otras trastocarían las relaciones mercantiles en contra del sistema dominante. Por eso a las mujeres pertenecientes a los estratos sociales que consideran necesaria la educación se las forma dentro de un esquema muy simple y un control muy rígido de manera que no aprendan más que las reglas imprescindibles para la posición a la que pertenecen, con especial hincapié en disciplinas relacionadas con el culto a la belleza y el placer, como la música, la danza, que le permitan sobresalir en sociedad y dar un timbre de distinción a la familia que así la ha educado; o disciplinas prácticas directamente relacionadas con la organización doméstica: mucho coser y bordar y las mínimas operaciones matemáticas para controlar el presupuesto

familiar; cualquier otro tipo de enseñanza sería un exceso, incluso leer demasiado cualquier tipo de libros es peligroso porque puede convertir a la lectora en una romántica, una mística, o una marisabidilla, tres tipos de mujer que no interesan para nada al sistema; o algo quizá peor: permitir que la mujer se cree una opinión y que pueda decidir por sí misma. Por eso es necesario educar a la mujer en la ignorancia del mundo.

Esta educación es en realidad una antieducación pues si de un lado las niñas tienen que aprender una conducta y unos valores es un ejercicio más bien de mnemotecnia, ya que han de memorizar normas y reglas y sobre todo mantener un comportamiento en sociedad adecuado a esa normativa memorizada basada en los conceptos de obediencia e inferioridad. La práctica está muy lejos de la enseñanza, es decir, simultáneamente la niña está sometida a un aprendizaje directo de conocimientos teóricos y a un aprendizaje indirecto, oculto, que va aprendiendo intuitivamente del entorno y de otras personas en las mismas circunstancias que ella. Estas enseñanzas, la que llamamos oficial y clandestina, nunca van parejas sino que se contradicen, de aquí que los seres educados en semejante sistema terminan en crisis, aunque el resultado de este desequilibrio es muy diferente, e incluso contrario por completo entre mujeres que han recibido la misma formación.

Tanto en la *LR* como en la saga zoliana abundan las mujeres marcadas por una formación nefasta, el comportamiento de unas y otras parece muy diferente, pero la causa es la misma. Nos vamos a ocupar aquí de esta cuestión de forma breve ya que la moralidad católica es la dominante en la educación femenina, además se trata de la formación de niñas de extracción social burguesa o pequeño burguesa, que son las que reciben una preparación estructurada en mayor o menor medida, aunque no sea la más conveniente.

Los centros educativos donde se forman estas señoritas son los pensionados o colegios de religiosas donde se lleva una vida de camaradería entre los estudios, las horas de costura y música, las charlas entre compañeras, los cánticos y los rezos, la bondad de las hermanas y la simpatía de los únicos hombres que pueden visitarlas, los curas, padres espirituales y confesores. El pensionado es un pequeño mundo femenino cerrado y autosuficiente tras sus tapias y rejas que sirven al mismo tiempo de protección de de cárcel. Fuera del pensionado está lo desconocido.

Al hablar de las monjas en el capítulo anterior, hemos visto lo que piensa el médico Robustiano Somoza de la educación en estos colegios religiosos donde las niñas pasan toda su infancia y adolescencia sometidas a la dirección de la mano de hierro con guante de seda de las religiosas. Todo dentro del colegio es perfecto, por lo menos así lo dicen las niñas en sus cartas, pero hay que tener en cuenta que esta comunicación por escrito está hecha siempre

siguiendo unas pautas que se les enseña hasta hacerlas creer que viven en el mejor de los mundos, fuera hay algo que se ignora y es mejor seguir ignorándolo que enfrentarse a descubrirlo. Estamos generalizando, como hace don Robustiano, pero esta es la educación que a un tipo de niña tímida le hace aborrecer todo lo que no sea vivir en su convento entre sus buenas monjas, los eternos juegos de niñas y un cierto placer que se encuentra en las reflexiones místicas y en el temor al castigo por infringir la moralidad católica en que se las educa. Este tipo de niña, cuando se hace mujer es frecuente que quiera meterse a monja; eso es lo que hacen las niñas Carraspique; ése era también el deseo de Christine, la mujer del pintor de *L'oeuvre* (pág. 122) y ese fue al principio el interés de Ana Ozores, que, aunque no se educó en el colegio, por las influencias tan variadas a las que estuvo sometida desde la infancia (el padre, la institutriz, las tías) ve el convento como un lugar protector donde poder gozar su sensibilidad contemplativa; si Ana no se decide a entrar en el convento es porque el Arcipreste Ripamilán le expresa muy claramente que ella no tiene vocación hasta que voluntariamente,

> Ana renunció poco a poco a la idea de ser monja. Su conciencia le gritaba que no era aquél el sacrificio que ella podía hacer. El claustro era probablemente lo mismo que Vetusta; no era con Jesús con quien iba a vivir, sino con *hermanas* más parecidasde fijo a sus tías que a San Agustín y a Santa Teresa. (*LR*, 101).

Pero la mayoría de los padres consideran el convento para la educación de sus hijas como el mundo perfecto, y en torno a esa idea giran las enseñanzas que allá se imparten.

Pero no todas las niñas son como las hijas de Carraspique. La generalización de su tío, el doctor Somoza, es válida para ellas pero no para las otras, aunque Clarín no nos exponga más modelos estrictos de las consecuencias de esta educación en los colegios de monjas y la otra especial formación de la Regenta, de la que hablaremos más adelante por extenso.

Zola presenta más variedad de personajes femeninos condicionados por la educación. Christine, la mujer del pintor de *L'oeuvre*, cuenta a su marido que ella hubiera profesado buscando la protección del claustro de no haberle buscado la misma superiora del convento un trabajo como señorita de compañía; es decir, la misma directora de la institución fue consciente -como Ripamilán- de que era otro, y no el claustro, el lugar que convenía a su antigua alumna. Otras mujeres, como por inercia, arrastraran unos conocimientos basados en prácticas religiosas memorizadas o rutinarias. Un ejemplo de esto es una de las señores con un papel secundario de *Pot-Bouille* -hay que tener en cuenta que esta novela es la vida de los diferentes miembros de una casa de vecinos-; se trata de Berthe, una joven ama de casa sin ningún tipo de voluntad que pasa la vida en la rutina de los trabajos caseros, sin ninguna

curiosidad por nada y que después de su salida del colegio hace todo como un autómata siguiendo las indicaciones de su madre y, ya casada, de su marido, como, por ejemplo la práctica religiosa:

> [...]Avant de la marier, sa mère l'y conduisait très regulièremente. Pendant les six premiers mois de son ménage, l'habitude étant prise, elle y était retournée, avec la continuelle crainte d'arriver en retard. Puis, elle ne savait pourquoi, après quelques messes manquées, elle n'y avait pas remis les pieds. Son mari détestait les prêtres, et sa mère, maintenant, ne lui en ouvrait même plus la bouche. (*Pot-Bouille*, 96-7).

Cuando empiece a tener problemas, Berthe recuperará la práctica religiosa ya que en la religión encuentra consuelo:

> [...]Depuis son mariage, elle ne pratiquait plus, mais, à la suite des gros mots dont les bonnes l'avaient éclaboussée, elle venait de se sentir si triste, si abandonnée, si malpropre, qu'elle s'était rejetée pour une heure dans ses croyances d'enfant, enflammée d'un espoir de purification et de salut. (*Pot-Bouille*, 317).

Cuando sea conocido de todos el adulterio que Berthe ha cometido, se le echará en cara no haber actuado conforme a la educación recibida, no haber tenido el freno de la moral católica en que la habían formado:

> [...]Mais, permettez-moi de vous le demander, madame: comment n'avez vous pas été retenue para la religion? L'abbé Mauduit nous parlait encore de vous, avant-hier, avec une affection paternelle. (*Pot-Bouille*, 337).

Pero Berthe ha llegado al adulterio por esa misma inercia a no hacer nada, al dejarse llevar, que caracteriza todas las facetas de su vida: no está preparada para tomar por sí misma ninguna decisión, ni para expresar ninguna opinión, es algo así como una planta que producirá según donde la sitúen, la única consigna clara es la sumisión a la voluntad de los demás, tan asimilada esta enseñanza que no le produce el menor deseo de rebelión.

Otro ejemplo de esta educación en el dejarse llevar sin capacidad de tomar decisiones es el de Mme. Robineau en *Au Bonheur*

> [...]Fille d'un piqueur des ponts et chaussées, avait encore la gaucherie charmante d'une pensionnaire élevée dans un couvent du Bois. Elle était très brune, très jolie, avec une douceur gaie qui lui donnait un grand charme. (*Au Bonheur*, 249).

Mme. Robineau incluso desempeñará alguna labor en el pequeño comercio de telas de su marido: estar siempre dulcemente sonriendo en su escritorio ante los libros de registro, pero incapaz de pensar ante la ruina que se ve venir para su negocio frente a la competencia de los grandes almacenes. Su educación le impide pensar, sólo se la ha preparado para ser tierna y amable.

Los casos de Berthe y de Mme. Robineau son bastante frecuentes pero no son los únicos. Abundan las muchachas que rápidamente aprenden la doble moral de la educación religiosa y saben que para sobrevivir hay que adaptarse y cambiar de comportamiento según las circunstancias que se presenten. La imagen del colegio como paraíso cerrado inexpugnable a cualquier noticia que ponga en peligro la moral desde el exterior es falsa. Por diferentes caminos llegan informaciones del mundo que se pretende ignorar y si hay muchachas con un poco de curiosidad les será muy fácil por los comentarios y deducciones comunes y de conversaciones con el personal de servicios sacar conclusiones verdaderamente sorprendentes para unas chicas educadas en la mayor candidez.

Es algo así lo que debió pasar al matrimonio Badeuil, que aparece en *La terre*. Después de fracasar como comerciantes decidieron abrir una casa de citas que les ha enriquecido. Mientras explotaban su negocio tenían a su hija en un internado y le hablaban siempre de que ellos tenían un negocio de confitería y nada más, pero cuando deciden jubilarse y su hija se casa, los Badeuil descubren que su hija sabe toda la verdad de sus ingresos y que ella misma les propone seguir junto con su marido regentando el negocio ahora que sus padres se retiran, las dotes de la hija para llevar esta empresa son increiblemente buenas si se tiene en cuenta cómo se la había educado, pero quizá el pensionado fue justamente su mejor escuela:

> [...]Des son arrivée a Chartres, M. Charles avait eu une fille, Estelle, qu'il mit chez les soeurs de la Visitation, à Châteaudun, lorsqu'il s'installa rue aux Juifs. C'était un pensionnat dévot, d'une moralité rigide, dans lequel il laissa la jeune fille jusqu'à dix-huit ans, pour raffiner sur son innocence, l'envoyant passer ses vacances au loin, ignorante du métier qui l'enrichissait. Et il ne l'en retira que le jour où il la maria à un jeune employé de l'octroi[...]Elle touchait à la trentaine déjà, elle avait une fillette de sept ans, Élodie, lorsque, instruite à la fin, en apprenant que son père voulait céder son commerce, elle vint d'elle-même lui demander la préférence.[...]Les Badeuil, dès les premier mois, eurent la satisfaction attendrie de constater que leur fille, élevée pourtant dans d'autres idées, se révélait comme une maîtresse de maison supérieure, ce qui compensait heureusement la mollesse de leur gendre, dépourvu de sens administratif. Eux s'étaient retirés depuis cinq ans à Rognes, d'oú ils veillaient sur leur petite-fille Élodie, qu'on avait mise à son tour au pensionnat de Châteaudun, chez les soeurs de la Visitation, pour y être élevée religieusement, selon les principes les plus stricts de la morale. (*La terre*, 69).

Élodie a su debido tiempo sustituirá a su madre como regentadora del negocio, la tradición familiar se perpetúa en el mundo del comercio como en el de la educación.

Se trata de otro caso extremo, pero otros semejantes dan lugar a la idea común de que en los pensionados no se enseña nada más que a quitar la inocencia a las jovencitas y abrirles los ojos demasiado pronto a una serie de prácticas indecorosas. Esto es lo que en líneas generales piensa en *La joie*, Mme. Chanteau, quien decide encargarse personalmente de la educación de su sobrina huérfana en casa, para evitar estos peligros del contacto con otras chicas que abran a la pequeña Pauline el camino hacia la perdición, pero, aparte de evitar la relación con otras jóvenes, la educación que se va a administrar en casa a la muchacha no difiere mucho de los conocimientos que se adquieren en los colegios. Veamos cómo organiza y distribuye Mme. Chanteau su proyecto educativo:

> On repêcha, au fond de la bibliothèque de Lazare, une grammaire, une Arithmétique, un Traité d'Histoire, même un Résumé de la Mythologie; et Mme. Chanteau reprit la férule, une seule leçon par jour, des dictées. des problèmes, des récitations. La grande chambre du cousin était transformé en salle d'étude, Pauline dut se remettre au piano, sans compter le maintien, dont sa tante lui démontra sévèrement les principes, pour corriger ses allures garçonnières; du reste, elle était docile et intelligente, elle apprenait volontiers, même quand les matières la rebutaient. Un seul libre l'ennuyait, le catéchisme. Elle n'avait pas encore compris que sa tante se dérangeât le dimanche et la conduisît à la messe. Pour quoi faire? à Paris, on ne la menait jamais à Saint-Eustache, qui pourtant se trouvait près de leur maison. Les idées abstraites n'entraienten que très difficilement dans son cerveau, sa tante dut lui expliquer qu'une demoiselle bien élevée ne pouvait, à la campagne, se dispenser de donner le bon exemple, en se montrant polie avec le curé. Elle-même n'avait jamais eu qu'une religion de convenance, qui faisait partie d'une bonne éducation, au même titre que le maintien. (*La joie*, 59).

Esta educación mojigata no es la única formación de Pauline, esta muchacha se convertirá en una autodidacta por su insaciable curiosidad. En la biblioteca encuentra los libros de su primo, que han servido bien poco para el joven pues nunca terminó sus estudios, pero sí son de mucha utilidad a la muchacha, libros de Mitología, Historia, novelas, etc., pero sobre todo le interesan los libros de Medicina (la primera carrera que empezó su primo) que le proporcionan una serie de informaciones básicas para comprender el funcionamiento de su propio organismo, del que habría quedado ignorante si sólo hubiera contado con las informaciones moralistas de su tía, incapaz de explicar lo que le sucedía a la adolescente en su propio cuerpo. Zola nos informa detalladamente sobre las lecturas que hace Pauline: el *Traité de physiologie*, de Longuet, y la *Anatomie descriptive*, de Cruveilhier; más tarde un *Manuel de pathologie et de clinique*

*médicale*. Todos estos libros completaron una información en la que ya se había iniciado al observar atentamente las planchas de anatomía que le permitieron, como escribe Zola, conocer a los catorce años lo que queda resevado a las vírgenes en la noche de bodas; pero lo positivo tal y como se nos describe en la novela es que la lógica y cerebral Pauline adopta una actitud completamente natural y no se escandaliza ante lo que va aprendiendo:

> [...]elle n'avait pas de honte, elle était sérieuse, allant des organes qui donnent la vie aux organes qui la règlent, emportée et sauvée des ideés charnelles par son amour de la santé. La découverte lente de cette machine humaine l'emplissait d'admiration. Elle lisait cela passionément; jamais les contes de fées, ni Robinson, autrefois, ne lui avaient ainsi élargi l'intellligence. (*La joie*, 68).

Lo más interesante es que Pauline va descubriendo todo en la más absoluta soledad. Con el tiempo le hará saber a su primo Lazare todos sus conocimientos y los compartirán, pero la desidia del joven lo convertirá en un interlocutor poco válido para las inquietudes de su prima.

Pauline se salvó de la corrupción que según Mme. Chanteau destroza a las muchachas en los pensionados, y los conocimientos que adquirió por sí misma en modo alguno la estropearon sino que la hicieron madurar de forma poco normal en las muchachas de su ambiente y su tiempo. Sin embargo esta muchacha es un caso atípico, mucho más si cabe que Estelle, la hija de los dueños de la casa de citas.

Un modelo más normal, ya que es socialmente más abundante, es el que Zola nos presenta en la persona de Renée, la protagonista de *La curée*.

Renée es una muchacha burguesa, su padre un magistrado de una familia de juristas que vive en un caserón medieval en París, en una de las islas del Sena. Renée es huérfana de madre, ha sido educada en casa en sus primeros años junto con una hermana mucho más pequeña por una tía paterna en los principios morales de la burguesía. Ha adquirido unos principios religiosos que le permiten distinguir entre el bien y el mal y tiene una necesidad de lógica y de honestidad burguesa que la llenan de prejuicios sobre lo que puede significar alejarse de los principios de su clase, reforzados por el temor al castigo y al infierno; en esta naturaleza que Zola iguala a la del magistrado y califica de "calme" y "prudente" hay una curiosidad ilimitada, la pasión por saberlo y experimentarlo todo, por lo cual Renée nunca soportará quedarse con alguna duda o con algún deseo insatisfecho. Como todas las jovencitas de su clase Renée pasa por un colegio religioso, veamos cómo describe Zola esta etapa:

> [...]Chez les dames de la Visitation, libre, l'esprit vagabondant dans les voluptés mystiques de la chapelle et dans les amitiés charnelles de ses petites amies, elle s'était

> fait une éducation fantasque, apprenant le vice, y mettant la franchise de sa nature, détraquant sa jeune cervelle, au point qu'elle embarrasa singulièrement son confesseur, en lui avouant qu'un jour, pendant la messe, elle avait eu une envie irraisonnée de se lever pour l'embrasser. Puis elle se frappait la poitrine, elle pâlissait à l'idée du diable et de ses chaudières.(*La curée*, 148).

Como vemos, Renée recibe una educación que aumenta aún más las contradicciones que traía de su preparación familiar: de una parte conoce todo lo que hay que saber sobre la vida por las conversaciones con otras niñas más o menos experimentadas, de otra es atraída por el misticismo de la religión en el especial ambiente del convento que incluso la lleva al éxtasis. Pero sobre todo Renée no puede controlar la necesidad de experimentar todas las oportunidades que se le presentan y, como tampoco tiene a quien recurrir que verdaderamente la pueda aconsejar, o con quien pueda descargar sus sentimientos, aparte de las compañeras, empieza a vivir una serie de situaciones que son ya casi aventuras y que van a terminar con una violación brutal durante unas vacaciones en casa de una condiscípula por un pariente de ésta. Este desastre va a hacer que su padre y su tía (quien, hasta cierto punto, se siente responsable de la desgracia porque considera que no le ha dedicado el tiempo necesario) preparen para Renée un matrimonio de conveniencia con un buscador de dotes, como es en ese momento Saccard (miembro de la familia Rougon). Pero una voluntad fuerte como la de Renée que por su origen socioeconómico no está acostumbrada a la humildad, ante esta situación no busca en la religión en la que se la educó en casa y en el colegio un consuelo o refugio, como hemos visto que hacían otras mujeres zolianas, más bien al contrario, Renée considera que vive en el lado del mal porque ella es mala y tiene que conocer totalmente esa vida:

> [...]Elle pensa qu'elle n'avait plus à lutter contre le mal, qu'il était en elle, que la logique l'autorisait à aller jusqu'au bout de la science mauvaise. Elle était encore une curiosité qu'aun appétit. Jetée dans le monde du second Empire, abandonnée à ses imaginations, entretenue d'argent, encouragée dans ses excentricités les plus tapageuses, elle se livra, le regretta, puis réussit enfin à tuer son honnêteté expirante, toujours fouettée, toujours poussée en avant par son insatiable besoin de savoir et de sentir. (*La curée*, 148).

Renée tiene un temperamento muy similar al que hemos visto en la autodidacta Pauline, pero Pauline se formó casi en completa soledad entre su timorata tía y las muchas consultas clandestinas en la biblioteca. Renée tenía más oportunidades de relación y de conocimiento de novedades a través de sus compañeras. Al igual que las enseñanzas que aprende en solitario Pauline de los libros son mucho más efectivas que la muy reglamentada educación de su tía;

para Renée las informaciones y experiencias de sus compañeras superan y contradicen la gazmoña educación de las monjas que sobre todo obligan a las niñas a un doble comportamiento, a una hipocresía en su manera de ser según estén ante las reverendas madres o con sus familiares, o solas entre compañeras. En efecto, para Zola la educación de los colegios religiosos femeninos corrompe y hasta aniquila las capacidades de las educandas, pero tampoco es ideal el autodidactismo de Pauline, ella misma conoce los vacíos y la desigualdad de su preparación:

> [...] Mais elle [Pauline] l'amusait souvent, tant son instruction avait de trous, tant il [el primo Lazare] s'y trouvait un extraordinaire mélange de connaissances qui se battaient: les ideées desous-maîtresse de sa tante, le train du monde réduit à la pudeur des pensionnants; puis, les faits précis lus par elle dans les ouvrages de médecine, les vérités physiologiques de l'homme et de la femme, éclaireant la vie. Quand elle lâchait une naïveté, il riait si fort, qu'elle entrait en colère: au lieu de rire, est-ce qu'il n'aurait pas mieux fait de lui montrer son erreur? (*La joie*, 83).

El modelo de educación femenina perfecta para Zola es el que recibe Clotilde, la sobrina del doctor Pascal, protagonista de la novela que cierra el ciclo de los *Rougon-Macquart*. Clotilde, hija de Saccard, a quien hemos visto casarse con Renée inmediatamente después de la muerte de su esposa, es enviada por su tía Sidonie Rougon a vivir con el hermano sabio del clan, el doctor Pascal, un médico que lleva una vida retirada en Plassans dedicado por completo al estudio, la investigación y a sus enfermos, muy alejado por tanto de la activa vida social de los demás miembros de la familia y que les ha proporcionado tanto poder económico y político. La educación de Clotilde es compartida por Pascal y su ama de llaves Martine:

> [...]lorsque Saccard, un frère de Pascal, lui envoya de Paris sa fille Clotilde, âgée de sept ans, à la morte de sa femme et au moment de se remarier, ce fut elle [Martine] qui éleva l'enfant, la menant à l'église, lui communiquant un peu de la flamme dévote dont elle avait toujours brûle; tandis que le docteur, d'esprit large, les laissait aller à leur joie de croire, car il ne se sentait pas le droit d'interdire à personne le bonheur de la foi. Il se contenta ensuite de veiller sur l'instruction de la jeune filie, de lui donner en toutes choses des idées precises et saines. (*Le docteur*, 58).

Esta es la receta, según Zola: "donner en toutes choses des idées precises et saines", hablar claro con una base científica y siguiendo un método organizado, para lo que, como es obvio, Pascal tenía preparación más que suficiente Es preciso evitar los misterios innecesarios , distinguir entre la fe y la verdad científica, lo que no impide, como acabamos de leer, que el

médico diera importancia a la alegría de creer, aunque él no la compartiera puesto que su fe está puesta en la ciencia, pero puede comprender la creencia de Martine y la de su sobrina. De esta forma el médico acepta la fe religiosa de los otros, excepto en el breve espacio de tiempo en que Clotilde llega a sentimientos fanáticos y a éxtasis místicos por la excesiva influencia de Martine, la cual no tiene más preparación que su moral católica; pero Clotilde, pronto, con los sólidos principios en que se la ha educado y, sobre todo, por la posibilidad de contrastar constantemente opiniones con su tío, supera esta crisis lógica. Esta joven no volverá a tener el mismo tipo de fe que su aya, sin embargo sentirá el mismo respeto de su tío por las creencias de los demás aunque ella también termine compartiendo con Pascal (del que tendrá un hijo) la fe en la vida sobre todo.

Un caso muy especial y que rompe todos los esquemas mencionados es la educación de Angélique, la heroína de *Le rêve*. Con esta novela Zola rinde tributo a la corriente deísta a lo Renan en boga en ese tiempo, pero a la vez, aunque se solace en la descripción mística y estética de las acciones de los protagonistas, la novela, a pesar de la conexión genética con el resto del ciclo y la pertenencia de Angelique a la rama, como explica su tío, el doctor Pascal, que igualmente "produce amantes o místicas" (*El doctor*, 161) queda separada del resto del grupo cuando el padre adoptivo de Angélique, Hubert, conoce los orígenes de la muchacha y decide olvidar y guardar silencio (*Le rêve*, 63) sobre lo padres naturales de su hija. De esta forma, la novela queda cerrada y en ella hay una justificación de la religión en un momento histórico determinado, en la Edad Media, cuando era muy difícil establecer la diferencia entre poder temporal y poder espiritual. Angélique es educada en casa por sus padres, un matrimonio de tejedores y bordadores artísticos de temas religiosos que trabajan para el obispado. La educación de la niña, después de conocer las reglas más elementales, se va a nutrir de elementos religiosos y de la historia medieval, cuando la fusión de poderes está vigente. La lectura de *La Légende dorée*, de Jacques de Voragine, es la base de toda la fantasía y sueños de la joven bordadora, la muchacha vive con tal intensidad en el mundo particular en que ha crecido y educado que su madre se preocupa:

> "Tu me ferais repentir de t'avoir élevé dans cette maison, seule avec nous, à l'écart de tous, ignorante à ce point de l'existence... Que paradis rêves -tu donc? comment t'imagines-tu le monde?"

a lo que la joven contesta:

> "Vous me croyez donc bien sotte, mère?... Le monde est plein de braves gens.

> Quand on est honnête et qu'on travaille, on en est récompensé, toujours... Oh! je sais, il y a des méchants aussi, quelques-uns. Mais est-ce qu'ils comptent? On ne les fréquente pas, ils sont vite punis... Et puis, voyez-vous, le monde, ça me produit de loin l'effet d'un grand jardin, oui! d'un parc immense, tout plein de fleurs et de soleil. C'est si bon de vivre, la vie est si douce, qu'elle ne peut pas être mauvaise." (*Le rêve*, 77).

Por fortuna para Angélique, su visión de la vida podrá continuar con el final feliz de la novela que si no fuera por su retorno a lo medieval sería imposible. La fe sin límites y el estado de gracia, de bondad suprema con los otros y con uno mismo permiten este milagro del que un escritor como Zola llega a hablar.

Con respecto a *LR* ya hemos dicho que Leopoldo Alas siente una gran preocupación por la educación de las mujeres. En *LR* hay una crítica en boca del doctor Somoza a los colegios religiosos y ya hemos visto que el motivo principal es que se trata de mundos enclaustrados en los que no se prepara para poder vivir fuera, sino que son un modelo de vida ideal encerrados sobre sí mismos, que es la explicación que don Robustiano da a la cantidad de muchachas que profesan en los centros donde han sido educadas.

En su edición de *LR*, Sobejano escribe con respecto a Ana Ozores:

> En ella [Ana] se personifican los desvaríos a que conduce el aburrimiento de la vida en una sociedad que no ha sabido vigorizar el espíritu de la mujer por medio de una educación fuerte, y la deja entregada a la ensoñación pietista, tan diferente de la verdadera piedad y a los riesgos del frívolo trato elegante, en el cual los hombres, llenos de vicios, e incapaces de la vida seria y eficaz, estiman en las mujeres el formulismo religioso como un medio seguro de reblandecer sus voluntades. (Sobejano, 1981, vol I, pág. 88).

Cuando trata de la educación de Ana Ozores, Clarín nos la presenta básicamente como carente de planificación. Ana es también huérfana como Renée y como Clotilde (la importancia de la madre en la educación es clara en el autor español y en el francés, y no sólo por motivos simbólicos pero en este estudio no vamos a abordar este tema aunque es muy interesante y no podemos compartir las teorías que Valis (1981) tiene sobre el asunto por completo). El padre de Ana, don Carlos Ozores es un hombre inteligente y con una formación científica: ha sido ingeniero militar, tiene ideas liberales que contrastan con el conservadurismo de la clase a la que pertenece y que lo acusa de masón y ateo; el bueno de don Carlos junto con su especial círculo de librepensadores, muchos de ellos por la conveniencia de vivir del dinero de Ozores, será la escuela en los años primeros de Ana; posteriormente cuando don Carlos interviene en política de forma activa piensa que "un conspirador no puede tener consigo una niña sin

madre" hay que buscar quien se haga cargo de Ana y de su educación:

> [...]Le hablaron de colegios, pero los aborrecía. Tomó un aya, una española inglesa que en nada se parecía a la de Cervantes, pues no tenía encantos morales, y de los corporales, si de algunos disponía, hacía mal uso. Esto lo ignoraba don Carlos, que admitió al aya en calidad de católica liberal. (*LR*, 66).

Doña Camila "preparó a la infancia de Ana Ozores un verdadero gimnasio de moralidad inglesa" sin ninguna posibilidad de expresar ningún tipo de sentimientos, justo una niña con la carencia afectiva de su orfandad; la norma a seguir era la disciplina, cualquier falta contra esta regla fundamental acarrea castigos a base de encierros y ayunos. Este proceso empezó a los cuatro años; a los seis, Anita está bien acostumbrada, pero a pesar de su poca edad, la pequeña tiene un orgullo que la hace despreciar con altanería los castigos y en lugar a recurrir al llanto delante de la institutriz, llora a solas en el mundo que se ha construido y ante los demas adopta una actitud indiferente e intenta pasar desapercibida en su introversión: encerrada en sí misma puede dejar volar su imaginación dando forma fantástica a los cuentos y retazos de comentarios que oye a los criados y a los campesinos de la aldea de Loreto, pues por fortuna vive en el mundo rural y siempre que puede se escapa a perderse en el campo o en la playa donde tiene unos horizontes naturales ilimitados para idealizar.

El descubrimiento de la lectura es decisivo en la vida de Ana:

> La idea del libro, como manantial de mentiras hermosas, fue la revelación más grande de toda su infancia. ¡Saber leer! Esta ambición fue su pasión primera. Los dolores que doña Camila le hizo padecer antes de conseguir que aprendiera las sílabas, perdonóselos ella de todo corazón. Al fin supo leer. Pero los libros que llegaban a sus manos no le hablaban de aquellas cosas con que soñaba. No importaba; ella les haría hablar de lo que quisiese. (*LR*, 68).

Lo mismo ocurría con las restantes disciplinas: la historia, la mitología, la historia sagrada, la geografía, etc., Ana añadía lo que faltaba para hacer más ameno lo aprendido, lo humanizaba a su manera integrándose ella misma en los relatos y viajaba lejos, muy lejos de doña Camila por aquellos mapas inmensos. Pero todo esto era su mundo silencioso en el que la disciplina y la implacable e inmoral conducta de la institutriz la habían encerrado. Como es lógico la educación religiosa de Ana es la convencional, igual que la descrita por Zola para las niñas francesas ya fuera en el pensionado o en la casa:

> [...]Doña Camila entendía el cristianismo como la geografía o el arte de coser y

planchar; era una asignatura de adorno o una necesidad doméstica. (*LR*, 72),

es decir, la religión es una disciplina más que deben conocer las personas como Dios manda, la garante del orden social y la moralidad establecida. Doña Camila, con su sequedad y su enseñanza inhumana, está muy lejos de las creencias imbuidas por Martine en Clotilde y que el doctor Pascal respeta porque aunque no las comparte, comprende el sentimiento de "la alegría de creer", algo que Clarín ve necesario en la educación en el cristianismo, la consideración de la religión como un sentimiento que consuela:

> [...]Nada le dijo [doña Camila] contra el dogma, pero jamás la dulzura de Jesús procuró explicársela con un beso de madre. María Santísima era la Madre de Dios, en efecto; pero una vez que Ana volvió del campo diciendo que la Virgen , según le constaba a ella, lavaba en el río los pañales del Niño Jesús, doña Camila, indignada, exclamó:
>
> -*¡Improper!* ¿Quién le inculcará a esta chiquilla estas sandeces del vulgo? (*LR*, 72).

Obviamente es la gente del pueblo con la que le gusta andar a Anita en sus escapadas la que le da esta visión tierna y humanizada de los temas sagrados y sus personajes; la imaginación de la niña pone lo demás, pero a ello hay que añadir el excepticismo religioso de su padre que, en la situación anterior sin ir más lejos, aprueba hasta cierto punto el criterio de la institutriz, la razón es que:

> [...]precisamente él creía que el Misterio de la Encarnación era como la lluvia de oro de Jupíter; y remontándose más, en virtud de la Mitología comparada, encontraba en la religión de los indios dogmas parecidos. (*LR*, 72).

El punto de vista de don Carlos Ozores es, por tanto, muy diferente a las otras ideas que Ana va recogiendo. La niña tiene que codificar en su cerebro informaciones diversas y contrarias, adaptarlas con cierta coherencia a un sistema lógico entre la amalgama desordenada de ideas que ha acumulado, como hizo la Pauline zoliana; pero a diferencia de esta muchacha francesa, Anita no tiene en su infancia un primo un poco más mayor que ella que, aunque con burlas, le aclare las dudas o, por lo menos, con quien poder intercambiar ideas e impresiones; el amigo de Ana es Germán, un chico de pueblo sin otra educación que la que le va dando la vida. También Pauline cuenta con el doctor Cazenove, asombrado por la autoformación de la muchacha, para poder conversar algunas veces. Ana no puede recurrir a su padre ni a ninguno de los amigos de éste, sus explicaciones son pura teoría, enumeración

de conceptos y datos.

El episodio de Ana y Germán en la barca, la calumnia que le levanta la horrible doña Camila, el estupor y la descalificación que hacen las tías cuando son informadas pérfidamente por la institutriz, marcan la vida de Ana: la importancia de las apariencias se descubre brutalmente a sus ojos. Ella ha tenido un comportamiento correcto, no piensa haber obrado mal porque no se siente culpable de nada; pero es considerada una joven pervertida por el aya y sus tías, ella es igual que su madre, la modista italiana, un símbolo de perversión por la humildad de su origen para toda la "gente decente" que rodea a Anita; "el instinto, la sangre... No basta la educación contra la naturaleza", exclama doña Camila. Para dificultar la situación, en estos momentos críticos, su padre está en el exilio por sus actividades políticas, cuando regresa Ozores amnistiado termina el tormento de la institutriz, Ana, ahora, vive con su padre primero en Madrid y después de vuelta en Loreto. La joven siente a la vez respeto y lástima por su padre. Anita se sumerge en la lectura, las *Confesiones* de San Agustín le impresionan y sigue con libros de este tipo que la llevan al éxtasis místico y empieza a buscar refugio en la religión, igual que hace Marthe Mouret en *La conquête* ante un mundo real que no le gusta en absoluto.

Al morir su padre, Ana se marcha a vivir a Vetusta con susdos tías paternas. Casualmente oye una conversación de sus tías en la que se habla de su situación económica y de los temores de las buenas señoras por lo que decían que había ocurrido en la barca, entonces la muchacha comprende que debe cumplir con los deseos de sus familiares y casarse. Las señoritas Ozores comienzan ahora la educación de Ana con el fin de hacerla una mujer de mundo dentro de la decencia, para ello hay que guardar las apariencias practicando lo que ellas llaman "el ten con ten", es decir, continuar con el comportamiento hipócrita aprendido en Loreto en todas sus acciones, incluso las religiosas, pues doña Águeda y doña Anunciación Ozores no son muy devotas y aman la religión porque es un distintivo de su clase y si hubieran tenido que elegir entre "una Visita a la Corte de María y a la tertulia de Vegallana, María Santísima, en su inmensa bondad, hubiera perdonado, pero ellas hubieran asistido a la tertulia" (*LR*, 84).

Una vez casada se considera que ha terminado la educación de la joven Ozores, pero esto es sólo para las tías. Ana, en realidad, arrastra un sentimiento de vacío en su soledad que provocará los acontecimientos de la novela.

El hecho de que Ana Ozores nunca haya podido contrastar sus opiniones con nadie durante su infancia y primera juventud perdura ahora. Por lo menos intercambiar ideas con alguien que sea sincero con ella: el Magistral y don Álvaro la quieren cada uno para sí mismo

y no son neutrales; don Víctor es obvio que no puede ser el compañero que le aclare sus dudas, quizá la persona que está más cercana para poder cumplir esta misión es Frígilis, pero cuando Ana comprenda esto ya será demasiado tarde. En oposición a la situación de la Regenta, la Clotilde zoliana constantemente puede recibir informaciones y comentarios del doctor Pascal, que ha sabido ordenar y dirigir su educación desde el principio. Es también interesante que tanto la Regenta como Clotilde lleguen a ser mujeres de hombres que pueden, por su edad, ser sus padres, pero mientras Ana sigue pensando independiente de don Victor, Clotilde no, es un producto de su tío, Pascal morirá sabiendo que Clotilde espera un hijo, el proceso cíclico vital está logrado.

Frente a la crítica a la educación basada en una moral hipócrita y timorata, y un concepto de la religión como distintivo de clase, la propuesta de Zola y Clarín es la educación en la ciencia; el educador ideal para Zola es sin duda el doctor Pascal, quien, a pesar de ser agnóstico, respeta las creencias religiosas aunque para él su fe está en la vida y en la ciencia. El educador ideal de Clarín sería Tomás Crespo, Frígilis, el amigo de las familias Ozores y Quintanar, considerado como un chiflado por la clase ya que vive consagrado a sus investigaciones y aficiones naturalistas, pero que sabe al final acompañar a la Regenta en su desgracia y que para entretenerla intentará aficionarla a sus experimentos con plantas.

Pero, de todas maneras, el esquema educativo de Clarín no es tan progresista, por llamarlo de alguna forma, como el de Zola, incluso en *LR* que es la obra a las que nos ceñimos en este trabajo (si estudiáramos aquí *Un Discurso* tendríamos que hacer una serie de matizaciones que ahora no vienen a cuento); así lo piensa Vidal Peña (1981, pág. 40). Don Carlos Ozores cuando habla de la educación que cree conveniente para su hija dice:

> -Yo quiero -concluía- que mi hija sepa el bien y el mal para que libremente escoja el bien; porque si no, qué mérito tendrían sus obras?

Clarín añade:

> Sin embargo,si su hija fuese funámbula y trabajase en el alambre, don Carlos pondría una red debajo, aunque perdiese mérito el ejercicio. (*LR*, 73).

Es decir, es necesario un cierto control en la educación por parte del educador hasta un cierto punto, idea que el zoliano doctor Pascal también expresa cuando tiene lugar la breve etapa de fanatismo religioso de su sobrina, entonces el médico lamenta no haber fiscalizado más la influencia del ama Martine.

La madre como educadora.

Hemos dejado este tema para este capítulo porque la carencia o la posesión de la madre van a ser tan fundamentales como la educación para el desarrollo de los personajes protagonistas de *LR* y los de algunas novelas de los *Rougon-Macquart*, y, como ya hemos señalado, los curas no son excepción. Es bastante frecuente la aparición de personajes huérfanos, Ana Ozores, sin ir más lejos, es huérfana de madre desde sus primeros tiempos y, en su primera juventud, muere su padre también. En la obra de Zola son muchos los protagonistas que se encuentran en esta triste circunstancia, por ejemplo, Silvère y Miette, los protagonistas del primer libro de la saga, *La fortune*, ambos son huérfanos y esa carencia familiar hace que se haga indestructible la unión entre ellos. Renée, de *La curée*; a Pauline, a la que conocimos como una niña muy pequeña en *Le ventre*, la volvemos a encontrar tras la muerte de sus padres, como protagonista de *La joie*. En idéntica situación está la Denise de *Au Bonheur*, la Christine de *L'oeuvre*, la Séverine de *La bête* y la Clotilde de *El doctor*. Absolutamente todos los personajes huérfanos son protagonistas de las novelas en las que aparecen, para todos el hecho de la orfandad se convierte en determinante porque salen en desigualdad de condiciones con respecto a otros personajes de cada novela en cuanto a lo que a seguridad se refiere y rápidamente luchan y buscan con energía salir de su soledad diferenciadora. Algunos huérfanos consiguen encontrar un sustituto materno o paterno, o los dos a la vez, de calidad superior al progenitor genético, como es el caso de Clotilde, recogida por su tío Pascal. En otros casos el triunfo a esta etapa primera de amargura solitaria se consigue al fundirse con la pareja, como ocurre con el caso de Silvère y Miette, de Denise y Octave, o con Christine y Claude. Pauline ha sido recibida y educada por su tía política que, si bien no le ha dado ternura, la ha hecho curiosa e independiente, quizá por la propia dejadez con que ha permitido crecer a una muchacha inteligente a su libre albedrío. Ana Ozores y Renée fracasan estrepitosamente en sus vidas y un motivo fundamental para tal estado extremo de cosas viene determinado, sobre todo en el caso de Ana, por no haber habido una identificación, algún tipo de correspondencia tierna entre la pareja de la que forman parte.

En el lado opuesto están aquéllos personajes que viven, muy cerca de sus madres. Tal es el caso de don Fermín De Pas, de *LR*, y de los curas abbé Faujas, de *La conquête*; y abbé Mouret, de *La Faute*. Aunque no compartimos más que parcialmente la teoría de Valis (1979) en lo que respecta a la importacia de lo maternal en los dos autores estudiados, estamos de acuerdo en lo trascendente del tema, la divergencia está en el enfoque que da la investigadora citada. Hay que resaltar que precisamente los tres curas De Pas, Faujas e, incluso, Mouret, son

lo que son a causa de sus madres. En *LR* queda claro en la descripción de la infancia de don Fermín toda la labor de doña Paula; en *La conquête*, se intuye algo similar en los principios de Faujas. Marthe Mouret ha sido el refugio y el aliento del temperamento místico de su hijo Serge. Los tres hombres serían imposibles de entender si no fuera por la relación, diferente en cada uno de los tres casos citados, que han mantenido con sus madres.

La maternidad se convierte en una fuerza central en Clarín y en Zola. En el caso del asturiano, la maternidad bien entendida no es superable por nada y se convierte en razón justificativa de un comportamiento moral: la Regenta llega al adulterio entre otras cosas por no ser madre; después de la Misa del Gallo, Ana Ozores se dirige al cuarto de don Víctor añorando el niño que no tiene y que le acaba de nacer a la Virgen, a esa Virgen que se parece tanto a Ana, en la advocación de la Virgen de la Silla de la catedral vetustense. Pero don Víctor está enfrascado en una de sus solitarias representaciones teatrales y la Regenta vuelve a su dormitorio y deja volar su imaginación por donde no iría si hubiera tenido el hijo en el que se habría volcado por completo y por el que jamás habría llegado al adulterio. Entonces, la ausencia del hijo es también determinante, como lo es la esterilidad y en eso sí coincidimos con la opinión de Valis en que la esterilidad de los personajes de Zola y de Clarín establece equivalencias con la decadencia y degeneración de la sociedad sobre la que ambos autores escriben. Pero el caso que presenta Zola es diferente: Marthe Mouret demuestra que hay una fuerza superior al instinto maternal: la pasión amorosa. Marthe confiesa a l'abbé Faujas que ha hecho que sus hijos se marcharan de casa y que su hija discapacitada sea llevada con su antigua nodriza con objeto de poder tener tiempo y lugar libre para estar con el cura del que se ha enamorado. El final de Mme. Mouret es la muerte y el de Ana Ozores no parece, en el fondo, muy distinto; pero la maternidad en las dos novelas, entre las que algunos estudiosos han establecido similitudes, se expresa y se soluciona de formas que se excluyen entre sí, o mejor, se contradicen o se oponen.

## VIII. EL AMOR Y LA MÍSTICA

### A). El amor

<u>La religión en el amor. El amor en la religión</u>.

> "Je suis bien vieux, ma fille, murmura-t-il [l'abbé Jouve], j'ai vu souvent des femmes qui venaient à nous, avec des larmes, des prières, un besoin de croire et de s'agenouiller... Aussi ne puis-je me tromper aujourd'hui. Ces femmes, qui semblent chercher Dieu si ardemment, ne sont que de pauvres coeurs troublés par la passion. C'est un homme qu'elles adorent dans nos églises..." (*Une page*, 273).

Así habla l'abbé Jouve a Hélène, la protagonista de *Une page*. Hélène, una viuda joven con una hija pequeña enferma, se ha enamorado de un médico casado, el doctor Debérle, su vecino. Hélène, una mujer inteligente y sencilla, no ha sido nunca una beata, ni siquiera muy practicante en cuestiones religiosas. Los síntomas del amor de esta señora por el médico que cuida a su hija comienzan a manifestarse de forma intensa en el tiempo en que la niña se prepara para la primera comunión y sigue las ceremonias del mes de mayo, o mes de María, en la iglesia. Una tarde, a la salida del templo tras las ceremonias preparatorias

> Déjà, dans l'église parfumée des fleurs du mois de Marie, elle avait eu des attendrissements pareils. Le vaste horizon de Paris, au crépuscule, la touchait d'une profonde impression religieuse [...] Elle aurait joint les mains et balbutié des prières. Un besoin de foi, d'amour, d'aneantissement divin, lui donnait un grand frisson. Et c'était alors que le lever des étoiles la bouleversait d'une jouissance et d'une terreur sacrées. (*Une page*, 270).

Hélène tiene la fortuna de contar con l'abbé Jouve, un viejo amigo de su difunto marido, que más por una gran amistad que por su estado sacerdotal, junto con su hermano, M. Ramboud, la ha aconsejado y acompañado desde la muerte de su esposo. Con sus palabras, el cura, de forma clara y directa intenta atajar un sentimiento de piedad falso y, llamando a las cosas por su nombre, actua con objeto de solucionar el problema de su amiga de la manera menos dolorosa y más eficaz. L'abbé Jouve ya anteriormente había aconsejado a esta mujer que debía volver a casarse, incluso le ha sugerido que lo haga con M. Rambaud, del que conoce perfectamente los sentimientos de cariño y respeto hacia Hélène y su hija que, a su vez, está encantada con el hermano del cura. Cuando Hélène le dice al sacerdote quién es el hombre a

quien ella realmente ama no hace más que confirmar las sospechas de l'abbé Jouve el cual, una vez informado, sigue aconsejando a su amiga el matrimonio cuando ella le confiesa

> "Enfin, je suis à bout de force... Vous aviez raison, mon ami, cela me soulage de vous confier ces choses... Mais, je vous en prie, dites moi, ce qui se passe au fond de mon coeur. J'étais si calme, j'étais si heureuse. C'est un coup de foudre dans ma vie. Pourquoi moi? pourquoi pas une autre? car je n'avais rien fait pour cela, je me croyais bien protégée... Et si vous saviez! Je ne me reconnais plus... Ah! aidez-moi, sauvez-moi!". (*Une page*, 274).

El cura seguirá insistiendo en la necesidad de nuevas nupcias.

> "Vous épouserez un honnête homme qui sera un père pour votre Jeanne et qui vous rendra à toute votre loyauté.

Cuando Hélène comenta que no ama al candidato, l'abbé Jouve prosigue

> - Vous l'aimerez, ma fille... Il vous aime et il est bon." (*Une page*, 276).

Hélène conoce pues a la perfección la naturaleza de su sentimiento, no se engaña, sabe con exactitud lo que necesita y es precisamente un sacerdote quien le aconseja la solución acertada, aunque la persona amada resulte imposible, y entonces sea necesario acudir a un sustituto que sólo con el tiempo y por el ejercicio de sus buenas cualidades podrá ser querido. El dilema de la protagonista es elegir entre el amor-pasión o el amor-ternura sensata.

Esta claridad de ideas, este análisis de cada sentimiento evitando sublimaciones y confusiones no es el normal en bastantes personajes de los *Rougon-Macquart*, especialmente en Marthe Mouret, la protagonista femenina de *La Conquête*, y en Serge Mouret, hijo de la anterior y protagonista masculino de *La Faute*. La misma problemática encontramos en los personajes de *LR*. Sobre la mezcla, confusión e identificaciones falsas de religión, amor y erotismo en la novela de Alas se ha hablado y escrito bastante desde las tesis de Brent (1951), Nimetz (1971), Rutherford (1974), García Sarriá (1975), principalmente. Aquí nos vamos a ocupar en exclusiva de la comparación de simbolizaciones que realizan los diferentes protagonistas de ambas obras, *LR* y *Los Rougon-Macquart*, y nos centraremos en concreto en aquellas que hacen los sacerdotes o personas directamente influenciadas por ellos, que, a diferencia de la clarificación de ideas realizada por l'abbé Jouve, pueden llevar al personaje a un cuadro completo de histeria y desembocar en neurosis depresiva y en la muerte, tal y como

le ocurre a Marthe Mouret, para cuya creación Zola había estudiado intensamente los casos clínicos investigados por el profesor Charcot. Pero, insistimos, tanto el autor francés como el español disfrutan describiendo situaciones y comportamientos como consecuencia de la confusión íntima del amor en la religión y la religión en el amor, presentada con gradaciones diferentes, según la intensidad de la pasión o la importancia del protagonista en el conjunto de la novela en cuestión.

Al enfrentamiento práctico a la carencia afectiva de Hélène que hemos visto realizar a l'abbé Jouve, don Fermín, ante el problema de la soledad de Ana, opone un refugio espiritual con un velo de cierta modernidad científica mediante esos símiles aludidos de la salud del alma y del cuerpo y esa consideración que hace de sí mismo como médico higienista del alma, aunque la intención del Magistral, como se sabe, no es exactamente la curación-salvación de Ana Ozores, sino el hermanamiento espiritual con ella que él pretende mediante una relación mística como la medieval de un Abelardo o una Eloísa, o la que a De Pas le recordaba

> [...]una poética narración del impío Renan en que figuraban un fraile de allá de Suecia o Noruega, y una joven devota, alemana, si le era fiel la memoria. De todas suertes eran dos almas que se amaban en Jesús, a través de gran distancia (*LR*, 211).

El rincón espiritual que necesita la señora de Quintanar se encuentra en la religión y la manera de atraer a la nueva hija de confesión ha de ser de una manera amable, que "no se le haga cuesta arriba" a Ana, por lo menos al principio. Por eso De Pas, aunque no le guste en absoluto, hará una adaptación de la religión al ideal estético, como señala Frank Durand (1984), de ahí el siguiente consejo:

> [...]"A la iglesia, hija mía, a la iglesia; no a rezar; a estarse allí, a soñar allí, a pensar allí oyendo la música del órgano y de nuestra excelente capilla, oliendo el incienso del altar mayor, sintiendo el calor de los cirios, viendo cuando allí brilla y se mueve, contemplando las altas bóvedas, los pilares esbeltos, las pinturas suaves y misteriosamente poéticas de los cristales de colores..." (*LR*, 378),

a pesar de no ser su estilo el Magistral no ve otra vía más adecuada a sus intenciones e, incluso, puede sacar un beneficio personal de tales sugerencias:

> Poca gracia le hacía a don Fermín esta retórica, a lo Chateubriand; siempre había creído que recomendar la religión por su hermosura exterior era ofender la santidad del dogma, pero sabía hacer de tripas corazón y amoldarse a las circunstancias. Además, sin que él quisiera pensar en ello, le halagaba la esperanza de

encontrar a menudo en la catedral, en las Conferencias de San Vicente, en el Catecismo, a su amiga, que allí le vería triunfante luciendo su talento, su ciencia y su elegancia natural y sencilla. (*LR*, 378).

Pero la fuerza de la estética de lo religioso es tan grande que afecta de manera muy directa a Hélène, la cual, aunque no ha recibido ninguna indicación de l'abbé Jouve al respecto, se encuentra envuelta en la misma atmósfera de belleza aludida por el Magistral; precisamente ella, que es una mujer que no ha recibido ningún tipo de educación devota. Igual le ocurre a su amiga y asidua acompañante a estas prácticas del mes de Mayo, Mme Deberle, la cual sí se ha formado en un pensionado de monjas y, en estas tardes en la iglesia, recupera el sentimiento un tanto frívolo que sobre la religión y su ritual había en su colegio de la juventud:

> [...]en entrant dans l'église chaude, toute brasillante de cierges, c'était une sensation de mollesse et d'apaisement, qui peu à peu devenait nécessaire à Hélène. Lorsqu'elle avait eu des doutes dans la journée, qu'une anxieté vague l'avait saisie à la pensée d'Henri, l'église le soir l'endormait de nouveau. Les cantiques montaient, avec le débordement des passions divines. Les fleurs, fraîchement coupées, alourdissaient de leur parfum l'air étouffé sous la voûte. Elle respirait là toute la première ivresse du printemps, l'adoration de la femme haussée jusqu'au culte, et elle se grisait dans ce mystère d'amour et de pureté, en face de Marie vierge et mère, couronnée de roses blanceheS. *(Une page*, 198).

Hasta, Henri, es decir, el doctor Deberle, para quien no hay otra credo que la ciencia, parece afectado por ese ambiente ideal cuando espera a su esposa, a Hélène y a los niños cada tarde a la salida de la iglesia. Cuando al final del mes de Mayo, la hija de Mme. Grandjean empeora, Hélène en su pasión ciega de madre llega a desconfiar justo de ese lugar maravilloso y del tiempo que ha pasado allí, incluso llega a hacerlo responsable de la enfermedad

> "Cést cette église! c'est cette église!" répétait-elle avec une violence où il y avait le regret et le reproche du mois de tendresse dévote qu'elle avait goûté là. (*Une page*, 206).

Si estos fenómenos pueden operarse en Mme. Grandjean, conocedora de su estado de soledad, y hasta parecen hacer mella en el escéptico doctor Deberle, la influencia de la religión o de la estética de la religión en mujeres con problemas de este tipo es mayor. Hay que recordar también que el tema central de *Le rêve* es en gran medida la estética de la religión, con esta novela Zola paga tributo al deísmo en boga durante este tiempo.

En *La Conquête*, l'abbé Faujas provocará intencionadamente el estado de carencia en

Marthe Mouret, que hasta entonces se había mantenido en nivel inconsciente, con objeto de utilizarla para sus fines de alcanzar el poder.

En *Pot-Bouille*, en esa casa de vecinos cuyo ambiente nos puede hacer pensar en *Manhattan Transfer* de Dos Passos o en *La Colmena* de Cela, el joven Octave, hijo del matrimonio Mouret protagonista de *La Conquête*, recién llegado a París, mientras empieza a labrarse su brillante porvenir en el comercio, establece una serie de relaciones erótico-sentimentales con varias mujeres inquilinas del mismo edificio algunas de las cuales realizan esta mezcla en su sensibilidad o buscan en la religión o en el trato con religiosos una cierta consolación a su problemática afectiva. Tal es el caso de Marie, la jovencísima Mme. Pichon, cuyo marido, el también jovencísimo Jules, la tiene un poco descuidada y aburrida en casa obsesionado con su trabajo; Marie vive dedicada por completo a su bebé casi recién nacida y se halla en plena depresión postparto. Octave llega a ser un breve amante de la joven, que en su confusión no llega a comprender lo que le pasa y lo que necesita y que al encontrarse con Mouret en la escalera del inmueble le habla de su malestar, claramente histérico, y de cómo ha encontrado mejoría al ir a la iglesia:

> Elle semblait ivre, le visage gonflé, comme au sortir d'un sommeil trop lourd.
> -Oui, oui, dit-elle avec effort. Oh! j'ai passé une journée, la tête dans les mains, enfoncée là-dedans... Quand ça vous prend, on ne sait plus où l'on est... J'ai très mal au cou.
> Et, courbaturée, elle ne parla pas davantage du libre [un préstamo interesado de Octave], si pleine de son émotion, des rêveries confuses de sa lecture, qu'elle souffoquait. Ses oreilles bourdonnaient, aux appels lointains du cor, dont sonnait le chasseur de ses romances, dans le bleu des amours idéales. Puis, sans transition, elle dit qu'elle était allée le matin à Saint-Roch entendre la messe de neuf heures. Elle avait beucoup pleuré, la religión remplaçait tout.
> - Ah! je vais mieux, reprit-elle en poussant un profond soupir et en s'arrêtant devant Octave. (*Pot-Bouille*, 102).

Inmediatamente después hay una relación sexual entre ambos.

Otra relación curiosa es la de este joven comerciante y Mme. Juzeur, también vecina de la casa. Es esta una hermosa señora de treinta y dos años a la que le gusta alardear de su mucha edad, experiencia y sufrimiento, pues su marido se marchó una mañana a los diez días de casados y, desde entonces, nunca más se supo de él. A pesar de sus constantes alusiones a los contratiempos que le ha tocado vivir y a su soledad inconsolable, lo cierto es que Mme. Juzeur está siempre acompañada por jóvenes como Octave o por sacerdotes en cuya charla

encuentra dicha señora el consuelo de la religión. Veamos qué ocurre en una de las primeras visitas de Octave a la dama:

> Il [Octave] lui avait repris la main. Mais, cette fois, il l'ouvrait, la baisait sur la paume; et, les yeux demi-clos, tournant le jeu en plaisanterie, elle écartait les doigts, comme une chatte qui d'etend ses griffes pour qu'on la chatouille sous les pattes. Elle ne lui permit pas d'aller au-dessus du poignet. Le premier jour, il y avait là une ligne sacrée, où le mal commençait. (*Pot-Bouille*, 142).

En este momento, Louise, la joven huérfana recogida por esta señora en su casa como sirvienta, le anuncia la llegada habitual del sacerdote y

> Elle l'emmena [a Octave] dans la salle a manger, pour laisser le salon au prêtre, que Louisse introduisait. Là, elle l'invita à revenir causer. Cela lui ferait un peu de société; elle était toujours si seule, si triste! Heureusement, la religion la consolait. (*Pot-Bouille*, 142).

¡Una vida en efecto solitaria la de Mme. Juzeur entre sus charlas amorosas y sus charlas religiosas con sus pequeños amantes y sus curas! Pero para esta señora no hay ninguna diferencia y la consolación que encuentra con unos y con otros alivia de igual forma la soledad.

Zola incluso, en *Le Docteur*, llega a hablar de cómo científicamente es posible esta mezcla del sentimiento religioso y el sentimiento amoroso, pues los dos tienen el mismo origen en la pasión aunque después se diversifiquen en dos ramas. Cuando el doctor Pascal explica a su sobrina Clotilde el árbol genealógico de la familia Rougon-Macquart, que celosamente viene estudiando desde sus orígenes, al hablar de su sobrina Angélique, hija de su hermana Sidonie Rougon y prima de Clotilde, que es también otra Rougon, dice:

> [...]Angélique, ce lis pur, naît de la louche Sidonie, dans l'envolée qui fait les mystiques ou les amoureuses, selon le milieu. (*Le Docteur*, 161).

Pero en algunos casos la fusión puede ser total, o quererlo así el personaje, como es el deseo de l'abbé Serge Mouret en *La faute*. Ya hemos hablado de las especiales características de este muchacho y del entorno familiar en que ha vivido. Serge representa al místico y pretende llegar a la fusión completa en el amor a Dios a través del amor a la Virgen, en la que realza precisamente su faceta de virgen y madre simultáneamente pero prefiriendo la virginidad. Cuando Serge conoce a Albine y se enamora, aunque no sabe realmente que se ha enamorado pero sí intuye un sentimiento que pone en peligro su amor espiritual, en un

principio establece una identificación de Albine con la Virgen, ambas muchachas jóvenes, castas y hermosas, porque el físico de Albine coincide con el de las representaciones de la Virgen María en las estampas que Serge ha coleccionado desde la infancia. El segundo paso es desear mantener a toda costa un amor puro y casto, y se encomienda a la Virgen como madre para conseguir su ayuda:

> -Mère très pure, Mère très chaste, Mère toujours vierge, priez pour moi! balbutia-t-il peureusement, se serrant aux pieds de la Vierge, comme s'il avait entendu derrière son dos le galop sonore d'Albine. Vous êtes mon refuge, la source de ma joie, le temple de ma sagesse, la tour d'ivoire où j'ai enfermé ma pureté. Je me remets dans vos mains sans tache, je vous supplie de me prendre, de me recouvrir d'un coin de votre voile, de me cacher sous votre innocence, derrière le rempart sacré de votre vêtement, pour qu'aucun souffle charnel ne m'atteigne là.[...]Vous êtes le prodige d'eternelle chasteté. votre race a poussé sur un rayon, ainsi qu'un arbre merveilleux qu'aucun germe n'a planté.Votre fils Jésus est né du souffle de Dieu, vous-même êtes née sans que le ventre de votre mère fût souillé, et je veux croire que cette viginité remonte ainsi d'âge en âge, dans une ignorance sans fin de la chair! Oh! vivre, grandir, en dehors de la honte des sens! Oh! multiplier, enfanter, sans la nécessité abominable du sexe, sous la seule aprroche d'un baiser céleste! (*La faute*, 145).

De forma parecida prosigue la larga petición de Serge a la Virgen, al término de la cual, el joven clérigo cae desvanecido. Así termina el capítulo y la primera parte de la novela. Al empezar la segunda parte sabemos que Serge ha sido presa de una crisis nerviosa con fiebre muy alta que le ha puesto al borde de la muerte. Su tio, el doctor Pascal, lo ha llevado al Paradou, una gran finca aristocrática abandonada al único cuidado de un viejo volteriano y de su sobrina Albine, una muchacha a la que el anciano, como ya dijimos en su momento, ha educado según las ideas enciclopedistas tal y como él las entiende. Serge consigue sobrevivir pero ha perdido por completo la memoria de quién era y había sido, de su estado sacerdotal y de que ya había conocido a Albine poco antes de enfermar.Conocer a esta chica fue desencadenante de la crisis que le ha puesto en ese estado amnésico, porque l'abbé Mouret no confunde, Serge se enamora de la muchacha sin saber nada de los impedimentos de su sacerdocio. Serge ha necesitado olvidar, su misticismo es tan fuerte que anula cualquier identificación en el estado consciente y mientras antes adoraba a Dios en el amor a la Virgen María, ahora adora a la muchacha, que se ha convertido en su todo y que, en su ingenuidad al no haber recibido ningún tipo de advertencia, ha pensado que cuando le confiaron al joven a su cuidado había dejado de ser sacerdote. No hay ninguna confusión pues, sino un olvido total, y, desgraciadamente para los jóvenes amantes, pasajero. El hermano Archangias, el

misógino, a modo de serpiente del Paraíso de los Primeros Padres, será el encargado de volver a l'abbé Mouret a la realidad, y, con ello, provocar la ruptura de la relación con la muchacha del Paradou, pues el joven sacerdote no puede asimilar en su alma y su cerebro lo que su corazón y su cuerpo desean, y decide encerrarse en la penitencia más atroz para purgar su pecado cuando comprende que su amor místico no es posible porque ha conocido su amor de hombre. En el caso de Mouret hay siempre una separación entre amor humano y amor religioso, que él decide a favor del amor religioso; Albine, por el contrario, que no conoce nada más que su propia experiencia de felicidad semisalvaje en medio del gran jardín, rechaza este amor religioso que para ella si simboliza algo no es más que la muerte, porque va contra los sentimientos naturales más normales y sencillos, pero muere ella misma al no conseguir que Serge la siga.

No están las cosas tan claras para Fermín de Pas y Ana Ozores.

Sobre la señora de Quintanar ya se ha escrito mucho para hablar de su confusión entre erotismo y amor místico a causa de su carencia afectiva más elemental desde su infancia: huérfana de madre, con un padre que, aunque es una excelente persona, no ejerce su paternidad y se pasa la vida conspirando y filosofando; con un marido después que es una continuación de su padre sólo que cambia la confabulación política y la filosofía por la caza, los descubrimientos científicos y el teatro. Sin un hijo, porque Clarín da por hecho, o así lo cree su personaje, Ana Ozores, que si ella hubiera tenido un hijo se hubiera volcado en él por completo, le hubiera dedicado toda su vida y no habría tenido otras ensoñaciones similares a las que a otras madres como son Emma Bovary y Marthe Mouret -aunque Ana obviamente no las conoce, pero Clarín sí- han llevado al adulterio y a la muerte respectiva. Si hubiera tenido un hijo no experimentaría esas ansias y esos desasosiegos que son todo un cuadro de histeria depresiva, pero no ha sido así y en su estado de confusión no le queda otra salida a la Regenta, como dice Sobejano en su edición (1981) no le queda otra opción que "perderse por lo laico o por lo clerical", si bien, prosigue este crítico al comparar *LR* con *La Conquête*

> [...]Clarín entendía que la fuerza del temperamento no excluía la lucha entre éste y la conciencia moral, por lo que, refiriéndose precisamente a esa novela de Zola [*La conquête*], reprochaba en 1881 a Brunetière que redujese el naturalismo a mera fisiología, señalando que Marta Rougon, "a pesar del temperamento, lucha por el bien" como por él luchaban hasta cambiar su temperamento, Teresa Raquin y su amante (Sobejano, 1981, pág. 40).

También se ha hablado mucho del Magistral pero nosotros vamos a presentar sus acciones y sentimientos en comparación con los del enamorado sacerdote Serge Mouret y el

ambicioso cura Faujas, con los que presenta puntos en común según la relación de personajes homólogos o parecidos a los cuales hemos hecho referencia..

Fermín de Pas confunde, o quiere confundir al principio amor y religión a través de un setimiento espiritualista; pero esto se debe a que duda al no tener certeza de lo que Ana piensa y siente. Hasta empezar su relación con la Regenta, el Magistral con su pragmatismo había podido distinguir perfectamente y, si bien había renunciado al amor a cambio del poder y el dinero ( sobre todo el poder, el dinero, como sabemos le interesa más a su madre), no había renunciado a la satisfacción de sus instintos físicos, "él era un hombre", y no veía ningún incoveniente en disfrutar de las sirvientas de su casa "que dormían cerca de él" y hacer la representación hipócrita junto con las mismas doncellas y su propia madre que se las busca, de su pureza incuestionable de sacerdote.

El comienzo de su trato como director espiritual de la Regenta, el Magistral se lo plantea como otra conquista de poder, de su prestigio, como cura, como confesor, no como hombre; hasta aquí el hombre estaba aletargado, a veces sólo surgía el macho, pero lo que prevalecía era el sacerdote ambicioso. Al entrevistarse con Ana Ozores se da cuenta del valor de esta mujer y empieza a operarse un cambio en él que también tenía como neutralizada una parte de su ser al no tener medio de expresión ni la comprensión de nadie:

> "Aquel anhelo que sentía De Pas antes de conversar en secreto con aquella señora había sido un anuncio de la realidad. Sí, sí, era aquello algo nuevo, algo nuevo para su espíritu, cansado de vivir nada más que para la ambición propia y para la codicia ajena, la de su madre. Necesitaba su alma alguna dulzura, una suavidad de corazón que compensara tantas asperezas... ¿Todo había de ser disimular, aborrecer, dominar, conquistar, engañar?"(*LR*, 206).

A partir de aquí empieza el nuevo engaño, don Fermín se miente a sí mismo al no querer llamar las cosas por su nombre e intentar con su pragmatismo habitual sacar el mayor partido, pero al mismo tiempo tiene que empezar a elaborar una estrategia que sirva para atraer y retener a Ana a su lado. Hay que andar con cuidado para no asustar a la Regenta con una carga excesiva al principio, hasta que, tras las primeras largas conferencias, muy bien llevadas con "la consabida *higiene espiritual*" que permiten a la señora de Quintanar relajarse y tomar confianza, Ana se decide y

> Una mañana ella le habló por fin de sus ensueños; cada palabra iba cubierta con un velo; pocas bastaron al Magistral para comprender; la interrumpió, le ahorró la molestia de buscar las pocas frases cultas con que cuenta nuestro rico idioma para expresar materias escabrosas; y aquel día pudo ser, merced a esto, la conferencia tan

ideal y delicada en la forma como todas las anteriores. Pero él entró en el coro menos tranquilo que solía. Arrellanado en su sitial del coro alto, manoseando los relieves lúbricos de los brazos de su silla, De Pas, mientras los colegiales ponían el grito en el cielo, comentaba, como si rumiara, las revelaciones de la Regenta. (*LR*, 330).

Don Fermín, que ya conoce la calidad humana de su nueva hija espiritual, al mismo tiempo que acaricia en el coro con su dedo índice, inconscientemente, los senos de una talla que representa la escena bíblica de Lot con sus hijas, se pregunta al pensar quién es el hombre con quien suefia Ana, "¿Seré yo?"

A las confesiones les suceden las largas charlas en el jardín de los Quintanar, en una de ellas la Regenta descubre algo más en su confesor

> Anita, que estaba en la oscuridad, sintió fuego en las mejillas, y por la primera vez, desde que le trataba, vio en el Magistral un hombre, un hombre hermoso, fuerte; que tenía fama entre ciertas gentes mal pensadas de enamorado y atrevido. En el silencio que siguió a las palabras del Provisor, se oyó la respiración agitada de su amiga. (*LR*, 360).

Ya hay un enredo total entre fines y medios, y al revés. El sacramento de la confesión es para Fermín el pretexto para encontrarse con la amada imprescindible, aunque esté bajo la apariencia querida de hermana menor espiritual, aunque sólo piense en el amor místico de las leyendas religiosas medievales, pero el necesita el pretexto sacramental de la confesión tanto o más que Ana para gozar de un amor que en Fermín tiene mucho más de amor de hombre que de amor de sacerdote místico. Y cuando el Magistral se enfada porque desde la torre de la catedral con su catalejo ha visto cómo Ana en su jardín abandona la lectura que le había recomendado y se marcha cogida del brazo de su marido y ...de don Álvaro, el enemigo, él:

> En vano esperó, con loca esperanza, ver a la Regenta presentarse en la capilla, por casualidad, por impulso repentino, como quiera que fuese, presentarse, que era lo que él quería, lo que él necesitaba. Verdad era que no habían quedado en tal cosa; ocho días faltaban para la próxima confesión, ¿por qué había de venir? "Porque sí, porque él lo necesitaba, porque quería hablarla. decirle que aquello no estaba bien, que él no era un saco para dejarlo arrimado a una pared, que la piedad no era cosa de juego y que los libros edificantes no se tiran con desdén sobre los bancos de la huerta, ni se pierde uno entre los árboles de Frígilis sin más ni más, en compañía de un buen mozo materialista y corrompido". (*LR*, 384).

La novela continúa su avance paralelamente con la fusión de amor y religión en los dos protagonistas, Ana y Fermín, que persisten en evitar llamar las cosas por su nombre aunque

sus objetos de deseo no sean los mismos ni compatibles. Cuando recibe una de las innumerables cartas de la "hermana menor" el Magistral llega al máximo de la felicidad, casi al éxtasis incluso con celos místicos por el espiritual amor que Ana siente por Santa Teresa como le escribe en la carta, para don Fermín

> [...]"Aquello era vivir; lo demás era vegetar. Ana era, al fin, todo aquello que él había soñado, lo que una voz secreta le había dicho el día en que ella se había acercado por primera vez a su confesonario." Seguía el Magistral ocultándose a sí mismo las ramificaciones carnales que pudiera tener aquella pasión ideal que ya se confesaban los dos *hermanos*; no quería pensar en esto, no quería sustos de conciencia ni peligros de otro género, no quería más que gozar aquella dicha que se le entraba por el alma. (*LR*, 444).

Queda pues completamente claro que nada tiene esto que ver con el comportamiento de l'abbé Mouret que desde un principio ha distinguido entre amor humano y amor místico y religión. Cuando el Magistral establece una diferencia es para continuar engañándose, ya que, ante la fuerza de la pasión que siente por la Regenta, el terror de no poder contenerse en algún momento le lleva a desahogar sus deseos con Teresina porque

> [...]vivía ya nada más de esta refinada pasión que según él no tenía nombre, luchaba con tentaciones formidables, y sólo conseguía contrarrestar las rebeliones súbitas y furiosas de la carne con armisticios vergonzosos que le parecían una especie de infidelidad. En vano pensaba: ¿qué le importa a mi doña Ana que mi corpachón de cazador montañés viva como quiera cuando me aparto de ella? Nada de mi cuerpo me pide ella; el alma es toda suya, y nada del alma pongo al saciar, lejos de su presencia, apetitos que ella misma sin saberlo excita; en vano pensaba esto, porque agudos remordimientos le pinchaban cada vez que Ana, solícita y dulce y sonriente, le pedía con las manos en cruz que se cuidara, que no se entregase todas su horas al trabajo y a la penitencia. "¿Qué sería de ella sin él?". (*LR*, 474)

La pregunta es en realidad al revés ¿qué sería de él sin ella? Porque después del desmayo de Ana en los brazos de Mesía mientras bailaba, los dos "hermanos espirituales" conocen lo que sienten y por quién lo sienten, aunque Ana aún no se lo diga expresamente a Fermín, pero Fermín ya si lo declara aunque no abiertamente en la primera gran discusión que tienen:

> -Sí, usted lo ha dicho... Y ése es el camino. Yo sin Dios... no soy nada. Sin Dios puede usted ir a donde quiera, Ana..., esto se acabó. Estoy en ridículo, Vetusta entera se ríe de mí a carcajadas... Mesía me desprecia, me escupirá en cuanto me vea... El padre espiritual... es un pobre diablo. ¡Oh, pero por quien soy...! ¡Miserable! ¡Me

insulta porque estoy preso! (*LR*, 527).

Don Fermín abandona ofuscado la casa de doña Petronila Rianzares, que es donde ha tenido lugar el enfrentamiento, y comprueba con desesperación que Ana no sale tras él para detenerlo y buscar la reconciliación. Pero por su parte las cosas han quedado claras y no hay ningún tipo de metáforas mentirosas, Ana tiene que reconocer que "la amaba un canónigo! y la casa del Obispo Madre se convierte en su cerebro en el lugar donde querían corromperla, un lugar a donde tiene la intención de no volver.

Aunque aún haya una nueva reconciliación, tras haber rechazado en su mente la posibilidad de doblez en el Magistral y culpabilizar exclusivamente a doña Petronila Rianzares de intenciones perversas, y el binomio de la hermandad espiritual funcione de nuevo y dé lugar a escenas como la de la procesión del Jueves Santo con Ana de nazarena en ofrecimiento hecho a don Fermín, la ruptura del doble engaño es inminente. Camino del Vivero para celebrar junto con el círculo de los Vegallana el día de San Pedro, El Magistral es sincero consigo mismo, no se miente

> Don Fermín ya no se lo ocultaba a sí mismo. No daba nombre a su pasión, pero reconocía todos sus derechos y estaba muy lejos de sentir remordimientos. "El era cura, cura, una cosa ridícula, puestas las cosas en el estado a que habían llegado." Había comprendido que Ana sentía repugnancia ante el canónigo en cuanto el canónigo quería demostrar que además era hombre. "Y sí era hombre, ¡vive Dios que era hombre!, y tanto más que el otro; capaz de deshacerle entre sus brazos, de arrojarle tan alto como una pelota..." (*LR*, 578).

Ni Don Fermín ni Ana buscarán ya el amor en la religión ni la religión en el amor, no podrían encontrarlos. La elección de doña Ana es clara y si hay que perderse obviamente se pierde por lo loico, que es lo natural en cuanto a lo socialmente normal. Don Fermín tiene que identificar con un nombre lo que siente por la Regenta y lo hará cuando Petra le informe de la consumación del adulterio de Ana

> [...]"Sí, él era como un eunuco enamorado, un objeto digno de risa, una cosa repugnante de puro ridícula... Su mujer, la Regenta, que era su mujer, su legítima mujer, no ante Dios, no ante los hombres, ante ellos dos, ante él sobre todo, ante su amor, ante su voluntad de hierro, ante todas las ternuras de su alma, la Regenta, su hermana del alma, su mujer, su esposa, su humilde esposa..., le había engañado, le había deshonrado, como otra mujer cualquiera; y él, que tenía sed de sangre, ansias de apretar el cuello al infame, de ahogarle entre sus brazos, seguro de poder hacerlo, seguro de vencerle, de pisarle, de patearle, de reducirle a cachos, a polvo, a viento; el, mísérrimo cura, ludibrio de hombre disfrazado de anafrodita, él tenía que callar,

morderse la lengua, las manos, el alma, todo lo suyo, nada del otro, nada del infame, del cobarde que le escupía en la cara porque él tenía las manos atadas...(*LR*, 625).

Cuando la Regenta, un poco recuperada fisicamente tras la muerte de don Víctor, acuda a la Iglesia buscando otra vez al "hermano mayor" en quien tanto había confiado, rechazado en su mente el retrato de "solicitante lascivo que le había pintado Mesía el infame" del Magistral; cuando intente

> [...]pedir el perdón de Dios y el del hermano del alma, y si el perdón no era posible, pedir la penitencia sin el perdón, pedir la fe perdida o adormecida o quebrantada, [...], pedir la fe aunque fuera con el terror del infierno, (*LR*, 675),

o sea, cuando Ana otra vez sienta la necesidad de fabricarse un engaño para poder sobrevivir, no encontrará al Magistral, se dará cuenta de que el sacerdote es imposible y en su lugar sólo hay un hombre asesino que si no comete el crimen, que le piden su cuerpo y su alma, es por la elección final de De Pas hecha a favor de lograr su ambición de poder por medio de la religión

> El Magistral se detuvo. Cruzó los brazos sobre el vientre. No podía hablar, ni quería. Temblábale todo el cuerpo; volvió a extender los brazos hacia Ana..., dio otro paso adelante..., y después, clavándose las uñas e el cuello, dio media vuelta, como si fuera a caer desplomado, y con piernas débiles y temblonas salió de la capilla. Cuando estuvo en el trascoro, sacó fuerzas de flaqueza, y aunque ciego, procuró no tropezar con los pilares y llegó a la sacristía, sin caer ni vacilar siquiera. (*LR*, 676).

Fermín De Pas ya no va a mezclar o confundir, ha vuelto a hacer la elección que hizo en su juventud, pero esta vez sin presión alguna. Como hombre se ha sentido ultrajado y se ha vengado por medio de don Víctor; como sacerdote está dispuesto a continuar su carrera triunfal.

Si, como acabamos de ver, la diferencia es notable entre el Magistral y l'abbé Mouret, no es menor la que se establece entre De Pas y Faujas. Ambos sacerdotes tienen en común la ambición de poder por encima de todo, incluso en el caso de l'abbé Faujas el dinero no tiene ninguna importancia y no tendrá esa tentación por la elegancia en la ropa y la apariencia que don Fermín comparte con la remilgada Curia vetustense (veáse lo referente al aspecto fisico y la sotana); ambos sacerdotes tienen en común su origen y su ascensión ardua conseguida a base de una voluntad de hierro de ellos y de sus madres respectivas. Pero el Magistral en un momento determinado se convierte en un cura enamorado mientras que l'abbé Faujas es un

misógino; si éste ha despertado una pa[illegible] tan fuerte que le provocará la muerte a Mme. Mouret ha sido todo un proceso calculado con objeto de conquistar Plassans; una vez conseguido su triunfo, Marthe no le sirve para nada, por el contrario es un estorbo y hay que rechazarla.

Hay que tener muy en cuenta que la labor de seducción de Marthe Mouret iniciada por Faujas es no más que la puesta en práctica de los consejos que le ha dado Mme. Rougon para alcanzar el poder

> -Oui, cette tactique est prudente, dit la vieille dame. Ne rentrez dans ce salon que triomphant... Un dernier mot, cher monsieur. La personne de Paris tient beuacoup à votre succès, et c'est pourquoi je m'intéresse à vous. Eh bien! croyez-moi, ne vous faites pas terrible; soyez aimable, plaisez aux femmes. Retenez bien ceci, plaisez aux femmes, si vous voulez que Plassans soit a vous." (*La Conquête*, 101).

¿Por qué Mme. Felicité Rougon tiene tanto interés por Faujas? Porque este cura representa la rama de la Iglesia francesa aliada con el poder en el Segundo Imperio y el mayor de los hijos de los Rougon, Eugène, es Ministro del Interior de Napoleón III. Dos personalidades con ambición desmedida, l'abbé Faujas, que no tiene ningún tipo de escrúpulo para conseguir su objetivo, y Mme. Felicité (el personaje más fascinante sin duda de toda la saga de los Rougon-Macquart, la matriarca verdadera del clan), que no dudará en sacrificar a su propia hija, Mme. Marthe Mouret, si un momento determinado el triunfo del cura Faujas supone el propio éxito del clan Rougon, y si uno de los miembros sale perjudicado, no es más que una pérdida necesaria para la victoria final.

El temperamento apasionado de Marthe Mouret está adormecido en la vida de familia que realiza con su marido y primo François y sus tres hijos, una perfecta familia burguesa de provincias que se mantiene de las rentas de su antigua actividad comercial en Marsella con ingresos suficientes para vivir de forma holgada y apacible. Marthe rechaza muy conscientemente todas las ensoñaciones y ansias de su juventud por el miedo a caer en la locura, de la que hay precedentes en la familia (su abuela está recluida en una casa de salud). Se puede decir que la vida de Marthe con los suyos era feliz hasta que l'abbé Faujas despliega toda su estrategia para atraerla a su lado. L'abbé Faujas parte de su posición privilegiada como inquilino de la familia Mouret. En una labor de avances muy pequeños y lentos pero constantes en el día a día, l'abbé Faujas y su madre (después también su hermana y su cuñado) van conquistando baldosa a baldosa cada habitación de la casa, cada planta del jardín, cada miembro de la familia o separando o marginando a aquellos que no se les someten.

Pero lo que aquí y ahora nos interesa es ver que el método utilizado para el acercamiento y la conquista de Marthe es similar al empleado por el Magistral con Ana, aunque hay que tener en cuenta que se sale de un punto inicial diferente ya que es la Regenta quien se aproxima al Magistral como hija de confesión cuando su antiguo director espiritual, el arcipreste Ripamilán se lo aconseja; en el caso de Mme. Mouret es l'abbé Faujas quien la busca, es él quien irrumpe en la vida adormecida, incluso anquilosada, pero querida voluntariamente de Marthe. La estrategia seguida es utilizar la religión, pero sin hablar de religión, en conversaciones agradables sobre temas sociales y humanos de cierta trascendentalidad:

> Les soirées se succédant, on était arrivé aux premiers jours de février. Dans leur tête-à-tête, il semblait que l'abbé Faujas évitât soigneusement de causer religion avec Marthe. Elle lui avait dit une fois, presque gaiment:
>
> "Non, monsieur l'abbé, je ne suis pas dévote, je ne vais pas souvent à l'église... Que voulez-vous? A Marseille, j'étais toujours très occupée; maintenant, j'ai la paresse de sortir. Puis, je dois vous l'avouer, je n'ai pas été élevée dans des idées religeuses. Ma mère disait que le bon Dieu venait chez nous." (*La Conquête*, 117).

El cura Faujas no condena ni aprueba lo dicho por Marthe, se limita a seguir sus conversaciones vespertinas sobre cualquier tema, no necesariamente sobre los asuntos religiosos, hasta que otra tarde, a raíz del comentario sobre una señora que por una serie de contratiempos se ha suicidado, el sacerdote argumenta con Mme. Mouret que el error que ha cometido la señora ha sido desesperarse, pues siempre hay salidas y una de ellas es acudir a la religión

> [...]J'en ai vu souvent venir à nous, pleurantes, brisées, et elles s'en allaient avec une résignation vainement cherchée ailleurs, une joie de vivre. C'est qu'elles s'étaient agenouillées, qu'elles avaient goûté le bonheur de s'humilier dans un coin perdu de l'église. Elles revenaient, elles oubliaient tout, elles étaient à Dieu. (*La Conquête*, 117).

Marthe empieza a tener un poco de interés, pero l'abbé Faujas habla de religión con casos semejantes en raras ocasiones. Sin embargo va a haber otra forma de conquista que también utiliza don Fermín con Ana Ozores. Una y otra, las dos protagonistas, aunque Marthe tiene tres hijos, son mujeres con bastante tiempo libre y con una gran capacidad de trabajo y de entrega a los demás, como veremos en el capítulo siguiente, tanto el Magistral como Faujas van a utilizar la energía de estas mujeres impulsándolas a actividades religiosas. En el caso de Marthe, a la que la vida social aburre, significa entrar en sociedad con una cosa constructiva

donde demostrar sus dotes organizadoras de excomerciante ahora que vive de las rentas. Este es el verdadero triunfo de Faujas, porque Marthe se da cuenta que tiene un papel social de cierta importancia y que sus vecinos la consideran, sale de esa atmósfera cerrada de su pequeña familia y de las bromas e inocentes pullas de su marido y de sus hijos y se encuentra con un espacio propio en otra parte que le resulta más atractivo, puede hablar de cosas más interesantes y ampliar sus inquietudes frente a la tranquilidad abúlica en que vivía en su retiro doméstico. Las charlas nocturnas en casa con el cura, hablando de los proyectos de la institución creada, se mezclan con los temas más trascendentales, y ella, que había dicho que apenas si pasaba por la iglesia para cumplir los preceptos religiosos, empieza a convertirse en asidua del templo, porque, a causa de la organización de la obra social que preside, con frecuencia tiene que buscar a Faujas por cualquier tema surgido y es en la parroquia donde se halla el sacerdote; por eso, Marthe, de forma automática, se va sintiendo atraida por la atmósfera de tranquilidad espiritual que se respira en la basílica

> "C'est à Saint-Saturnin qu'il fait bon! laissa-t-elle échapper un soir devant son mari, après une chaude journée d'orage.
>
> -Veux-tu que nous allions y coucher?" dit Mouret en riant.
>
> Marthe fut blessée- Cette pensée du bien-être purement physique qu'elle éprouvait dans l'église la choqua comme une chose inconvenante. Elle n'alla plus à Saint-Saturnin qu'avec un leger trouble, s'efforçant de rester indifférente, d'entrer là, de même qu'elle entrait dans les grandes salles de la mairie, et malgré elle remuée jusqu'aux entrailles par un frisson. Elle en souffrait, elle renenait volontiers à cette souffrance. (*La Conquête*, 137).

Marthe se da cuenta de que hay otro mundo más amplio aparte del de su casa, además otro mundo donde encuentra la posibilidad de estar consigo misma en paz, dejando libre la imaginación, hasta entonces muy controlada en los límites estrechos de la rutina cotidiana doméstica. Pero, sobre todo, frente a las burlas y críticas inocentes pero constantes e inacabables de su marido, Marthe encuentra la palabra de otro hombre que valora todo lo que ella está haciendo en su labor de caridad y que dice apreciar el valor de sus pensamientos y sentimientos; Mme. Mouret está enamorándose de otro hombre. Que ese hombre sea un sacerdote no parece ser muy determinante para esta mujer, en el primer momento la caridad más que la religión es el desencadenante de su nueva vida y a través de ellas cree encontrar otro amor, el amor pasión, que no era precisamente el que tenía por su marido.

Si hay una gran diferencia entre De Pas y Faujas, también la hay entre Marthe y Ana. La Regenta ha llegado a coquetear, con toda la inocencia e ingenuidad del mundo, pero ha

coquetado con Don Fermín en algunas ocasiones, considerando que no había ningún peligro puesto que se trataba de un canónigo; pero cuando Ana descubre que el Magistral la ama, lo rechaza por completo, puede aceptar la idea de un amante, pero que este amante sea un sacerdote no es posible para la Regenta "¡No faltaba más! ¡qué horror!, ¡qué asco! ¡Amores con un clérigo!".

Marthe, por el contrario, sabe desde el principio que el hombre de quien está enamorada es un cura, y no le importa. Consigue que sus hijos vayan abandonando la casa y que su marido sea considerado loco y encerrado en un manicomio. L'abbé Faujas consiente todas estas acciones porque facilitan su labor y sobre todo, descmbarazarse de su huesped François Mouret es una garantía de mayor seguridad al no encontrar quien le haga oposición y le cree mala fama en sus afanes políticos.

Marthe le confiesa a Faujas su amor en medio de su desesperación

> "Écoutez, Ovide, murmura-t-elle, je vous aime, et vous le savez, n'est-ce pas? Je vous ai aimé, Ovide, le jour où vous êtes entré ici... Je ne vous le disais pas. Je voyais que cela vous déplasait. Mais je sentais bien que vous deviniez mon coeur. J'étais satisfaite, j'espérais que nous pourrions être heureux un jour, dans une union toute divine.... Alors, c'ést pour vous que j'ai vidé la maison. Je me suis traînée sur les genoux, j'ai été votre servante... Vous ne pouvez pourtant pas être cruel jusqu'au bout. vous avez consenti à tout, vous m'avez permis d'être à vous seul, d'écarter les obstacles qui nous séparaient. Souvenez-vous, je vous en supplie. Maintenant que me voilà malade, abandonnée, le coeur meurtri, la tête vide, il es impossible que vous me repoussiez... Nous n'avons rien dit tout haut, cést vrai. Mais mon amour parlait et votre silence répondait. C'est à l'homme que je m'adresse, ce n'est pas au prêtre. Vous m'avez dit qu'il n'y avait qu'un homme, ici. L'homme m'entendra... Je vous aime, Ovide, je vous aime, et j'en meurs." (*La Conquête*, 371).

Pero el instrumento ha dejado de ser útil una vez conseguido el objetivo. Faujas rechaza violentamente a Marthe, aunque va a quedar muy claro, por parte de Mme. Mouret y por parte del cura, que éste consintió con su silencio al desarrollo de todo el proceso amoroso. El motivo del rechazo es que Marthe no está dispuesta a vivir en ese mutismo y el cura le responde:

> "Ah! misérable chair! dit-il. Je comptais que vous seriez raisonnable, que jamais vous n'en viendriez à cette honte de dire tout haut ces ordures... Oui, c'est l'eternelle lutte du mal contre les volontés fortes. Vous êtes la tentation d'en bas, la lâcheté, la chute finale. Le prêtre n'a pas d'autre adversaire que vous, et l'on devrait vous chasser des églises, come impures et maudites [...] Je vous ai déjà trop approchée, continua-t-il. Si j'échoue, ce sera vous, femme, qui m'aurez ôté de ma force par votre

seul désir. Retirez-vous, allez-vous-en, vous ête Satan! Je vous battrai pour faire sortir le mauvais ange de votre corps." (*La Conquête*, 371).

Faujas, el misógino, ha utilizado a Marthe sin importarle para nada sus sentimientos, Faujas odia a Marthe porque odia a la mujer, una gran diferencia con el Magistral, haberse servido de ella no es para este sacerdote ningún tipo de crimen.

La siguiente representación gráfica explica los diferentes sentimientos de los protagonistas

DE PAS — FAUJAS

MUJER

SACERDOTE

LA REGENTA — MME MOURET

De todas maneras, en los protagonistas de *La Conquête*, como en los de *La Faute*, aunque haya una cierta identificación entre religión y amor profano, nunca se da la confusión y el engaño típicos de *LR*, sobre todo en los personajes principales Ana y Fermín. Además, aunque en diferentes tiempos en cada novela, los mencionados protagonistas finalmente no se engañan a sí mismos, ni Marthe, ni Serge, ni Ana, ni Fermín (como es obvio, l'abbé Faujas nunca fue sujeto paciente sino agente de confusiones) lo que varía es la forma de aceptar la realidad cuando la mistificación ha dejado de funcionar. Marthe, curiosamente la que, a pesar de sus vivencias místicas, apenas cayó en las identificaciones y le reconoce a Faujas haberlo amado desde el principio, no puede soportar el rechazo del sacerdote y su enfermedad se

agrava hasta producirle la muerte. El dictamen del doctor Porquier es interesante:

> "[...]J'estime qu'elle a couvé pendant des années les germes du mal. Dans ces derniers temps, depuis trois ans surtout, la phtisie faisait en elle des progrès effrayants. Et quelle piété! quelle ferveur! J'étais touché à la voir s'en aller si saintement... Que voulez-vous? les décrets de Dieu sont insondables, la science est bien souvent impuissante."(*La Conquête*, 403).

En la novela que lleva su nombre, el doctor Pascal nos informa acerca de Serge Mouret, hijo de la anterior, que, tras haber amado amnésico a Albine en el Paradou, al recuperar la consciencia desencadena dos hechos: de una parte la muerte de Albine al verse rechazada por el amante que ha recordado su condición sacerdotal

> [...]Une morte d'amour, et comme Albine et Serge s'étaient aimés dans le grand jardin tentateur, au sein de la nature complice! et quel flot de vie emportant tous les faux liens, et quel triomphe de la vie! (*Le docteur*, 97)

de otra parte el propio Serge adopta la penitencia como salida, según su tío médico:

> [...]L'abbé Mouret, curé à Saint-Eutrope, au fond d'une gorge marécageuse, s'était cloîtré là avec sa soeur Désirée, dans une grande humilité, refusant tout avancement de son évêque, attendant la mort en saint homme qui repoussait les remèdes, bien qu'il souffrît d'une phtisie commençante. (*Le docteur*, 159).

Con respecto al Magistral y la Regenta hemos dicho que el uno vuelve a la ambición por el poder, a continuar sirviéndose de su carrera eclesiástica; la otra, Ana, aunque hemos visto que intenta recomenzar su relación de hermandad espiritual con De Pas, cuando descubre las intenciones asesinas del sacerdote se abate:

> Ana, vencida por el terror, cayó de bruces sobre el pavimento de mármol blanco y negro; cayó sin sentido. (*LR*, 676)

y, tras el beso que aprovechando su inconsciencia le proporciona el acólito Celedonio

> Ana volvió a la vida rasgando las nieblas de un delirio que le causaba náuseas. Había creído sentir sobre la boca el vientre viscoso y frío de un sapo (*LR*, 676).

La Regenta queda, pues, sumida en un profundo y solitario vacío.

El éxtasis místico

No obstante las consecuencias funestas anteriormente señaladas en que terminan la mayor parte de los personajes que han establecido una relación identificativa entre la religión y el amor profano, hemos considerado oportuno hacer este pequeño apartado en el que recogemos algunos ejemplos de cómo y por qué esta supuesta igualdad de conceptos o sentimientos resulta especialmente atractiva por los momentos de goce místico o "estético religioso" que pueden llegar a proporcionar

Ana Ozores hace realidad el goce espiritual a través de la música como ya le había sugerido don Fermín en capítulos anteriores. Durante los sermones de Semana Santa, tras las palabras del jesuita P. Martínez, el órgano empieza con el *Stabat Mater* de Rossini y dice, de otro modo pero mucho mejor, lo que acababa de pronunciar el sacerdote; seguidamente empiezan a cantar todos los fieles de todas las edades y condiciones que hay en el templo, y simultáneamente, sin saber por qué a ciencia cierta, Ana empieza a llorar; es triste y es feliz al mismo tiempo pero esta tristeza es simultáneamente la causa de esa gran felicidad:

> [...]Cantaba todo el pueblo y el órgano, como un padre, acompañaba el coro y le guiaba por las regiones ideales, de inefable tristeza consoladora, de la música.
>
> "¡Y había infames, pensó Ana, que querían acabar con aquello! ¡Oh, no, no, yo, no! Contigo, Virgen Santa, siempre contigo, siempre a tus pies; estar con los tristes, ésa es la religión eterna, vivir llorando por las penas del mundo, amar entre lágrimas..." (*LR*, 536).

Si comparamos esta descripción del estado de ánimo de la Regenta con la que a continuación se cita sobre Mme. Mouret, vemos que se trata del mismo sentimiento, Marthe encuentra verdadero placer en humillarse psíquica y fisicamente en la iglesia, incluso llega a desobedecer a su idolatrado abbé Faujas, el cual teme que el excesivo celo de su enamorada entorpezca el rumbo de sus intereses, pero Mme. Mouret persiste y, de ser una persona sin ninguna inclinación a la práctica religiosa, como informó al sacerdote cuando empezaron sus cotidianas conversaciones, ha pasado a no poder vivir fuera del templo

> [...] Elle usait ses genoux sur les dalles de Saint-Saturnin, vivait dans les cantiques, dans les adorations, se soulageait en face des ostensoirs rayonnants, des chapelles flambantes, des autels et des prêtres luisants avec des lueurs d'astres sur le fond noir de la nef. Il y avait, chez elle, une sorte d'appétit physique de ces gloires, un appétit qui la torturait, qui lui creusait la poitrine, lui vidait le crâne, lorsqu'elle ne le contentait pas. Elle souffrait trop, elle se mourait, et il lui fallait venir prendre la nourriture de sa

> passion, se blottir dans les chuchotements des confessionnaux, se courber sous le frisson puissant des orgues, s'évanouir dans le spasme de la communion. Alors, elle ne sentait plus rien, son corps ne lui faisait plus mal. Elle était ravie à la terre, agonisant sans souffrance, devenait une pure flamme qui se consumait d'amour. (*La conquête*, 278).

Un éxtasis a través de la religión que es también muy similar al de la pequeña Jeanne, la hija de Hélène en *Une page*. La niña, moribunda, delirando por la fiebre, recuerda la preparación para su Primera Comunión en la iglesia

> Elle était toute baignée de joie. Elle regardait devant elle les rideaux du lit, prise d'une extase en disant qu'elle aimait bien le bon Dieu, et qu'elle l'avait vu, quand on chantait des cantiques. Elle entendait des orgues, elle apercevait des lumières qui tournaient pendant que les fleurs des grands vases voyageaient comme des papillons. Mais une toux violente la secoua, la rejeta dans le lit. Et elle continuait de sourire, elle ne semblait pas savoir qu'elle toussait, répétant:
>
> "Je vais me lever demain, j'apprendrai mon cathéchisme sans une faute, nous serons tous très contens."
>
> Hélène, au pied du lit, eut un sanglot.(*Une page*, 426).

Como se puede apreciar, las lágrimas propias del personaje en cuestión o de sus allegados son constantes en este estado de tristeza alegre o, mejor alegría por la tristeza, goce supremo de quien lo experimenta.

Muy diferentes son las causas que llevan a De Pas a unos estados cuyas repercusiones psicofisiológicas son prácticamente idénticas; por ejemplo, tras la lectura de una carta de Ana en la que hace referencia a la "hermandad espiritual" que los une, don Fermín, de paseo por el campo, el gran templo de la naturaleza de Dios, arranca un capullo de rosa sintiéndose rejuvenecer

> [...]El Magistral, perdiéndose por senderos cubiertos por los árboles, bajaba hacia Vetusta cantando entre dientes, y tiraba al alto el capullo, que volvía a caer en su mano, dejando en cada salto una hoja por el aire; cuando el botón ya no tuvo más que las arrugadas e informes de dentro, don Fermín se lo metió en la boca y mordió con apetito extraño, con una voluptuosidad refinada de que él no se daba cuenta. (*LR*, 445).

La música, el canto, es otro elemento común en este tipo de vivencias, aunque no sabemos qué cantaba don Fermín en esta ocasión. Poco más tarde, el Magistral durante la conferencia en la Santa Obra del Catecismo de las Niñas, tiene sensaciones semejantes:

[...]Cuando comenzaban las lecciones y los ensayos de coro, las niñas se levantaban, se repartían en secciones por el tablado y formaban círculos, los deshacían, como bailarinas de ópera; y los catequistas, dirigiendo aquellos remolinos ordenados, aspiraban, entre tanta juventud verde, aromas espirituales de voluptuosidad quintaesenciada con cierta dentera moral que les encendía las mejillas y los ojos, y causaban en su naturaleza robusta efectos análogos a los del kirsh o del ajenjo. (*LR*, 448).

De todas maneras estas vivencias del Magistral están siempre controladas y no pasan de ser meros momentos de goce estético supremo. En los casos de Ana y de Marthe es donde existe un misticismo radicalizado, buscado conscientemente y provocado de diferentes formas en la obsesión que tienen ambos personajes por llevar una vida de piedad extrema tras la identificación que han hecho en la religión de todas sus aspiraciones y deseos aunque sea a través del autoengaño pero como única salida posible de supervivencia. Ante tales casos extremos la reacción de los allegados de Mme. Mouret y de la Sra. de Quintanar difieren.

Hemos visto que François Mouret ironiza con su guasa característica y le propone a su esposa, Marthe, trasladarse a dormir a la iglesia de Saint-Saturnin, donde aquélla pasa la mayor parte del tiempo. El señor Mouret, como ya vimos al hablar de la educación de su hijo Serge, preocupado por el excesivo estudio y la inmersión del joven en la vida espiritual, casi mística, no se burla en el caso del hijo y prefiere que vaya con mujeres en vez de tenerlo en esos estados de arrobamiento místico, amenaza incluso con que, para contrarrestar la influencia religiosa del huésped Faujas, el mismo lo acompañará a actividades más normales, según su criterio:

-"Oui, les femmes! Et je l'y mènerai moi-même, si vous me pousses à bout avec votre prêtaille!"(*La conquête*, 198).

Ante el misticismo de Ana hay dos actitudes opuestas. Don Álvaro Mesía lo rechaza de plano: es el obstáculo que, sin concesiones, tiene que salvar para conquistar a la Regenta, piensa que ese espiritualismo hay que destruirlo, tal como corresponde a un hombre que "era profundamente materialista", aunque un materialismo peculiar, como convenía a sus intereses. Don Víctor es diferente, siente una especie de pavor supersticioso cada vez que ve a su esposa en su cuarto, más bien su oratorio, en éxtasis; es algo que no puede soportar:

A dos cosas tenía horror: al magnetismo y al éxtasis. ¡Ni electricidad ni misticismo![...]El magnetismo, en que creía -aunque estaba en mantillas, según él, esta ciencia-, le asustaba también; le parecía emoción superior a sus fuerzas. "Yo no

necesito de eso para creer en la Providencia. Me basta con una buena tronada para reconocer que hay un más allá y un Juez Supremo. Al que no le convence un rayo, no le convence nada."

Pero respetaba la religiosidad exaltada de su esposa desde que veía que iba de veras. (*LR*, 452).

A pesar de este respeto, poco a poco, empieza a considerar la exageración que Ana hace de su piedad y piensa que se "la han fanatizado", sobre todo al verla descalza en la procesión de Semana Santa, llega premonitoriamente a exclamar:

-¡Lo juro por mi nombre honrado! ¡Antes que esto, prefiero verla en brazos de un amante! Sí, mil veces, sí -añadió-. ¡busquénle un amante, sedúzcanmela; todo, antes que verla en brazos del fanatismo!... (*LR*, 560).

A don Fermín le interesa estimular la espiritualidad máxima de la Regenta, para lo que se considera muy bien capacitado, pues se trata de la mejor manera de tenerla consigo:

Una mujer deslumbrante de hermosura por alma y cuerpo, que en una hora de confesión le había hecho ver mundos nuevos, le llamaba *hermano mayor querido*, se entregaba a él, para ser guiada por las sendas y trochas del misticismo apasionado, poético.... Afortunadamente él tenía arte para todo: sabría ser místico, hasta donde hiciera falta, perderse en las nubes sin olvidar la tierra."(*LR*, 40).

El control del misticismo de Ana es fundamental para don Fermín, los estados de éxtasis extremos a los que sabe que puede llegar su hija espiritual son negativos. Considera De Pas que en sus ensoñaciones la Regenta puede olvidarse completamente de él y vivir en un mundo donde "el hermano mayor" no tiene cabida apenas. La salud de Ana es muy débil y cualquier alteración emocional podría hacerle recaer en sus enfermedad nerviosa, cosa que no interesa al sacerdote ni por el afecto que siente por su feligresa ni por la mala fama que le puede crear en Vetusta, donde se habla de su excesiva influencia en la dirección espiritual de las mujeres. Hay que controlar por dónde anda aquel espíritu inquieto y tener siempre muy presente el camino estratégico planeado y presentado a la Regenta para llevar una vida de piedad que la llenara sin destruirla. De aquí todas las precauciones de De Pas. Pero tales discreciones resultan insuficientes, sobre todo después del comportamiento de don Fermín con Quintanar en el monte bajo la lluvia, propio de un hombre enamorado dominado por los celos y no de un canónigo. Entonces Ana tuvo que reconocer como verdaderas las razones de Mesía acerca de la naturaleza del sentimiento del Magistral. A partir de ese momento la protagonista

se deja arrastrar por el amor a don Álvaro, renuncia a cualquier tipo de éxtasis místico, quiere el éxtasis del amor humano. Busca, como escribe A. Vilanova:

> Pasión amorosa en la que se concentra toda la avidez sensual y afectiva que ha acumulado a lo largo de los años su irremediable frustración como mujer, y que la llevará, por fin, al margen de los imperativos del deber moral, a satisfacer los íntimos sentimientos del corazón y los reprimidos deseos de la carne en los brazos del hombre a quien ama. Y a restablecer con ello la indisoluble unidad del cuerpo y del espíritu, propia de la naturaleza humana, que una educación aberrante y errónea, una religiosidad mal entendida y una sociedad hipócrita le han llevado a disociar. (Vilanova, 1984, pág. 383).

El amor profano.

A pesar de las referencias que acabamos de hacer, es necesario matizar este aspecto centrándonos fundamentalmente en Serge Mouret y en Fermín De Pas. No nos cansaremos de repetir que establecer cualquier paralelismo entre los curas Faujas y De Pas en lo que se refiere al "cura enamorado" es completamente erróneo. Como vimos, Faujas es un misógino y la posibilidad del amor (cualquier tipo de amor que no sea su ambición de poder) la considera aberrante y monstruosa. En *La faute* el tema central es precisamente la presentación del problema del sacerdote católico y el amor; en *LR*, la cuestión principal es Ana Ozores, sólo en relación con ella tiene importancia don Fermín en cuanto clérigo enamorado ya que en palabras de Frank Durand

> Es importante notar que el tema del cura enamorado no es de primordial interés para Alas en sí, ni es, por lo tanto, una unidad necesaria para la acción. Fermín sí es de interés como personaje de la acción y por esto hay un desarrollo detallado de su personalidad, su pasado, su ambición, la relación con su madre, etc. El desarrollo y enfoque del cura enamorado queda relegado a un plano secundario pero, las creencias religiosas de este cura, su uso de la religión y el papel del confesionario y la confesión cumplen una función primaria en la trama. La esencialidad de las distintas manifestaciones de la religión no se halla en su crítica social sino en el fondo que proporciona para profundizar en la personalidad de Ana por medio del contraste constante con los valores religiosos de Vetusta, de Fermín y del clero en general. (Durand, 1984, pág.22).

Este punto hay que tenerlo muy en cuenta. Mientras Zola hace un planteamiento de un tema concreto, el cura enamorado, y lo critica desde postulados ideológicos para los que

es un prototipo humano fuera de toda lógica por antinatural, Clarín sencillamente va a presentar el personaje de De Pas.

Alas presenta a De Pas como lo hace con el personaje de Mesía, o el de Quintanar, rivales los tres ya que los tres están en relación, aunque de forma muy diferente, con el amor de Ana Ozores. Cada uno de estos tres personajes tiene sus propias circunstancias características y exclusivas: Don Víctor es el marido viejo, impotente, con más amor de padre que de esposo hacia su mujer; Don Álvaro es el donjuán, el conquistador oficial del círculo social en que se mueve; Don Fermín es el confesor de la Regenta, y hasta que establece la dirección espiritual, De Pas vivía dedicado a otras ambiciones (que no le impedían en conciencia una serie de actividades sexuales ilícitas dada su condición sacerdotal); pero el Magistral con su propia problématica entra a compartir con los otros la experiencia del amor por Ana Ozores.

En *La faute*, Zola, a través del narrador, habla, opina de la situación de Serge, expone las circunstancias de toda índole que la han producido, la critica y hasta se rebela, no ya por medio del narrador sino a través de otro personaje, el doctor Pascal. L'abbé Mouret la acepta, ha suplicado lleno de terror no pasar por la experiencia amorosa, pero después sólo adopta la resignación culpable.

En el tema del cura enamorado en *LR*, el narrador no opina, no juzga, describe las situaciones y expone los sentimientos y quejas de don Fermín, que sí se rebela contra su destino, pero no consigue más que vestirse de cazador y redescubrir en el espejo la apariencia de hombre que la sotana le veta. De Pas no puede levantarse contra la historia y el narrador calla.

La cuestión de la religión católica y el amor, centrada en los ministros de la Iglesia, era ya un tema antiguo del escritor de Mèdan, lector y escritor de periódicos anticlericales, como *Le Siècle*, o progresistas, como *Le Journal populaire de Lille*. Zola se apasiona en contra de "l'influence néfaste de la religión" y le gusta conocer todas las novelas que tratan dicho asunto, bastante numerosas en ese momento por las circunstancias históricas y sociales que hacían que la secularización se impusiera y se cuestionara la influencia de la Iglesia en todos los campos. En *L'Echo du Nord*, escribe en julio de 1864:

> Non, je ne puis avoir rien de commun avec un prêtre qui se fait gloire de ne pas vivre la vie commune. Il me répugne comme tout ce qui est hors nature; il n'a pas de sexe, et, dans la rue, je m'écarte, quand il passe, sentant en lui je ne sais quel mystère des âges antiques.

La lectura de *La Physiologie des passions*, de Ch. Letourneau, que trata del éxtasis lleva a Zola a las siguientes manifestaciones sobre Teresa de Jesús en *Le Globe*, en enero de 1868:

> Ecoutez sainte Thérèse parler de Dieu. Je ne connais pas de langage plus impudique, plus voluptueusement divin[...]Une femme qui a jeté de pareils cris de volupté, connaît les déchirements et les joies de la chair. C'est une passion humaine transportée dans le rêve. C'est l'hallucination d'une vierge ardente qui contente ses désirs en serrant un fantôme entre ses bras. Je ne sais pas de spectacle plus étrange ni plus curieux pour un savant[...] Pauvre et malheureuse fille, après tout. Si la vie lui eût donne des enfants, elle aurait aimé sur la terre, au lieu d'aimer dans le Ciel. Nous aurions eu une mère de famille de plus, et une folie de moins.

Estas palabras zolianas nos recuerdan en *LR* la opinión de don Carlos Ozores sobre los escritos de San Juan de la Cruz, de los que decía no fiarse mucho porque se habla de la Iglesia como *la amada*, pero él se preguntaba quién era esa amada verdaderamente.

A pesar del escueto juicio del padre de la Regenta, tan similar al pensamiento del escritor francés, las ideas de Clarín sobre el tema del amor son un tanto diferentes. En el epistolario dirigido a José Quevedo, que ha recopilado García Sarriá (1975), un Alas muy joven, a mediados de los 70 escribe a su amigo íntimo:

> No admito que el amor sea una cosa ilegible, inefable, indefinible. No admito el amor como pasión. El amor de una mujer debe estar siempre supeditado a otras muchas cosas que son más grandes. Al que ama apasionadamente Dios le castiga con contrariedades en el tiempo. Es necesario que el que ama de veras, como Dios quiere, encontrará al ser digno de su amor. Hay pocos ejemplos de esto en la vida. Explícase por esto y temporalmente, el celibato eclasiástico. (García Sarriá, 1975, pág.249).

Es, en efecto, la opinión de un Alas juvenil, pero bastante consecuente con su producción literaria posterior. Algo de esto hay, al menos a nivel teórico en *LR*..

Zola escribe *La faute* tras haber hecho una extensa recopilación de material y haberse documentado (como habitualmente hacía al comenzar una novela) para defender su opinión, así lo había avisado en una carta a su amigo Baille, tal y como lo recoge Colette Becker (1972) en su edición de *La faute*:

> Je démontrerai qu'il est un dieu pour les amants, et que ni l'enfer, ni les hommes, ni les prêtres avec leur mauvaise doctrine, ne peuvent détruire un amour pur. (*La faute*, 13).

El radicalismo zoliano cuestiona completamente la viabilidad del sacerdocio católico por la negación contranatura que hace de la actividad sexual en el amor. El hecho de que Clarín dirigiera a su amigo esa explicación "temporal" del celibato, no significa que lo rechace como antinatural, sino que puede comprenderlo si ha surgido de una convicción personal, aunque mediatizada por la educación, de "otras cosas más grandes" que el puro estímulo sexual, si se le identifica con la pasión amorosa totalmente.

El sexo. La virginidad. El celibato.

En *La faute* y en *LR*, Zola y Clarín exponen una concepción de la Iglesia Católica por la que toda actividad sexual debe ser considerada, en principio, negativa. Estamos hablando de actividades sexuales consideradas normales desde el punto de su frecuencia estadisticamente mayoritaria; es decir, nos referimos a las relaciones de pareja formada por una mujer y un hombre; cualquier otro tipo de actividad se sitúa contra natura y es calificado como pecado, de acuerdo con la exigencias del dogma católico. Pero lo importante es que tanto el escritor francés como el español presentan una Iglesia que continúa con la tradición de la mujer como criatura mala. Sobre todo Zola. Según recoge Colette Becker (1972) en su edición de *La faute*, Zola escribe en *Le Salut public* el 7 de julio de 1865:

> Le christianisme[...] se méfie de la femme; il l'accuille comme adepte, il la renie comme épouse. Elle est, après tout, un instrument de perdition; elle n'a pas d'âme, les saints doivent s'ecarter d'elle et la maudire. Qu'elle prie, qu'elle s'humilie, qu'elle habite les églises, tel est son rôle. Le mariage chrétien est une dernière concession faite à la nature; l'état de pureté est le célibat. (*La faute*, 16).

El matrimonio, si se tolera es porque no hay otro remedio, pero para nada es el estado ideal. Los personajes misóginos zolianos, l'abbé Faujas, de *La conquête*, y el hermano Archangias, de *La faute*, no cesan de emitir juicios según los cuales la mujer es la causante de todos los males del mundo, la destructora de cualquier obra en su esencia buena y, lo peor, la corruptora del hombre. Si en la relación con la mujer la atracción sexual juega un papel determinante, lo ideal es educar en la inexistencia del sexo, y si no se puede llegar al deseo de castración que algunos pueden tener para conservarse puros, como intensamente ruega l'abbé Mouret, por lo menos evitar desde el principio al máximo la relación entre los sexos.

Hay que educar en la maldad corruptora del sexo y es muy interesante que en los

*Rougon-Macquart* como modelo de educador eclesiástico aparece el citado hermano Archangias, de las Escuelas Cristianas, encargado de la formación elemental de los niños campesinos y de la enseñanza del Catecismo (veánse los comentarios de este personaje en el apartado de este trabajo sobre la misoginia,). El hermano Archangias es un obseso, pero al ser un religioso de estas características un educador (al mismo tiempo que se autonombra ángel guardián de la pureza de Mouret -como si es que fuera necesario- y ángel ejecutor de la expulsión de los amantes, Albine y Serge, del Paradou) y Serge un sacerdote recién salido del seminario marcado por la educación allí recibida, Zola puede llevar a cabo con tales personajes lo previsto en el plan general de *La faute*:

> "[*La faute*] est l'histoire d'un homme frappé dans sa virilité par une éducation première, devenu être neutre, se réveillant homme à 25 ans, dans les sollicitations de la nature, mais retombant fatalement à l'impuissance."

No encontramos en *LR* estos casos extremos de misoginia clerical. En cuanto a la preparación de los seminaristas hay que tener presente que el Rector del Seminario de Vetusta es ridiculizado por todo el mundo por ser un "timorato", como lo califica la marquesa de Vegallana. Cuando este eclesiástico se queja al Obispo de que no es bueno que los seminaristas paseen por el Espolón, por donde se lucen todas las "jóvenes bien" de la ciudad, ni siquiera el obispo le hace caso; hasta ironiza

> -No, señor -le decía al Obispo [el Rector]-; yo no comprendo que pueda ser cosa inocente e inofensiva que un sacerdote tropiece con los codos de todas las señoritas majas del pueblo...
>
> El obispo creía que las señoritas eran incapaces de tales tropezones. "Si fuesen aquellas empecatadas del boulevard, las chalequeras..."(*LR*, 288).

Serge Mouret es un caso extremo, pero él era uno de los alumnos perfectos del seminario. Él mismo está orgulloso de ser diferente de los demás por su carácter neutro. La pérdida de pequeños detalles exteriores de su virilidad representa para el joven haber acabado con su parte humana y haberse acercado a Dios, parecerse más a un ángel. En la vida apartada de su mísera parroquia de Artaud parece que puede casi cumplir su deseo, pero no puede evadirse de la fuerza de la naturaleza que le rodea, la fuerza de la vida de los campos, de los animales de su hermana, (la discapacitada Desirée entretenida con las bestias como buena madre más que granjera) y, sobre todo, cuando casualmente conoce a Albine es consciente de que hay una fuerza demasiado poderosa para su ideal de mantenerse virgen, por eso suplica

desesperado a María que lo ayude y muestra toda la náusea que el sexo le produce; no quiere crecer, prefiere seguir siendo un niño y si hay que madurar que sea en el mundo del espíritu:

> [...] Oh! vivre, grandir, en dehors de la honte des sens! Oh! multiplier, enfanter, sans la nécessité abominable du sexe, sous la seule approche d'un baiser céleste! (*La faute*, 145).

Es obvio que toda la relación que l'abbé Mouret tiene con la Virgen es una sublimación, el celoso "guardián" Archangias le previene diciéndole "méfiez-vous de votre devotion à la Vierge". A Serge le gusta considerar a la Virgen como una hermosa amiga un poco mayor que él, antes que como madre, y cuando acude a ella como hijo que necesita protección recuerda constantemente que María es madre y virgen al mismo tiempo. La obsesión de Serge contra cualquier goce sensual y sobre todo por la pérdida de su virginidad es tan enorme que Zola resuelve por medio de una enfermedad la continuación de la historia del protagonista. La amnesia, olvidarse del estado sacerdotal, es la única forma de que Serge, en realidad otro individuo nuevo, pueda corresponder al amor de Albine, pero ya no será el clérigo sino el hombre joven. Y el Zola narrador describe que justo a través de la pérdida de su virginidad, que tanto temía, es cuando Serge llega a la madurez:

> Une plénitude leur mettatit de la vie jusqu'aux lèvres. Serge venait , dans la possession d'Albine, de trouver enfin son sexe d'homme, l'énergie de ses muscles, le courage de son coeur, la santé dernière qui avait jusque-là manqué à sa longue adolescence. Maintenant, il se sentait complet. Il avait des sens plus nets, une intelligence plus large. C'était comme si , tout d'un coup, il se fût réveillé lion, avec la royauté de la plaine, la vue du ciel libre. Quand il se leva, ses pieds se posèrent carrément sur le sol, son corps se développa, orgueilleux de ses membres. Il prit les mains d'Albine, qu'il mit debout à son tour. Elle chancelait un peu, et il dut la soutenir.
> -N'aie pas peur, dit-il. tu es celle que j'aime. (*La faute*, 249-50).

Pero este encuentro consigo mismo no sirve para nada. Al recuperar la memoria, l'abbé Mouret, considera que ha pecado y que sólo le queda rezar y someterse a la más dura penitencia. Serge se sabe humano, pero rechaza su humanidad completamente, se rechaza a sí mismo y a la vida. Esto es lo que quiere decir Zola. L'abbé Mouret es la verdadera representación de la muerte porque niega la vida: Albine, que estaba embarazada, muere, porque Serge, consciente de su estado sacerdotal, la ha abandonado.

Zola contrasta con las ideas de l'abbé las de su ama, la Teuse, la cual, aunque no le parece perfecto lo que ha hecho el cura joven, lo comprende y considera que puede

perdonarse; como le había ocurrido al antecesor en el cargo de Mouret, l'abbé Caffin, desterrado a esa humilde parroquia por haber seducido a una joven:

> [...]Moi, je ne comprends pas qu'on en veuille tant à un prêtre, quand il se dérange. C'est si naturel! Ce n'est pas beau, sans doute, c'est une saleté qui doit mettre Dieu en colère. Mais il vaut encore mieux faire ça que d'aller voler. On se confesse donc, et on est quitte!(*La faute*, 277).

Además, siempre hay solución para todo, comenta la Teuse, ¡hasta la chica seducida ha terminado casada con un tratante de ganado!

La respuesta de Mouret "il ne faut jamais pécher, jamais, jamais!", es la de la intolerancia e incomprensión de la Iglesia Católica. Otros grupos cristianos no tienen que enfrentarse a estos problemas que el dogma católico impone. Este dogma es lo que ataca Zola en esta novela: no se puede legislar contra la ley natural, contra la vida misma, pero la Iglesia Romana lo hace. El caso de l'abbé Mouret resulta a la par patético, por su sufrimiento y su irresponsabilidad, y consecuente, pues el joven cura sigue a rajatabla los preceptos en los que se le había educado y que le habían hecho pensar que "il était né prêtre, il avait grandi prêtre"; ha pecado contra esta moral y tiene que ser castigado sin ningún tipo de perdón; el consentimiento o la comprensión de la Teuse no hacen sino fortificar a la Iglesia católica en su hipocresía. El celibato eclesiástico es para Zola una monstruosidad.

En *Le rêve*, el obispo Hautecoeur:

> [...]Il se frappait la poitrine du poing, il sanglotait dans la pénitence inefficace, criant qu'on devrait interdire le sacerdoce à ceux qui on gouté à la femme, qui ont gardé d'elles des liens de sang. (*Le rêve*, 172).

Hautecoeur, ordenado sacerdote tras la muerte en el parto de su esposa, ha recobrado la memoria de la mujer cuando, veinte años después, envejecido, ha mandado venir a su lado a su hijo Félicien. La presencia del joven le recuerda a la esposa muerta. De nada le valen oraciones, cilicios y penitencias para permanecer en la paz de espíritu del amor divino.

Con respecto a l'abbé Mouret y el celibato eclesiástico, el obispo Hautecoeur parece una contradicción, pero no lo es. Por el contrario, el medievalismo que llena *Le rêve*, permite tanto la igualación de la Iglesia y el poder temporal (recordemos que Hautecoeur es obispo y noble, como sus antepasados cruzados), como que el eclesiástico por su enorme fe y la de las personas que lo rodean llegue a hacer milagros, pero, como ya se ha dicho, todo forma parte del plan de los Rougon. Hautecoeur considera que el celibato es imposible para los hombres

que "ont gouté à la femme", la fuerza de la mujer, la fuerza de la vida que es evocada por la presencia del hijo, hacen que sea más importante la vida que la pureza del amor divino, la vida arrastra por encima de todo. Por eso la queja y la penitencia de Hautecoeur, que no tiene ocasión de pecar porque su mujer está muerta y ese fue su único amor, pero no puede dejar de amar nuevamente su recuerdo

> [...]La torture recommençait, saignante comme au lendemain de sa mort; il la pleurait, il la désirait, avec la même révolte contre Dieu, qui la lui avait prise; il ne se calmait qu'au petit jour, épuisé, dans le mépris de lui-même et le dégoût du monde. Ah! la passion, la bête mauvaise, qu'il aurait voulu écraser, pour retomber à la paix anéantie de l'amour divin! (*Le rêve*, 173).

En *LR*, el sexo en las facetas de atracción, realización o sublimación está bien presente entre los miembros de la Curia de Vetusta. La indiferencia sexual, por vivir plenamente en una vida casi de santidad la encontramos en exclusiva, y como se debía esperar, en el personaje del obispo Camoirán, esto lo sabemos por la alegre Obdulia Fandiño que hace una comparación con don Fortunato recordando al que fue su amante, Álvaro Mesía, el cual

> [...]la miraba con la indiferencia fría y honrada con que la miraba el señor Obispo. Estaba segura de que ni al Obispo ni a Mesía les sugería su presencia jamás un deseo carnal. (*LR*, 155).

Esta cuestión de la castidad del obispo a todos los niveles es algo incuestionable en la ciudad, donde, sin embargo, y como ya se quejaba el Rector del Seminario, los eclesiásticos gustan de hacer con sus hermosas presencias insinuaciones, que no son nada graves, pero que al asustadizo educador escandalizan; los seminaristas

> [...] lo que se puede bien llamar juventud dorada del clero de la capital [...]acudía sin falta todas las tardes de otoño y de invierno que hacía bueno al Espolón; iba lo que se llama reluciente; parecían diamantes negros, y sin que nadie tuviera nada que decir, presenciaban las idas y venidas de las jóvenes elegantes; y los que eran observadores podían notar las señales del amor, de la coquetería, en gestos, movimientos, risas, miradas y rubores. Pero nada más. (*LR*, 287).

"Pero nada más". Esa es la tolerancia de Vetusta, otra más de las permisiones consentidas de esta ciudad que Clarín pinta como modelo de hipocresía. Y allí está generalizada la opinión de que los curas son curas pero también son hombres como todos los demás. Así lo piensa y lo dice Quintanar, cuando en una de las comidas en casa de los

Vegallana algunos comensales hablan de que se ha invitado al Magistral con objeto de que Obdulia Fandiño coquetee con el cura y, Saturnino Bermúdez, platónico enamorado de la viuda, tenga un ataque de celos; ante la broma don Víctor expresa su opinión igualitaria, fuera de irreverencias.

Del mismo pensar es Mesía y, al contemplar de paseo por el Espolón a don Fermín junto a otros tres clérigos, piensa que aquellos hombres atraen a las mujeres exactamente igual que tres monjas hermosas atraerían a los hombres de Vetusta y en los saludos que entre las señoras y los tres curas se intercambiaban, don Álvaro creía ver "ocultos deseos, declaraciones inconscientes de lascivia refinada y contrahecha".

La misma Regenta, a veces siente hacia el Magistral una inocente atracción, que hace decir al narrador

> Ana salió tras él, ensimismada, sin acordarse de que había en el mundo maridos, ni días, ni noches, ni horas, ni sitios inconvenientes para hablar a solas con un hombre joven, guapo, robusto, aunque sea clérigo. (*LR*, 367).

En círculos populares, cuando se reunían a hablar algunos con talante revolucionario en el café de la Paz, cuando se hablaba de don Fermín, que era el centro de las conversaciones anticlericales dada su importancia en la Curia, se recordaba que

> [...]Allá cuando la Revolución, se había dicho si tenía o no tenía don Fermín aventuras en los barrios bajos; pero ya nadie sea acordaba por allí de tales cuentos. (*LR*, 420).

El mismo Vicario General de la diócesis vetustense no duda en amenazar con tremendos castigos al párroco de Contracayes, un cura de su jurisdicción que había caído en el mismo pecado que se le atribuía cometer a don Fermín con sus hijas de confesión

> -Señor mío, estoy enterado de todo, y tengo el disgusto de decirle que su asunto tiene muy mal arreglo. El concilio Tridentino considera el delito que usted ha cometido como semejante a la herejía. No sé si usted sabrá que la Constitución *Universi Domini* de 1622, dada por la santidad de Gregorio XV, le llama a usted y a otro como usted execrables traidores, y la pena que señala al crimen de solicitar *ad turpia* a las penitentes es severísima, y manda además que sea usted degradado y entregado al brazo secular. (*LR*, 245-6).

Pero ¿cuál es el verdadero comportamiento del Magistral? Pues el Vicario de la diócesis de Vetusta es un hipócrita redomado. Don Fermín nunca ha tenido los problemas que

a Serge Mouret le ocasionaba el propio cuerpo, muy al contrario, De Pas es una persona muy consciente de su virilidad, las alusiones a su fuerza y belleza varonil son constantes a lo largo de toda la novela. Estas referencias a la importancia física de don Fermín, proceden tanto del narrador, que recalca este aspecto al hacer las diferentes descripciones de la apariencia de este cura protagonista como de la mayor parte de los personajes de *LR*, quizá porque de alguna forma intuyeran una contradicción entre la naturaleza y el estado de don Fermín. El mismo Ripamilán considera bromeando, ante "las calumnias" de los sacerdotes enemigos de De Pas reunidos en el cabildo, que si alguna feligresa se ha enamorado del Magistral, tiene razones para ello. El obispo alaba la elegancia y el porte que tienen sus sacerdotes en una conversación con el propio don Fermín. Mesía teme su fuerza y su gentileza, y el arcediano Mourelo envidia tanto el aspecto como la inteligencia del Magistral.

Los elogios y las pasiones que levanta entre el sexo femenino no son para menos. Prendadas de él están, y con cierto despecho por no haberlo conquistado, Obdulia Fandiño y Olvido Páez. Doña Petronila Rianzares, no sólo admira sus dotes intelectuales y oratorias, sino que le encanta que el nuevo *Crisóstomo* sea tan guapo; eso entre las señoras de la sociedad. Entre las mujeres de la clase trabajadora también tiene sus seguidoras, Petra, no dudó en probar ser hija de confesión del Vicario, atraída por los rumores de mujeriego del confesor, pero fracasó en su intento. Hasta la misma Regenta se da cuenta de la hermosura de su director espiritual y llega a compararla con la de Mesía que tanto la atrae.

Ante las necesidades fisiológicas de su corpachón de montañés, Fermín no opone ningún reparo en solucionarlas y para ello cuenta con la valiosa colaboración de su madre: para que no tenga que buscar el alivio a su ansiedad fuera de casa, Paula Raíces establece la obligación de que la criada tiene que dormir cerca del *Señorito* por si éste tuviera alguna necesidad -ya sabemos de qué tipo. Y todo sin permitir el menor comentario, su hijo es sacerdote y ella una viuda honrada. La madre quiere que todo se solucione de puertas para adentro con objeto de que no se repita la historia de la *Brigadiera*, ocurrida en la primera juventud de Fermín y a la que doña Paula hace referencia en los capítulos XI y XV, cuando piensa que Ana Ozores es un caso igual. Esta comparación de la Regenta con la *Brigadiera*, molesta al Magistral el cual califica la aventura de su juventud como una mujer "perdida"; considera aquella relación como las mantenidas con las doncellas de su casa para calmar las necesidades de sus instintos, sus exigencia de hombre. La Regenta es otra cosa; Ana Ozores, aunque don Fermín no quiere llamar al sentimiento que siente por su nombre, representa la fusión de todos sus deseos en la plenitud del amor humano. El hombre don Fermín se enamora; se enamora su espíritu del alma de la señora de Quintanar y, aunque no quiere, de su cuerpo

también. No obstante don Fermín no desea reconocerlo, por eso, al recibir una carta de Ana, prefiere seguir pensando en la amistad espiritual establecida entre los dos

> [...]Seguía el Magistral ocultándose a sí mismo las ramificaciones carnales que pudiera tener aquella pasión ideal que ya se confesaban los dos hermanos; no quería pensar en esto, no quería sustos de conciencia ni peligros de otro género, no quería más que gozar aquella dicha que se le entraba por el alma. (*LR*, 444).

Y por eso recurre a Teresina, para evitar no poder contener sus impulsos cuando está con Ana Ozores, provocadora inconsciente en apariencia de tales deseos. La Regenta no puede dar crédito a que en la realidad un sacerdote sea un hombre de carne y hueso; tras la primera discusión con un De Pas en pleno ataque de celos en casa de doña Petronila, Ana reflexiona:

> [...]se encontró con que no era don Fermín un malvado, sino un desgraciado, pero de todas suertes le parecía absurdo enamorarse siendo canónigo. En todas las combinaciones del amor romántico había dado la imaginación de Ana muchas veces, menos en aquéllla. "Se concebía el amor sacrílego de un sacerdote de ópera, ¡pero el de un prebendado con alzacuello morado!"Además, la honradez protestaba también con su repugnancia instintiva.(*LR*, 529).

Al llegar el momento en que don Fermín se reconoce a sí mismo que está enamorado, comprende también el asco que la Regenta experimenta por él porque es un canónigo, pero él es también un hombre, y demostrarlo es su obsesión

> [...] y sí era hombre, ¡vive Dios que era hombre!, y tanto más que el otro; capaz de deshacerle entre sus brazos, de arrojarle tan alto como una pelota..." (*LR*, 578).

Pero estos pensamientos y deseos del Magistral, por mucha fuerza que tengan no cambian la opinión de Ana y la elección final que hace ante la comparación entre lo que sería lo normal, por ser lo natural, y lo patológico, ya que para la señora de Quintanar un cura no es un hombre como los otros

> "[...]No faltaba más! ¿qué horror!, ¡qué asco! ¡Amores con un clérigo!"
>
> Y ahora sí que la imagen de don Álvaro se le presentaba risueña, elegante, fresca y viva. "Al fin aquello estaba dentro de las leyes naturales y sociales..., a lo menos era cosa menos repugnante..., menos ridícula; no, lo que es ridículo, nada..., ¡pero un canónigo!..." (*LR*, 595).

Con el adulterio de la Regenta entra en crisis el Magistral con el mundo. Él es un

hombre, eso ante todo. El ser sacerdote es algo accidental, algo que le vino dado "al meterle por la cabeza una sotana", una decisión de otra, no una elección propia, que iba contra la naturaleza porque él nunca se había podido identificar con

> [...]La idea vulgar, falsa y grosera de comparar al clérigo con el eunuco[...] "Sí, él era como un eunuco enamorado, un objeto digno de risa, una cosa repugnante de puro ridícula... (*LR*, 625).

Pero la acepta, acepta esta imagen lo mismo que tiene que aceptar el hecho de que la que para él es su mujer, su mujer básicamente "ante su amor", lo ha dejado por otro y a él ni siquiera le queda la posibilidad de vengarse porque toda su fuerza está atada

> [...] ¿Quién le tenía sujeto? El mundo entero... veinte siglos de religión, millones de espíritus ciegos, perezosos, que no veían al absurdo porque no les dolía a ellos, que llamaban grandeza, abnegación, virtud a lo que era suplicio injusto, bárbaro, necio, y sobre todo cruel..., cruel... Cientos de papas, docenas de concilios, miles de pueblos, millones de piedras de catedrales y cruces y conventos..., toda la historia, toda la civilización, un mundo de plomo, yacían sobre él, sobre sus brazos, sobre sus piernas, eran sus grilletes... (*LR*, 625).

Como vemos, la protesta y la crítica al celibato católico viene hecha por el propio don Fermín, no como ocurría en *La faute*, donde era el narrador el que evidenciaba la sinrazón y la anormalidad de esta cuestión por ir contra natura. En *LR*, se trata de la rebelión del propio Magistral contra lo establecido; hay una comunidad entre el protagonista y la ley natural, el conflicto es de un sistema donde él no ha ingresado con libertad, pero que voluntariamente termina escogiendo, porque considera que no tiene otra salida más que la resignación en la hipocresía, no en la penitencia, como ha elegido Serge Mouret, el cura de *La faute*. Ante el deseo de venganza, De Pas opone silencio y fingimiento

> ¡Dentro de un rato sí, a coro, a coro! Tal vez a decir misa..., ¡a recibir a Dios!" El Provisor sintió una carcajada de Lucifer dentro del cuerpo; sí, el diablo se le había reído en las entrañas..., y aquella risa profunda, que tenía raíces en el vientre, en el pecho, le sofocaba... ¡y le asfixiaba!... (*LR*, 626).

La única rebelión consciente para demostrarse a sí mismo esa fuerza y esa virilidad que en público no puede enseñar es vestirse con su traje de montañés que a veces utilizaba en su pueblo de Matalarejo para cazar. Al mirarse al espejo el Magistral se encuentra consigo mismo, con el hombre, pero "la Regenta nunca le había visto así". Con su cuchillo de montaña piensa

en la venganza que quería, en la muerte que podía dar; pero la venganza también ha de venir por el lado de la hipocresía: Fermín obliga a don Victor a defender su honor aconsejándole que no lo haga porque los duelos son pecado, pero, al informar al ex-regente del conocimiento público de su deshonra, a Quintanar no le queda otra salida para dejar limpia una hombría que sólo en las representaciones teatrales, a solas y en su cuarto, le gustaba defender.

La tentación.

Una sexualidad insatisfecha se desliza por toda la novela clariniana y en las páginas de Zola, que describen la relación de amor morboso o patológico establecida por algunos personajes dominados por una educación católica aberrante, condenadora del instinto como pecado, y que pone la religión como ideal de vida.

Esos seres, ya sean de Clarín o de Zola, cuyo objeto de amor es considerado por ellos mismos a nivel consciente como imposible o monstruoso, al mismo tiempo que que no pueden reprimir las ansias dominadoras de la inconsciencia, están en constante lucha entre la tentación y la moralidad católica o el esquema de comportamiento social establecido, que normalmente coinciden.

La Regenta, El Magistral, l'abbé Mouret, el obispo Hautecoeur, incluso el secundario personaje de *Nana*, el conde Muffat, son los grandes combatientes de una lucha heroica con ellos mismos, contendidos antagónicamente entre el deseo y el deber. Este deber en todos los casos viene dado por una moral impuesta con la que en alguna forman no están de acuerdo, o que han elegido como única forma de vida posible.

Ana ama a don Álvaro y en lo más íntimo considera que es legítimo su deseo, pues su marido en nada satisface sus aspiraciones, ni de esposa ni de madre. Toda la actuación de Ana en la novela es la lucha de una persona dividida contra sí misma. La religión es el arma utilizada en la desesperación por mantenerse dentro de un sistema establecido aunque individualmente rechazado, y cuando los medios que la religión ofrece no sirven, la Regenta llega a acudir a otras técnicas más violentas, aunque las rechace al instante por ridículas e ineficaces

> [...]En un rincón del cuarto habín dejado Petra olvidados los zorros con que limpiaban algunos muebles que necesitaban tales disciplinas; y pensando ella misma [la Regenta] en que estaba borracha..., no sabía de qué, Ana, desnuda, viendo a trechos su propia carne de raso entre la holanda, saltó al rincón, empuñó los zorros de ribetes de lana

negra... y sin piedad azotó su hermosura inútil, una, dos, diez veces...(*LR*, 503).

La tentación de don Fermín es de otra naturaleza. Al Magistral la religión no le impide satisfacer sus ansias sexuales con Teresina, para él este tipo de relaciones no le causan ningún problema de conciencia. De Pas tiene que contener sus impulsos ante Ana porque sabe que la Regenta lo rechaza por ser sacerdote y llegar a tratarla como un hombre significaría perderla

> [...]el Magistral estaba seguro de que al menor descuido de la carne, intrusa, temible, la Regenta saltaría hacia atrás, se indignaría y él perdería el prestigio casi sobrenatural de que estaba rodeado. Además, suponiendo que aquello parase en un amor sacrílego y adúltero, miserablemente sacrílego, por haber tenido tales comienzos, ¡adiós encanto! Ya sabía él lo que era esto. Una locura grosera de algunos meses. Después un dejo de remordimiento mezclado de asco de sí mismo; verse despreciable, bajo, insufrible; y después ira y orgullo, y ambición vulgar y huracanes en la Curia eclesiástica. No, no. La Regenta debía de ser otra cosa. (*LR*, 463).

Para un De Pas, satisfecho como varón, perder esa vida del espíritu que le proporciona la Regenta es algo insoportable. Por no perder a Ana, don Fermín combate la tentación que ella misma le proporciona sin recurrir a castigos como el que hemos visto infligirse a Ana con los zorros, sino recurriendo a Teresina, así el ansia sexual queda calmada y la Regenta intacta.

Serge Mouret asiste a una confabulación de la Naturaleza contra él. La llegada de la primavera llena de vida joven y de fecundidad todo lo que rodea al joven sacerdote: los campos, los pájaros, los rayos de sol que inundan la iglesia. La visita que realiza con su hermana al corral para ver los animales, de los que tan orgullosa está Désirée, lo trastorna:

> [...]C'était comme un air chargé de fécondation, qui pesait trop lourdement à ses épaules vierges (*La faute*, 101).

Conocer a Albine, al acompañar a su tío al Paradou, despierta en Serge una necesidad latente que había sido precedida por la percepción de la naturaleza en plena reproducción. La tentación se presenta por la noche fundiendo en uno solo todos los estímulos acumulados durante el día. La oración de la tarde no le produce los efectos habituales, se distrae, y en la misma Virgen María contempla Serge más la faceta de madre que la de muchacha como habitualmente

> Mais il ne glissait pas au demi-sommeil de la prière avec l'aisance heureuse qui lui était accoutumée. La maternité de Marie, toute glorieuse et pure qu'elle se révélât, cette taille ronde de femme faite, cet enfant nu qu'elle portait sur un bras, l'inquiétaient, lui

semblaient continuer au ciel la poussée débordante de génération au milieu de laquelle il marchait depuis le matin.(*La faute*, 127).

La oración de Serge se convierte en una súplica desesperada para obtener la fuerza capaz de afrontar una tentación tan superior. El trastorno interno entre el deseo del alma y del espíritu, tan divididos del cura, se descargan como salida salvadora en la declaración de una terrible enfermedad nerviosa que comienza con un desvanecimiento al terminar su plegaria en la iglesia.

Las tentaciones posteriores, tras haber amado a Albine, las vencerá a base de una vida en la penitencia extrema, pero ya Serge no está vivo, es realmente un muerto con las funciones vitales reducidas al mínimo en la soledad de su parroquia.

La penitencia extrema es el medio con el que también el obispo Hautecoeur se enfrenta a la tentación cuando la llegada de su hijo Félicien le ha devuelto el recuerdo de su esposa muerta

> Il avait cru oublier, dompter la passion; mais elle renaissait avec un emportement de tempête, dans le terrible homme qu'il était jadis, l'homme d'aventure, le descendant des capitaines légendaires. Chaque soir, à genoux, la peau écorchée d'un cilice, il s'efforçait de chasser le fantôme de la femme regrettée, il évoquait du cercueil la poussière qu'elle devait être maintenant. (*Le rêve*, 172).

En *Nana*, el patético Muffat se debate entre el deseo por la prostituta joven y sus creencias religiosas. El conde había mantenido una estricta fidelidad a los deberes conyugales con su esposa, incluso tenía una cierta repugnancia hacia el sexo apoyada en sus sólidas convicciones y prácticas católicas. Después de una fiesta de sociedad, unos aristócratas libertinos llevan al conde a casa de Nana, frecuentada habitualmente por ellos, y Muffat, que nunca había visto siquiera vestirse a su mujer, se encuentra con una joven en pleno baño delante de sus amigos. El deseo nace de forma violenta

> [...]Il croyait au diable. Nana, confusément, était le diable, avec ses rires, avec sa gorge et sa croupe, gonflées de vices. Mais il se promettait d'être fort. Il saurait se défendre. (*Nana*, 151).

Pero de madrugada, de regreso a su casa por las calles vacías, Muffat se reconoce a sí mismo que unas creencias y unas prácticas por las que había regido su vida durante cuarenta años han sido derrotadas por el deseo que Nana le ha producido

> [...]il sentait qu'elle le possédait, il aurait tout renié, tout vendu, pour l'avoir une heure, le soir-même. C'était sa jeunesse qui s'éveillait enfin, une puberté goulue d'adolescent, brûlant tout à coup dans sa froideur de catholique et dans sa dignité d'homme mûr. (*Nana*, 167).

Satisfecho el primer deseo al ser vencido por la tentación, el conde Muffat se abandona a su oración mecánica convencido de que su pasión es imposible de contener. La tentación y el intento fracasado por vencerla se suceden alternativamente en el ánimo del aristócrata en una lucha de sentimientos cruzados que le puede llevar a la destrucción ante la burla cínica de Nana.

La tentación se muestra con una violencia especial en estos personajes que han separado y contrapuesto la pasión amorosa y el deber social o moral; la consecuencia es un amor morboso y la patología del sentimiento es un motivo de intensificación.

El amor morboso.

Para M. Nimetz (1971) la perversión de la pasión amorosa en *LR* viene dada por cómo sexo y religión se unen y se anulan simultáneamente. F. Weber (1966a), el amor, la religión y las necesidades fisiológicas sexuales, como fuerzas entremezcladas, son el motor de la novela. Similar opinión es la de S. Beser, que insiste en cómo en la novela de Clarín,

> [...]El narrador concede una notable atención a los usos y costumbres sexuales de Vetusta, caracterizados por la frustración y presentados como anormales, a lo menos como no naturales; se provoca así el rechazo de ese mundo social por parte del lector y se produce, por un mecanismo de contraste la exaltación de la heroína en su lucha entre el deber y lo natural. Conoceremos, con mayor o menor detalle, la historia sexual de la mayoría de los personajes[...]:la impotencia de don Víctor, el homosexualismo de Celedonio, la obsesión sexual de Camila, disfrazada de puritanismo, el latente lesbianismo de Obdulia, el "voyeurismo" de Saturnino Bermúdez, la alcahuetería de Paula, propiciando relaciones de su hijo con las criadas, el celestineo de doña Petronila, la calculada utilización del sexo por Petra, el eroticismo de los Vegallana y contertulios, y, en general, la frustración y bajeza que parece caracterizar la vida sexual de Vetusta. (Beser, 1982, pág. 55).

Las mismas, y otras, desviaciones sexuales encontramos en los personajes de la saga Rougon-Macquart, que pueden llegar a verdaderas patologías médicas, locuras declaradas. Por ejemplo, en *La bête humaine*, el protagonista, Jacques Lantier es un asesino. Otro ejemplo

es el lesbianismo místico de Sidonie Rougon, personaje secundario al que se hace referencia en varias novelas del grupo, pero el lesbianismo es relativamente frecuente en los personajes de segunda fila zolianos y se asocia a mujeres que, como la que acabamos de citar, tienen un comportamiento devoto, beato, tras el que se esconden prácticas, como el aborto, que desmienten esa religiosidad oficial. Hay también casos de incesto, como ocurre en *La terre* con la relación de los hermanos huérfanos Palmyre e Hilarion; o la pasión de Renée y Maxime, madrastra e hijastro respectivamente, en *La curée*.

Citamos estos ejemplos zolianos por el protagonismo que, aunque se trate de personajes de segunda fila, tales personajes desempeñan; otros, como en el caso de *La curée*, son actores principales

De la identificación del sacerdote con la mujer, su feminización, hasta llegar a la homosexualidad, como es el caso del acólito Celedonio de *LR*, o el sentimiento deseado de la pérdida del sexo, como vimos que ocurre con Serge en *La faute*, no nos ocupamos ahora. Aquí vamos a presentar aquellos casos en los que el amor es morboso por tratarse de una pasión sacrílega. El sacrilegio lo vamos a entender por cuanto el sacerdote es un ser consagrado a Dios que, según la norma católica, ni puede ser amado ni amar como hombre. Las víctimas de esta pasión son las que experimentan los tipos de tentación que acabamos de exponer surgida de una oposición de la pasión amorosa a la práctica religiosa católica, que coincide con la moral burguesa.

En *LR*, Fermín De Pas, un cura, ama a una mujer. El sacrílego es el sacerdote. La mujer, Ana, no ama al sacerdote sino a otro hombre, Mesía, al que se entrega. El amor de la señora de Quintanar es adúltero, pero no sacrílego.

En *La conquête*, Marthe Mouret ama a l'abbé Faujas. El amor de Marthe es sacrílego. Faujas no sólo no corresponde al amor de Mme. Mouret, sino que muy por el contrario, la odia. El odio es el sentimiento que le producen todas las mujeres.

En *La faute*, l'abbé Mouret ama a Albine, se trata de un caso de amor sacrílego. Sin embargo consideramos que no podemos calificarlo así porque el amor de Serge tuvo lugar durante su etapa de amnesia en la que no sabía que era sacerdote sino que se consideraba un hombre tan libre como los demás, sin ningún tipo de ataduras religiosas; desde el mismo momento que recobra la conciencia de su estado, Serge rechaza el amor de la muchacha. L'abbé Mouret sufrirá la tentación pero seguirá en la preferencia del amor divino al humano y el sentimiento de culpa por el pasado inconsciente le parecerá irremisible; no ha habido, por tanto, amor sacrílego en este caso. De la misma forma no podemos considerar sacrílega la pasión de Albine, pues como le confiesa a Serge, ella siempre había pensado, cuando le

encargaron la curación del joven, que éste había dejado al sacerdocio; no fue sacrilegio este amor tampoco, pues.

Los casos de Marthe Mouret y de Fermín De Pas, interesan por su peculariedad. En especial el de Mme. Mouret, que confiesa abiertamente a l'abbé Faujas el conocimiento de su amor en contra de la ley establecida por la Iglesia y la sociedad, y lo afronta y se hace responsable de su sentimiento. La no correspondencia por parte del cura la dejan en el vacío de la inutilidad de su sentimiento; no aparece el complejo de culpa y cuando muere es a consecuencia de ser consciente de que había amado para nada, no de la naturaleza de su amor.

El Magistral había intentado mantenerse en el engaño de un amor espiritual de hermanos del alma pues "suponiendo que aquello parase en un amor sacrílego y adúltero, miserablemente sacrílego, por haber tenido tales comienzos, ¡adiós encanto!". Pero aunque no sea correspondido, De Pas ha de reconocer ante sí mismo que ama a Ana Ozores; ante el adulterio de la Regenta y don Álvaro, la reacción del Magistral es la del amante burlado. El amor de don Fermín es sacrílego y lo afronta como tal en su confesión final en un intento de carta a Ana.

También fue sacrílego el caso de l'abbé Caffin al que se hace referencia en *La faute*. Como sacrílegas eran las relaciones que llevan al cura de Contracayes a presencia del Magistral.

Lo llamativo del amor sacrílego en todos los ejemplos presentados es la fuerza con que ante esta pasión se debaten los afectados y cómo, antes de caer vencidos, se esfuerzan en seguir un modelo de vida de perfección que les impida llegar a la satisfación del deseo, lo consideren o no pecaminoso. Albine es la única que no tiene necesidad de esta lucha, pero Albine estaba fuera de juego por su desconocimiento, su lucha empieza justamente al conocer la realidad para que Serge vuelva con ella.

B). Los medios y los caminos para la vida de piedad

Fermín de Pas propone a Ana Ozores un programa completo de reflexión y actividad:

> [...]Era necesario que Anita frecuentase en adelante las fiestas del culto; que oyese más sermones, más misas, que asistiera a las novenas, que fuese de la sociedad de San Vicente, pero socia activa, que visitara a los enfermos y los vigilara, que entrase en el Catecismo; al principio tales ocupaciones podrían parecerle pesadas, insustanciales, prosaicas, desviadas del camino que conduce a la vida de la piedad acendrada, pero poco a poco iría tomando el gusto a tan humildes menesteres, iría penetrando los

misteriosos encantos de la oración, del culto público, que si parece hasta frívolo pasatiempo en las almas tibias, en el vulgo de los fieles, que están en el templo nada más con los sentidos, es edificante espectáculo para quien siente devoción profunda." (*LR*, 366).

El plan expuesto por don Fermín combina los aspectos contemplativos y reflexivos y los aspectos de devoción práctica de una forma bastante exhaustiva y general, pero podemos centrar en tres elementos los medios y caminos que llevan a una existencia espiritual plena, aspiración principal de los protagonistas de *LR*, tanto de Ana como de Fermín, desde que se enamora de aquélla; y de una serie de personajes cuya historia queda descrita en una o varias de las novelas de la saga *Rougon-Macquart*.

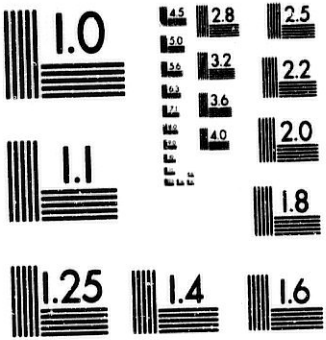
La lectura

La lectura es un acto de preparación individual. El libro lleva a actividades diferentes y complementarias: la reflexión, la contemplación, y la ejecución práctica de lo leído como consecuencia de la deducción o la imitación.

Este tipo de lectura ocupa un lugar destacado en *LR*, muy superior al que Zola le concede en el plano general de los *Rougon-Macquart* en relación con la vida piadosa, donde el escritor de Médan da un papel preponderante a la oración o a la caridad, los otros medios para llevar una vida de tales características. No queremos decir con esto que la actividad lectora no quede patente en las novelas que en la obra zoliana estudiada encaran tal asunto, pero no encontramos la recomendación especial a leer hecha por el cura al individuo interesado en conseguir llevar una existencia en la religión.

En *La conquête*, Marthe Mouret, similar a en algunos aspectos a Ana Ozores, cuando cambia hacia un vivir más devoto es dirigida por l'abbé Faujas a la oración y, sobre todo a las obras sociales caritativas; la recomendación de los libros no aparece nunca, ni esta señora demuestra haber tenido ninguna inquietud lectora antes y después de establecer su relación con el sacerdote. Su hijo, el joven Serge, es el modelo contrario y casi podríamos considerar único dedicado en gran parte de su tiempo a la lectura de tipo religioso. Pero Serge es un lector consumado, son variados los temas de su interés, e incluso es un lector excesivo; su padre considera que tanta lectura puede perjudicarle dada la naturaleza delicada del muchacho, y se enfada con frecuencia por el comportamiento introvertido del hijo

"Il faudra que je jette tes bouquins au feu, lui disait Mouret avec colère. Tu verras que tu finiras par te mettre au lit." *(La conquête*, 196).




MICROCOPY RESOLUTION TEST CHART
NATIONAL BUREAU OF STANDARDS
STANDARD REFERENCE MATERIAL 1010a
(ANSI and ISO TEST CHART No. 2)

misteriosos encantos de la oración, del culto público, que si parece hasta frívolo pasatiempo en las almas tibias, en el vulgo de los fieles, que están en el templo nada más con los sentidos, es edificante espectáculo para quien siente devoción profunda." (*LR*, 366).

El plan expuesto por don Fermín combina los aspectos contemplativos y reflexivos y los aspectos de devoción práctica de una forma bastante exhaustiva y general, pero podemos centrar en tres elementos los medios y caminos que llevan a una existencia espiritual plena, aspiración principal de los protagonistas de *LR*, tanto de Ana como de Fermín, desde que se enamora de aquélla; y de una serie de personajes cuya historia queda descrita en una o varias de las novelas de la saga *Rougon-Macquart*.

La lectura

La lectura es un acto de preparación individual. El libro lleva a actividades diferentes y complementarias: la reflexión, la contemplación, y la ejecución práctica de lo leído como consecuencia de la deducción o la imitación.

Este tipo de lectura ocupa un lugar destacado en *LR*, muy superior al que Zola le concede en el plano general de los *Rougon-Macquart* en relación con la vida piadosa, donde el escritor de Médan da un papel preponderante a la oración o a la caridad, los otros medios para llevar una vida de tales características. No queremos decir con esto que la actividad lectora no quede patente en las novelas que en la obra zoliana estudiada encaran tal asunto, pero no encontramos la recomendación especial a leer hecha por el cura al individuo interesado en conseguir llevar una existencia en la religión.

En *La conquête*, Marthe Mouret, similar a en algunos aspectos a Ana Ozores, cuando cambia hacia un vivir más devoto es dirigida por l'abbé Faujas a la oración y, sobre todo a las obras sociales caritativas; la recomendación de los libros no aparece nunca, ni esta señora demuestra haber tenido ninguna inquietud lectora antes y después de establecer su relación con el sacerdote. Su hijo, el joven Serge, es el modelo contrario y casi podríamos considerar único dedicado en gran parte de su tiempo a la lectura de tipo religioso. Pero Serge es un lector consumado, son variados los temas de su interés, e incluso es un lector excesivo; su padre considera que tanta lectura puede perjudicarle dada la naturaleza delicada del muchacho, y se enfada con frecuencia por el comportamiento introvertido del hijo

"Il faudra que je jette tes bouquins au feu, lui disait Mouret avec colère. Tu verras que tu finiras par te mettre au lit." *(La conquête*, 196).

Tales pronósticos se cumplirán, pero entretanto las palabras del padre no amilanan a Serge y desde el principio de la novela lo encontramos entre libros. De hecho nos lo presentó Zola leyendo una relación de las *Missions en Chine*, que l'abbé Bourrette le había cedido, y este préstamo es una excepción curiosa pues, como venimos diciendo, no hay un asesoramiento hacia la lectura de este género. Ello no evita que en la siguiente novela, *La faute*, recibamos una información exhaustiva de las diferentes lecturas que l'abbé Mouret realiza en el seminario y que hemos señalado al hablar de la educación.

Además hay otros personajes eclesiásticos dominados por el placer lector, tal es el caso del Obispo Rousselot, también de *La conquête*, al que hemos visto desinteresarse de muchas de sus labores diocesanas aprovechando la ambición de poder de los curas Fenil y Faujas, a quienes cede gran parte de su autoridad para poder vivir en su biblioteca, junto con su joven secretario, l'abbé Surin, dedicado al estudio de los autores clásicos.

Otra excepción es Angélique, la protagonista de *Le rêve*, bordadora de telas y ropas religiosas, que disfruta mucho con *La Légende dorée (Le rêve*, 48). Este libro estaba en el taller de sus padres adoptivos, artesanos tejedores de generación en generación, y probablemente era utilizado para poder copiar sus maravillosas imágenes en los tejidos; al principio, Angélique se siente atraída justamente por esas estampas coloreadas, pero después su lectura la subyuga y ejerce un gran influjo en su carácter.

Fuera de estos ejemplos, los libros de religión no despiertan un gran interés para los personajes zolianos.

En *LR* las cosas son bien distintas. Un hombre como Clarín,erudito en temas eclesiásticos y religiosos en los que está inmerso desde su juventud no sólo por sus intereses profesionales como estudioso de derecho y filosofía, sino básicamente por su preocupación espiritual íntima, tiene que descargar en sus personajes necesariamente parte del bagaje libresco en que documenta y justifica sus creencias e incredulidades.

Recordemos brevemente la observación de Sobejano (1981) en su edición de *LR*, a la que también hace referencia Oleza (1994) en la suya, en la que el crítico murciano señala cómo Ana Ozores es en gran parte una literaturización de Santa Teresa, por la influencia que la santa escritora ejerció sobre Alas. La Regenta comparte con la religiosa el temperamento romántico y aventurero que la llevan a la acción y al misticismo de forma simultánea. Hay pasajes de la vida de Ana Ozores que coinciden con las descripciones de las obras teresianas: la unión con su hermano para realizar empresas aventureras, que en el caso de la Regenta se plasman en la relación con el campesino Germán; la influencia de las *Confesiones* de san Agustín, con la simbolización demoníaca del sapo, la descripción de la experiencia del infierno como un

agujero o tunel negro por el que Teresa y también Ana pasan; el desasosiego interno de ambas mujeres cuya intesidad en muchas ocasiones hasta les hace imposible el refugio en la lectura; los momentos de éxtasis místico. Y esta misma Ana Ozores, cuya concepción debe mucho a los escritos de Teresa de Ávila, cuando, aconsejada por el Magistral se dedica intesamente a la lectura de la Santa, se propone hacer una imitación exhaustiva de lo que lee.

Pero antes de hablar de los consejos de don Fermín a la lectura piadosa hemos de recordar la influencia que los libros tienen en Ana desde su infancia, a ello hemos hecho referencia al hablar de la formación de la Regenta y sabemos que leyendo es como Ana ha sobrevido a la soledad afectiva y como se ha ido creando su propio mundo. En las lecturas juveniles de la señora de Quintanar ha habido muchos libros religiosos, escogidos por casualidad de entre la numerosa y variadísima biblioteca paterna. Sobre todo las *Confesiones* de san Agustín, sobre las que lloró "como sobre el seno de una madre"; después encontró el *Genio del Cristianismo*, y aunque Chateaubriand en ese momento le merece una mala opinión a don Carlos Ozores, para Ana la idea de "probar la religión por la belleza le pareció la mejor ocurrencia del mundo". Con *Los Mártires* se identificó plenamente y se consideró a ella como la Cimodocea protagonista, y pensó en aquel amigo lejano de la infancia, en Germán, como un Eudoro. Más aún le influyeron algunas poesías de Fray Luis de León pertenecientes al tomo de poesía religiosa de la edición del Parnaso Español; por el estilo sencillo de decir las cosas el conquense fue un modelo del tipo de oración religiosa que Anita deseaba para expresar el amor a la Virgen. Pero sobre todo fue San Juan de la Cruz quien se convirtió en el modelo para expresar todo lo que la Regenta niña llevaba dentro; el *Cantar de los Cantares* era precisamente uno de esos raros libros que don Carlos rara vez vedaba a su hija porque

> -A mí no me la dan -decía don Carlos, guiñando un ojo-; esta *amada* podrá ser la Iglesia, pero... yo no me fio..., no me fio...(*LR*, 78).

Aunque prohibido, Ana lo leyó y desde ese instante Ana expresaba todo lo que sentía, toda su sentimentalidad centrada en la religión

> Versos a lo San Juan, como se decía ella, le salían a borbotones del alma, hechos de una pieza, sencillos, dulces y apasionados; y hablaba con la Virgen de aquella manera. (*LR*, 78).

La influencia de estas lecturas fue enorme. Ana llegó a tener sueños de escritora y la sociedad vetustense la llamó *la literata* o *Jorge Sandio*. El buen Arcipreste Ripamilán, también

aficionado a escribir, la desengañó de sus excesos

> "Todo aquello de haber llorado de amor leyendo a San Agustín y a San Juan de la Cruz no valía nada; había sido cosa de la edad crítica que atravesaba entonces. En cuanto a Chateaubriand, no había que hacer caso de él. Todo eso de hacerse monja sin vocación estaba bien para el teatro; pero en el mundo no había Manriques ni Tenorios que escalasen conventos, a Dios gracias." (*LR*, 101).

La verdadera vida de piedad que debe llevar Ana, según don Cayetano, es casarse con don Víctor Quintanar y hacerlo feliz y dejarse de historias de libros. Y Ana siguió tal recomendación de su confesor Ripamilán.

Por consejo del anciano sacerdote también la Regenta cambia de director espiritual. El nuevo confesor, don Fermín trata "con detenimiento especial la cuestión de las lecturas" en el plan de vida que propone a su feligresa para tener una vida devota

> Recomendó particularmente la vida de algunos santos y las obras de Santa Teresa y algunos místicos.
> "Basta con leer la vida de la Santa Doctora y la de María de Chantal, Santa Juana Francisca,

pero, muy importante, el Magistral recalca cómo ha de ser esa lectura

> por supuesto, sabiendo leer entre líneas, para perfeccionarse, no al principio, sino más adelante.

leer con precaución es fundamental

> Al principio es un gran peligro el desaliento que produce la comparación entre la propia vida y la de los santos. ¡Ay de usted si desmaya porque ve que para Teresa son pecados muchos actos que usted creía dignos de elogio. Pasará usted la vergüenza de ver que era vanidad muy grande creerse buena mucho antes de serlo, tomar por voces de Dios voces que la santa llama del diablo..., pero en estos pasajes no hay que detenerse... No hay que comparar..., hay que seguir leyendo..., y cuando se haya vivido algún tiempo dentro de la disciplina sana, vuelta a leer, y cada vez el libro sabrá mejor, y dará más frutos. (*LR*, 367).

La Regenta sigue los consejos del nuevo director pero no tan al pie de la letra como don Fermín hubiera querido; por el contrario, Ana se deja llevar de su pasión y se consagra en cuerpo y alma a la imitación de la Santa, lo que provoca hasta unos ciertos celos del

Magistral por Teresa de Ávila, y, dada la debilidad física y psíquica real de Anita, provoca también otra recaída en su dolencia nerviosa. Pero, una vez recuperada de la enfermedad y de los desalientos místicos, y, tras cierto desengaño de su sentimiento por Mesía, la Regenta, con nuevos bríos se enfrasca otra vez en la lectura de Santa Teresa y en su afán imitador. Lo mismo que la Doctora de la Iglesia se había impuesto intensificar la piedad de su propio padre, la señora de Quintanar se propone dedicarse al perfeccionamiento del alma de su esposo, "que venía también a ser su padre".

En este propósito, a imitación de los consejos que a ella le había dado el Magistral, entre otras cosas, la misma Ana recomienda a su marido la lectura, y no es que el ex-Regente no leyera, que mucho lo hacía, pero ella le propone la lectura seria y no los libros que a él le gustaban "comedias, mentiras futiles y peligrosas". Don Víctor debe leer libros religiosos, *La Leyenda de Oro*, el *Año Cristiano*, y ya que Quintanar dice preferir los libros de meditación, qué mejor que la *Imitación de Cristo.*

La lectura del Kempis no produce en el ánimo de don Víctor los mismos efectos que en el de su esposa

> Y entre *Kempis* y la Regenta, y el calor que empezaba a molestarle, y la prohibición de los baños, le quitaron el humor al digno magistrado. Ya no leía, al dormirse, a Calderón sino a Job y al dichoso Kempis. "¡Vaya unas cosas que decía aquel demonche de fraile o lo que fuese! No, y lo que es razón tenía, es claro; el mundo, bien mirado, era un montón de escorias. Él no podía quejarse, en su vida no había habido desengaños terribles, grandes contrariedades, aparte de la muy considerable de no haber sido cómico; pero en tesis general, el mundo estaba perdido. Y además, esto de hacerse viejo, que le tocaba a él como a cada cual, era un gravísimo inconveniente. (*LR*, 456).

No, a Quintanar este tipo de lectura no le sienta nada bien y la reflexión en la muerte y en la ardua empresa de la salvación del alma a que tales escritos le llevan, entre otras cosas más banales, hacen que el pobre don Víctor pase el peor verano de su vida.

Este mismo libro, la *Imitación de Cristo*, es el refugio de l'abbé Mouret tras su recuperación de la conciencia y haber elegido de nuevo el estado sacerdotal prescindiendo de todo lo relacionado con la vida por la intrascendencia y caducidad de las cosas mundanas.

Quien disfruta bastante de los libros es el mismo Magistral, pero vamos a ver qué tipo de lecturas le interesa

> [...]La experiencia de la vida había despertado su afición a los estudios morales. Leía con deleite los *Caracteres* de La Bruyère; de los libros de Balmes sólo admiraba *El*

> *Criterio*, y -¡quién se lo hubiera dicho al señor Carraspique!- en las novelas, prohibidas tal vez, de autores contemporáneos, estudiaba costumbres, temperamentos, buscaba observaciones, comparando su experiencia con la ajena.

Interesa la reflexión que Alas pone en palabras de don Fermín sobre estas lecturas

> ¡Cuántas veces sonreía el Magistral con cierta lástima al leer en un autor impío las aventuras ideales de un presbítero! "¡Qué de escrúpulos!, ¡qué de sinuosidades! ¡Cuántos rodeos para pecar! Y después, ¡qué de remordimientos!" "Estos liberales - añadía para sí-, ni siquiera saben tener mala intención. Estos curas se parecen a los míos como los reyes de teatro se parecen a los reyes." (*LR*, 238).

De todas maneras la importancia de la lectura queda muy clara como medio para modificar la conducta vital. Por eso, y aunque no sea una influencia encaminada a llevar una existencia de piedad religiosa, en *Pot-Bouille* Octave Mouret recomienda la lectura a una de sus convecinas, Mme. Pichon, que arrastra una vida un tanto neurótica en la rutina de su labor de ama de casa y de joven madre con un marido demasiado ocupado en su oficina ministerial. Mme. Pichon está tan acostumbrada a su manera de vivir pendiente de lo que dicen su marido y su madre que es incapaz de reflexionar y de darse cuenta de lo que pasa a su alrededor

> [...]Octave ayant dit qu'elle devait s'ennuyer, toujours seule, elle parut surprise: non, elle ne s'ennuyait jamais, les journées coulaient tout de même, sans qu'elle sût, en se couchant, à quelle besogne elle les avait passés. Puis, le dimanche, elle sortait parfois avec son mari; ses parents venaient, ou encore elle lisait. Si la lecture ne lui avait pas donné mal à la tête, elle aurait lu du matin au soir, maintenant qu'il lui était permis de tout lire.
>
> - Mais, dit Octave, mon ami Campardon a tout George Sand... Je vais lui demander *André* pour vous. (*Pot-Bouille*, 96).

La razón es que la lectura es un excelente pasatiempo y puede transformar la vida de Marie Pichon, no nos debemos extrañar cuando ésta joven señora se convierte en la amante de Octave, el cual, como buen amigo del marido y más experimentado que éste en asuntos de mujeres , va a recomendar a M. Pichon que lleve con frecuencia a su mujer al teatro, y cuando el esposo pregunta el motivo al seductor, éste último contesta

> -Parce que c'est bon pour les femmes. Ça les rend gentilles (*Pot-Bouille*, 97).

La mayoría de las amas de casa recurría en esa sociedad al sacerdote para que les

proporcionara medios de salvación o curación del alma o del hastío; pero el medio puede ser el mismo objeto: el libro, aunque de contenido diferente al de las lecturas propuestas por Octave Mouret; para Zola se trata de proporcionar alternativas a la rutina cotidiana que enriquezcan o estimulen la vida, pero se trata de simples opciones, pues la búsqueda de la trascendentalidad necesita un equilibrio psicofísico que no admite ningún tipo de sublimación; a este respecto es necesario indicar que Ana Ozores, al final de la obra, cuando después de la tragedia ha quedado la calma vacía de la soledad, rechaza los libros.

> Aborrecía los libros, fuesen los que fuesen; todo raciocinio la llevaba a pensar en sus desgracias; el caso era no discurrir. Y a ratos lo conseguía. Entonces se le figuraba que lo mejor de su alma se dormía, mientras quedaba en ella despierto el espíritu suficiente para ser tan mujer como tantas otras.(*LR*, 670).

## La oración

Para Pérez Gutiérrez Clarín, "no sólo tenía una firme convicción religiosa, sino que podemos asegurar que, además de pasarse media vida pensando en Dios, como escribía en una ocasión a su admirado Menéndez Pelayo, era un hombre piadoso, un hombre que sabía por experiencia lo que era la plegaria." (Pérez Gutiérrez, 1975, pág. 280).

El personaje rezando de alguna manera o la alusión a la oración son frecuentes en la obra de creación clariniana y *LR* no es una excepción. El problema es que Ana Ozores es huérfana, al no tener madre le faltó la iniciación en esa piedad de las primeras canciones a la Virgen o al Niño Jesús y los primeros rezos. Como "nunca le habían enseñado la religión como un sentimiento que consuela", Anita debió aprender las oraciones con su institutriz doña Camila con la cantarina recitación memorística con que se aprendía la tabla de multiplicar o los ríos españoles.

La lectura fue el medio por el cual Ana llega a conocer otro tipo de plegaria diferente al que conocía, otro medio para expresar de alguna forma todo su sentimiento interior. Los versos de Fray Luis de León, como hemos visto más arriba, despiertan la sentimentalidad religiosa, el amor a la Virgen, la madre del cielo que la recoge en su orfandad humana

> [...]El *Ave María* y la *Salve* adquirieron para ella un nuevo sentido. Rezaba sin cesar. Pero no bastaba aquello, quería más, quería inventar ella misma oraciones.(*LR*, 78).

Y la oración no es una sucesión de palabras recitadas sin sentido, es una plegaria que se va

elaborando desde dentro, es la fórmula de expresión de amor. Esto es justo lo que la Regenta niña encuentra en San Juan de la Cruz, después de leer sus versos

> [...]entonces sintió la lengua expedita para improvisar oraciones; las recitaba en verso en sus paseos solitarios por el monte de Loreto, que olía a tomillo y caía a pico sobre el mar.(*LR*, 78).

Hemos visto a Ana compositora de "versos a lo San Juan". Esa actividad, al pasar de la oración mental a la oración escrita en cuadernos que sus preocupadas y timoratas tías presentarán a los entendidos miembros de la sociedad laica y clerical de Vetusta, le acarrea motes despectivos y la Regenta se autoimpide cualquier manifestación que la haga sospechosa de "literata"; si alguna vez escribe algo, lo rompe; es imponerse a sí misma la imposibilidad de otro tipo de oración que no sean las fórmulas establecidas por la iglesia y la tradición secular.

La dirección de don Fermín le devuelve la importancia a la manera de rezar de la infancia que Ana había aprendido por sí misma en el pueblo, porque con este "hermano mayor del alma"

> [...]la virtud y la piedad eran cosas bien diferentes de lo que le habían enseñado sus tías y la devoción vulgar (así la llamó para sus adentros) que había aprendido como una rutina. Sí, la religión verdadera se parecía en definitiva a sus ensueños de adolescente, a sus visiones del monte de Loreto más que a la sosa y estúpida disciplina que le habían enseñado como piedad seria y verdadera.(*LR*, 169).

Esta libertad para poder expresarse a su antojo en sus rezos proporciona plenitud en un primer momento a la Regenta; como en todo, también la oración se convierte en un recurso abusivo al que recurre constantemente. En la catedral o en otras iglesias, después de las ceremonias litúrgicas, Ana disfruta dejando pasar las horas arrodillada en el templo; o en su alcoba, que llega a ser imitación de un oratorio, ya rece sobre la piel de tigre que adorna sensualmente su cuarto, ya ore sobre las baldosas para sentir en el dolor el placer místico. Sus excesos son tales que durante la convalecencia de sus enfermedades el Magistral le prohibe rezar de rodillas.

> El Magistral, mientras duraba la debilidad, le había prohibido incorporarse para rezar de rodillas sus oraciones de la mañana. Pero ella en cuanto sintió aquella bienhechora fortaleza de los músculos, que es como el amor propio del cuerpo, gozóse en distender los miembros, que volvían a cubrirse de rosas pálidas, otra vez repletos de vida circulante. Y sin descender del lecho, sobre las sábanas tibias, levemente mecidas por los muelles del colchón al incorporarse, rezaba, toda de blanco, sumidas

las rodillas redondas y de raso en la blandura apetecible. *(LR*, 455).

Pero al aumentar un poco la mejoría vuelve a arrodillarse en el suelo, prescinde del felino disecado, y, si don Fermín no lo hubiera prohibido también, Ana hubiera recurrido al cilicio.

Cuando a partir del capítulo XXV la Regenta está acosada de dudas acerca de las intenciones de su confesor y el vuelo de su enorme imaginación le hace fabular sobre el recuerdo de las conversaciones de don Carlos, su padre, y sus amistades librepensadoras, la oración será un refugio, la oración tradicional, mecánica; la plegaria de Ana es un recurso, un medio para darse fuerzas, para continuar, en resumidas cuentas, "rezaba para creer".

En este tiempo la señora de Quintanar sabe que su oración mental es un verdadero peligro porque en vez de acercarla al sentimiento de la divinidad la lleva por otros derroteros que la asustan. Ana se autoimpone la participación en las actividades litúrgicas y la huida de las prácticas en solitario

> [...]Buscó el olor del incienso, los resplandores del altar y de las casullas, el aleteo de la oración común, el susurro del ora pro nobis de las masas católicas, la fuerza misteriosa de la oración colectiva, la parsimonia sistemática del ceremonial, la gravedad del sacerdote en funciones, la misteriosa vaguedad del cántico sagrado que, bajando del coro nada más, parece descender de las nubes (*LR*, 534-5).

En los momentos finales de la novela, cuando Ana decide ir a la catedral a confesarse después de un año de la muerte del marido es en este tipo de oración y de concepción religiosa en la que quiere protegerse:

> Ahora nada; huir del dolor y del pensamiento. Pero aquella piedad mecánica, aquel rezar y oír misa como las demás, le parecía bien, le parecía la religión compatible con el marasmo de su alma. Y además, sin darse cuenta de ello, la religión vulgar -que así la llamaba para sus adentros- le daba un pretexto para faltar a su promesa de no salir jamás de su casa. (*LR*, 672).

Zola, que no presenta la lectura como medio para alcanzar la piedad religiosa, hace hincapié en la importancia de servirse de la oración para tal fin. En *La conquête*, en la que, por ser "novela de cura", se encuentra un paralelismo con *LR*, l'abbé Faujas recomendará la plegaria a Mme. Mouret. Este consejo para Marthe, una mujer sin ninguna motivación religiosa, viene disfrazado de alternativa consoladora en la desgracia y Faujas con astucia lo desliza en un comentario sobre el desgraciado fin de una vecina de la localidad que se había suicidado.

"Elle a eu tort de désespérer, dit le prêtre de sa voix profonde. Elle ignorait sans doute les consolations de la prière. J'en ai vu souvent venir à nous, pleurantes, brisées, et elles s'en allaient avec une résignation vainement cherchée ailleurs, une joie de vivre. C'est qu'elles s'étaient agenouillées, qu'elles avaient goûté le bonheur de s'humilier dans un coin perdu de l'église. Elles revenaient, elles oubliaient tout, elles étaient à Dieu." (*La conquête*, 117).

Resulta muy interesante comparar estas palabras de Faujas con las que l'abbé Jouve dice a Hélène en *Une page* ( veáse lo expuesto en este trabajo al hablar del cura como amigo). A la búsqueda de solución a una carencia afectiva, Jouve propone a su amiga una solución práctica y eficaz; en *La conquête*, el cura ofrece la humillación del espíritu y la felicidad en la resignación.

Es sorprendente la evolución paso a paso de Mme. Mouret, entre los capítulos VII y XVII de la novela, que desde una actitud de indiferencia religiosa casi absoluta de forma inevitable y gradual pasa a hacer de la oración una necesidad vital, hasta el punto, como hace Ana Ozores, que se excede tanto en esta práctica que Faujas , igual que De Pas, se lo prohibe; pero después, por su interés propio se lo tolera

[...]Peu à peu, il laissa une plus grande liberté à Marthe, lui permettant les retraites, les longs chapelets, les prières répétées devant chaque station du chemin de la croix[...] Elle eut des attendrissements, des larmes intarissables qu'elle pleurait sans les sentir couler; crises nerveuses, d'où elle sortait affaiblie, évanoui, comme si toute sa vie s'en était allée le long de ses joues. (*La conquête*, 279).

Desespera al lector ver cómo Marthe llega a un estado de humillación en que pierde absolutamente la voluntad y es ella el verdadero instrumento inconsciente de un hombre que la trata con el mayor de los desprecios

[...]Elle était d'une obéissance absolue, ne cherchant pas à comprendre, répétant ce qu'il la priait de répéter. Il ne prenait même plus aucune précaution avec elle, lui faisait crûment sa leçon, se servait d'elle comme d'une pure machine. Elle aurait mendié dans les rues, s'il lui en avait donné l'ordre[...]Quand il sortait des courtes luttes qu'il avait à soutenir avec elle, il haussait les épaules, plein du mépris d'un lutteur arrêté par un enfant. Il se lavait, il se brossait, comme s'il eût touchée malgré lui à une bête impure. (*La conquête*, 281).

En *La faute* ya hemos visto a l'abbé Mouret dedicado a la lectura, ésta, junto con la oración son las principales, por no decir únicas actividades de este sacerdote en su primera juventud y en su madurez. La oración para Serge, tanto la mental realizada a su manera como

la repetición mecánica de fórmulas obligadas en el ceremonial eclesiástico, es el medio de llegar a la union con la divinidad y de dar gracias por este estado de beatitud.

Cuando, a partir del capítulo XVII, la tentación sea una evidencia y el terror a perder su hasta ahora fácil vida de castidad lo embargue, la oración se convierte en un ruego desesperado para conseguir superar los momentos dificiles. Se trata de plegarias a la Virgen María, tanto en su faceta de muchacha virgen como de joven madre, intercesora ante Dios. Recordemos que la devoción a María madre será el primer tipo de plegaria sentida de la huérfana Anita Ozores.

> - Vierge fidèle, priez pour moi! répétait désespérement le prêtre. (*La faute*, 144).

Para ejercer el sacerdocio al que ha consagrado toda su vida invoca la ayuda de la Madre de Dios, con la cual

> [...]J'atteindrai san effort, du premier coup, à la perfection que je rêve. Je me proclamerai enfin votre véritable prêtre. Je serai ce que mes études, mes prières, mes cinq années de lente initiation n'ont pu faire de moi. (*La faute*, 147).

Una oración para pedir auxilio a cualquier precio, para conseguir la perfección en el estado sacerdotal

> [...]O Marie, Vase d'élection, châtrez en moi l'humanité, faites-moi eunuque parmi les hommes, afin de me livrer sans peur le trésor de votre virginité! (*La faute*, 148).

Sabemos que Serge, amnésico tras una grave enfermedad, ha amado a Albine en su olvido total de personalidad. Al recuperar la consciencia de sí mismo no ha podido soportar el crimen cometido contra su condición de sacerdote y se recluye en la oración. Albine es presa también de una dolencia psíquica que le producirá la muerte; el doctor Pascal acude para llevar a Serge a despedirse de Albine a la que debe la vida, pero l'abbé Mouret comenta a su tío

> -Je ne puis que prier pour la personne dont vous parlez, dit l'abbé Mouret avec douceur.

Ante la insistencia de Pascal, dice:

-Je suis prêtre. je n'ai que des prières, acheva-t-il simplement, d'une voix très ferme. (*La faute*, 296).

La oración es pues el último recurso, ya no es ni medio ni instrumento, sino un fin en sí mismo. La vida de Serge transcurre en la iglesia rezando constantemente, cuando Albine decide ir por él al mismo templo, allí lo encuentra utilizando la plegaria de nuevo contra una tentación que es su propia vida

Le prêtre semblait ne plus entendre. Il s'était remis en prières, demandant au ciel le courage des saints. Avant d'engager une lutte suprême, il s'armait des épées flamboyantes de la foi. Un instat, il craignit de faiblir. Il lui avait fallu un héroïsme de martyr pour laisser ses genoux collés à la dalle, pendant que chaque mot d'Albine l'appelait. (*La faute*, 308).

Los rezos han surtido efecto. Albine se retira derrotada. Serge puede dedicarse a su ansiada vida de piedad a través del ascetismo riguroso.

Elle haussa les épaules, avec un inmense découragement. Sa colère tombait. Elle était presque prise de pitié.

-Tu es fou, murmura-t-elle. Garde tes prières. C'est toi que je veux... Jamais tu ne comprendras. J'avais tant de choses à te dire! Et tu es là, à me mettre toujours en colère, avec tes histoires de l'autre monde...(*La faute*, 312).

Además de estos ejemplos citados en obras de Zola del uso de la oración como instrumento para llegar a la vida piadosa, tenemos que señalar que en los *Rougon-Macquart* son frecuentes los personajes a los que se describe rezando; lo que cada uno de ellos busca en el rezo puede ser muy diferente, el interés radica en la frecuencia en que aparece este recurso ante circunstancias diversas en los protagonistas de la saga zoliana.

Por ejemplo, en *Nana*, sabemos que uno de los amantes de esta cortesana parisina, el anciano conde Muffat, con una sólida y estricta educación religiosa, en medio del abatimiento en que ha caído al saber la infidelidad de su esposa y recordar su vida de perdición con Nana, de la que no puede prescindir, hace una reflexión sobre la importacia de la plegaria en su pasado y en su presente

[...]Autrefois, Dieu lui gardait toutes ses miséricordes. Au moindre chagrin, au moindre obstacle barrant sa vie, il entrait dans une église, s'agenouillait, humiliait son néant devant la souveraine puissance; el il en sortait fortifié par la prière, prêt aux abandons des biens de ce monde, avec l'unique désir de l'éternité de son salut. Mais aujourd'hui, il ne pratiquait plus que par secousses, aux heures où la terreur de l'enfer le reprenait,

toutes sortes de mollesses l'avaient envahi, Nana troublait ses devoirs. (*Nana*, 231).

El viejo aristócrata no deja de debatirse entre estos sentimientos sobre su moralidad y no deja de recurrir a la oración en medio de las contradicciones. Nana es muy consciente del estado del conde y satiriza sus constumbres en una conversación con Georges y Philippe Hugon, dos jóvenes hermanos de la alta sociedad, amantes suyos también:

> "Vous ne savez pas comme il est drôle, continua-t-elle, s'amusant des détails qu'elle donnait. Au fond, c'est un cagot fini... Ainsi, il dit sa prière tous les soirs. Parfaitement. Il croit que je ne m'aperçois de rien, parce que je me couche la première, ne voulant pas le gêner; mais je le guigne de l'oeil, il bredouille, il fait son signe de croix en se tournant pour m'enjamber et aller se mettre au fond...(*Nana*, 342).

En *Pot-Bouille*, l'abbé Maudit al fin de un día terrible, donde ha quedado en evidencia la dudosa moralidad de los miembros de uno de los edificios burgueses de su parroquia, cuyas familias visita este sacerdote con asiduidad; se encuentra hastiado, desesperado y culpabilizado; el cura cae en medio de la iglesia en reconstrucción intentando a través de la plegaria establecer contacto con Dios a modo de justificar una conducta, la suya, que no puede justificarse ante sí mismo. Para este sacerdote como para el conde Muffat, la oración sirve de cauce en el intento de desprenderse de un insoportable complejo de culpa

> Ce qu'il avait remué de vilenies depuis le matin lui étouffait le coeur. Et les mains ardemment tendues, il demandait pardon, pardon de ses mensonges, pardon des complaisances lâches et des promiscuités infâmes. La peur de Dieu le prenait aux entrailles, il voyait Dieu qui le reniait, qui lui défendait d'abuser encore de son nom, un Dieu de colére résolu à exterminer enfin le peuple coupable. Toutes les tolérances du mondain s'en allaient sous les scrupules déchaînés de cette conscience, et il ne restait que la foi du croyant, épouvantée, se débattant dans l'incertitude du salut. Oh! Seigneur, quelle était la route, que fallait-il faire au milieu de cette société finissante, qui pourrissait jusqu'à ses prêtres? (*Pot-Bouille*, 418).

En *La débâcle*, la novela que narra los últimos días del Segundo Imperio y la derrota de Sedán, la acción transcurre principalmente entre los soldados del ejército francés algunos de los cuales recurren a la oración en diferentes momentos y por distintos motivos. Pache, un joven campesino, reza todas las noches como le han enseñado en su pueblo, esto provoca la burla violenta de un obrero parisino revolucionario, enfadado por haber sido llamado al ejército cuando su tiempo de servicio estaba cumplido, que le grita por qué no rogó a Dios para que le diera dinero para poder evadir la llamada a filas

> [...]Mais Pache, arrivé d'un village perdu de la Picardie, chétif et la tête en pointe, se laissait plaisanter, avec la douceur muette des martyrs. Il était le souffre-douleur de l'escouade, en compagnie de Lapoulle, le colosse, la brute pussée dans les marais de la Sologne. (*La débâcle*, 41).

Este mismo muchacho, en pleno combate, se santigua cuando encuentra una cruz en medio del campo

> [...]Pache, qui se signait devant les croix de pierre rencontrées, défit les bretelles, posa tout le paquet soigneusement au pied d'un petit mur, comme s'il devait revenir le chercher. (*La débâcle*, 47).

y más adelante al recibir de su jefe compadecido un pedazo de pan

> "Nom de Dieu! nom de Dieu!" répéta Lapoulle dévorant, ne trouvant pas d'autre mot; dans le grognement de sa satisfaction, tandis que Pache disait tout bas un *Pater* et un *Ave*, pour être certain que le ciel, le lendemain, lui enverrait encore sa nourriture. (*La débâcle*, 199).

El autor atribuye esta especie de piedad supersticiosa en este pequeño grupo de hombres a los dos campesinos de la aldea más apartada, frente al cinismo religioso del pintor de brocha gorda de la capital.

En *Une page*, Zola presenta un tipo de oración que puede tener una finalidad perversa. La mère Fétu es una mendiga que ha recibido las visitas de caridad que tanto el doctor Deberle, en calidad de médico, como Hélène, como práctica humanitaria, le han hecho. Los encuentros casuales en casa de esta desvalida son los que han propiciado el nacimiento de una verdadera pasión entre la viuda y Deberle, un hombre casado; la mère Fétu intuye este sentimiento y de alguna manera le gustaría ayudar a sus benefactores. Recuperada un poco la salud, la infeliz vuelve a pedir limosna a la puerta de la iglesia y recibe una moneda de la hija de Hélène y

> [...]La mère Fétu prit la pièce, en invoquant toutes les saintes du paradis. Mais elle avait saisi en même temps la main de l'enfant; elle la retenait, et changeant de voix:
>
> "Elle est donc malade, l'autre dame?
>
> - Non, répondit Jeanne, étonnée.
>
> -Ah! que le Ciel la conserve! qu'il la comble de prospérités, elle et son mari!... Ne vous sauvez pas, ma bonne petite demoiselle. Laisez-moi dire un Ave Maria à l'intention de votre maman, et vous répondrez: Amen, avec moi... Votre maman le permet, vous la rattraperez."(*Une page*, 202).

La intención de la mendiga es que, ante la ausencia de Mme. Deberle, quizá enferma, Hélène y el doctor, acompañante vespertino fiel como hace habitualmente cuando también su mujer se acerca a la iglesia para las ceremonias del mes de mayo, tengan tiempo a solas y se manifiesten su mutuo sentimiento, un sentimiento que podría ser más sólido si Mme. Deberle muriera, pero como esto es demasiado fuerte, la mère Fétu desea que, por lo menos sus protectores tengan un poco de felicidad. Jeanne, al volver corriendo junto a su madre le comunica

> "Maman! maman! cria-t-elle, elle m'a fait dire un *Ave*, pour que ça te porte bonheur." (*Une page*, 203).

En *LR* si dejamos de lado las oraciones obligatorias que los sacerdotes realizan por su oficio, sólo el obispo Camoirán se encierra devotamente la plegaria; don Fermín no la practica nunca.

La caridad. La limosna

La sinceridad y claridad de ideas y sentimientos que caracteriza la amistad de Hélène y l'abbé Jouve en *Une page*, se extiende a la manera que ambos personajes tienen de ejercer la caridad

> L'abbé l'envoyait volontiers chez ses pauvres. Ils avaient ensemble toutes sortes de conversations à voix basse, des affaires à eux, sur lesquelles ils s'entendaient à demi-mot, et dont ils ne parlaient jamais devant le monde. (*Une page*, 43).

Estas prácticas caritativas son actividades de solidaridad humana realizadas en el más absoluto de los silencios, rehuyendo cualquier reconocimiento público; es seguir a rajatabla el precepto evangélico "que tu mano izquierda no sepa lo que hace la derecha", la caridad bien entendida que no tiene por qué ser exclusiva de la vida de piedad religiosa, sino más bien de humanitarismo consciente. La labor de socorro a los necesitados y enfermos pobres la realizan en *Une page* tanto l'abbé Jouve, sacerdote piadoso y humanitario, y Hélène, una mujer que se declara no practicante pero de excelente calidad humana, como el doctor Deberle, que cura y ayuda a las mismas personas que los anteriores por las razones solidarias del sabio. El capítulo III de esta novela en gran medida está dedicado a narrar las experiencias de Hélène

en las visitas recomendadas por l'abbé Jouve; a través de estos necesitados, sobre todo de la mère Fétu, Mme. Grandjean descubre como una persona oficialmente arreligiosa, el doctor Henri Deberle, es la que más se preocupa por los menesterosos sin hacer ningún tipo de alardes. Zola resalta intencionadamente la labor de estos personajes mucho más eficaz que la oficial, instituida por las asociaciones religiosas y gubernamentales; además esta tarea particular se realiza a cambio de nada. En este capítulo se describe también cómo la miseria total de estas personas sin recursos es exagerada por ellas mismas, acostumbradas a no cesar en sus ruegos y peticiones, e incluso a fingir padecimientos con objeto de recibir más compensaciones que otros vecinos quizá en peor situación real.

En *Le rêve*, la solidaridad está mezclada con un deseo competitivo en la perfección de quienes la ejercen. Los protagonistas, Angelique y Félicien, gustaban de distribuir sus cosas entre los pobres de la ciudad, un día, inesperadamente, coinciden visitando a la misma persona, y ambos jóvenes, que ya se amaban y observaban en silencio, entablan una muda competencia sobre quién se da y da más, como para perfeccionarse en su propia bondad y en el amor que quieren provocar en el otro.

> [...]Et, un jour qu'elle remontait, portant des paquets et des fioles, elle eut le saisissement de trouver Félicien au chevet de la vieille femme malade. Il devint très rouge, il s'esquiva gauchement. Le jour suivant, comme elle partait, il se présenta de nouveau, elle lui laissa la place, mécontente. Voulait-il donc l'empêcher de voir ses pauvres? Justement, elle était prise d'une de ces crises de charité qui lui faisaient se donner toute, pour combler ceux qui n'avaient rien. Son être se fondait de fraternité pitoyable, à l'idée de la souffrance. (*Le rêve*, 108).

Actos similares se encuentran a lo largo de toda esta novela, en la que a la piedad como medio de perfección espiritual se une un sentimiento de hermandad gremial antiguo.

En *La conquête* Zola nos presenta la caridad institucionalizada. El método utilizado por l'abbé Faujas para ganarse a Marthe Mouret a su favor es incitarla a buscar una mayor calidad de vida en el ejercicio de la caridad. La lectura es un medio que ni siquiera nombra l'abbé a su patrona y, como además ella misma se reconoce poco piadosa, la oración queda relegada a un segundo puesto; sin embargo, el cura sabe explotar toda la energía de la excomerciante rentista que es ahora Marthe para hacerla despertar de la vida aletargada en que vive. Faujas sabe ocultar muy bien sus intenciones y con el pretexto simple de la necesidad social de cooperar para mejorar la situación de los más humildes de Plassans, es decir, mediante una labor de solidaridad, hacer que Mme. Mouret pase a la piedad religiosa, y a la necesidad de una vida en el misticismo, todo ello al servicio de los planes del sacerdote, los cuales tienen mucho más

que ver con el poder temporal de la Iglesia que con el espiritual. La ocasión oportuna se brinda cuando en Plassans se sabe que una serie de muchachitas, casi niñas aún, dejadas a su antojo en las calles mientras sus padres trabajan, han sido víctimas de una serie de abusos por hombres mayores de buena posición. Marthe, como madre de una niña discapacitada de la misma edad, está muy afectada por el asunto; l'abbé Faujas propone crear en Plassans una casa de religión para recoger a estas niñas mientras sus familiares están trabajando, una residencia como la que había en Besançon, de donde él viene. Durante varios días en las conversaciones cotidianas entre el cura y Marthe se insiste en el proyecto hasta que Marthe se autoconvence de que es una verdadera necesidad. con lo que es ella misma la que sugiere al sacerdote poner en funcionamiento esta casa de piedad y para ello moviliza una actividad social que nunca había ejercido desde que abandonó su comercio marsellés y se vino a vivir de las rentas en su ciudad natal. El sacerdote piensa

> "On la placerait sous le patronage de la Vierge, insinuait l'abbé Faujas. Mais que de difficultés à vaincre! Vous ne savez pas les peines que coûte la moindre bonne oeuvre. Il faudrait, pour conduire à bien une telle oeuvre, un coeur maternel, chaud, tout devoué." *(La conquête,* 119).

Hablar de problemas de organización a una mujer que ha pasado muchos años de su vida resolviendo estas cuestiones es estimularla a la acción por la que ya, como madre, está también interesada. Mme. Mouret, con toda su ingenuidad de buena burguesa, cae en la trampa que el cura y su propia madre, Mme. Felicité Rougon, le han tendido. ¿Qué mejor para sus propósitos de ganar buena fama que utilizar a una persona tan poco sospechosa de ambición social o política como Marthe, aislada voluntaria y felizmente por completo durante años en su casa?

Este tipo de caridad es el que opone Zola a los dos ejemplos que hemos citado anteriormente. En el primer caso, había un desinterés completo aparte de lo puramente solidario.. En *Le rêve* existe el interés de la perfección del espíritu y la fraternidad. En *La conquête* la caridad es instrumentalizada por cada uno de los participantes, en mayor o menor medida, en la Obra de la Virgen. Para sus artífices, Faujas y Mme. Rougon, es una manera de conseguir votos en la sombra para su candidato político en las próximas elecciones; para las señoras de la alta sociedad de Plassans, colaboradoras en la obra, es una forma de ganar notoriedad y mejorar con ello la situación propia a través de sus maridos en los repartos de poder en la administración de la ciudad. Para Marthe, la caridad, mejor dicho, participar en la obra de piedad, la ha llevado a vivir una existencia en la religión que recubre el amor

apasionado que siente por l'abbé Faujas.

Hay un rechazo por parte de Zola a este tipo de actividades engañosas que persiguen un fin completamente opuesto al que oficialmente las preside.

En el capítulo IX de *LR*, nos encontramos a Ana Ozores ante la escena de un grupo de niños contemplando las vitrinas de la pastelería más lujosa de Vetusta. Los niños hacen conjeturas sobre el nombre de algunos dulces, que si es *pitisa*, que si es *pionono*, que, evidentemente "no son para ellos". La Regenta se enternece

> [...]Siempre sentía apretada la garganta y lágrimas en los ojos cuando veía a los niños pobres admirar los dulces o los juguetes de los escaparates. No eran para ellos; esto le parecía la más terrible crueldad de la injusticia. Pero, además, ahora aquellos granujas, discutiendo el nombre de lo que no habían de comer, se le antojaban compañeros de desgracia, hermanitos suyos, sin saber por qué. Quiso llegar pronto a casa. Aquel enternecerse por todo la asustaba. Temía el ataque, estaba muy nerviosa. (*LR*, 174).

No es nada caritativo sino muy egoísta el sentimiento de Ana Ozores. La Regenta se autocompadece con la miseria ajena, cuando un gesto de piedad le habría resultado muy fácil. Sabemos por el comienzo del capítulo III que

> Doña Ana Ozores no era de ninguna cofradía. Pagaba una cuota mensual en las Escuelas Dominicales, pero no asistía a las lecciones ni a las conferencias, vivía lejos del círculo en que el Provisor reinaba. Este visitaba poco a las personas que no podían o no querían servirle en sus planes de propaganda. (*LR*, 48).

Por lo visto la Regenta, en la primera parte de la novela, está alejada de la caridad, tanto de la entendida como acto encaminado a conseguir la perfección individual, como de la caridad institucionalizada, de la que hemos visto unos ejemplos en la obra zoliana.

La ternura que siente ante las escenas de desgracia llevan a Ana a refugiarse en la pena de sí misma, no puede salir de los límites de su yo para comprender la miseria de los demás. Cuando De Pas, además de la lectura y la oración , le propone el ejercicio de la caridad, le recalca que sea una caridad activa, pero siempre encauzada a través de las asociaciones religiosas que tienen bien regulado el funcionamiento de la misericordia. La Regenta hasta ahora había contribuído pecuniariamente a tales obras, tal y como le correspondía como miembro de la clase, pero no había participado directamente en ellas; eso es lo que le recomienda don Fermín. Justamente si hasta que el arcipreste Ripamilán le cede la dirección espiritual de la señora de Quintanar, apenas ha tenido trato con este matrimonio, es porque los

Quintanar tienen poco que ver con la caridad oficial, una de las actividades sociales más importantes para el prestigio de don Fermín.

El modelo de Teresa de Ávila, su actividad fundadora, sirve también para este cometido. Ana Ozores debe integrarse en la sociedad de San Vicente, visitar y vigilar a los enfermos, entrar en la obra del Catecismo y en todas las demás asociaciones piadosas de la ciudad presididas y financiadas en su mayor parte por el Gran Constantino, es decir, doña Petronila Rianzares. La Regenta ha de integrarse en la caridad religiosa oficial. Y Ana, obediente a todas las sugerencias y consejos del Magistral, empieza a colaborar con el Obispo Madre. De todas formas es este el medio o camino de perfección para su alma por el que la protagonista tiene más antipatía, las visitas y el trato de doña Petronila le producen una cierta repugnancia, incluso presiente unas torcidas intenciones que en un principio no logra comprender. Además, el exhibicionismo de la caridad en público molestan a Ana, que muy consciente de la admiración que por su físico como por su fama de mujer íntegra levanta en toda la ciudad sólo con su presencia sin necesidad de alardes, siempre ha rechazado estas formas de destacarse.

Pasar desapercibidas no es precisamente la actitud que la mayor parte de las "señoras bien de Vetusta" practican. Todo lo contrario, hay que llamar la atención en cualquier lugar donde se encuentren, ser las protagonistas de todo acontecimiento y superar su presencia o participación el evento mismo. Tal es el caso, sobre todo, de Obdulia Fandiño, Visitación Olías de Cuervo, Olvido Páez, y hasta la marquesa doña Rufina de Vegallana. A todas estas señoras les encantan este tipo de actividades benefactoras, cuanto más públicas mejor, por eso disfrutan en las rifas, en las colectas, y ventas de caridad. Por ejemplo, en la Novena de los Dolores, preparatoria de la Semana Santa

> [...] En la mesa de petitorio, colocada frente al altar mayor a espaldas del cancel de la puerta principal, pedían limosna y vendían libros devotos, medallas y escapularios las damas de más alta alcurnia, las más guapas y las más entrometidas. (*LR*, 535).

Como es obvio, estas prácticas nada tienen que ver con el perfeccionamiento espiritual sino con el lucimiento y el prestigio. De este modo, la buena intención que estas instituciones caritativas tienen en sí mismas resulta un poco trastocada. Pero ya que las actividades de esta naturaleza son el medio que proporciona más notoriedad, no tienen que ser necesariamente las que están organizadas por la Iglesia; las sociedades filántropicas liberales son también un buen vehículo para llamar la atención. Por eso, en el capítulo XII, Clarín nos presenta a un Magistral furioso contra el obispo y algunas señoras, para colmo hijas espirituales de De Pas,

que se han atrevido a proponer la presidencia de Camoirán en la entrega de premios de una asociación laica

> *La Libre Hermandad* se había fundado con ciertos aires de institución independiente *de todo yugo religioso*, y su primer presidente fue el señor don Pompeyo Guimarán [el "ateo oficial de Vetusta"], que de milagro no estaba excomulgado y que no comulgaba jamás (LR, 241).

Y lo mismo que el Gran Constantino preside la mayor parte de las sociedades religiosas con su corte de beatas

> [...]En tal sociedad había una junta de caballeros y otra *agregada* de damas *protectrices* (gramática del presidente del Círculo).(*LR*, 241).

Como era de esperar, esta asociación filántropica se opone frontalmente a las instituciones religiosas como *Las Hermanitas de los Pobres*, *la Santa Obra del catecismo*, el *Ropero de los Pobres*, la *Obra de la Madre del Amor Hermoso* y las *Escuelas Dominicales*, que son las Asociaciones nombradas en *LR*.. Y como también era de esperar, la Iglesia no tarda en declarar la guerra al Círculo, la estrategia seguida es bastante cruel: se trata de chantajear a los necesitados, ya que si reciben limosna o cualquier tipo de ayuda de la sociedad humanitaria son expulsados de las eclesiásticas, es claro que los pobres tienen que hacer una elección y

> La Libre Hermandad se hubiera muerto de consunción sin el valeroso sacrificio de su presidente. Comprendió el señor Guimarán que los tiempos no estaban para secularizar la caridad y las primeras letras y presentó su dimisión, "sacrificándose, decía, no a las imposiciones del fanatismo, sino al bien de los niños abandonados". Con la dimisión de don Pompeyo y la feliz idea de crear la junta agregada de damas *protectrices* ganó algo la sociedad benéfica, y ya no se la hizo guerra sin cuartel. Pero aún no había lavado su pecado original que llevaba en el nombre. El Provisor despreciaba el tal Círculo. (*LR*, 242).

La ironía de Clarín respecto a la caridad es tremendamente destructiva, si hay una sátira total contra la ejercida por las instituciones de la Iglesia, contra la caridad cristiana, la ayuda filantrópica tampoco sale mejor parada en *LR*; no hay en esta obra un énfasis de la solidaridad humana como en los personajes zolianos. No debe extrañar este aspecto pues un hombre tan religioso como Alas ha de repudiar el aspecto social más hipócrita de las prácticas de la Iglesia Católica.

## IX. EL AMOR Y EL PODER

Amor y poder son dos fuerzas desbocadas en locura en personajes eclesiásticos de *LR* y de los *Rougon-Macquart*. Ambas pasiones afectan a Fermín de Pas. El poder es la locura que ciega exclusivamente a l'abbé Faujas en *La conquête*. En la carrera por la conquista de amor y poder, tanto el cura de Alas como el de Zola, se enfrentan en una guerra muda con poderosos rivales. De Pas y Faujas luchan utilizando los mismos procedimientos en la consecución del fin que comparten en su pasión por lo que podemos llamar la locura política. Sin embargo, el personaje clariniano es único en el conjunto de clérigos de las obras estudiadas, tanto la francesa como la española; la originalidad de don Fermín está en que se presenta con las características del competidor en el intento de lograr su objetivo amoroso. El otro cura enamorado al que hemos hecho referencia, l'abbé Mouret de *La faute*, no tiene ningún contrincante, como no sea él mismo escindido en dos personalidades opuestas por su enfermedad.

### La rivalidad en el amor

A partir de la primera confesión de Ana Ozores, Fermín ha notado cómo se despierta en él un sentimiento positivo que le recuerda una época de su vida ya muy lejana, la juventud en el colegio de los jesuitas en León, a orillas del Bernesga. El sentimiento es una mezcla de dulzura y espíritu de superación y perfección, y aunque diferente, hace vibrar las mismas fibras del alma que cuando se disponía con toda sinceridad a ingresar en la Compañía. La posesión del objeto capaz de producir una emoción tal, llega a anular la pasión de poder por la que el sacerdote había venido luchando. Ahora bien, conseguir al ser amado, aunque sea de manera exclusivamente espiritual, como pretende engañar y engañarse, al principio, don Fermín, exige apartar a Ana Ozores de la influencia o de la posible, y real, inclinación de la Regenta por otros hombres hacia los que no es extraño que se sienta atraída una mujer joven profundamente insatisfecha como esposa y como madre. Ya desde el principio, el Magistral intuye este peligro aunque no conozca el nombre de su oponente, pero sabe que para conseguir su amor espiritual es preciso que la Regenta abrace esta pasión ideal, en la que constantemente ha buscado refugio, y abandone las tendencias que la inclinan a satisfacer sus frustraciones.

El rival, don Álvaro Mesía, es el gran galanteador de Vetusta, el amante modélico de una sociedad provinciana corrupta e hipócrita. Pero este hombre tiene en común con Ana un

profundo desprecio por la sociedad a la que pertenecen, sólo que su manera de resolverlo difiere, Mesía es un cínico y Ana Ozores se refugia en la soledad altiva. Años atrás, cuando el donjuán aún era joven, Clarín describe cómo al salir de la ciudad en la diligencia, los ojos de don Álvaro y los de Ana Ozores, que pasea por la calle, chocan y se anuncian un encuentro en un futuro entonces inimaginable. Cuando el tiempo ha pasado y Ana es una mujer casada infeliz es el momento oportuno para conseguir la posesión de la señora símbolo de Vetusta, tanto por su belleza física como por su integridad moral. Esta moralidad, o mejor espiritualidad extrema, de la señora de Quintanar hacen suponer a Mesía que él, que no tiene ningún rival entre los hombres de su círculo, va a encontrar un opositor serio en un cura, teoría confirmada por sus antiguas amantes Obdulia y Visita, señoras frívolas, supuestas amigas de la Regenta y ansiosas porque Ana caiga del pedestal donde los vetustenses la habían colocado. Las numerosas experiencias con mujeres de todo tipo que el "gallo vetustense" ha mantenido a lo largo de los años, hacen que Mesía

> [...]generalizaba y creía estar en lo firme, y apoyarse en "hechos repetidos hasta lo infinito" al asegurar que la mujer busca en el clérigo el placer secreto y la voluptuosidad espiritual de la tentación, mientras el clérigo abusa, sin excepciones, de las ventajas que le ofrece una institución "cuyo caracter sagrado don Álvaro no discutía..." delante de gente, pero que negaba en sus soledades de materialista en octavo francés, de materialista a los *commis-voyageur*. (*LR*, 267).

Para Mesía, De Pas por el hecho de ser sacerdote no es un hombre diferente de los otros. Que Don Fermín, evidentemente, no va a pensar en la Regenta de manera vulgar y grosera, es algo que también supone don Álvaro, pero está seguro de que la intención del Magistral es la misma que la suya sólo que utilizará diferentes armas

> "Sí, este cura quiere hacer lo mismo que yo, sólo que por otro sistema y con los recursos que le facilita su estado y su oficio de confesor...[...]"(*LR*, 267).

Así las cosas, falta el desencadenante para la lucha entre los dos hombres por la conquista de la mujer, por muy espiritualizada que al inicio la quiera don Fermín. La ocasión se presenta el día de San Francisco, cuando se celebra con un almuerzo el santo de los "Pacos" Vegallana. A la comida asisten los íntimos de esta aristocrática familia, entre los que se encuentran los Quintanar y Mesía, así como el arcipreste Ripamilán, otro de los habituales de este salón. De Pas, que rara vez frecuenta este círculo por el caracter frívolo y liberal que lo marca, ha hecho una excepción esta vez porque supone que en esa casa va a encontrarse con

la Regenta, cosa que anhela aunque no sabe exactamente la razón. Tras el convite, anfitriones e invitados se deciden por un paseo al Vivero, propiedad campestre de los Vegallana, a cuyas excursiones nunca ha asistido el Magistral por la falta de trato con los dueños. Don Fermín se excusa ante la marquesa y ésta insta a Ana a que repita la invitación a don Fermín. La expresión de la cara de la Regenta por la negativa del Magistral a acompañarlos es evidente para todos los que la observan, entre otros el mismo De Pas y también Mesía. Don Álvaro siente como una "quemadura"; un experto en el amor como es él sabe que lo que está experimentando son celos, y el que los provoca un cura, además "un cura guapo, había que confesarlo". La sensación de don Fermín es también como una marca de fuego, pero se trata de un calor dulce en el corazón que nunca antes había conocido y bien diferente de lo que más le había sensibilizado hasta ahora, la vanidad halagada. La vista de la Regenta hace que ambos hombres instintivamente claven los ojos el uno en el otro:

> [...]Fue una mirada que se convirtió, al chocar, en un desafío; una mirada de esas que dan bofetadas; nadie lo notó más que ellos y la Regenta.

Y la Regenta también, esto es importante porque

> Ambos le parecieron a la Regenta hermosos, interesantes, algo como San Miguel y el Diablo, pero el Diablo cuando era Luzbel todavía; el Diablo Arcángel también; los dos pensaban en ella, era seguro; don Fermín como un amigo protector, el otro como un enemigo de su honra, pero amante de su belleza. Ella daría la victoria al que la merecía, al ángel bueno, que era un poco menos alto, que no tenía bigote -que siempre parecía bien-, pero que era gallardo, apuesto a su modo, como se puede ser debajo de una sotana.

Pero la misión de don Fermín, según se dice a sí misma Ana, es defenderla contra don Álvaro para su marido, Quintanar

> [...]Y además, si no fuera por don Víctor, el Magistral no tendría por qué defenderla, ni aquella lucha entre dos hombres distinguidos que comenzaba aquella tarde tendría razón de ser. (*LR*, 278).

A partir de ahora podemos considerar empezada la batalla por el amor de la Regenta. Una lucha que se plantea desde un principio desigual.

Ana considera al Magistral como ángel bueno merecedor del premio que ella misma es, pero esta supuesta salida con ventaja de don Fermín no va a hacerle triunfar, la situación

real es muy otra. Don Álvaro está rodeado de aliados conocedores de su empresa y dispuestos a ayudarlo. Por un lado tiene a su incondicional amigo el joven Paco Vegallana, que ve en Mesía el ídolo a quien imitar; por otro, las antiguas amantes, Obdulia y Visita, prestas a colaborar no tanto por la conquista de don Álvaro sino por ver a la Regenta tirada por tierra, desmitificada, convertida en una mujer como ellas. Hasta el mismo Quintanar es aliado inconsciente de Mesía, pues don Víctor ha encontrado en don Álvaro un raro amigo al que hacer una serie de confidencias un tanto frívolas que no suele tratar con Frígilis, su casi hermano de toda la vida.

Don Fermín no cuenta con ningún colaborador, a no ser uno muy especial: la religión. Como indica F. W. Weber (1966b), Ana ha establecido desde el principio una rivalidad entre Dios y don Álvaro; la superioridad divina del contrincante da fuerzas a Ana para luchar contra el amor que siente por Mesía y en los momentos duros, como cuando Álvaro se despide al empezar su veraneo, la Regenta besa un crucifijo que le había regalado el Magistral para que lo llevara sobre el pecho y dice:

> -Jesús, Jesús, tú no puedes tener un rival. Sería infame, sería asqueroso (*LR*, 458).

Lo que pasa es que, como especifica Weber, "en esta rivalidad Dios y el Magistral se unifica en un solo contrincante de Mesía" y "tanto para Ana como para Fermín el triángulo parece estar formado por Ana, Álvaro, Fermín-Cristo".

Pero, a pesar de esa identificación y precisamente por ella, a la Regenta le repugna pensar en la virilidad de don Fermín algo más allá que como bello defensor angelical de la honra suya y del honor de don Víctor. La misma apariencia física de don Fermín, siempre en público con la sotana, hace que Ana olvide al hombre que esta prenda esconde y que don Álvaro en sus generalizaciones considere a los curas "como flacas mujeres, como un sexo débil" y que en sus cacicadas por los pueblos en apoyo del marqués de Vegallana, cuando un cura ultramontano no le agrada haga comentarios como

> "Pues al señor cura que no se divierta, que no abuse de la ventaja de sus faldas, porque si me incomodo le cojo por la sotana y le tiro por el balcón".(*LR*, 282).

La escena del columpio en el capítulo XIII en la que don Fermín consigue descolgar el balancín del árbol donde había quedado enganchado con Obdulia Fandiño en su interior, empresa en la que don Álvaro había fracasado, hace que Mesía se dé cuenta de lo equivocado

de sus consideraciones sobre los sacerdotes, por lo menos en lo concerniente al Magistral a quien, de ahora en adelante, tras esta especie de advertencia, guardará respeto y evitará enfrentarse, aunque sea en la improbable situación de medir la fuerza física.

La rivalidad está declarada y es de público conocimiento en el grupo íntimo de Mesía. Y De Pas también lo sabe, y se lo confirma lo que escucha de madrugada desde su balcón. Por eso en una inesperada entrevista con Ana en casa del Gran Constantino, Fermín se queja con desesperación

> -Pero ¿qué es esto?. ¿qué pasa? Por caridad..., señora..., por compasión, Ana..., no ve usted que tiemblo como una vara verde... Yo no soy un juguete... ¿Qué pasa?, ¿qué debo temer?... Ayer ese hombre estaba borracho... Él y otros pasaron delante de mi casa... a las tres de la madrugada... Orgaz le llamaba a gritos: "¡Álvaro! ¡Álvaro! aquí vive... tu rival". Eso decía: tu rival... ¡La calumnia ha llegado hasta ahí!... (*LR*, 505).

De calumnia le interesa calificar a don Fermín este comentario cuya realidad él ya bien conoce porque a sí mismo no puede engañarse sobre la verdadera naturaleza del sentimiento, pero que intenta ocultar a Ana ya que es conocedor de la repugnancia que le inspira pensar en él como alguien que no sea más que canónigo. Pero esta salida de tono de Fermín hace pensar a Ana que "él también era hombre, podía ser rival, ¿por qué no?" y, en efecto, esta imagen del don Fermín hombre tiene muy poco que ver con la fabricada del hermano mayor, del ángel de la guarda.

Más adelante, tras el desmayo de la Regenta en brazos de Mesía en el baile del casino, es don Fermín quien está dispuesto a romper con la identificación weberiana Cristo es igual a don Fermín, consciente de su soledad en una lucha desigual contra un contrincante al que no puede enfrentarse en campo abierto

> -Sí, usted lo ha dicho... Y ése es el camino. Yo sin Dios... no soy nada... Sin Dios puede usted ir a donde quiera, Ana... esto se acabó... Estoy en ridículo, Vetusta entera se ríe de mí a carcajadas... Mesía me desprecia, me escupirá en cuanto me vea... El padre espiritual... es un pobre diablo. ¡Oh, pero por quien soy...! ¡Miserable!... ¡Me insulta porque estoy preso!... (*LR*, 527).

La tragedia de don Fermín no tiene límite, está vencido por su estado, que ha dado lugar al símil establecido por la Regenta, ha perdido porque es cura

[...]"él era cura, cura, una cosa ridícula, puestas las cosas en el estado a que habían llegado"

pero íntimamente sabe que don Álvaro no le ha ganado, no está dispuesto a aceptar a un triunfador que no se ha medido de hombre a hombre, porque él, Fermín, así se considera.

[...]"Y sí era hombre, ¡vive Dios que era hombre!, y tanto más que el otro; capaz de deshacerle entre sus brazos, de arrojarle tan alto como una pelota..." (*LR*, 578).

Cuando la relación entre el Magistral y la Regenta está prácticamente rota y el adulterio de Ana y don Álvaro es inminente, De Pas es invitado otra vez a la finca de los marqueses con motivo de la celebración de San Pedro. La escena de don Fermín arrastrando a don Víctor en medio de la tormenta con el pretexto de ir a llevar paraguas a los invitados, los cuales debían de estar por el bosque bajo la lluvia, pero que oculta la intención del sacerdote de sorprender a Ana junto a don Álvaro, quizá en la misma casita de leñadores donde el Magistral había estado haciendo con Petra lo que sospechaba que podía hacer su rival con Ana, dan lugar a que el celo del cura llegue a vejar al propio don Víctor

-Sí, señor; eso... es ser más papista que el Papa. Me parece a mí que mi mujer me importa más a mí que a nadie... Y usted dispense este lenguaje... pero, francamente, esto ha sido una quijotada. (*LR*, 588).

Así se queja el exregente al Magistral calados los dos por completo. Don Fermín sólo quiere encontrar a Ana y Mesía, no puede quitarse de la cabeza la idea de que están solos en la casa del bosque

[...] Al fin vio entre las ramas la caseta rústica... Alguien se movía dentro... Corrió como un loco, sin saber lo que iba a hacer, si encontraba allí lo que esperaba...., dispuesto a matar si era preciso..., ciego... (*LR*, 589).

La tensión es máxima. Probablemente si De Pas hubiera encontrado en la cabaña a quienes buscaba, el desenlace se habría precipitado y el cura habría roto la igualdad Cristo=Fermín, que en su interior rechazaba, a favor del Fermín=hombre que le impulsa a actuar. Pero el que está en el interior del cobertizo es un Quintanar mojado, asustado por la brusquedad de la entrada del Magistral y preocupado por una liga roja que ha encontrado allí abandonada y que pertenece a la criada Petra. El desenlace, totalmente ridículo, cuestiona nuevamente las torcidas relaciones entre los personajes de *LR*.

De regreso a la finca, Quintanar comenta a su esposa el comportamiento de "botarate" que ha tenido don Fermín. Ana se ve obligada a aceptar las opiniones de Mesía: el Magistral está enamorado de ella. Don Fermín ya no puede ser el ángel bueno salvador, además un canónigo no puede rivalizar con un hombre por el amor de una mujer, piensa Ana. De Pas se sabe perdedor irremediablemente, ya nunca podrá recuperar a la Regenta, ni tampoco lo quiere puesto que el adulterio de Ana es un hecho; para el Magistral sólo queda la necesidad imperiosa de la venganza. El hombre que Ana nunca vio de forma consciente en el cura, el hombre que es don Fermín y que se asegura a sí mismo en el espejo vestido con traje de cazador para afirmarse en su identidad, es el que necesita matar. Tras el pacto con Petra

> [...]sintió dentro de sí un hombre nuevo; el hombre que hería de muerte por venganza, el criminal, el ciego por la pasión, "el asesino, sí, el asesino; la otra era su instrumento, el asesino él. Y no le pesaba, no... Cien muertes, cien muertes para los infames". (*LR*, 627).

Tras Petra, Quintanar es el instrumento vengador definitivo. La utilización de don Víctor es cruelmente cínica. El Fermín cura se vale de su condición sacerdotal para aconsejar y suplicar la contención y el perdón cristiano de las ofensas y, simultáneamente, incita al marido a lavar su ultraje haciendo imposible cualquier otra salida que no sea el desafío a muerte. Se venga así el hombre Fermín a través de un uso perverso de sus consejos sacerdotales (*LR*, 653). Es ahora el propio Magistral el que utiliza aquella identificación primera, sólo que ya no es la imagen de Fermín = ángel de la guarda, ahora el Magistral es el ángel castigador de los culpables puesto que la salida final, al no haberse vengado como hombre más que internamente, ha sido continuar con su labor sacerdotal. El encuentro con Ana al final de la novela, el deseo imposible de estrangularla, vuelto contra sí mismo al clavarse las uñas en el cuello es la última manifestación del Fermín hombre ultrajado

> [...]Cuando estuvo en el trascoro, sacó fuerzas de flaqueza, y aunque ciego, procuró no tropezar con los pilares y llegó a la sacristía sin caer ni vacilar siquiera (*LR*, 676).

El don Fermín cura ha triunfado.

La rivalidad en el poder.

El capítulo XI de *LR* termina con unas reflexiones de don Fermín sobre su conducta en las que expone cuál es su verdadera pasión y la justifica:

> [...]Su pasión propia, la que espontáneamente hacía en él estragos era la ambición de dominar; pero esto, ¿no era noble en el fondo? Y ¿no era justo al cabo? ¿No merecía él ser el primero de la diócesis? El Obispo ¿no le reconocía de buen grado esta superioridad moral? Bastante hacía él contentándose, por ahora, con no mandar más que en Vetusta. ¡Oh!, estaba seguro. Si algún día su amistad con Ana Ozores llegaba al punto de poder él confesarse ante ella también y decirle cuál era su ambición, ella, que tenía el alma grande, de fijo le absolvería de los pecados cometidos. (*LR*, 221).

Esta pasión es común a De Pas y a Faujas, los curas protagonistas respectivamente de *LR* y *La conquête*. De hecho, la ambición de poder ha sido el motor de ambos. En el caso de Faujas, no hay ninguna otra razón en su vida que pueda sustituir este deseo desenfrenado; en el caso de Don Fermín, aunque fue el impulso que lo guió para superar una situación social familiar muy adversa y que le permitió ocupar un importante puesto de prestigio en la curia de Vetusta, sin embargo, como sabemos, hay un tiempo en que esta locura por el poder es superada por lo que hemos llamado la locura amorosa, considerada por don Fermín más perfecta y pura que la primera. Pero, si dejamos a un lado este paréntesis sentimental del cura de *LR*, vamos a ver que su móvil no difiere mucho del de Faujas, aunque no sean exactamente idénticos y, además, las situaciones en las que conocemos a ambos personajes son bastante diferentes y diferentes son, por tanto, las acciones y reacciones narradas de cada uno de estos personajes.

Es necesario tener muy en cuenta lo que acabamos de decir porque mientras en *LR* nos encontramos en el primer capítulo con un don Fermín en pleno apogeo de su poder, al menos en la sociedad vetustense, al comienzo de la novela zoliana se nos presenta un cura mísero, cuya llegada al poder y los medios y acciones realizados para conseguirlo es precisamente una de las historias fundamentales de la novela, en paralelo, claro está, con la pasión amorosa que sufre la protagonista femenina, Mme. Mouret, enamorada del cura.

La ambición por la consecución del poder o su mantenimiento y ampliación desemboca en una serie de luchas con otros personajes que desean lo mismo. En el caso de Faujas es este sacerdote el que intenta apoderarse de un dominio que, a su llegada a Plassans, ostenta l'abbé Fenil, su rival desde el primer momento. Fermín de Pas es el cura más poderoso de la diócesis a lo largo de la novela, aunque lo venía siendo desde antes de comenzar la narración y,

suponemos, continúa, cuando la obra termina. Al contrario que Faujas, el Magistral tiene que luchar por mantenerse y, en todo caso, para llegar más lejos, aunque De Pas manifiesta un cierto cansancio en esta dinámica de la competencia y por eso será posible que haya un desplazamiento de pasiones.

Otra diferencia notable es que el cura vetustense parece que se obstina por una ambición individual, dentro de una estructura eclesiástica bien consolidada. El cura de *La conquête* representa no sólo su pasión personal sino también la lucha por el poder del sector de la Iglesia francesa identificado con el Segundo Imperio, frente a la Iglesia galicana tradicional que se apoya en los sectores más reaccionarios de la nobleza del Antiguo Régimen. El triunfo de Faujas es el triunfo de un sector político fiel a Napoleón III. En realidad Faujas es un instrumento al servicio imperial para su consolidación en las capas burguesa y pequeñoburguesa de una ciudad de provincias. De aquí que, en la carrera por el poder, Faujas no está sólo, cuenta con un grupo fuerte de partidarios, sobre todo Mme. Rougon, madre del Ministro del Interior napoleónico; y también sus enemigos son personajes ligados a grupos de poder opuestos al del protagonista.

Faujas es el único representante de la "locura política", los otros curas que en los *Rougon-Macquart* aparecen como portavoces de los intereses del poder no se identifican como lo hace el cura de Plassans. Pero todos, en su conjunto, representan, salvo excepciones (l'abbé Mouret, l'abbé Godard, l'abbé Jouve, etc.), la Iglesia colaboracionista con el Segundo Imperio o la unida a los sectores de la reacción legitimista, es decir, grupos de poder, en posesión ya de aquél o empeñados en conseguirlo. Todos son criticados por las tesis zolianas, que si, por un lado rechazan individualmente como antinatural la figura del sacerdote católico, por otro, consideran el colectivo de la Iglesia como un sector aliado a unas clases sociales cuyos principios y moralidad son cuestionados a lo largo de toda la saga. Por eso Faujas no tiene unos rivales en el escalafón eclesiastico tan claros como los de De Pas, a Zola esto no le interesa; lo que sí destaca es la oposición entre dos sectores de la misma Iglesia representados por dos curas, l'abbé Fenil y l'abbé Faujas, cada uno con su numeroso grupo de partidarios.

En *LR* se trata de la ambición de poder individual de don Fermín. Si dejamos a un lado a Camoirán, el obispo que no quiere saber nada de política, todos los demás curas que aparecen en la obra clariniana simpatizan, en mayor o menor medida, con el Carlismo pues, aunque la Iglesia española -y la romana- como colectivo haya pactado con la Restauración, el concordato firmado no les agrada del todo, por eso hay guiños hacia los sectores absolutistas; don Fermín, por ejemplo, frecuenta la casa de Carraspique, el *carca* mayor de Vetusta, y la de doña Petronila Rianzares, de igual ideología que el anterior. Pero también Glocester, es decir,

don Restituto Mourelo, el mayor enemigo de De Pas en la diócesis, tiene las mismas amistades que su oponente. Quizá Ripamilán sea el único que sin mostrar el desinterés del obispo, prescinda de establecer lazos con la causa del pretendiente y prefiera el trato de la nobleza liberal en la que se apoya la Restauración. Por eso el arcipreste es asiduo de los Vegallana y critica la autoridad del Gran Constantino, u Obispo Madre, los dos nombres con los que el propio don Fortunato ha bautizado a doña Petronila.

En su ambición de poder don Fermín sólo tiene un aliado real, su madre, doña Paula, que se ha movido siempre por su particular ambición de dinero. Las pasiones de dominar y de poseer de madre e hijo son complementarias; por eso, doña Paula desconfía constantemente de enemigos que para su hijo Fermo no son tales en esta lucha, como es el caso de Mesía que, para doña Paula

> [...]"Aquel don Álvaro era un enemigo de su hijo. Lo sabía ella." Ni el mismo don Fermín le tenía por enemigo, por más que varias veces había adivinado en él un rival en el dominio de Vetusta[...]"Aquel don Álvaro era otro buen mozo, listo también, arrogante, hombre de mundo; tenía el prestigio del amor, contaba con las mujeres respectivas de muchos personajes de Vetusta, y a veces con los personajes mismos, gracias a las mujeres; era el jefe de un partido, el brazo derecho, y la cabeza acaso, de los Vegallana...(*LR*, 218).

Sin embargo, para el Magistral Mesía es sólo rival en el amor de Ana, porque le aventaja en que puede manifestarse como hombre, cosa que a don Fermín le está vedada y está en desigualdad de condiciones, por lo demás, se considera muy superior el cura al donjuán. Aunque, a veces, los enemigos hacen causa común con objeto de acabar con De Pas, y entonces los rivales directos, los curas don Restituto y don Custodio, se ven reforzados por otros que han sido perjudicados por don Fermín de alguna forma; como ocurre con don Santos Barinaga, el arruinado propietario de la tienda de objetos religiosos, que a su vez recibe el apoyo del filántropo ateo Guimarán; por último, el círculo de amigos de don Álvaro Mesía, no dudará en unirse a todos los anteriores y así, las ayudas a la rivalidad amorosa de don Álvaro tienen repercusiones en la rivalidad por el poder de los miembros de la Curia.

Esta consideración de la competencia por el poder personalizado frente al poder del grupo hace que observemos tratamientos diferentes en Clarín y en Zola. En Alas, doctor y catedrático de Derecho, experto en Canónico, hay un conocimiento exhaustivo de la Iglesia y su funcionamiento. Sin ir más lejos, a lo largo de *LR* aparecen gran cantidad de eclesiásticos, ya pertenezcan a los órdenes menores o mayores, desde acólitos hasta el Sumo Pontífice y cardenales, pasando por obispos y diferentes clases de canónigos, todos ellos con el nombre

específico de su cargo y con sus funciones descritas en algunos casos ampliamente. En Zola, en las diferentes novelas del ciclo, son muy escasas las referencias a los varios tipos de clérigos según la posición que ocupen en la escala jerárquica. Sólo hemos encontrado referencias al Papa, algún cardenal, varios obispos y, también un Gran Vicario, al que se opone justamente el cura protagonista de *La conquête*; el resto de los sacerdotes, no son denominados más que con la palabra "abbé", que en el contexto de los *Rougon-Macquart* significa "sacerdote" o "cura", pero no "abad"; sólo para unos pocos se utiliza el término específico de "curé", es decir, "párroco", y sólo en una ocasión encontramos "desservant", que traducimos por "cura ecónomo", un eclesiástico que regenta una parroquia vacante hasta el nombramiento del párroco titular, o bien por ausencia o enfermedad de éste. No encontramos pues ese orden jerárquico que va a dar lugar a una serie de movimientos para mejorar la posición ya que el enfrentamiento, como venimos diciendo, no tiene el personalismo típico de *LR*.

En la obra de Alas hay una serie de detalles con respecto los puestos curiales que a un lector medio, no muy versado en la estructura del sistema eclesiástico, se le escapan y no puede precisar con exactitud el verdadero movimiento de los personajes enzarzados en abierta competencia. Es muy valioso el trabajo de F. Mundi Pedret (1984) para entender lo que venimos defendiendo.

De Pas recibe tres denominaciones diferentes que se corresponden con los tres cargos que ostenta. "Magistral" es la primera y la más utilizada, un cargo canonical de especialista en Teología dogmática, al que se accede por oposición pública, normalmente muy reñida, y desde donde debió empezar la fama de la inteligencia de este personaje. Además, don Fermín es el "Provisor" de la diócesis de Vetusta, y este cargo es de confianza del obispo, se trata de un juez delegado por el titular de la diócesis con funciones judiciales y administrativas. El Provisorado es fundamental ya que con él ejerce don Fermín un poder de orden económico, porque, como indica Mundi Pedret,

> [...]sus actos jurídicos versan sobre cuestiones de repercusión temporal, por ejemplo decidir a quién corresponde una capellanía dotada con una renta, al aplicar las condiciones establecidas por el fundador. (M. Pedret, 1984, pág.709).

Cargo que adquiere mucha más importancia si se tiene en cuenta que Clarín ha hecho que Vetusta sea una diócesis exenta, no sufragánea de ningún arzobispado, por lo que las sentencias del Provisor no pueden ser recurridas más que ante la Rota. Al parecer sólo se conoce una diócesis de este tipo en España, la de Ciudad Real, Sede de las Órdenes Militares. Con esto se demuestra la precisión de Clarín en la descripción del poder absoluto del cura

protagonista de *LR*.

Pero don Fermín tiene otro puesto que le da aún más relevancia, es el "Vicario General" de la Diócesis, cargo que, como el de Provisor, es de confianza. Reúne De Pas en su persona, por tanto, los poderes ejecutivo y judicial, además del magisterio en el Dogma. Esta acumulación de prebendas es la causa de las envidias y recelos de otros eclesiásticos, el Beneficiado don Custodio y el Arcediano don Restituto Mourelo, que incluso consideran que hay incompatibilidad entre las diversas funciones desempeñadas por don Fermín.

Es justo a través de los cargos de confianza del obispo por donde el Magistral ha conseguido hacerse rico, riqueza aludida por el propio De Pas en determinados momentos, aunque considere que el dinero es de su madre y que a él le interesa otra cosa, como sabemos. Y por el ejercicio de esos cargos también, como dice Mundi, es por lo que sus enemigos le acusan

> [...]El cohecho, o soborno aceptado por un juez, sería asociable al Provisor. La simonía -venta o negocio de lo espiritual- seria aplicable al Vicario. (M. Pedret, 1984, pág. 714).

Así las cosas, don Fermín, cuando nos es presentado en *LR*, es un cura que ha triunfado ampliamente para sus treinta y cinco años; por ejemplo, es Magistral desde los treinta, cosa que molesta a don Custodio que ni siquiera ha conseguido una canonjía. Pero, a pesar de su buena posición sobre otros clérigos de la diócesis, don Fermín tenía aspiraciones más altas. En la presentación, allá en la torre de la catedral, sumido en reflexiones mientras enfoca y engloba la ciudad con su catalejo, se nos informa de que De Pas se veía de pontificial en Toledo, o como carderal en un cónclave en Roma, "ni la tiara le pareciera demasiado ancha"; todo esto podía ser posible y él, por su parte, se encuentra capacitado para ello. Pero, de momento, el Magistral se conforma con Vetusta, no le queda otro remedio porque la ascensión en la escala jerárquica de la Iglesia es lenta, y, a pesar de todo lo que ha conseguido por sí mismo y por la ayuda incondicional del obispo, seguir avanzando es un trabajo duro, ya que básicamente cuenta con su mérito personal y no tiene otros contactos aparte de los de Camoirán. Todo esto subleva a don Fermín, y aunque sigue ambicionando, justo ahora que ha conseguido mucho con respecto a su inicio, ahora ya le ilusiona menos pensar en triunfos a largo plazo, por eso en Vetusta está todo su interés

> Concentrada su ambición entonces en un punto concreto y tangible, era mucho más intensa; la energía de su voluntad no encontraba obstáculo capaz de resistir en toda la diócesis. Él era el amo del amo. Tenía al Obispo en una garra, prisionero

voiuntario que ni se daba cuenta de sus prisiones.(*LR*, 15).

Al empezar a tratar a doña Ana Ozores, don Fermín vuelve a cuestionarse sus ambiciones a largo plazo y piensa que están demasiado lejos en el tiempo, no por cuestiones suyas sino por el funcionamiento del sistema:

> [...]la Iglesia proclama la humildad y es humilde como ser abstracto, colectivo, en la jerarquía, para contener la impaciencia de la ambición que espera desde abajo. Yo me lucí en Roma, admiré a los fieles en Madrid, deslumbro a los vetustenses y seré Obispo cuando llegue a los sesenta. Entonces haré yo la comedia de la humildad y no aceptaré esa limosna. Los intrigantes suben; los amigos, los aduladores, los lacayos, medran sin necesidad de sermones; pero nosotros, los que hemos de ascender por nuestro mérito apostólico, no podemos ser impacientes, tenemos que esperar en una actitud digna de sumisión y respeto. (*LR*, 207).

Estas reflexiones encolerizan y frustran al Magistral. Piensa que todo podría cambiar si él utilizara su dinero, pero no quiere recurrir a esto, primero porque, por un cierto complejo de culpa, piensa que el dinero es de su madre; además el tiene capacidad suficiente para desempeñar puestos muy superiores a los de Magistral, Provisor y Vicario General que ya ejerce:

> [...]¿No quedábamos en que era yo una lumbrera? ¿No se dijo que en mí tenía firme columna el templo cristiano? Pues si soy una columna, ¿por qué no me echan encima el peso que me toca? Soy columna o palillo de dientes, señor cardenal? ¿En qué quedamos? (*LR*, 207).

El despecho hace que don Fermín ejerza su poder despóticamente en la Curia en los días que no puede superar su frustración; unido esto a la acaparación de funciones, para otros clérigos incompatible, es normal que el rencor y la envidia hacia la persona del Magistral sea grande. Sabemos que el obispo Camoirán lo protege desde la infancia e ignora verdaderamente toda la actividad que don Fermín realiza, sólo los rumores de asuntos de faldas podrían hacer sospechar al Obispo, que, de confirmarlos, inmediatamente destituiría a su privilegiado; de aquí el terror de doña Paula a la relación con Ana Ozores. El Arcipreste Ripamilán no da crédito a ninguno de los rumores que hay sobre don Fermín, y de hecho, lo defiende siempre en el Cabildo, porque don Fermín es inteligente en grado superior a los otros eclesiásticos que, según don Cayetano, no pasan de intrigantes envidiosos; la vida austera del Magistral y su madre es una prueba de que no se han enriquecido; en cuanto a que si alguna que otra feligresa

se enamora de don Fermín, el Arcipreste lo ve como lógico dadas las prendas personales del Vicario, pero en absoluto cree don Cayetano, que siempre tiene manga ancha en estas cuestiones, que don Fermín haya hecho algo en este aspecto.

La mayoría de la diócesis tiene sobre todo miedo ante el Provisor y no se atreve a murmurar siquiera, aunque no faltan los enemigos activos que gozarían con la caída de don Fermín. El jefe de la oposición al Magistral es el Arcediano don Restituto Mourelo, más conocido con el mote de Glocester con que lo bautizó el Arcipreste Ripamilán por un personaje de una obra de teatro. Mourelo es también un cura brillante en Vetusta, incluso a pesar de su defecto físico: "el buen mozo torcido", Alas lo califica siempre de elegante y de triunfador en sus intervenciones, siempre que no esté delante De Pas, claro. El Arcediano ha envidiado desde siempre al Magistral y es el defensor de la tesis de la incompatibilidad de las funciones desempeñadas por don Fermín. El detonador del odio mortal hacia De Pas se produce cuando el Arcipreste Ripamilán decide ceder a don Fermín la dirección espiritual de la señora de Quintanar porque no comprende ni sabe aconsejar a la Regenta como es debido dadas las inquietudes de Ana; este hecho subleva a Glocester. Mourelo considera que en la escala curial de Vetusta tras el Obispo, el Deán y el Arcipreste -que no quiere continuar con su papel de confesor de la Regenta- es él, como Arcediano, el que debe recibir la dirección de tan preciada joya, a él le correponde por el orden que se debe seguir. Y lo peor es que contra la cesión de Ripamilán nada puede hacer: quejarse al Obispo es de tontos "porque este era el esclavo de don Fermín".

Glocester cuenta con la inapreciable ayuda de don Custodio, simple beneficiado, que, como no puede aspirar a conseguir para sí tan alto galardón, prefiere que sea de don Restituto antes que del enemigo común. Don Custodio es un excelente propagador de infundios y sospechas. Desde el comienzo de la novela ambos curas critican que don Fermín no haya recibido a la Regenta, que se ha presentado antes de tiempo por error. La duración de la primera confesión de Ana será otro motivo de escándalo del que se hablará en el Cabildo promovido por los citados clérigos. La vuelta de don Fermín del Vivero también será comentada maliciosamente por los dos eclesiásticos con Foja, enemigo laico de don Fermín y amigo de Mesía.

Obdulia Fandiño y Visitación Olías Cuervo, las dos principales señoras frívolas de Vetusta, en diferentes ocasiones colaboran contra el Magistral uniéndose a los clérigos rivales. La causa de esta actitud de las dos señoras se debe a que se consideran despreciadas por don Fermín al que no sólo no han podido conquistar sino que también las ha rechazado como hijas de confesión. Por eso gustan de fastidiar a don Fermín, por ello consiguen que el Obispo se

comprometa a asistir a un acto de la Libre Hermandad y animan a Mesía en la conquista de Ana, tanto para conseguir que la Regenta pierda su buena imagen como para humillar o herir, como intuyen que puede suceder, al Magistral.

El Beneficiado y el Arcediano se proponen espiar todos los pasos y acciones de la Regenta y el Provisor. Causa una gran polémica en la Curia el informe que hacen de la asistencia de Ana al teatro a una representación del *Tenorio* en fecha no permitida por la Iglesia. Ni a Glocester ni a don Custodio se les escapa la alegría del Magistral en el Coro por haber recibido una carta de Ana, del comentario pasan a dar por hechas una serie de suposiciones.

La seguridad que don Fermín tiene en sí mismo y en su relación con el Obispo le confieren una superioridad tal que todos los ataques de este tipo de sus compañeros lo dejan indiferente por completo.

> Alegre, rozagante, como nuevo volvió de los baños de Termasaltas el señor Arcediano don Restituto Mourelo, dispuesto a emprender otra campaña, que esperaba fuese la última y decisiva, "contra el despotismo del simoníaco y lascivo enemigo de la Iglesia que, apoderado del ánimo del señor Obispo, tenía sojuzgada a la diócesis". Con esta perífrasis aludía al señor Provisor el diplomático Glocester. (*LR*, 467).

Con estas palabras comienza el capítulo XXII, pero el gozoso proyecto de don Restituto acabará ahogado a pesar de su magnífico principio. Es Glocester triunfante quien va a comentar en la catedral lo sucedido la noche anterior:

> [En el Casino]"La aristocracia se había encerrado en un gabinete de lectura, para cenar y bailar, y doña Ana Ozores, la mismísima Regenta que viste y calza, se había desmayado en brazos del señor don Álvaro Mesía." (*LR*, 522).

Estas palabras sí es verdad que hieren de muerte a don Fermín, pero le hacen daño en su amor, para nada en su ambición; ante estos comentarios, el Magistral

> [...]don Fermín miró a su enemigo con asombro y con una expresión de dolor que llenó de alegría el alma torcida del Arcediano. Aquella mirada quería decir: "Venciste, ahora sí, ahora me ha llegado a las entrañas el veneno". De Pas estaba pensando que los miserables, por viles, débiles y necios que parezcan, tienen en su maldad una grandeza formidable. "¡Aquel sapo, aquel pedazo de sotana podrida, sabía dar aquellas puñaladas!" (*LR*, 522).

La dulce victoria de Glocester y don Custodio es efímera. Don Fermín va a triunfar

ahora de manera rotunda en dos campos.

Lo mismo que Glocester había sido desplazado como director de la Regenta, don Custodio se verá imposibilitado para confesar a don Pompeyo Guimarán. El ateo oficial de Vetusta, arrepentido de su actitud en el último momento, decide que sólo al Magistral puede contar sus culpas y no está dispuesto a que sea otro sacerdote, aún habiéndole llevado sus hijas al Beneficiado a la cabecera. Tiene que ser don Fermín, que llega con una hora de retraso. A partir de este momento, De Pas une a su poder el prestigio de haber convertido al pecador más difícil de la diócesis.

El retraso en llegar a la casa de don Pompeyo moribundo está justificado para don Fermín. Antes de ir a ver al ateo, va a encontrarse con la Regenta, que le ha escrito una carta. La entrevista con Ana es otro triunfo, la señora de Quintanar se somete de nuevo a la voluntad de su confesor y decide ir de nazarena en la procesión del Viernes Santo. El desfile, presidido por el mismo don Fermín, es la apoteosis del Magistral.

El desenlace de los acontecimientos de la novela hace que tanto el Arcediano como el Beneficiado descarguen todo su fracaso y despecho contra Ana, la acusan de escándalo y perversión tras descubrirse el adulterio, y el duelo y la muerte de don Víctor que lo siguieron; de esta manera, el Provisor vuelve a ganar, puesto que su honor no ha sido cuestionado y es sólo Ana la que es considerada culpable de todo.

Queda patente que la rivalidad en la diócesis de Vetusta es extrema y se manifiesta de una manera muy poco cristiana.

En *La conquête* existe también esta rivalidad encabezada exclusivamente por dos sacerdotes, l'abbé Faujas y l'abbé Fenil. Lo que no debemos perder de vista es la implicación política de ambos contendientes y que su lucha no es tanto una lucha individual sino una confrontación de grupos políticos representados por ellos. Esto significa el triunfo en la Iglesia de Plassans del sector renovador, partidario del gobierno de Napoleón III, y la derrota de la Iglesia galicana partidaria del vencido Antiguo Régimen pero que en el momento en que transcurre la historia de la novela es muy fuerte y, de hecho, es la que posee el poder real en la ciudad provinciana cuna del clan Rougon-Macquart.

Los curas protagonistas de *LR* y *La conquête* tienen en común un origen humilde y la trascendencia de la figura de la madre en sus vidas, pero Faujas domina a su madre y Paula Raíces tiene la obediencia casi absoluta de su hijo. Ambos curas tienen la ambición del poder como móvil vital, pero para el cura de Plassans es la única pasión, no está dispuesto a hipotecarse en absoluto para conseguir dinero u otros bienes materiales, que tanto desea su madre, y no puede ser víctima de la pasión amorosa, como De Pas, por su extrema misoginia.

Faujas es el verdadero esclavo de su ansia de poder, única y por encima de cualquier otra cosa. Al empezar la novela, Octave Faujas es un cura miserable, cuya pobreza da que hablar a toda la ciudad, si es que alguien repara en él, pues su insignificancia inicial hacen imposible prever el poder que este sacerdote llegará a conseguir. Su trabajo de conquista va a ser verdaderamente titánico y, sobre todo, va a conllevar el tener que modificarse a sí mismo en cuestiones que para él carecen de importancia, pero que su principal aliada, Mme. Rougon, le hace tener en cuenta: "Plaisez aux femmes, si vous voulez que Plassans soit à vous".

Mientras que el Magistral es el jefe incuestionable de Vetusta y todo el mundo considera que tiene al titular de la diócesis en un puño, en *La conquête* es l'abbé Fenil quien tiene el poder y Faujas el aspirante a desplazarlo. La protección que el Obispo español hace de don Fermín así como la concesión de los cargos de confianza de Provisor y Vicario General, tienen su origen en que don Fortunato, si se decidió a aceptar el obispado fue a causa de la presión de Paula Raíces y con la condición de poder escoger una persona de su confianza en la que depositar los cuidados del gobierno eclesiástico, que a Camoirán no le interesan en absoluto porque prefiere llevar una vida retirada con el ideal franciscano de la pobreza, la limosna y la devoción a la Virgen. No podemos considerar al obispo Vetustense como un indiferente irresponsable sino más bien como un ingenuo incapaz de imaginar los escándalos de cohecho y simonía que De Pas comete, pero que no soportaría un escándalo contra el sexto o el noveno mandamiento y que, de conocerlo, no dudaría en destituir al Magistral de su cargo, recordemos la advertencia de doña Paula a su hijo, "la malva, el cordero de Fortunato, puede convertirse en león".

L'abbé Fenil ha obtenido también el poder en la diócesis de Plassans por delegación del Obispo, Mgr. Rousselot. Ha sido una cesión consciente, pero el obispo francés no tiene nada de la ingenuidad de Camoirán; Mgr. Rousselot sencillamente se ha desentendido de unas faenas que lo apartan de su principal dedicación, el estudio en su biblioteca de los clásicos acompañado por su joven secretario, el aristocrático abbé Surin. El gobierno eclesiástico de Plassans funciona bien en manos de l'abbé Fenil que, hasta la llegada de Faujas, sólo ha tenido un oponente en l'abbé Compan, un anciano sacerdote sin apenas poder pero dentro de la ortodoxia espiritual cristiana, y del también anciano abbé Bourrette, amigo del anterior y solidario en sus mismas causas, muy alejadas de la alta política en que se mueve Fenil.

Por Mme. Rougon sabemos que quien ha enviado a Plassans a Faujas es nada menos que su hijo mayor, Eugène Rougon, en ese momento ministro del Segundo Imperio. Y el apoyo que Mme. Felicité presta al sacerdote se debe sólo a que los dos defienden los mismos intereses políticos: acabar con la reacción y hacerse con Plassans mediante el dominio de la

diócesis por un cura fiel al nuevo gobierno. Sobre estos orígenes volveremos a recibir información más adelante a través de las impresiones que el obispo transmite a su secretario Surin de regreso de una entrevista en París con el Ministro Rougon:

> "Il [Faujas] avait eu des difficultés à Besançon... Il était à Paris, très pauvre, dans un hôtel garni. C'est lui qui est allé s'offrir. Le ministre cherchait justement des prêtres dévoués au gouvernement. J'ai compris que Faujas l'avait d'abord effrayé, avec sa mine noire et sa vieille soutane. C'est à tout hasard qu'il l'a envoyé ici... le ministre s'est montré très aimable pour moi." (*La conquête*, 322).

Es la casualidad la que ha unido en Faujas la necesidad de sacerdotes fieles al gobierno y el ansia de poder del propio Octave.

Al igual que don Fermín desde la torre de la catedral contempla a su presa Vetusta, pronto se hace familiar, en la lectura de *La conquête*, la imagen de Faujas divisando desde el jardín de la casa del matrimonio Mouret, donde vive, los jardines colindantes de las propiedades de la familia de M. Rastoil, presidente del Tribunal Civil de Plassans desde hace casi veinte años, fiel por tanto a las ideas anteriores al gobierno de Napoleón III; y la residencia de M.. Péqueur des Saulaies, el subprefecto, enemigo encarnizado del citado Rastoil por ser de grupos políticos contrarios. Faujas se ha propuesto unir a ambas sociedades y vencer con ellas a cualquier tipo de oposición republicana que se pueda presentar, pero para conseguirlo es necesario desplazar a Fenil, quien también tiene buena relación con ambas sociedades, en especial con la legitimista de Rastoil, pero le interesa fomentar su división para que la Iglesia galicana mantenga su poder tradicional.

Precisamente es desde el jardín de Mouret, oyendo las informaciones del propietario de la casa acerca de sus vecinos, cuando las miradas de Faujas y Fenil se encuentran por primera vez

> Mais l'abbé Faujas n'écoutait plus. Son regard se croisait à tout instant avec celui de l'abbé Fenil. Il ne détournait pas la tête, il soutenait l'examen du grand vicaire avec une froideur parfaite. Il s'était installé plus carrément sur la barre d'appui, et ses yeux semblaient être devenus plus grands. (*La conquête*, 64).

Desplazar a Fenil no es una tarea fácil, para ello y siguiendo el consejo de Mme. Rougon, Faujas ha de trabajar en dos frentes. De una parte tiene que agradar a la buena sociedad de Plassans, sobre todo a las mujeres, algo a lo que no está acostumbrado y en lo que Fenil le lleva la delantera tal y como el propio Octave lo ha visto en la reunión en casa de Mme.

Felicité en la que, otra vez, sus miradas se encontraron:

> Dans son immobilité, le prêtre dont les regards fouillaient le salon, sous ses paupières à demi closes, eut un geste aussitôt réprimé. Il venait d'apercevoir, derrière une véritable barricade de jupes, l'abbé Fenil, allongé dans un fauteuil, souriant discrètement pendant quelques secondes, de l'air terrible de deux duellistes engageant un combat a mort. Puis, il se fit un bruit d'étoffe, et le grand vicaire disparut de nouveau dans les dentelles des dames. (*La conquête*, 99).

La otra cuestión es desplazar a Fenil de su puesto de Gran Vicario, es decir, de la privanza del obispo.

El primer frente es rápidamente conquistado con el apoyo de Marthe Mouret y la obra de caridad conocida como "obra de la Virgen", de lo que ya hemos hablado al tratar otras cuestiones en este mismo trabajo.

Para acercarse al Obispo, parece que Fenil comete una serie de equivocaciones o así lo dice l'abbé Bourrette a François Mouret, cuando este lo interroga acerca de su huésped.

> [...]Faujas est un homme simple, il a même trop d'humiliité. Ainsi, à l'église, il se charge des petites besognes que nous abandonnons d'ordinarire aux prêtres habitués. C'est un saint, mais ce n'est pas un garçon habile. Je l'ai à peine entrevu chez Monseigneur. Dès le premier jour, il a été en froid avec l'abbé Fenil. Je lui avais pourtant expliqué qu'il fallait devenir l'ami du grand vicaire, si l'on voulait être bien reçu à l'évêché. Il n'a pas compris, il est de jugement un peu étroit, je le crains... Tenez, c'est comme ses continuelles visites à l'abbé Compan, notre pouvre curé, que a pris le lit depuis quinze jours, et que nous allons sûremente perdre. Eh bien! elles sont hors de saison, elles lui feront un tort immense. Compan n'a jamais pu s'entendre avec Fenil; il faut vraiment arriver de Besançon pour ignorer une chose qui es connue du diocèse entier." (*La conquête*, 82).

El pobre abbé Bourrette cree firmemente en la humildad, incluso en la falta de inteligencia de Faujas, incapaz de darse cuenta de que Ovide no va a cesar de utilizarlo hasta que no lo necesite, exactamente igual que hace con Marthe Mouret.

El capítulo VIII de *La conquête* termina con un Faujas bastante seguro de su posición. Tras conseguir agradar a la sociedad, sobre todo al grupo de mujeres de esa sociedad enroladas en la "Obra de la Virgen", Octave se propone la aproximación definitiva al obispo. L'abbé Fenil se marcha de Plassans con motivo de una corto viaje, esta ausencia será muy oportuna porque es el momento que el protagonista necesita para frecuentar al obispo diariamente y la mayor cantidad posible de tiempo para hablar de la opción que él representa, su conveniencia para la política eclesiástica y el descontento que en un amplio sector de la

diócesis produce l'abbé Fenil con su tiranía, como es el caso del ya citado abbé Compan, anciano enfermo que goza de la simpatía del obispo Rousselot. Monseñor, para el que también a veces el despotismo de Fenil desespera, vacila simultáneamente entre los dos curas rivales ante cualquier resquicio en el poder de Faujas y Fenil en cada momento. El favorito del Obispo, l'abbé Surin cuenta que

> [...]"ce diable d'homme" restait enfermé pendant des heures entières avec Monseigneur, et que celui-ci était d'une humeur atroce, après ces longs entretiens. Lorsque l'abbé Fenil revint, l'abbé Faujas cessa ses visites, s'effaçant de nouveau devant lui. Mais l'évêque resta inquiet; il fut évident que quelque catastrophe s'était produite dans son bien-être de prélat insouciant. A un dîner qu'il donna à son clergé, il fut particulièrement aimable pour l'abbé Faujas, qui n'était pourtant toujours qu'un humble vicaire de Saint-Saturnin. Les lèvres minces de l'abbé Fenil se pinçaient davantage; ses pénitentes lui donnaient des colères contenues, en lui demandant obligeamment des nouvelles de sa santé. (*La conquête*, 134).

Fenil es muy consciente de la fuerza del rival y de cómo está siendo desplazado en la privanza del Obispo.

El poderío de Faujas se consolida cuando en una de las habituales sesiones de los martes, cada una de las dos sociedades, tanto la del subprefecto como la del juez, saludan al inquilino de los Mouret, que estaba tomando el fresco en la ventana frente a los jardines. L'abbé Fenil, asistente a la reunión de los Rastoil, hace lo propio y con él los demás clérigos del grupo. Es un reconocimiento público por parte de la Iglesia también.

En el capítulo XI, tras ser informado por Faujas de las maniobras electorales de Fenil para que salga elegido el candidato de la reacción, el Obispo abandona a su Gran Vicario en favor del cura de Besançon:

> "Fenil va être furieux... Vous me promettez de me défendre contre lui, s'il crie trop fort? Je vous le mets sur le bras, je vous en avertis. Je compte bien aussi que vous ne laisserez pas réélire le marquis de Lagrifoul... Dame! c'est sur vous que je m'appuie maintenant, cher monsieur Faujas." (*La conquête*, 175).

Faujas asume a partir de este momento el poder de la Iglesia en la diócesis y el grupo sobre el que ejerce su influencia estará del lado del candidato y de las decisiones del Segundo Imperio. Como era de esperar, esta tendencia es la que gana las siguientes elecciones:

> L'abbé Faujas, au milieu de cette joie triomphante, restait grave. Il avait la victoire rude. Le caquetage de Mme. Condamin le fatiguait; la satisfaction de ces

ambitieux vulgaires l'emplissait de mépris. Debout, au loin. Il était le maître, il n'avait plus besoin de mentir à ses instincts; il pouvait allonger la main, prendre la ville, la faire trembler. Cette haute figure noire emplissait le salon. Peu à peu, les fauteuils s'étaient rapprochés, formant le cercle autour de lui. Les hommes attendaient qu'il eût un mot de satisfaction, les femmes le sollicitaient des yeux en esclaves soumises. Mais lui, brutalement, rompant le cercle, s'en alla le premier, en prenant congé d'une parole brève. (*La conquête*, 344).

Faujas se sabe el amo y desprecia a toda la sociedad que le ha ayudado a subir; ya no tiene la necesidad de agradar, que tanto le había encarecido Mme. Rougon, no tiene por qué esconder la verdadera naturaleza de su carácter, incluso su aspecto vuelve a repugnar, sobre todo a las feligresas, pero ante una observación sobre este particular la respuesta es brusca "il faudra bien qu'elles me prennent mal peigné". Hay aquí una notable diferencia entre Faujas y De Pas, Don Fermín, además de la pasión de poder siente la pasión de gustar, interpretada como una parte de la pasión primera, matiz que no capta Faujas. Es la del cura de Plassans la obsesión exclusiva por el dominio absoluto, lo conquistado para él no tiene apenas valor, aunque particularmente ha conseguido también una mejora evidente

"Des mois après les élections, l'abbé Vial, un des grands vicaires de monseigneur, alla s'installer à Rome. Naturellement l'abbé Faujas se donna la place, bien qu'elle fût promise depuis longtemps à l'abbé Bourrette. Il ne nomma pas même ce dernier à la cure de Saint-Saturnin, qu'il quittait; il mit là un jeune prêtre ambitieux, dont il avait fait sa créature. (*La conquête*, 359).

Como vemos, la diócesis de Plassans se une al carro de la Iglesia que apoya los acuerdos entre Napoleón III y la Santa Sede. Esta es la ambición política de Faujas, aunque lo conseguido hasta ahora aún le parece insuficiente e ir dejando a un lado del camino a los alidos de un principio no tiene ninguna importancia, se trata más bien de desembarazarse de elementos ahora inoportunos, tal es el caso del citado Bourrette y de Marthe Mouret.

Endiosado por la seguridad en sí mismo, en ascenso tras cada triunfo, Octave Faujas olvida que sus aliados no son todos personas débiles y fáciles de manejar como el Obispo, Bourrette o Marthe; o indiferentes, siempre que reciban su parte correspondiente de beneficios, sean de la clase que fueren, caso de los miembros de las dos sociedades Rastoil y Péqueur de Saulais; entre sus partidarios hay sujetos atrapados en la misma locura, fascinados por una idéntica necesidad de dominar; Mme. Felicité Rougon es sin duda la primera, y la terrible y valiente señora no duda en advertir y señalar a Faujas dónde está el límite:

[...]Seulement, retenez bien ceci: je ne souffrirai pas que vous veniez faire le maître chez moi. Que le petit Péqueur, que le bonhomme Rastoil tremblent à la vue de votre soutane, cela est bon. Nous autres, nous n'avons pas peur, nous entendons rester les maîtres. Mon mari a conquis Plassans avant vous, et nous garderons Plassans, je vous en préviens." (*La conquête*, 364).

Tampoco podemos olvidarnos de Fenil, el verdadero rival de Faujas, al ser clérigos los dos, y al que hemos visto ser desplazado por el cura llegado de Besançon. Pretextando una crisis de salud, el derrotado Fenil se retira a descansar a una pequeña finca que posee en el campo cerca de les Tulettes; el manicomio donde Marthe había recluído a su esposo François Mouret, haciéndolo pasar por demente con el objeto de poder estar con su amor platónico, l'abbé Faujas, sin ningún tipo de molestias; y la verdad es que el pobre excomerciante sumido en su desgracia acaba enloquecido. La situación extrema de la familia Mouret va a ser utilizada por el derrotado Gran Vicario. Zola hace intuir al lector que el inteligente y perverso Fenil ha sobornado al guardián de la casa de salud para que deje escapar a François Mouret.

A partir de la huida del perturbado en medio de la noche los acontecimientos se precipitan. Mouret llega a su casa y le prende fuego con objeto de que Faujas muera en el incendio. Mme. Faujas se despierta entre las llamas y carga con su hijo, desvanecido, acuestas para salvarlo, pero es inútil

[...]Mais, au moment où elle avait descendre, le fou, qu'elle n'avait pas vu, sauta sur l'abbé Faujas, qu'il lui arracha des épaules. Sa plainte lugubre s'achevait dans un hurlement tandis qu'une crise le tordait au bord de l'escalier. Il meurtrissait le prêtre, l'égratignait, l'étranglait. (*La conquête*, 401).

La muerte de Faujas es bien acogida por el grupo que le había aupado y que estaba harto del dominio del cura. Uno de los miembros de las dos sociedades contemplando el incendio:

"Bah! disait la femme du juge, personne ne le pleurera, si ce n'est cette grosse bête de Bourrette. Il était devenu insupportable, nous étions tous esclaves. Monseigneur doit rire à l'heure qu'il est... Enfin, Plassans est délivré! (*La conquête*, 415).

En *LR*, el Magistral se venga de su rival en la locura amorosa, don Álvaro Mesía, indirectamente, utilizando a la criada Petra y a don Víctor Quintanar. En *La conquête*, también el desquite final de l'abbé Fenil sobre l'abbé Faujas por medio de un intermediario.

La muerte del instrumento que es don Víctor Quintanar supone la revancha en el amor

de don Fermín, pero lo que el Magistral considera traición de Ana Ozores mata la locura amorosa del cura; destruida esa pasión De Pas continuará con su locura por el poder. El fin de Faujas no termina con la locura política, la fortifica por el contrario, se trata de que el poder cambia de manos y los medios para conseguirlo se justifican precisamente por la consecución del dominio; este tipo de locura no parece tener fin.

## X. EL SENTIMIENTO DE LA CULPA. EL PERDÓN Y LO IMPERDONABLE

La culpabilidad.

Al ser obras, tanto *LR* como la saga *Rougon-Macquart*, que ponen en cuestión la moralidad vigente en las sociedades de la Restauración y el Segundo Imperio, es normal que aparezca el personaje inadaptado y en lucha interior entre la moral de conveniencias impuesta y los presupuestos de la moral católica aprendidos y con los que en un momento dado ha estado más o menos de acuerdo, así como los determinantes fundamentales de la moral natural. Todo ello produce las crisis y alteraciones a las que ya hemos hecho referencia, pero en este apartado, de forma breve, expondremos cómo manifiestan los protagonistas su complejo de culpabilidad, hasta qué punto es el remordimiento el desencadenante de las reacciones posteriores.

Hay dos personajes, la Regenta y l'abbé Mouret, de *La faute*, que van a vivir marcados por la culpa. Ana Ozores, ya desde chica, después de la famosa aventura con el niño Germán en la barca, va a sentirse culpable, y lo curioso es que es una culpabilidad impuesta por la gente que la rodea y gusta de hacer elucubraciones deshonestas, mientras que Ana no podía tener ningún remordimiento, pero ella misma se lo crea ante lo que la gente piensa, es decir, la culpabilidad de que su entorno la considere culpable. Cuando muere su padre y es recogida por sus tías se añadirá el complejo de su pobreza, de ser una carga ecónomica, y recurrirá a casarse con don Víctor ya que el convento no es lo suyo, tal y como le aconseja el arcipreste Ripamilán. De casada, la afectividad y sexualidad insatisfechas le hacen concebir una serie de deseos y fantasías que no son resueltos más que con el autocastigo, al debatirse constantemente entre la inclinación natural y la presión social que impiden la realización de lo anhelado. Hasta este momento, que coincide con el tiempo en que se centra la acción de la novela, Ana Ozores no es en verdad culpable de nada como no sea la imagen que los envidiosos han elaborado de ella, o de unas tendencias y deseos que le causan gran inquietud pero que le son desconocidos más allá de la experiencia del desasosiego.

Cuando ha empezado a confesarse con el Magistral y se sabe enamorada de don Álvaro y tiene que reconocer que es eso lo que le sucede, el sentimiento de culpa se debe a causas más reales, en tanto que existe un amor platónico. La situación se resuelve con una crisis nerviosa y la enfermedad; en esta situación la Regenta delira, tiene pesadillas, y en una de ellas sueña con el Infierno, al que su culpabilidad la condena irremediablemente

[...]el Infierno ya no era un dogma englobado en otros; ella había sentido su olor, su sabor... y comprendía que antes, en rigor, no creía en el Infierno. Sí, sí, era material o lo parecía, ¿por qué no? ¡Qué vana se le antojaba ahora a la Regenta la filosofía superficial del optimismo bullanguero, del espiritualismo abstracto, bonachón, sin sentido de la realidad triste del mundo! ¡Había Infierno! Era así... la podredumbre de la materia para los espíritus podridos... ¡Y ella había pecado, sí, sí, había pecado! ¡Qué diferentes criterios el que ahora aplicaba a sus culpas, y el que el mundo solía tener y con el cual ella se había absuelto de ciertas *ligerezas* que ya le pesaban como plomo!" Y recordaba máximas y aforismos religiosos que había oído al Magistral, sin penetrar su terrible severidad, aquel sentido lúgubre y hondo que no parecían tener en sus labios finos, suaves, llenos de silbantes sonidos del pulquérrimo canónigo.(*LR*, 398-9).

Al remordimiento que hasta entonces había tenido, une ahora Ana, al reconocer que ha pecado de pensamiento, el dolor de atrición, el miedo a condenarse por el terror del Infierno. Es el mismo sentimiento atribuido por Alas al bueno de don Víctor cuando, aconsejado por su esposa que quiere llevarlo a una vida de verdadera piedad, se enfrasca en la lectura de libros religiosos que lo llevan a constantes reflexiones

"Y quedaba el rabo por desollar. La cuestión de salvarse o no salvarse. Aquello era serio. A él le daba el corazón que se salvaría, pero los santos escritores presentaban como tan difícil la cosa, que ya le inquietaban ciertas dudas... ¿Si no habría sido él toda su vida bastante bueno? había que pensar en esto; pero ¡Dios mío!, él no quería quebraderos de cabeza. Ya, cuando lo de la jubilación, fundada en una enfermedad que no tenía, le había costado gran trabajo arreglar sus papeles y pedir recomendaciones, y la jubilación era cosa temporal..., conque la salvación del alma, la jubilación eterna como quien decía, ¡apenas iba a exigir esfuerzos, expedientes, y también recomendaciones! Era preciso entregarse a su esposa para que le ayudase en tan arduo negocio." (*LR*, 457).

El dolor de atrición, o pesar de haber ofendido a Dios no por ser quien es, sino causado por un motivo humano, como la vergüenza o el temor al castigo, pero también con propósito de enmienda, es muy interesante que lo señalemos porque es una manifestación de la culpabilidad que sólo hemos encontrado en pocos personajes de entre todos los de *LR* y la saga francesa: Ana Ozores y, como indica Oleza (1994) en su edición, Quintanar.

Don Álvaro tiene miedo al Infierno siempre que enferma, pero no llega nunca a plantearse la necesidad de conseguir el perdón; don Pompeyo Guimarán, a la hora de la muerte, sólo se siente culpable, y mucho, de haber insistido en que don Santos Barinaga muriera sin recibir los sacramentos.

En los *Rougon-Macquart* el verdadero dolor de atrición no es experimentado por ninguno de los personajes, los más cercanos son los protagonistas de *Nana*, la cortesana misma

y su amante el conde Muffat. Pero la primera tiene el miedo al infierno de Mesía en la enfermedad y no llega al arrepentimiento verdadero y al propósito de enmendarse:

> Depuis le matin, elle se plaignait d'un malaise, et toutes ses idées bêtes, comme elle disait, des idées de mort et d'enfer, la travaillaient sourdement. C'était parfois, chez elle, des nuits où des peurs d'enfant, des imaginations atroces la secouaient de cauchemars, les yeux ouverts. Elle reprit:
> "Hein? penses-tu [a Muffat] que j'irai au ciel? *(Nana*, 379).

En cuanto al conde, Muffat no tiene atrición sino que vive en un constante complejo de culpa porque no puede vivir fuera de la ortodoxia católica en la que fue educado y cualquier transgresión de los mandamientos, aunque parece ser que los pecados concernientes al sexto y al noveno son los únicos a los que falta el aristócrata, lo sumen en una verdadera depresión y en la búsqueda urgente del perdón de la Iglesia; tiene Muffat verdadera intención de corregirse, pero no puede nunca superar la tentación; es el dolor por faltar a su moral lo que le hace padecer, el temor al castigo no parece afectarle.

El complejo de culpa del conde es bien conocido del círculo donde se mueve. Es evidente cuando Nana pide consejo a un hombre de sociedad, Vandeuvres, acerca de por quién debe decidirse para hacerlo su amante entre los candidatos Conde de Muffat y señor Fauchery; el interpelado contesta dando la siguiente razón contra Muffat:

> - Parce qu'il donne dans les curés, et que, s'il vous touchait du bout des doigts, il irait s'en confesser le lendemain... Écoutez un bon conseil. Ne laissez pas échapper l'autre." (*Nana*, 121).

Resulta también muy interesante que los pecados relacionados con el sexo son, como estamos viendo hasta ahora, los considerados verdaderas faltas por los personajes de estas novelas, lo cual no es extraño si tenemos en cuenta que en estas obras se está cuestionando la moralidad burguesa y la moralidad católica que parecen castigar especialmente aquello que atenta contra la familia, base de la sociedad. Por eso, Nana, ya bastante harta de su relación con el conde, recibe la visita del jesuita M. Venot el cual la reconviene en nombre del hogar destrozado del conde, como después comenta la protagonista a unos amigos:

> - Précisément, j'ai flairé ça. Oh! vous n'avez pas idée de la conversation! Ça été d'un drôle!... Il [M. Venot] m'a parlé du comte, de son ménage désuni, me suppliant de rendre le bonheur à une famille... Très poli d'ailleurs, très souriant... Alors, moi, je lui ai répondu que je ne demandais pas mieux, et je me suis engagée à remettre le

comte avec sa femme... Vous savez, ce n'est pas une blague, je serais enchantée de les voir tous heureux, ces gens! Puis, ça me soulagerait, car il y a des jours, vrai! où il m'assomme." (*Nana*, 343).

Del protagonista de *La faute*, l'abbé Mouret, sabemos que al recuperar el estado consciente, se considera culpable sin remisión por el crimen cometido al haber tenido la relación con Albine. Considera que siempre será culpable y vivir en la penitencia es su unica razón en adelante. Su tío, el doctor Pascal, conocedor de todo el asunto y causante indirecto e inocente del mismo, considera que la culpabilidad de Serge nace del abandono total en que su sobrino ha dejado a la muchacha embarazada, la cual muere de tristeza; para el médico, el pecado es atentar contra la vida, contra la ley más elemental de la naturaleza.

En *Une page*, Hélène se siente culpable de la muerte de su hija por su relación de amor con el doctor Deberle:

> Dans la salle à manger, Hélène, la tête tombée sur la table, étouffait ses sanglots entre ses mains jointes. L'abbé se penchait, la suppliait de se contenir. Mais, levant sa face ruisselante, elle s'accusait, elle lui disait qu'elle avait tué sa fille; et toute une confession s'echappait de ses lèvres, en paroles entrecoupées. Jamais elle n'aurait cédé à cet homme, si Jeanne était restée dans aupres d'elle. Il avait fallu qu'elle le rencontrât dans cette chambre inconnue. Mon Dieu! le Ciel aurait dû la prendre avec son enfant. Elle ne pouvait plus vivre. Le prêtre, effrayé, la calmait en lui promettant le pardon. (*Une page*, 427).

Los remordimientos de la joven Mme. Pichon, en *Pot-Bouille*, tienen el mismo origen, la culpabilidad le hace imposible apreciar y gozar la aventura que tiene con Octave Mouret:

> [...]Depuis son mariage, elle ne pratiquait plus; mais, à la suite des gros mots dont les bonnes l'avaient éclaboussée, elle venait de se sentir si triste, si abandonnée, si malpropre, qu'elle s'était rejetée pour une heure dans ses croyances d'enfant, enflammée d'un espoir de purification et de salut. Au retour, le prêtre ayant pleuré avec elle, sa faute lui faisait horreur. Octave, impuissant, furieux, haussa les épaules. (*Pot-Bouille*, 317).

También el obispo Hautecoeur, de *Le rêve*, se considera culpable por no poder olvidar el recuerdo de la esposa muerta que ahora el hijo reaviva con su llegada:

> [...]Il se frappait la poitrine du poing, il sanglotait dans la pénitence inefficace, criant qu'on devrait interdire le sacerdoce à ceux qui ont goûté à la femme, qui ont gardé d'elle des liens de sang. (*Le rêve*, 172).

A causa del amor que siente por Faujas, Marthe Mouret ha destrozado su familia. La culpabilidad se le hace insoportable. Expone al cura todo el proceso de degradación que le remuerde y, al mismo tiempo, le reclama correspondencia a su sentimiento:

> "Je ne me confesse pas, je vous dis ma faute. Aprés les enfants, j'ai laissé partir le père. Jamais il ne m'a battue, le malheureux!,C'était moi qui étais folle. Je sentais des brûlures par tout le corps, et je m'égratignais, j'avais besoin du froid des carreaux pour me calmer. Puis, c'était une telle honte après la crise, de me voir ainsi toute nue devant le monde, que je n'osais parler. Si vous saviez quels effroyables cauchemars me jetaient par terre! Tout l'enfer me tournait dans la tête. Lui, le pauvre homme, me faisait pitié, à claquer des dentes. Il avait peur de moi. Quand vous n'étiez plus là, il n'osait approcher, il passait la nuir sur une chaise." (*La conquête*, 369).

La respuesta de Faujas es el rechazo y la maldición, ante lo cual Marthe delirante sólo piensa en la venganza:

> "François reviendra, François les mettra tous á la rue." (*La conquête*, 372).

Es muy raro el sentimiento de culpabilidad por otros motivos en las obras estudiadas. De todas maneras, el ambiente de degradación total de la casa de vecinos de *Pot-Bouille* hace que el párroco, l'abbé Mauduit, al terminar un día en el que se han puesto en evidencia diversos escándalos sexuales y económicos de sus feligreses, se refugie en el templo lleno de pesar y se considere culpable de la tolerancia que muestra con sus parroquianos, no se considera un buen sacerdote:

> [...]La peur de Dieu le prenait aux entrailles, il voyait Dieu qui le reniait, qui lui défendait d'abuser encore de son nom, un Dieu de colère résolu à exterminer enfin le peuple coupable. Toutes les tolerances du mondain s'en allaient sous les scrupules déchaîneés de cette conscience, et il ne restait que la foi du croyant, épouvantée, se débattant dans l'incertitude du salut. Oh! Seigneur, quelle était la route, que fallait-il faire au milieu de cette société finissante, qui purrissait jusqu'à ses prêtres? (*Pot-Bouille*, 418).

Como señala Mundi Pedret (1984) hay que destacar el sentimiento de culpabilidad de don Fermín en *LR*. El Magistral, después de una conversación con su madre sale de casa y reflexiona sobre lo que han hablado ambos, se pregunta acerca de los escándalos que le achacan los demás, las calumnias, como las llama su madre, que le atribuyen sus enemigos;

pero, en su interior, el Magistral se reconoce culpable, y lo hace precisamente porque ha tenido la primera confesión con la Regenta y tiene la necesidad de purificarse a sí mismo. Piensa que ha engañado a la señora de Quintanar que, de haber sabido quién era realmente, le habría rechazado como confesor, y De Pas hace una larga enumeración de todas sus faltas:

> [...] yo soy un hombre que ha aprendido a decir cuatro palabras de consuelo a los pecadores débiles, y cuatro palabras de terror a los pobres de espíritu fanatizados; yo soy de miel con los que vienen a morder el cebo y de hiel con los que han mordido, el señuelo es de azúcar, el alimento que doy a mis prisioneros, de acíbar; yo soy un ambicioso, y lo que es peor, mil veces peor, infinitamente peor, yo soy avariento, yo guardo riquezas mal adquiridas, sí, mal adquiridas, yo soy un déspota en vez de un pastor; yo vendo la Gracia, yo comercio como un judío con la Religión del que arrojó del templo a los mercaderes...; yo soy un miserable, señora; yo no soy digno de ser su confidente, su director espiritual. Aquella elocuencia de ayer era falsa, no me salía del alma, yo no soy el *vir bonus*, yo soy lo que dice el mundo, lo que dicen mis detractores. (*LR*, 220).

Pero enseguida don Fermín se echa atrás en su arrepentimiento. Para sobrevivir, considera que se ha juzgado con demasiada dureza. El verdadero pecado es, evidentemente, su manera de atesorar riqueza, piensa el cura; pero a él el dinero no le importa, toda la fortuna amasada ha sido por y para su madre. La otra ambición, el poder, considera De Pas que es legítima, que le pertenece, porque es él el mejor de la diócesis y no hace más que tomar lo que es suyo y ocupar el puesto que le corresponde. Sobre las maneras de ejercer su autoridad el Magistral guarda silencio.

El perdón. Lo imperdonable.

A partir de la culpabilidad, el dolor de atrición o el de contricción perfecta, el personaje que experimenta tales sentimientos busca una salida, una manera de actuar porque la impasividad no aparece en ninguno de ellos, aunque el camino elegido varía y da lugar a diferentes soluciones que se contradicen si se tratara de compararlas.

En *Une page*, nos hemos encontrado con una Hélène a los pies de la cama de su hija, enloquecida por la desesperación, culpabilizándose de la muerte de la niña ante l'abbé Jouve , el sacerdote amigo. Esta viuda considera que no hay perdón posible, piensa que ella ha matado a su hija por el amor adúltero que ha mantenido con el casado doctor Deberle. Pero si bien nunca podrá borrar el amargo recuerdo del fin de su niña, va a saberse perdonada por

el comprensivo abbé Jouve que la absolverá como sacerdote y como hombre, porque sabía perfectamente el problema de esta mujer, como se ha ido exponiendo en las referencias que hemos hecho en este trabajo. En el entierro de Jeanne

> Mais Hélène, d'un geste, le pria d'attendre. Elle restait seule, il lui semblait qu'une page de sa vie était arrachée. Quand elle eut vu les dernières personnes disparaître, elle s'agenouilla péniblement devant le caveau. L'abbé Jouve, en surplis, ne s'était point encore relevé, tous deux prièrent longtemps. Puis, sans parler, avec son beau regard de charité et de pardon, le prêtre l'aida à se mettre debout.
>
> "Donne-lui ton bras", dit-il simplement à M. Rambaud. (*Une page*, 455).

Recordemos que este M.. Rambaud es el hermano de l'abbé Jouve, enamorado desde hacía mucho tiempo de Hélène y con quien había aconsejado el sacerdote a la viuda que se casara. M.. Rambaud comprende también todo lo que ha pasado y poco después se casará con la protagonista. Es evidente que una página importantísima se ha arrancado de la vida de Hélène, pero continua y ha encontrado una comprensión y un perdón en los que la rodean que le permitirán si no perdonarse, comprenderse al menos a sí misma.

En *Le rêve*, el matrimonio de tejedores formado por Hubert y Hubertine se sentían culpables sin perdón cuando, siendo muy jóvenes, se fugaron para vivir juntos sin el permiso de sus respectivos padres. No tenían hijos y este hecho fue considerado por la pareja como un castigo divino a la falta cometida en el pasado. Cuando recogen a la huérfana Angélique, refugiada en la puerta de su casa-taller piensan que la llegada de la niña es una demostración divina de remisión; pero cuando Angélique, la protagonista de la novela, sufre una serie de contratiempos en la relación amorosa mantenida con Félicien, hijo del aristócrático y viudo obispo Hautecoeur, el matrimonio de artesanos vuelve a sentirse culpable de aquel desliz lejano que incluso llega a afectar a su hija adoptiva. Se sentirán perdonados definitivamente cuando, en el curioso final de la novela, Angélique, recién casada con Félicien, muera al salir de la Iglesia tras haber cumplido su sueño:

> Mais la mort était sans tristesse. Monseigneur, de son geste habituel de bénédiction pastorale, aidait cette âme à ses délivrer, calmé lui-même, retourné au néant divin. Les Hubert, pardonnés, rentrant dans l'existence, avaient la sensation extasiée qu'un songe finissait. Toute la cathédrale, toute la ville étaient en fête. [...] Et c'était un envolement triomphal, Angélique heureuse, pure, élancée, emportée dans la rálisation de son rêve, ravie des noires chapelles romanes aux flamboyantes voûtes gothiques, parmi les restes d'or et de peinture, en plein paradis des légendes. (*Le rêve*, 232)

En *Nana*, el conde Muffat y su esposa reconvenidos y aconsejados individualmente por el jesuita M. Venot deciden hacer las paces y empezar de nuevo. Vamos a ver cómo en la reconciliación hay una coincidencia entre la moral católica y la moral burguesa por la que se hace necesario el perdón:

> Ce fut le soir du mariage [de la hija de los condes] à l'église que le comte Muffat se présenta dans la chambre de sa femme, oú il n'était pas entré depuis deux ans. La comtesse, très surprise, recula d'abord. Mais elle avait son sourire, ce sourire d'ivresse qui ne la quittait plus. Lui, très gêné, balbutiat. Alors, elle lui fit un peu de morale. D'ailleurs, ni l'un ni l'autre ne risquèrent une explication nette. Cétait la religion qui voulait ce pardon mutuel; et il fut convenu entre eux, par un accord tacite, qu'ils garderaient leur liberté. Avant de se mettre au lit, comme la comtesse paraissait hésiter encore, ils causèrent affaires. Le premier, il parla de vendre les Bordes. Elle, tout de suite, consentit. Ils avaient de grands besoins, ils partageraient. Cela acheva la réconciliation. Muffat en ressentit un véritable soulagement dans ses remords. (*Nana*, 403).

El perdón mutuo de la pareja de aristócratas no durará mucho tiempo. El conde volverá a la eterna alternativa del deseo de Nana y el remordimiento, y la condesa continuará con una serie de amantes hasta que terminará fugándose con uno de ellos, un dependiente de una tienda de novedades. M.. Venot, el jesuita, aprovechando una crisis de arrepentimiento de Muffat se encarga de informarle de lo sucedido con la condesa. Muffat, poco a poco, va cayendo en un estado de indiferencia total y vuelve a la estricta religión tras la última ruptura con la cortesana:

> [...] Au fond des églises, les genoux glacés par les dalles, il retrouvait ses jouissances d'autrefois, les espasmes de ses muscles et les ébranlements délicieux de son intelligence, dans une même satisfaction des obscurs besoins de son être. (*Nana*, 444).

Informado de la muerte de Nana, encontraremos al conde llorando desconsoladamente en un banco cuando el portero de la casa le confirma la noticia. A partir de ahora, el conde podrá perdonarse al no tener otra ocasión para pecar contra sus principios.

L'abbé Serge, de *La faute*, considera que no hay absolución para su crimen, y no la hay porque es él mismo quien no se puede perdonar

> -J'ai péché, je n'ai pas d'excuse. Je fais pénitence de ma faute, sans espérer de pardon. Si j'arrachais mon vêtement, j'arracherais ma chair, car je me suis donné à Dieu tout entier, avec mon âme, avec mes os. Je suis prêtre. (*La faute*, 312).

La Teuse, el ama, no cesa de recordar al joven cura el caso de su predecesor en la

parroquia, l'abbé Caffin, confinado en aquella mísera tierra como castigo a una relación mantenida con una muchacha que quedó embarazada. El viejo sacerdote con frecuencia le hablaba a su criada de su falta y de su arrepentimiento sincero, de la misma manera que aceptaba aquella retirada a esa parroquia perdida en medio de la montaña. La Teuse considera que l'abbé Caffin tiene que estar en el cielo, era evidente que había hecho una cosa muy fea pero la había lamentado de veras y la chica había terminado casada con un tratante de ganado y era muy feliz. El pecado de Caffin era para su ama mucho más comprensivo y menos grave que, por ejemplo, robar. La Teuse no comprende la autodisciplina constante en la que vive el joven párroco tras su caída e intenta hacerle ver que el perdón es posible

> [...]N'est-ce pas, monsieur le curé, lorsqu'on a un vrai repentir, on fait son salut tout de même? (*Le rêve*, 277).

Pero sabemos que quien no puede perdonar a Serge es su tío, el doctor Pascal, que lo que no perdona es el abandono total en que ha quedado Albine, cuando, sin el cuidado de ella, su sobrino Serge habría muerto irremediablemente. Pero el doctor Pascal tampoco puede, sobre todo, perdonarse a sí mismo: él fue quien llevó al joven cura al Paradou, porque pensaba que sólo en aquel paraíso apartado y con la dedicación de la muchacha medio salvaje l'abbé Mouret podría curarse; el doctor Pascal no se perdona no haber previsto lo que era lo más lógico que pasara entre dos jóvenes que viven en medio de la naturaleza dejándose llevar, como todos los seres del jardín, de las leyes de la supervivencia. El resultado para el doctor Pascal es haber dado muerte a la vida, y eso no tiene perdón para el médico.

Quien tampoco perdona la falta de l'abbé es el patológico hermano Archangias, por razones que no tienen nada que ver con las del doctor Pascal sino con la propia misoginia de este religioso. Cuando Albine, antes de morir, ha intentado en vano recuperar a Serge y ha ido a buscarlo a la iglesia, ha sido vista por la Teuse, la cual lo comenta con Archangias mientras juegan la partida de cartas cotidiana, pero el ama no ha impedido la entrada a la joven porque encuentra una justificación:

> [...]Moi, je l'abomine, cette fille. Mais du moment qu'elle es la santé de monsieur le curé... Elle peut bien venir à toutes les heures du jour et de la nuit. Je les enfermerai ensemble, s'il veulent. (*La faute*, 338).

El hermano Archangias se subleva ante esta información pero la Teuse no hace el menor caso a los comentarios:

- Si vous faisiez cela, la Teuse, dit le Frère avec une rage froide, je vous étranglerais.

Elle se mit à rire, en le tutoyant à son tour.

- Ne dis donc pas des bêtises, petit! Les femmes, tu sais bien que ça t'est défendu comme le *Pater* aux ânes. Essaye de m'étrangler un jour, tu verras ce que je te ferai... Sois sage, finissons la partie. Tiens, voilà encore un roi. (*La faute*, 339).

En *LR* don Víctor Quintanar perdona y comprende a su esposa y, en realidad, termina considerándose a sí mismo culpable de lo que ha ocurrido. Cuando el desafío, cuando se bate en duelo con don Álvaro, quien actúa es el instrumento de don Fermín, a don Víctor no le queda otra salida después de la conversación con el sacerdote que había disfrazado en consejo de contención hipócrita la venganza. Pero el Exregente, en el tren de regreso de su horroroso día de caza había hecho las siguientes reflexiones:

"[...] Anita me engaña, es una infame, sí..., pero ¿y yo? ¿No la engaño yo a ella? ¿Con qué derecho uní mi frialdad de viejo distraído y frío a los ardores y a los sueños de su juventud romántica y extremosa? ¿Y por qué alegué derechos de mi edad para no servir como soldado del matrimonio y pretendí después batirme como contrabandista del adulterio? ¿Dejará de ser adulterio el del hombre también, digan lo que quieran las leyes?" (*LR*, 639).

Pero nadie, absolutamente nadie, de la sociedad vetustense perdona a Ana, es más, se complacen en la crítica y en el aislamiento absoluto de la Regenta enferma y empobrecida. La única persona que está con la viuda de Quintanar es el estrafalario Frígilis, pero sabemos que él es el verdadero amigo y además que su relación con "la clase" es sólo por su posición social, nada tiene que ver con sus reglas, y si no fuera por ese mismo origen de Crespo, "la clase" no lo aceptaría.

Hay otra persona que en buen estilo aragonés hubiera cantado las cuarenta a los detractores de Ana, y claro que hubiera estado a su lado comprendiéndola, perdonándola y defendiéndola, el Arcipreste Ripamilán

[...] Pero el pobre don Cayetano había caído en su lecho para no levantarse. Allí vivió, siempre contento, dos años más. (*LR*, 669).

La misma Ana intenta, un año después del desastre, rehacerse de alguna manera. Se dirige a la catedral intentando recuperar la fe o terminar de alguna forma con esa especie de muerte del alma en que el remordimiento culpable la tenía sumida desde la muerte de Quintanar. Va la Regenta al confesionario con estas intenciones:

Ana había resuelto acercarse también, levantar el velo ante la red de tablillas oblicuas, y a través de aquellos agujeros pedir el perdón de Dios y el del hermano del alma, y si el perdón no era posible, pedir la penitencia sin el perdón, pedir la fe perdida o adormecida o quebrantada, no sabía qué, pedir la fe aunque fuera con el terror del infierno. Quería llorar allí donde había llorado tantas veces, unas con amargura, otras sonriendo de placer entre las lágrimas; quería encontrar al Magistral de aquellos días en que ella le juzgaba el emisario de Dios, quería fe, quería caridad..., y después el castigo de sus pecados, si más castigo merecía que aquella oscuridad y aquel sopor del alma... (*LR*, 675).

La respuesta del Magistral es clara y violenta: para el hombre y para el sacerdote que representa, la acción de Ana es imperdonable, y ya que De Pas no puede asesinarla ni suicidarse, la hiere de muerte en el alma.

La confesión.

Hemos hablado del perdón de manera muy general, tanto el perdón que el infractor de la regla se autoconcede o no, como del otorgado por una posible víctima o el grupo cuya normativa haya sido violada. En la religión católica el perdón se consigue a través del sacramento de la Penitencia y de la absolución del sacerdote previo el arrepentimiento y el propósito de enmienda por parte del pecador. Es mucho e interesante el espacio y la trascendencia que Alas concede en *LR* a este sacramento. Para Zola la confesión en sí misma no tiene tanta importancia a efectos literarios y el tribunal del perdón parece quedar reducido a un control de faltas, con la imposición de la sanción correspondiente, según la gravedad, a través de la penitencia y la absolución del pecado. En los *Rougon-Macquart* el cura como agente del perdón tiene menos importancia que el cura como consejero o como médico, y estas funciones sobrepasan, entiende el escritor de Médan, la función del sacramento y se convierten en una labor de asesoramiento constante sobre la totalidad de una conducta; esto está también muy cerca de lo que entiende don Fermín que debe ser la dirección espiritual de Ana Ozores.

En *La conquête*, l'abbé Faujas va a irse atrayendo el alma indiferente de Marthe en un trabajo lento y diario por medio de las conversaciones mantenidas en las veladas de cada anochecer en las que mientras el marido de Marthe y la madre de Faujas juegan a las cartas, el cura y Mme. Mouret se aíslan en charlas sobre los más variados temas. Cuando Marthe está dedicada de lleno a la Obra de la Virgen y visita a Faujas en el templo para informarle de una serie de detalles técnicos sobre el edificio, se declara en ella la primera crisis de misticismo histérico:

[...]Le prêtre la laissa pleurer, toujours debout, silencieux. Alors, elle tomba à genoux devant lui, pleurant dans ses mains fermées, dont elle se couvrait le visage.

"Je vous en prie, relevez-vous, dit doucement l'abbé Faujas; c'est devant Dieu que vous vous agenouillerez." (*La conquête*, 144).

Se entabla así una larga conversación entre el cura y Mme. Mouret que queda bastante relajada pero también con un poco de frustración resignada ante la negativa del sacerdote a un determinado favor:

[...]Quand ils se levèrent enfin, il parut refuser une grâce qu'elle réclamait avec insistance, il la mena du côté de la porte, élevant le ton:

"Non, je ne puis, je vous assure, dit-il; il est préférable que vous preniez l'abbé Bourrette.(*La conquête*, 145).

Es decir, Faujas delega en Bourrette, un anciano cura que sólo es confesor de las jovencitas, la dirección espiritual de Marthe, recién salida de su agnosticismo, pero cuenta, como la misma Mme. Mouret se lo solicita, con la posibilidad de largas conversaciones para aconsejarla sobre temas de piedad y de conducta fuera de lo que estrictamente corresponde a la administración del sacramento de la Penitencia.

La repercusión social de la primera confesión de Marthe Mouret con el anciano cura es similar a la convulsión de todo el Cabildo vetustense con la de Ana Ozores y el Magistral. Pero para toda la sociedad de Plassans es clarísimo que esta conversión a la piedad es obra exclusiva de l'abbé Faujas, y aunque puede resultar extraña la elección de Bourrette, una de las cotillas oficiales de la buena sociedad, miembro de la Obra de la Virgen, comenta:

"L'abbé Faujas a bien fait de ne pas la garder pour lui, dit-elle avec une moue qui la rendit plus affreuse; l'abbé Bourrette sauve tout et n'a rien de choquant." (*La conquête*, 146).

Con este intento de pasar inadvertido, Faujas continúa con los utilísimos consejos de Mme. Rougon. A la inteligente matriarca del clan no se le escapa el poder manipulador ejercido por el cura a través de la confesión, tal y como indica Oleza en la alusión que hace a *La conquête* en su edición de *LR* (1994, pág. 201); Mme. Felicité sabe que es una de las mejores armas del enemigo cura Fenil:

-Oh! il est trop fin pour se metre ainsi en avant; il aura soufflé ces choses dans l'oreille de ses pénitentes. Je ne sais s'il vous a deviné, mais il a peur de vous, cela est certain; il va vous combattre par toutes les armes imaginables... Le pis est qu'il confesse

les personnes les plus comme il faut de la ville. C'est lui qui a fait nommer le marquis de Lagrigoul. (*La conquête*, 101).

Es evidente que Zola hace una separación muy clara entre perdón y consejo y entre ambas posibilidades se declara a favor del segundo como elemento de influencia en quien acude al sacerdote, en muchas ocasiones sin saber exactamente qué le ocurre pero con una gran ansiedad o inquietud espiritual. La manera de socorrer a la persona necesitada es el medio a través del cual el confesor puede dominar, liberar o aclarar la mente a quien solicita su ayuda, tal y como se lo dice, en *Une page*, l'abbé Jouve a Hélène.

Esta reducción del cura confesor a mero administrador de la Penitencia, en *Pot-Bouille*, permite a la frívola Mme. Juzeur forjarse una baremación especial de la gravedad de los pecados según unos límites que ella misma establece a su antojo para cuando tenga que confesarlos:

> [...]Et, dans son obstination, il y avait comme une réserve jésuitique, une peur de confessionnal, une certitude d'obtenir le pardon des petits péchés, tandis que le gros lui causerait trop d'ennuis avec son directeur. Puis, c'étaient encore d'autres sentiments inavoués, l'honneur et l'estime de soi-même mis en un seul point, la coquetterie de tenir toujours les hommes en ne les satisfaisant jamais, une savante jouissance personnelle à se faire manger de baisers partout, sans le coup de bâton de l'assouvissement final. Elle trouvait ça meilleur, elle s'y entêtait, pas un homme ne pouvait se flatter de l'avoir eue, depuis le lâche abandon de son mari. Et elle était une femme honnête! (*Pot-Bouille*, 253-4).

En *LR*, como enseguida veremos, está muy presente también esta consideración del perdón y el asesoramiento o consejo, pero la trascendencia que, con los diversos matices citados, tiene esta función del sacerdote en lo referente al sacramento de la Penitencia es muy superior a la que encontramos en los *Rougon-Macquart*.

Hemos de tener en cuenta que gran parte de *LR* se estructura en torno a las confesiones o conversaciones entre Ana Ozores y el Magistral. Ya en el capítulo II, cuando don Fermín baja de la torre, al describirnos Clarín a varios miembros del Cabildo finalizado el Coro, estos personajes de diferente jerarquía hacen comentarios, y vemos cómo la noticia del día es justamente la cesión de la dirección espiritual de la dama más virtuosa de Vetusta al señor Provisor, lo que crea una serie de recelos entre otros eclesiásticos, don Custodio y Glocester, que ven en la posibilidad de confesar a dicha señora una serie de beneficios para el todopoderoso Vicario General de Vetusta. Pero en el Capítulo III, tras el encuentro de Ripamilán y don Fermín con la Regenta en el paseo del Espolón, el nuevo padre espiritual

les personnes les plus comme il faut de la ville. C'est lui qui a fait nommer le marquis de Lagrigoul. (*La conquête*, 101).

Es evidente que Zola hace una separación muy clara entre perdón y consejo y entre ambas posibilidades se declara a favor del segundo como elemento de influencia en quien acude al sacerdote, en muchas ocasiones sin saber exactamente qué le ocurre pero con una gran ansiedad o inquietud espiritual. La manera de socorrer a la persona necesitada es el medio a través del cual el confesor puede dominar, liberar o aclarar la mente a quien solicita su ayuda, tal y como se lo dice, en *Une page*, l'abbé Jouve a Hélène.

Esta reducción del cura confesor a mero administrador de la Penitencia, en *Pot-Bouille*, permite a la frívola Mme. Juzeur forjarse una baremación especial de la gravedad de los pecados según unos límites que ella misma establece a su antojo para cuando tenga que confesarlos:

> [...]Et, dans son obstination, il y avait comme une réserve jésuitique, une peur de confessionnal, une certitude d'obtenir le pardon des petits péchés, tandis que le gros lui causerait trop d'ennuis avec son directeur. Puis, c'étaient encore d'autres sentiments inavoués, l'honneur et l'estime de soi-même mis en un seul point, la coquetterie de tenir toujours les hommes en ne les satisfaisant jamais, une savante jouissance personnelle à se faire manger de baisers partout, sans le coup de bâton de l'assouvissement final. Elle trouvait ça meilleur, elle s'y entêtait, pas un homme ne pouvait se flatter de l'avoir eue, depuis le lâche abandon de son mari. Et elle était une femme honnête! (*Pot-Bouille*, 253-4).

En *LR*, como enseguida veremos, está muy presente también esta consideración del perdón y el asesoramiento o consejo, pero la trascendencia que, con los diversos matices citados, tiene esta función del sacerdote en lo referente al sacramento de la Penitencia es muy superior a la que encontramos en los *Rougon-Macquart*.

Hemos de tener en cuenta que gran parte de *LR* se estructura en torno a las confesiones o conversaciones entre Ana Ozores y el Magistral. Ya en el capítulo II, cuando don Fermín baja de la torre, al describirnos Clarín a varios miembros del Cabildo finalizado el Coro, estos personajes de diferente jerarquía hacen comentarios, y vemos cómo la noticia del día es justamente la cesión de la dirección espiritual de la dama más virtuosa de Vetusta al señor Provisor, lo que crea una serie de recelos entre otros eclesiásticos, don Custodio y Glocester, que ven en la posibilidad de confesar a dicha señora una serie de beneficios para el todopoderoso Vicario General de Vetusta. Pero en el Capítulo III, tras el encuentro de Ripamilán y don Fermín con la Regenta en el paseo del Espolón, el nuevo padre espiritual

aconseja a doña Ana una confesión general. Al prepararse, ya acostada, la Regenta para el acontecimiento del día siguiente, recuerda su infancia y entre otros momentos le llega la imagen, bastante negativa, del sacramento de la Penitencia, cuando, de niña, después de la famosa aventura de la barca, la obligan a la confesión como para que se liberara de algo malo que ella no llegaba a entender:

> Vino un cura y se encerró con Ana en la alcoba de la niña, y le preguntó unas cosas que ella no sabía lo que eran. Más adelante, meditando mucho, acabó por entender algo de aquello. Se la quiso convencer de que había cometido un gran pecado. La llevaron a la iglesia de la aldea y la hicieron confesarse. No supo contestar al cura, y este declaró al aya que no servía la niña para el caso todavía, porque, por ignorancia o por malicia, ocultaba sus pecadillos. (*LR*, 55).

Los siguientes confesores de Ana no han debido ser muy diferentes de lo visto. Incluso su hasta entonces padre espiritual, el querido amigo don Cayetano, ha considerado procedente ceder su dirección a la mente más brillante de la Curia para que pueda sacar a doña Ana de todas esas cuestiones y dudas que tanto la desasosiegan y para lidiar con las cuales el Arcipreste se considera sin los recursos suficientes. De ahí la novedad que para la señora de Quintanar representa su primera confesión con don Fermín. Por un lado está la brillante elocuencia del presbítero que en el confesonario utiliza unas palabras familiares y cultas al mismo tiempo, lejos de la retórica artificial que hasta ahora había escuchado Ana. Además, el Magistral presenta el sacramento no sólo como un tribunal donde recibir la penitencia correspondiente a las faltas cometidas , sino como algo más complejo que ayuda y clarifica las inquietudes del espíritu. Como muy bien indica Frank Durand (1984, pág.21):

> Fermín describe hasta los beneficios de la confesión en términos prácticos más bien que espirituales. Crea para Ana una comparación entre el confesionario y el hospital. A éste deben acudir los que están espiritualmente enfermos. En vez de señalar la bendición y privilegios de la absolución, la necesidad de un arrepentimiento total de los actos cometidos en contra de Dios, Fermín hace hincapié en el valor práctico para almas enfermas. Si el confesionario se convierte en un hospital psiquiátrico, el confesor se convierte en un higienista médico: "No debía ella acudir allí sólo a pedir la absolución de sus pecados; el alma tiene, como el cuerpo, su terapéutica y su higiene: el confesor es médico higienista." (*LR*, 282).

Esta imagen del cura médico presentada por De Pas es la correspondiente al cura consejero de l'abbé Faujas, ambas parecen tener mucha más relevancia para estos clérigos que la del cura confesor estricto. De todas maneras, don Fermín presenta unas características tan

especiales que, según Oleza

> [...]No cabe duda de que De Pas resulta un confesor "naturalista" o al menos "positivista", imbuido del cientifismo, del pragmatismo y del utilitarismo del siglo, poco amigo de ensueños místicos y acostumbrado a utilizar términos procedentes de la medicina y de las ciencias naturales. Zola se hubiera entusiasmado con De Pas: ¡Un confesor fisiólogo!. (Oleza, 1994, pág. 425).

Faujas y De Pas son sacerdotes que destacan por su capacidad y facilidad de palabra, a partir de la cual consiguen llevar por el camino deseado a sus hijas de confesión, prescindiendo de la imagen más impersonal de juez distribuidor de castigos, siempre mucho más fría, distante e ineficaz para ejercer un dominio.

Pero este poder del confesor en *LR* se complica porque el Magistral, desde el primer momento ha visto en Ana Ozores algo más de la dama más codiciada como hija espiritual por todo el Cabildo, como se dice a sí mismo en la época de buena relación en la "hermandad espiritual":

> [...]"Aquello era vivir; lo demás era vegetar. Ana era, al fin, todo aquello que él había soñado, lo que una voz secreta le había dicho el día en que ella se había acercado por primera vez a su confesonario." (*LR*, 444).

¿Qué es ese "todo aquello soñado" a que alude don Fermín? Pues que Ana va a ser también el médico higienista de don Fermín, si utilizamos sus mismos términos. Pues, en cuanto se establecen los primeros lazos de la famosa historia del "hermano mayor y la hermana menor", el Magistral, que se autojustifica su ambición de poder como legítima, considera que la Regenta sabrá comprender:

> "[...]¡Oh!, estaba seguro. Si algún día su amistad con Ana Ozores llegaba al punto de poder él confesarse ante ella también y decirle cuál era su ambición, ella, que tenía el alma grande, de fijo le absolvería de los pecados cometidos. Los de su madre, aquéllos a que le había arrastrado la codicia de su madre, eran los que no tenían disculpa, los feos, los vergonzosos, los inconfesables." (*LR*, 220-1).

Pero, como es sabido, es don Fermín el primero para quien los momentos de confesión de Ana son demasiado cortos. En el capítulo XVII, el Magistral sugiere los encuentros en casa de doña Petronila Rianzares so pretexto de las obras de caridad que la general en jefe de de las beatas vetustenses realiza desde su casa-cuartel; de esta forma se evita por un lado las

murmuraciones sobre la duración de las confesiones en el templo, que desde la primera ocasión habían sido muy comentadas tanto por las devotas que las habían sido testigos como por toda la Curia envidiosa; de otro lado se evitan las citas en la Rinconada, o sea, en la casa de Ana o en su jardín, con lo cual no se puede molestar a un don Víctor preocupado por la influencia del sacerdote que puede terminar fanatizando a su esposa. Pero ya no se trata de confesiones sino que el Magistral anda pensando en otros sentimientos mucho más fuertes y cuenta con la alcahuetería espiritual del Obispo Madre. De esta forma, la confesión, una vez que hay posibilidad de "charlas terapéuticas" en lugares diferentes al confesionario, vuelve a ser el Tribunal de la Penitencia, donde se acude a rendir cuentas y recibir sanción.

Casi al final del capítulo XVIII, cuando don Fermín desde la torre con su catalejo ha visto a una Regenta aburrida arrojar con fastidio un libro religioso sobre un banco y marchar con cara de felicidad del brazo de su esposo y... de Mesía en dirección al campo, mientras que él tiene que confesar a las feligresas, ha sentido de nuevo la necesidad de utilizar el sacramento no ya como instrumento de dominio sino de acercamiento a doña Ana:

> Cuando don Fermín se vio encerrado entre las cuatro tablas de su confesonario, se comparó al criminal metido en el cepo.
>
> [...]
>
> En vano esperó, con loca esperanza, ver a la Regenta presentarse en la capilla, por casualidad, por impulso repentino, como quiera que fuese, presentarse, que era lo que él quería, lo que él necesitaba. (*LR*, 384).

Pero la confesión utilizada como pretexto de otros fines de dominio o eróticos no es patrimonio exclusivo en la novela de los curas, De Pas y el Párroco de Contracayes principalmente, también las feligresas buscan otros objetivos al recibir la penitencia. Muchas son las damas de la sociedad que han intentado ser hijas espirituales del Magistral y no todas lo han conseguido, como Olvido Páez, rica hija del indiano más señalado de Vetusta y enamorada platónica de don Fermín; pero también presentan las mismas aspiraciones mujeres de la clase trabajadora, sobre todo Petra, la criada de Ana Ozores, que cuando se presenta a llevar la primera carta de Ana a De Pas, éste la reconoce como

> [...]Era una joven que se había obstinado en confesar con él y que lo había conseguido a fuerza de tenacidad y paciencia; pero después había tenido que desairarla varias veces, para que no le importunase.
>
> Era de las infelices que creen los absurdos que la calumnia propala para descrédito de los sacerdotes. Confesaba cosas de su alcoba, se desnudaba ante la celosía entre llanto de falso arrepentimiento. Era hermosa, incitante; pero el Magistral

la había alejado de sí, como haría con Obdulia, si las exigencias sociales no lo impidiesen. (*LR*, 212).

Incluso la misma Regenta ha captado en el don Fermín del confesionario algo más que un simple cura:

> Anita, que estaba en la oscuridad, sintió fuego en las mejillas, y por la primera vez, desde que le trataba, vio en el Magistral un hombre, un hombre hermoso, fuerte; que tenía fama entre ciertas gentes mal pensadas de enamorado y atrevido. (*LR*, 359).

También en *La conquête* se adivinan las preferencias de las damas de la sociedad por ser dirigidas espiritualmente por Faujas conforme va el cura adquiriendo prestigio, justo a través de las mismas mujeres a quienes confiesa. Por eso está muy calculada la negativa a ser el padre espiritual de Marthe, con lo cual aumenta la ansiedad de Mme. Mouret pero al mismo tiempo la domina a través de las conversaciones en la casa.

Frances W. Weber (1966b) señala que la confesión aparece como motivo cargado de intención erótica "de manera inocente en Ana y de manera perversa en Álvaro". Más bien se trata de una cierta ingenuidad por parte de la Regenta. Desde el día de la comida en casa de los Vegallana, al insistir Ana en que el Magistral los acompañara a pasar la tarde en el Vivero, ella es consciente de que entre el cura y don Álvaro había estallado una rivalidad entre los dos hombres y que ella, Ana, se inclinaba en favor del Magistral porque era su confesor, el defensor de la integridad de su alma. En verdad, como dice Weber, el significado de la confesión para Mesía es perverso, al mismo tiempo que tiene verdadera superstición por el sacramento. Su religión, que el donjuán llama *materialismo*, le lleva a pensar que a través de la Penitencia se establecen lazos estrechos entre el cura y la mujer, una relación casi mágica pero en la que el sacerdote refuerza su autoridad sobre la penitente y la dirige, por eso don Álvaro

> [...]En general envidiaba a los curas con quienes confesaban sus queridas y los temía. Cuando él tenía mucha influencia sobre alguna mujer, le prohibía confesarse.(*LR*, 266).

Porque don Álvaro consigue que sus amantes "se confiesen" con él mismo. Él sabía cuáles eran los momentos determinados para poder "arrastrar *a la hembra*" a contarle más detalles y hechos de los que la misma mujer llegaría incluso a decir a su director espiritual. El conocimiento adquirido de esta forma da a Mesía un poder incalculable sobre las amantes, sus maridos, si los hubiera, y otros muchos hombres más.

Un hallazgo literario valioso de Alas es establecer un paralelismo blasfemo al tratar por

un lado el sacramento de la Penitencia e inmediatamente oponerle la confesión sacrílega que realiza el propio Mesía, a la que también se refiere Weber (1966b).

En el banquete en honor del ateo don Pompeyo Guimarán, verdadera parodia de la Última Cena, a los postres, semiborrachos todos los participantes, Mesía poco hablador entre sus amigos de sus conquistas personales, incitado en esta ocasión quizá por la duración del asedio a la Regenta

> [...]Entonces habló, sin poder remediarlo, para satisfacer secreto impulso de rehabilitarse con su historia. Habló el maestro. Quitó el codo de la mesa y apoyó en ella los dos brazos cruzando las manos, entre cuyos dedos oprimía el cigarro, cargado con una pulgada de ceniza; inclinó un poco la cabeza, con cierto misticismo báquico, y con los ojos levantados a la luz de la araña, con palabra suave, tibia, lenta, comenzó la confesión, que oían sus amigos con silencio de iglesia. (*LR*, 428-9).

No podemos pasar por alto la negativa a la confesión en el último momento, postura de don Santos Barinaga. El arruinado dueño de la tienda de artículos religiosos está a punto de morir, a su lado se encuentra don Pompeyo Guimarán para evitar que Celestina, la beata hija del moribundo no respete la voluntad paterna y haga que el forzado librepensador don Santos reciba el Viático. Efectivamente, Celestina acude acompañada del beneficiado don Custodio y de doña Petronila Rianzares, pero el ateo oficial de Vetusta les corta el paso y dice que sólo podrán ayudar a Barinaga los recién llegados si lo hacen por verdadera caridad y no a cambio de conseguir una confesión o una vuelta a la religión, cosa verdaderamente vergonzosa pero que el ateo de Vetusta espera de las "argucias del seminario":

> - Señor cura, acabemos. Don Santos está dispuesto a morir sin confesar ni comulgar; no reconoce la religión de sus mayores. Estas son sus condiciones irrevocables; pues bien, a ese precio, ¿consienten ustedes en asistirle, cuidarle, darle el alimento y las medicinas que necesita? (*LR*, 479).

Don Santos acaba por oír la discusión entre don Pompeyo y el grupo de Celestina desde su cuarto, insulta a su hija y despide a voces a todos los curas que pudieran estar presentes. Tras el fracaso de don Custodio y doña Petronila, se presenta el carlista Carraspique con don Antero, el párroco del barrio, pero todo es inútil, aunque Barinaga da explicaciones a quien le había socorrido con anterioridad:

> - Todo es inútil..., la Iglesia me ha arruinado..., no quiero nada con la Iglesia... Creo en Dios..., creo en Jesucristo..., que era... un grande hombre..., pero no quiero confesarme, señor Carraspique, y siento... darle a usted este disgusto. (*LR*, 482).

La misma negativa recibe el párroco. El Obispo, don Fortunato, informado por Carraspique, también quiere acercarse a convencer a don Santos, pero se lo impide el Magistral por cuestiones obvias derivadas a su ambición de poder. Don Santos muere y como ha sido sin confesión, la Iglesia no lo perdona, no puede enterrarse como todo el mundo sino

> [...] como un perro, habría que enterrarle en aquel pozo inmundo, desamparado, que había detrás del cementerio y que servía para los enterramientos civiles (*LR*, 484).

La muerte sin conseguir el perdón oficial de la Iglesia llega a este caso extremo de prohibir enterrar en sagrado pretextando que públicamente don Santos renegaba de la Institución.

## XI. LA LITURGIA Y LAS CEREMONIAS

El medio legítimo por el que la institución eclesiástica manifesta su interpretación pública de la doctrina es a través de las ceremonias litúrgicas, tales como la administración de los sacramentos, la práctica habitual de la misa, y una serie de actividades solemnes que si no son tan básicas para la esencia de la religión católica, resultan muy importantes por la influencia secular que ejercen en la población creyente a la que van dirigidas.

Como indica Brian (1974) el fenómeno religioso "se presenta claramente como aspecto de la sociedad vetustense". En los *Rougon-Macquart*, puede parecer más disperso dada la cantidad de novelas que integran el ciclo, pero por lo que venimos exponiendo, aunque haya una difuminación del tema de la religión por entre las diversas novelas de la saga, concentrándose en unas (sobre todo en *La conquête* o *La faute*) y llegando incluso a desaparecer en alguna, como es el caso de *La bête humaine*, donde no hemos encontrado ninguna referencia de nuestro interés; en los restantes libros de los *Rougon-Macquart*, en mayor o menor medida, aparece el cura, si no como tema en sí mismo, como representante de una institución de gran importancia en el entorno social.

### A) Los sacramentos.

Una de las apariciones más constantes del sacerdote es como administrador de los sacramentos, pues con ellos se trasciende el ámbito de lo estrictamente religioso y son en muchos casos considerados como actos iniciáticos o de participación en sociedad. En las dos obras estudiadas son muy abundantes y frecuentes las referencias a los sacramentos, especialmente el Bautismo, la Comunión, el Matrimonio y la Unción de los enfermos. Las alusiones directas al Orden Sacerdotal se hacen justamente a través de la fuerte presencia del elemento clerical; no asistimos en ningún caso a la administración de este sacramento, pero nos encontramos con los jóvenes que se prepara para recibirlo, los seminaristas, y los que ya son ministros de la Iglesia, los sacerdotes. Tampoco hemos encontrado ninguna referencia, ni en la obra francesa ni en la española a la Confirmación, aunque en determinados momentos de la historia de la Iglesia este sacramento se ha administrado junto con otros como refuerzo, por ejemplo, de la Comunión; con todo no aparece considerado en sí mismo en este estudio.

El Bautismo.

Si seguimos la ordenación que la Iglesia Católica hace de los sacramentos, en primer lugar tenemos que hablar del Bautismo, por el cual se nace a la vida de cristiano. Esta entrada oficial a la vida del creyente católico tiene su paralelo en la entrada en la vida social, sobre todo cuando, como venimos diciendo, la moral católica y la moral de la burguesía triunfante en el periodo histórico de nuestro interés coinciden.

En *Los Rougon Macquart* hay dos presentaciones fundamentales de este sacramento y su repercusión social, opuestas entre sí. Por una parte están las ceremonias de bautizos de la clase burguesa, repetidas como ritos iniciáticos impuestos por la tradición; por otra, aparece el escepticismo ante esta práctica que demuestra el cambio de valores en otras capas sociales, las desposeídas, que no se identifican con los valores de los sectores dominantes.

En el primer grupo tenemos las breves referencias de *La joie* al bautizo del hijo prematuro de Lazare, cuya prima, Pauline, la verdadera protagonista de la novela, es de hecho la que con sus rentas bastante escasas mantiene en gran medida a sus tíos y primo, a toda una familia venida a menos. Es normal que el pequeño reciba el nombre de Paul, en honor de su madrina, y que sea ésta la madrina porque se ve en ella una mujer fuerte, tanto por su situación económica como por su personalidad, para ejercer la representación paterna en ausencia de los progenitores naturales, como es el papel normal de los padrinos, responsables espirituales de la educación cristiana del nuevo miembro de la comunidad, pero elegidos de entre personas de una solvencia económica similar o superior a la de los padres del neófito.

Esta misma conveniencia de recibir el bautismo, por no salirse de la costumbre y por garantizar unos posibles protectores pudientes a la criatura da lugar en *L'oeuvre* al siguiente párrafo que trata de la decisión del matrimonio bohemio del pintor Claude:

> Christine s'était prise pour lui [Sandoz, amigo rico de Claude] d'une vive amitié, en le voyant droit et robuste dans la vie; et elle osa enfin lui demander un service, celui d'être le parrain de Jacques. Sans doute, elle ne mettait plus les pieds à l'église; mais à quoi bon laisser ce gamin en dehors de l'usage? Puis, ce qui surtout la décidait, c'était de lui donner un soutien, ce parrain qu'elle sentait si pondéré, si raisonnable, dans les éclats de sa force. Claude s'étonna, consentit avec un haussement d'épaules. Et le baptême eut lieu, on trouva une marraine, la fille d'une voisine. Ce fut une fête, on mangea un homard, apporté de Paris. (*L'oeuvre*, 193).

Queda claro que la moral de Christine está bastante alejada de la significación católica del Bautismo, y mucho más en el caso de Claude, el cual simplemente se limita a aceptar una

decisión de su mujer aunque se queda perplejo.

En *L'Assommoir*, la obra que más le valió a Zola la consideración de escritor escandaloso, es donde hay más referencias a todos los sacramentos no ajenas ninguna a una fuerte crítica y sátira de cómo la sociedad continúa estas prácticas católicas y el interés ecónomico así como la consideración al qué dirán que hay siempre tras las mismas. A propósito del nacimiento de Nana (protagonista de otra de las novelas más famosas de la saga), sus padres, el matrimonio Coupeau, sobre todo el marido, no parecen estar muy interesados en el bautizo de la recién nacida, pero a los tíos, el matrimonio Lorilleux les interesa ser los padrinos y así poder hablar en el barrio de los muchos gastos que hacen por su ahijada; por otra parte, la abuela Coupeau sigue fiel a una tradición religiosa de la que su hijo está alejado:

> [...]Coupeau ne voyait guère la nécessité de baptiser la petite; ça ne lui donnerait pas dix mille livres de rente, bien sûr; et encore ça risquait de l'enrhumer. Moins on avait affaire aux curés, mieux ça valait. Mais maman Coupeau le traitait de païen. Les Lorilleux, sans aller manger le bon Dieu dans les églises, se piquaient d'avoir de la religion. (*L'Assommoir*, 132).

Así las cosas, el bautizo tiene lugar el sábado, pero no es más que un motivo de exhibición del poderío económico de toda esta familia de trabajadores muy humildes rivalizando entre sí, como muy irónicamente queda descrito por Zola:

> Dès le samedi soir, Mme. Lorilleux apporta ses cadeaux de marraine: un bonnet de trente-cinq sous et une robe de baptême, plissée et garnie d'une petite dentelle, qu'elle avait eue pour six francs, parce qu'elle était défraîchie. Le lendemain, Lorilleux, comme parrain, donna à l'accouchée six livres de sucre. Ils faisaient les choses proprement. [...]Seulement, les Lorilleux allèrent raconter leurs largesses dans tout le quartier; ils avaient dépensé près de vingt francs. Gervaise [la madre de Nana], en apprenant leurs commérages, resta suffoquée et ne leur tint plus aucun compte de leurs bonnes manières. (*L'Assommoir*, 134).

Exactamente igual ocurre en *La terre*. En el bautizo de la hija pequeña del matrimonio Buteau, efectuado con bastante retraso ya que Lise, la madre, exigía estar completamente repuesta del parto para poder participar en la comida de celebración. También en este caso se elige una madrina solvente, Mme. Charles, de la cual sabemos que junto con su marido había amasado una bonita fortuna regentando un prostíbulo que ahora han pasado a su hija, pero esta actividad ha sido ejercida con la mayor discreción hablando a todo el mundo de un negocio de pastelería. Con todo, los miembros del clan protagonista de *La terre* bautizan a la pequeña no

sólo para garantizarle con la costumbre práctica tradicional una cierta solidez, si no que el hecho del bautizo significa para toda la comunidad de Rognes obligar al cura de Bazoches a desplazarse a su localidad para tal celebración ineludible. Efectivamente, al haber quedado vacante la parroquia de Rognes pero sin que la alcaldía asignara una casa al futuro párroco, el obispado ha decidido que el cura de la población vecina asista a las dos comunidades simultáneamente, lo cual produce grandes quejas y enfados por parte de l'abbé Godard, víctima directa de toda la situación y convencido de que los vecinos de Rognes disfrutan manteniendo este estado de cosas como si se tratara de mantener un mano a mano con Dios, representado en la figura del sacerdote, por ver quién es más fuerte. De todos modos, a Godard se le va la fuerza por la boca y aunque en cada agravio dice que nunca más volverá a celebrar ningún oficio ni administrar ningún sacramento para feligreses tan irreverentes y malvados, en realidad es incapaz de faltar a una sola de las funciones que cumple por sustitución. El bautizo es un ejemplo más del mal trato hacia el cura: la madrina se presenta con dos horas de retraso con el pretexto de que ha ido a sacar a su nieta del pensionado, l'abbé Godard que había emprendido furioso el camino hacia su pueblo tiene que volver y celebrar la ceremonia:

> Un instant, il resta immobile. Puis, du même pas rageur, il se mit à redescendre la côté, derrière le paysan; et ce fut ainsi qu'ils rentrèrent dans l'église, sans avoir échangé un mot. La cérémonie fut bâclée, le prêtre bouscula le *Credo* du parrain et de la marraine, oignit l'enfant, appliqua le sel, versa l'eau, violemment. Déjà, il faisait signer sur le registre. (*La terre*, 300).

No sin cierta ironía Mme. Charles comenta al cura que le había traído una caja de bombones pero que la ha dejado en la maleta, el cura hace un gesto de agradecimiento y se va amenazando, como tantas otras veces, con un adiós definitivo.

El bautismo más impresionante de todo el ciclo *Rougon-Macquart* es el del príncipe imperial, hijo de Napoleón III y la emperatriz granadina Victoria Eugenia. Zola dedica todo el capítulo IV de *Son Excellance* a la descripción del acontecimiento: se pasa revista a los miles y miles de espectadores del desfile bautismal por todo el centro de París hasta llegar a la catedral, la admiración que causa entre la muchedumbre la vista de los innumerables invitados a la ceremonia y del paso de la misma pareja imperial y el niño, la entrada en el templo y toda la magnificencia allí desplegada. Una ceremonia tan grandiosa que la joven Clorinde, la intrigante italiana protagonista femenina de esta novela, comenta con el Ministro del Interior, Pièrre Rougon sus impresiones:

Cependant, dans le coupé, Clorinde parlait avec ravissement de la cérémonie, tandis que Rougon, renversé, le visage ensommeillé, l'écoutait. Elle avait vu les fêtes de Pâques à Rome: ce n'était pas plus grandiose. (*Son Excellence*, 131).

Esta comparación y superación del bautizo del príncipe con la Navidad romana, del nacimiento de Cristo con el nacimiento al cristianismo del hijo del emperador, tiene un significado especial; Zola resalta con ello el esfuerzo desplegado por Napoleón III para hacer de esta ceremonia la legitimación oficial, y por la Iglesia, de la nueva dinastía de la que él mismo se considera el primero y su hijo el futuro continuador. La ceremonia del bautizo se convierte así en el centro hacia donde confluye toda la magnificencia y apogeo del Segundo Imperio francés. Todo el capítulo trata de descripciones de esta triunfante sociedad burguesa y la admiración que provoca en derredor no sólo entre los franceses sino también entre las delegaciones extranjeras, pero no hay ni una sola referencia a la religiosidad del acto en sí mismo, este bautizo, más que ningún otro, es una ceremonia social a la grandeza del nuevo régimen con la complaciente y cómplice legitimación eclesiástica. No olvidemos que la llamada "Cuestión de Roma" es un asunto de Napoleón y su ministro Cavour.

En *LR* no encontramos absolutamente ninguna referencia al Bautismo. Esto no debe extrañar. Podríamos decir que no hay bautizos si no hay a quien bautizar, y aunque este sacramento pueden recibirlo personas de todas las edades, es lógico que en las sociedades tradicionalmente católicas sea un sacramento que se recibe en los primeros días de vida. En *LR* no hay bautizos sencillamente porque en *LR* no hay ni un sólo nacimiento. Tampoco hay mucho tratamiento de la infancia a no ser de la de Ana o de Fermín, y la aparición de algunos pilluelos pobres que enternecen el corazón de la señora de Quintanar en determinados momentos, pero nada más. Podría resultar lógico que cuando Alas habla de las hijas jóvenes de los marqueses de Vegallana apareciera algún bebé pero no es así: Emma Vegallana ha muerto de tisis; de sus hermanas Lola y Pilar sólo se nos dice que están casadas y viven en Madrid, pero ninguna tiene hijos; y si alguien los tiene, como Visita, la del banco, no son ya recién nacidos. Entendemos que hay una explicación en esto: la corrupta sociedad vetustense no tiene capacidad de regeneración, está destinada a agotarse en sí misma, es una sociedad a extinguir, su simple continuación le parece a Clarín un error, pero renovarla es imposible: no hay niños, no hay bautizos; no se hace simultánea la entrada en la sociedad y la entrada en la Iglesia. Por contra, y aunque no nos interese dadas las limitaciones que hemos dado ha nuestro estudio, es preciso recordar que en *Su único hijo*, la segunda novela larga de Alas, la ceremonia del bautizo del niño de Bonifacio Reyes, Antonio, es fundamental: en el bautizo descubre el protagonista las dudas a su paternidad precisamente.

La Comunión.

En los *Rougon-Macquart* hay ejemplos abundantes de la celebración de este sacramento pero referidos todos a la experiencia de la Primera Comunión. Si el bautizo se considera el nacimiento de la persona a la vida cristiana y social, la Primera Comunión es la entrada en la edad de la razón, el final de la niñez. Hay que tener en cuenta que en el momento histórico que estamos tratando la edad normal en que se recibía este sacramento se situaba en torno a los trece años, coincidiendo con la pubertad. Al igual que lo ocurrido con el Bautismo, la Primera Comunión está enfocada sobre todo por la repercusión social del evento y no tanto por la significación religiosa del mismo en la mayor parte de las ocasiones.

En *La joie*, l'abbé Horteur, de visita en casa de los Chanteau, encuentra a tres jovencitas, una de ellas completamente borracha, otra con un bebé al que trata como un objeto, que han sido socorridas por la caritativa Pauline, la protagonista; el cura hace un comentario amargo y utiliza la fecha de la Primera Comunión como punto de partida en la vida desalmada de las muchachas de su parroquia:

> "Quel peuple! s'écria le curé, en s'asseyant à côté de Chanteau. Dieu les pardonne, décidément. Dès leur première communion, ces coquines-là font des enfants, boivent et volent comme père et mère... Ah! je leur ai bien prédit les malheurs qui les accablent. (*La joie*, 392).

En *L'Assommoir* encontramos lo que sigue sobre Nana:

> Ce fut cette année-là, en juin, que Nana fit sa première communion. Elle allait sur ses treize ans, grande déjà comme une asperge montée, avec un air d'effronterie; l'année précédente, on l'avait renvoyée du catéchisme, à cause de sa mauvaise conduite; et, si le curé l'admettait cette fois, c'était de peur de ne pas la voir revenir et de lâcher sur le pavé une païenne de plus. (*L'Assommoir*, 378).

Nana está feliz con su ropa blanca. Al igual que en su bautizo, sus padrinos le han regalado todo el equipo, incluso algunos amigos de sus padres han participado también vistiéndola como una novia precoz. Se repite el ansia de ostentación al rivalizar entre sí cada cual con su regalo respectivo. Pero la familia Coupeau había degenerado tanto moral como económicamente y la víspera del acontecimiento, mientras la muchacha goza con la vista de sus regalos, su padre llega más borracho que de costumbre y se dedica a insultar a su mujer

y a su hija; en un principio ambas guardan silencio, pero poco a poco el ambiente se caldea, Gervasie empieza a gritar al marido y los comentarios suben de tono, el hombre llega a decir:

> "Ah! les garces! La mère et la fille, ça fait la paire. Et c'est du propre d'aller manger le bon Dieu en guignant les hommes. Ose donc dire le contraire, petite salope!... Je vas t'habiller avec un sac, nous verrons si ça te grattera la peau. Oui, avec un sac, pour vous dégoûter, toi et tes curés. Est-ce que j'ai besoin qu'on te donne du vice?... Nom de Dieu! voulez-vous m'ecouter, toutes les deux!" (*L'Assommoir*, 380).

Nana se vuelve furiosa, mira a su padre fijamente demostrando toda una experiencia de mujer madura, olvida las recomendaciones de humildad y de mantener el estado de gracia que el cura le había hecho al confesarla, e insulta a su padre con rabia: "Cochon!".

Claro, después de cenar un poco Coupeau se duerme y a la mañana siguiente despierta y opina de otra forma:

> [...] Il [Coupeau] assista à la toilette de la petite, attendri par la robe blanche, trouvant qu'un rien du tout donnait à cette vermine un air de vraie demoiselle. Enfin, comme il le disait, un père, en un pareil jour, était naturellement fier de sa fille. Et il fallait voir le chic de Nana, qui avait des sourires embarrassés de mariée, dans sa robe trop courte. (*L'Assommoir*, 380).

La Primera Comunión es también la salida de Nana en su carrera de prostitución. El contraste paradójico que consigue el autor está calculado y responde al plan de ir exponiendo diferentes etapas de degradación moral de los protagonistas en paralelo con un determinado sacramento. En la comida de celebración se le pregunta a Nana sobre cuál es la profesión que le gustaría seguir y, según los consejos de la florista Mme. Lerat, la joven se decide por este oficio que, para muchos de los participantes en el banquete, sobre todo los Lorilleux, los padrinos de Nana, es una profesión de entretenidas. Al día siguiente Nana comienza a trabajar con la florista, muy pronto dejará de aparecer como protagonista de *L'Assommoir* pero, enseguida la encontraremos, tras el paréntesis de *Une page*, en la novela que lleva su nombre convertida en cortesana del gran mundo.

Hubert, el artesano bordador de *Le rêve*, comparte con Coupeau el mismo orgullo y admiración a la vista de su hija adoptiva, Angélique, vestida de blanco. Sabemos que el matrimonio de tejedores practicaban simplemente con sus deberes elementales: la misa, la comunión en las grandes fiestas y todo aquello que la religión recomendaba y que ellos, ya fuera por tradición, ya por su propio interés profesional, por el hecho de trabajar tejidos y ropas para los religiosos, consideraban que debían seguir. Pero con motivo de la comunión de

Angélique, Hubert está tan nervioso como la muchacha y es Hubertine, la madre, la que tiene que calmar la emoción de padre e hija por el evento:

> [...] Il avait de sa passion, il pleura, lorsqu'il la vit en robe blanche. Cette journée fut comme un songe, tous les deux revinrent de l'église étonnés et las. Il fallut qu'Hubertine les grondât, le soir, elle raisonnable qui condamnait l'exagération, même dans les bonnes choses. (*Le rêve*, 56).

La fuerza de la emotiva por el acontecimiento religioso puede ser igual en Coupeau y Hubert, pero los ambientes a los que pertenecen son muy opuestos. La sentimentalidad del tejedor está dentro de la tónica de la palabra "sueño" que marca esta, aparentemente, mística novela zoliana. Por otro lado, la primera comunión es el inicio de la vida de caridad sin límites de Angélique, llevada a unos extremos tales que va a tener que ser controlada muy de cerca por Hubertine si quiere conservar las cosas de su casa.

La ilusión por esta ceremonia alegra los últimos días de Jeanne, la hija de Hélène, en *Une page*. El cura amigo de la familia comenta con la madre:

> "J'ai songé à une chose, murmura-t-il [l'abbé Jouve]. La chère enfant a été retardée par sa santé... Elle pourrait faire ici sa première communion..."
>
> Hélène sembla d'abord ne pas comprendre. Cette idée où, malgré sa tolérance, le prêtre reparaissait tout entier avec son souci des intérêts du Ciel, la surprenait, la blessait même un peu. Elle eut un geste d'insouciance, en disant:
>
> "Non, non, je ne veux pas qu'on la tourmente... Allez, s'il y a un paradis, elle y montera tout droit." (*Une page*, 425).

La niña había oído algo de lo que comentaba con Mme. Grandjean l'abbé Jouve y sueña con curarse para poder recibir a Cristo en la iglesia llena de flores como para el Mes de Mayo, pero morirá antes de lograr el deseo.

Una Primera Comunión es también la causa de otra de las habituales batallas de l'abbé Godard y el pueblo de Rognes. Este párroco de Bazoches-le-Doyen había dicho que no podía preparar a las dos niñas y tres muchachos de Rognes los domingos después de la misa, que sería conveniente que los jóvenes fueran a la parroquia de Bazoches para recibir la instrucción junto con los de aquella ciudad; pero las madres de Rognes se enfurecieron al conocer la determinación del cura y alegaron que sus hijos habrían de hacer tres cuartos de legua para ir y otros tantos para volver y que eso no era posible, además el hecho de que los muchachos y las muchachas anduvieran juntos por la carretera no estaba bien. L'abbé Godard había transigido, pero, a la hora de la ceremonia de la Comunión los vecinos querían una ceremonia

con la misma magnificencia en Rognes que en Bazoches, y a esto si que se opuso el cura alegando que los cinco niños de Rognes deberían haber participado en la misma celebración que los de su parroquia en derecho, y, como no había sido así, tenían que conformarse con una misa simple y sencilla:

> [...]Rien du tout! il leur donnait ce qu'il leur devait, elles [las madres que protestaban enfurecidas] auraient eu la grand'messe, les vêpres, tout enfin, à Bazoches, si leur mauvaise tête ne les avait pas mises en rebellion contre Dieu. Depuis cette brouille, une rupture était imminente entre l'abbé Godard et Rognes, le moindre heurt allait amener la catastrophe. (*La terre*, 295).

En *LR* no hay ninguna cita de las primeras comuniones, pero sí hay referencias a las ceremonias de la Santa Obra del Catecismo, presidida por el Magistral y en las que se formaban para comulgar las muchachas, aunque no se diga explícitamente. Pero hay otras alusiones a la comunión a través de ciertas analogías bastante fuertes que hacen pensar en un simbolismo sacrílego para la decadente sociedad de Vetusta.

El mes de Agosto es el más feliz en la vida del Magistral. La marcha de doña Paula a cobrar rentas le permite tener conversaciones casi a diario con Ana y una libertad total en la casa con la criada Teresina. Este periodo, que coincide con la etapa más desgraciada de la vida de don Víctor, es narrado a lo largo del capítulo XXI de *LR*, el final es un remate a la vida de disipación y felicidad hipócrita de De Pas; el último párrafo es una descripción de los desayunos del sacerdote:

> Don Fermín, risueño, mojaba un bizcocho en chocolate; Teresa acercaba el rostro al amo, separando el cuerpo de la mesa; abría la boca de labios finos y muy rojos, con gesto cómico sacaba más de lo preciso la lengua, húmeda y colorada; en ella depositaba el bizcocho don Fermín, con dientes de perlas lo partía la criada, y el *señorito* se comía la otra mitad.
>
> Y así todas las mañanas. (*LR*, 466).

El símil es más que evidente, una parodia de la comunión, y no merece más comentario como colofón a toda la situación que se describe en esta parte de la novela.

En las últimas horas de don Santos Barinaga, el párroco, don Antero, le sugiere la conveniencia de recibir el Pan del alma que él mismo le traerá. La respuesta del arruinado don Santos es:

> - ¡El pan del cuerpo! -gritó con supremo esfuerzo el moribundo, irritado cuanto

podía-. ¡El pan del cuerpo es lo que yo necesito!... Que así me salve Dios... ¡Muero de hambre! Sí, el pan del cuerpo..., ¡que muero de hambre!..., ¡de hambre!... (*LR*, 483).

Efectivamente, de poco le sirve a Barinaga el ofrecimiento por parte del párroco del Pan del espíritu cuando otro cura, el Magistral, es el causante de la miseria a que ha llegado don Santos.El contraste es muy duro.

Pero la escena más lograda con respecto a la corrupción de la sociedad Vetustense y el sacramento de la Comunión, es en el banquete en honor de don Pompeyo Guimarán cuando los participantes guardan silencio en torno a la mesa esperando las palabras de Mesía:

> [...] Los que estaban lejos se incorporaban para escuchar apoyándose en la mesa o en el hombro más cercano. Recordaba el cuadro, por modo miserable, la *Cena* de Leonardo de Vinci. (*LR*, 429).

La evocación de Alas se remonta a la misma institución de la Eucaristía en la Última Cena de Cristo.

Tal y como indican en sus respectivos trabajos citados, tanto Weber (1966b), Brian (1974), Durand (1984), Oleza (1994), etc., todas estas analogías refuerzan esa imagen de la sociedad clericalizada que es la Vetustense, donde una especial manera de entender la religión envuelve todos los aspectos de la vida; pero se llega a una degradación tanto de la religión como de la sociedad que así la entiende y se pasa de la concepción sacrílega a aquella de ceremonial burocratizado, imposibles para el sentimiento de lo religioso de Alas, basado en la piedad y en la capacidad de enamorarse del misterio místico. En la parodia blasfema que presenta Alas de la comunión es donde sin duda queda más evidente la crítica a los usos y costumbres de aquella sociedad provinciana.

El Matrimonio.

La aparición de este sacramento en la obra zoliana va de un extremo a otro según la obra en la que aparezca. En *L'Assommoir*, Coupeau, después de haber comprado algunas cosas indispensables para su boda y para iniciar oficialmente su vida de familia con Gervasie y con los dos niños de ésta, tenidos de la relación anterior con Lantier, apenas le queda dinero más que para costearse una "boda de pobres", y aunque no es él practicante, considera que un matrimonio sólo por lo civil es un contrato simple al que le falta algo, es imprescindible una ceremonia religiosa pues. El problema es que Coupeau tendrá que regatear los precios porque

considera que sabe muy bien cómo las gastan esos terribles avaros de los curas. Veamos todo el proceso de negociación entre el albañil y un sacerdote:

> [...] Il alla lui-même à l'église marchander; et, pendant une heure, il s'attrapa avec un vieux petit prêtre, en soutane sale, voleur comme une fruitière. Il avait envie de lui ficher des calottes. Puis, par blague, il lui demanda s'il ne trouverait pas, dans sa boutique, une messe d'ocassion, point trop détériorée, et dont un couple bon enfant ferait encore son beurre. Le vieux petit prêtre, tout en grognant que Dieu n'aurait aucun plaisir à bénir son union, finit par luis laisser sa messe à cinque francs. C'était toujours vingt sous d'économie. Il lui restait vingt sous. (*L'Assommoir*, 87).

Pero claro, al tratarse de una boda para gente de estas características, los curas no parecen tener muchas contemplaciones y los casan lo más rápido posible en medio de dos ceremonias, otra boda y una misa solemne, en el altar de una capilla secundaria, mientras se prepara el altar mayor para otra celebración de importancia:

> [...] le prêtre à lair maussade promenait vivement ses mains sèches sur les têtes inclinées de Gervaise et de Coupeau, semblait les unir au milieu d'un déménagement, pendant une absence du bon Dieu, entre deux messes sérieuses. (*L'Assommoir*, 91).

Esta rapidez increible da lugar a que, a la salida de la iglesia, Coupeau y su reducido número de acompañantes entre padrinos y testigos, bromeen sobre la forma de administrar el sacramento, que parece como una visita al dentista ya que "on n'a pas le temps de crier ouf! Ils marient sans douleur". O que, en menos de cinco minutos certifican algo para toda una vida.

*Le rêve* es el extremo opuesto. El sueño de Angélique no es otro que casarse con Félicien, un verdadero príncipe de cuento de hadas:

> [...] C'était enfin la réalisation de son rève, elle épousait la fortune, la beauté, la puissance, au-delà de tout espoir. (*Le rêve*, 228).

Del mismo modo que para hablar del bautismo del hijo de Napoleón III, Zola dedica todo un capítulo a la descripción del evento en *Son Excellence*, la boda de Angélique será el tema exclusivo del capítulo XIV en *Le rêve*, verdadera apoteosis final del relato, que, como se trata de un sueño, termina con la muerte feliz de la novia en brazos de su flamante marido justo a la salida del templo. Este final puede parecer paradójico pero no lo es, sino que, por el contrario, es una explicación del motivo de la novela, precio que a su manera paga Zola al misticismo imperante en las nuevas corrientes filosóficas y artísticas de ese momento. El

capítulo XIV comienza con una serie de páginas donde se describe con toda minuciosidad todo lo referente al vestido de la novia, a la decoración de la catedral y a la música que suena para recibir a los contrayentes así como al estado de felicidad total de Angélique y de todos los participantes a la celebración. A continuación hay una interesante descripción de la metáfora del matrimonio equivalente a la unión de Cristo con su Iglesia en la que l'ábbé Cornille, el oficiante, se detiene y sirve de reflexión a los novios para su vida futura. La presencia del Obispo Hautecoeur, padre del novio, aumenta las descripciones sobre la suntuosidad y magnificencia del acto. En medio de una marcha lenta y triunfal de despedida los nuevos esposos salen del templo y al besarse expira Angélique; pero no se trata de una tragedia, hay una justificación a través de la dicha suprema conseguida:

> [...]N'était-elle pas allée jusqu'au bout du bonheur? N'était-ce pas là que la joie d'être finissait? Elle se haussa d'un dernier effort, elle mit sa bouche sur la bouche de Félicien. Et, dans ce baiser, elle mourut. (*Le rêve*, 232).

Porque las últimas frases de la novela son:

> [...]Ce n'était qu'une apparence, qui s'effaçait, après avoir créé une illusion. Tout n'est que rêve. Et, au sommet du bonheur, Angélique avait disparu, dans le petit souffle d'un baiser. (*Le rêve*, 233).

La comparación entre la unión de Cristo y la Iglesia con el sacramento del matrimonio utilizada por l'abbé Cornille en la boda de Angélique es utilizada en extenso también por l'abbé Mouret, en *La faute*, durante la boda de la Rosalie, que, al fin, se casa con el padre de su hijo, cuyo nacimiento tuvo lugar un año antes del matrimonio.

La situación de l'abbé Mouret durante toda la ceremonia es complicada. El cura ha abandonado a Albine, la muchacha a la que ha amado en su estado de inconsciencia y que espera un hijo suyo. El sacerdote santifica una unión que de hecho ya existía entre la Rosalie y Fortuné y que había producido un niño y, paradójicamente, ha rechazado la posibilidad de su propia unión con Albine, causa de la muerte de la muchacha y del niño esperado. L'abbé Mouret se concentra en el símil de la unión de Cristo con la Iglesia, como si fuera la enseñanza fundamental que quiere transmitir a los contrayentes:

> - Mon cher frère, ma chère soeur, vous êtes unis en Jésus. L'institution du mariage est la figure de l'union sacrée de Jésus et de son Eglise. C'est un lien que rien ne peut rompre, que Dieu veut éternel, pour que l'homme ne sépare pas ce que le ciel a joint. En vous faisant l'os de vos os, Dieu vous a enseigné que vous avez le devoir

de marcher côté à côté, comme un couple fidèle, selon ses voies préparées par sa toute-puissance. Et vous devez vous aimer dans l'amour même de Dieu. La moindre amertume entre vous serait une désobéissance au Créateur qui vous a tirés d'un seul corps. Restez donc à jamais unis, à l'image de l'Eglise que Jésus a épousée, en nous donnant à tous sa chair et son sang. (*La faute*, 265).

Los asistentes se impacientan por la larga homilía y muestran su fastidio ante tanta palabra que no les interesa:

- Pardi! il dit ce qu'on dit toujours, répondit la Rousse. Il a la langue bien pendue, comme tous les curés. (*La faute*, 265).

Pero, como l'abbé Mouret no parece tener ninguna prisa y sigue con su plática la gente, cada vez más aburrida, echa de menos al párroco anterior, l'abbé Caffin, que con motivo de una boda de iguales características, es decir, con contrayentes que ya estaban conviviendo de hecho, se limitó a aconsejar a la novia que fuera "prudente". Pero es obvio que a través de su charla y aprovechando la ocasión de un matrimonio, l'abbé Mouret quiere justificarse ante sí mismo la elección que él ha hecho al unirse a la Iglesia y abandonar definitivamente a Albine.

En *La terre*, tampoco puede faltar una boda que ponga en evidencia el complejo estado de la parroquia de Rognes. Depués de las muchas discusiones entre los vecinos de la localidad y l'abbé Godard, párroco del pueblo vecino que tiene que hacerse cargo de la vacante parroquia de Rognes, el obispo ha enviado a un joven sacerdote, l'abbé Madeline, que, hasta ese momento, sólo había ejercido de párroco en una mísera aldea perdida en las montañas. El recién llegado no consigue adaptarse a la indiferencia religiosa y a la falta de piedad de sus nuevos feligreses y tampoco puede soportar las constantes peleas y cotilleos en que viven y él mismo queda implicado. Madeline se va debilibitando y enferma de gravedad. Cuando estaba celebrando el matrimonio de Françoise y Jean, el cura cae desmayado sobre el altar, lo que se considera un presagio de muerte próxima para los novios, y el hecho es que Françoise morirá meses más tarde de forma trágica.

En *LR*, a raíz de los momentos de guerra declarada al Magistral por sus enemigos tras la muerte de don Santos Barinaga, en los barrios obreros de Vetusta se hace una análisis general de la curia eclesiástica, criticando especialmente "el dineral que costaba casarse", observación idéntica a los pensamientos expresados por Coupeau en *L'Assommoir* cuando iba a negociar el precio de su boda.

No se puede olvidar tampoco los matrimonios de conveniencia que doña Paula proporciona a las doncellas que han pasado por su casa y que "han dormido cerca del

*señorito*", el Magistral. Estas relaciones cuestionan más que ninguna otra la moralidad de un sector de la clase trabajadora de Vetusta y de la propia institución eclesíastica pues es la madre del Vicario General de la diócesis la encargada de brindar matrimonios ventajosos por los servicios prestados al satisfacer las necesidad sexuales de don Fermín.

La clase dominante de Vetusta no ofrece un espectáculo más moralizador. El marqués de Vegallana, jefe del partido liberal en la ciudad, durante el invierno se dedica a recorrer su distrito electoral y, entre otras cosas, a engendrar hijos en las lugareñas, garantizarse votos para el futuro, como califica a estas acciones el Arcipreste Ripamilán, quien, en cuestiones de sexo tenía la manga más bien ancha, y que parece olvidar que el señor marqués es un hombre casado. Pero el círculo de amigos del aristócrata, su propia familia, es decir, toda "la clase" de Vetusta se caracteriza por un comportamiento bastante relajado. Lo importante es saber llevar "el ten con ten", en estas relaciones entre iguales por la sangre, como aconsejan las hermanas Ozores a su sobrina la Regenta. Porque cuando "el ten con ten" no se guarda como es debido pueden acontecer situaciones que hacen precisos los matrimonios *in extremis*, como los califica erróneamente el joven Paco Vegallana (Veáse la nota de la edición de LR de Oleza 1994, pág. 389 sobre el verdadero significado eclesiástico del término "in extremis" aplicado a la administración de los sacramentos). Efectivamente, el salón amarillo de la residencia de los marqueses, o su casa de campo, El Vivero, han sido escenarios de amores que han terminado en bodas rápidas, que han hecho sonreír a todos con la habitual comprensión y complacencia siempre que no se haya dado motivo de escándalo general.

De lo anterior se infiere que este sacramento no está muy considerado entre los vetustenses. Pero en toda *LR*, el único caso de celebración de un matrimonio que se encuentra es la ceremonia soñada por don Víctor en el tren camino de las marismas de Palomares, aturdido por el adulterio de Ana que acaba de descubrir:

> Había soñado mil disparates inconexos; él mismo, vestido de canónigo con traje de coro, casaba en la iglesia parroquial del Vivero a don Álvaro y a la Regenta. Y don Álvaro estaba en traje de clérigo también, pero con bigote y perilla... Después los tres juntos se habían puesto a cantar el Barbero, la escena del piano; él, don Víctor, se había adelantado a las baterías para decir con voz cascada:
>
> Quando la mia Rosina...
>
> el público de las butacas había graznado al oírle como un solo espectador... todas las butacas estaban llenas de cuervos que abrían el pico mucho y retorcían el pescuezo con ondulaciones de culebra... (*LR*, 636).

Don Víctor en su pesadilla cuestiona la autenticidad o validez de su propio matrimonio

con la Regenta cuando él mismo es el cura que casa a Ana con don Álvaro en el sueño. El rechazo del sacramento del matrimonio, tal y como lo administra la Iglesia para la sociedad vetustense, y de la misma sociedad y de el sector oficial del clero es más que evidente y Alas lo crítica.

Los ritos de la muerte.

En *L'Assommoir* asistimos a la muerte de la anciana mamá Coupeau siguiendo el mismo marco de embrutecimiento e irreligión con que ha pintado Zola a los personajes de esta novela en otras ocasiones relacionadas con ceremonias católicas. La vieja señora muere en medio de la noche en la habitación compartida con su nieta, Nana; mientras que su hijo, Coupeau, está completamente dormido en su borrachera constante, y, su nuera, Gervaise, por primera vez ha cedido a las peticiones de Lantier, su antiguo amante y de quien ha tenido dos hijos, y está con él acostada. No puede ser más degradante el marco en medio del cual ocurre el fallecimiento. La causa de la muerte es sencillamente la vejez, así lo diagnostica el médico, pero nadie ha tomado la precaución de avisar a un sacerdote con objeto de que la anciana reciba la Unción de los enfermos. La familia Coupeau ha roto por completo con la religión; el qué dirán de los vecinos, la única razón que los podía haber movido en otras ocasiones ya importa nada cuando, de hecho, la situación de miseria material y moral en que viven ha llegado a un extremo tal que la gente ni siquiera se escandaliza de sus escándalos. De todas maneras, una vez que mamá Coupeau ha muerto, se impone velarla. Si el hecho de que la anciana no hubiera recibido los últimos sacramentos se acepta, los familiares y amigos que visitan a los Coupeau, cotillean del desastre que es ir a morir en casa de Gervasie, incapaz de saber cómo hay que preparar un velatorio; eso es lo que piensan Mme. Lorilleux, hermana de Coupeau, y la florista Mme. Lerat; son ellas las que envían a Nana a comprar velas, agua bendita y a conseguir un crucifijo que poner en la habitación donde reposa la difunta:

> [...]Maintenant, si du monde venait, ce serait propre, au moins. Et l'on disposa les chaises en rond, dans la boutique, pour recevoir. (*L'Assommoir*, 353).

A la hora del funeral, este grupo humano que Zola describe se presenta completamente separado de la religión, por lo menos de los curas que ofician la ceremonia, a los que familiares y amigos de la difunta acusan de no tener ningún tipo de sentimientos y de administrar cualquier sacramento con indiferencia por la gente que participe en las ceremonias:

A l'église, la cérémonie fut vite bâclée. La messe traîna pourtant un peu, parce que le prêtre était très vieux. Mes-Bottes et Bibi-la-Grillade avaient préféré rester dehors, à cause de la quête. M. Madinier, tout le temps, étudia les curés, et il communiquait à Lantier ses observationes: ces farceurs-là, en crachant leur latin, ne savaient seulement pas ce qu'ils dégoisaient; ils vous enterraient une pesonne comme ils vous l'auraient baptisée ou mariée, sans avoir dans le coeur le moindre sentiment. Puis, M. Madinier blâma ce tas de cérémonies, ces lumières, ces voix tristes, cet étalage devant les familles. Vrai, on perdait les siens deux fois, chez soi et à l'église. (*L'Assommoir*, 366).

En *L'Assommoir*, son dos mundos opuestos e irreconciliables la clase trabajadora y los sacerdotes, burócratas de otra clase dominante disfrazada bajo supuestos intereses espirituales.

En *La terre*, Jean ha encontrado al viejo Mouche moribundo en su carro sin control, lo lleva a casa de sus hijas, Lise y Françoise; ambas, aunque ven que su padre está prácticamente muerto, deciden llamar a un médico para ver si se puede hacer algo aún. En cuanto a llamar a un sacerdote, Lise se niega a enviar a su hijo pequeño a la parroquia de Bazoches porque

> [...] D'ailleurs, puisque le vieux n'entendit ni ne répondait, autant aurait-il valu déranger le curé pour une borne. (*La terre*, 135).

El miedo a la muerte es la causa de que Mme. Chanteau no reciba los últimos sacramentos en la novela *La joie*. L'abbé Horteur se presenta en casa de los Chanteau, a los que visita con asiduidad, recién enterado de la repentina enfermedad de la señora. El cura sugiere ver a la enferma por si puede hacer algo para ayudarla y mira interrogativamente al hijo, Lazare, temiendo que, como todo el mundo lo considera irreligioso, se niegue a esta petición; pero el joven permanece hundido en sus sentimientos y no da señales de comprender la intención del sacerdote; es su prima, Pauline, quien aconseja retrasar la visita del cura, el horror a la muerte que tiene su tía hace que, probablemente, relacione la llegada de l'abbé Horteur con su fin próximo:

> "Non, pas aujourd'hui, monsieur le curé. Elle ignore son état, votre présence la révolutionnerait... Nous verrons demain. (*La joie*, 213).

Mme. Chanteau muere sin recibir los sacramentos, aunque el cura está presente en su casa, cumpliendo la función de consolador del abatido marido, enfermo crónico de gota totalmente paralítico. L'abbé Horteur cumple una función cristiana de consolar al triste, pero

no la de administrador del sacramento de la Extramaunción porque la familia lo quiere así. En agradecimiento al comportamiento del cura, los Chanteau deciden celebrar el funeral en el pueblo marinero antes del entierro en Caen:

> Enfin, le lendemain, à dix heures, la cloche de la petite église se mit à sonner, de l'autre côté de la route. Par égard pour l'abbé Horteur, qui s'était conduit en brave homme dans ces tristes circonstances, on avait résolu de faire célébrer la cérémonie religieuse à Bonneville, avant le départ du corps pour le cimetière de Caen. (*La joie*, 227).

En *Le rêve* asistimos con toda minuciosidad a la ceremonia de la Unción de enfermos administrada nada menos que por el noble obispo Hautecoeur a una Angélique a las puertas de la muerte. Zola describe con todo lujo de detalles toda la ceremonia, incluidas las frases litúrgicas en latín por las que se perdonan los pecados cometidos con cada uno de los cinco sentidos corporales y cómo el sacerdote va trazando con el santo óleo el signo de la cruz para purificar cada uno de estos causantes de pecados. Pero al terminar todo el ritual de este sacramento, el obispo Hautecoeur, en un regreso de varios siglos al pasado, recupera los poderes que según la tradición la divinidad la había otorgado a toda su familia: el poder de curar:

> Et Monseigneur, se rappelant les miracles de sa race, ce pouvoir que le ciel leur avait donné de guérir, songea que Dieu sans doute attendait son consentement de père. Il invoqua sainte Agnès, devant laquelle tous les siens avaient fait leurs dévotions, et comme Jean V d'Hautecoeur allant prier au chevet des pestiférés et les baiser, il pria, il baisa Angélique sur la bouche.
>
> "Si Dieu veut, je veux."
>
> Tout de suite, Angélique ouvrit les paupières. (*Le rêve*, 220).

Angélique despierta curada y no se sorprende del hecho de que Monseñor estuviera allí con ella y del milagro que se ha producido, todo es natural en la especial concepción del sueño que ha producido esta novela. A través del obispo Hautecoeur el sacramento de la Extremaunción proporciona la gracia de la salud no sólo al alma sino también al cuerpo; de esta forma, por medio del milagro, el ceremonial de la reconciliación y el perdón a la hora de muerte se transforma en una práctica religiosa dadora de vida. Pero el milagro de Hautecoeur es un aplazamiento de la próxima muerte de la joven, es alargar el tiempo lo suficiente como para que Angélique pueda cumplir su sueño de matrimonio, el objetivo de esta novela mística.

Cuando la protagonista expire en brazos de su marido a la salida de la catedral, el obispo Hautecoeur está también presente para darle la última bendición:

> Mais la mort était sans tristesse. Monseigneur, de son geste habituel de bénédiction pastorale, aidait cette âme à ses délivrer, calmé lui-même, retourné au néant divin. (*Le rêve*, 232).

En *La terre*, Zola utiliza la muerte del viejo Fouan para marcar el fin, conincidiendo con el término de la novela, del problemático pueblo sin párroco. Hemos visto que el joven párroco Madeline ha enfermado al no poderse adaptar a sus rudos feligreses y ha sido devuelto a su distrito de la montaña. El cura Godard culpa a Rognes del mal trato que le ha dado a su compañero y piensa que lo único que quiere la gente del pueblo es fastidiarlo a él porque, al marcharse Madeline, el párroco de Bazoyes tiene que encargarse de los asuntos de Rognes, y Godard se niega. Justo en esta época de tensión hay un fallecimiento en un incendio en la localidad, no hay tiempo para administrar los últimos sacramentos, pero la celebración de un funeral es forzosa y el mismo alcalde en persona, Delhomme, acude a la parroquia vecina en busca del cura; Godard no puede faltar a su deber aunque se considera completamente humillado ya que se trata de un triunfo final del vecindario de Rognes más interesado por esta victoria sobre el cura que por la práctica religiosa en sí misma, por eso el resultado de la misa de funeral

> En somme, ce fut une messe convenable, quoique menée trop vite. On ne se fâchait pas, on souriait de la colère de l'abbé, qu'on excusait; car il était naturel qu'il fût malheureux de sa défaite, de même que tous s'égayaient de la victoire de Rognes. Une satisfaction goguenarde épanouissait les visages, d'avoir eu le dernier mot avec le bon Dieu. On l'avait bien forcé à le rapporter, son bon Dieu, dont on se fichait au fond. (*La Terre*, 542).

Otro problema es la cuestión de administrar los últimos sacramentos a una persona oficialmente no prácticante o con fama de atea. Este es el caso que Zola presenta en *Pot-Bouille*. M. Vabre, uno de los vecinos de ese inmueble burgués que analiza la novela, está a punto de morir; ha perdido la capacidad de comunicarse de alguna manera y entre los miembros de la familia se plantea la conveniencia de que reciba o no la comunión o la extremanunción, Théophile, uno de los hijos, considera que se debe respetar la ideología del padre, lector de Voltaire y que no practicaba; pero otros hijos, las cuñadas, y l'abbé Mauduit, presente durante toda la agonía junto al médico, piensan que, a pesar de toda una vida de

librepensador, M. Vabre debe recibir los sacramentos, o sería como separarse completamente de la familia más aún de lo que separa la muerte, además, recibir el viático daría un buen ejemplo en el barrio. Entre las presiones de uno y otro lado

> Le prêtre se hâta de partir. Il annonçait qu'il apporterait la communion et l'extrême-onction, pour parer aux éventualités. Et Théophile, avec son entêtement, murmura:
>
> - Ah bien! si, maintenant, ils font communier les morts malgré eux! (*Pot-Bouille*, 247).

M. Vabre acaba de morir justo cuando llega el cura. Un chasco. ¡Un feligrés ha muerto fuera de la Iglesia!

> Sur le seuil parut l'abbé Mauduit. Derrière son épaule, on apercevait la tête d'un enfant de choeur. Il vit les sanglots, questionna d'un coup d'oeil le médecin, qui ouvrit les bras, comme pour déclarer que ce n'était pas sa faute. Et l'abbé, après avoir balbutié des prières, s'en alla d'un air de gêne, en reportant le bon Dieu. (*Pot-Bouille*, 249).

Lo que ocurre a la muerte de Albine es bastante curioso. La muchacha, ya bastante enferma, no ha podido soportar el rechazo definitivo de l'abbé Mouret a su propósito de escapar lejos donde poder vivir juntos. Albine vuelve al Paradou y allí mismo, donde amó y fue amada con tanta fuerza, muere rodeada de flores por completo. La descripción de esta muerte ocupa el capítulo XIV íntegro. El tío de la joven, Jeanbernat, el jardinero filósofo autodidacta ha cavado una tumba en el jardín pero el doctor Pascal lo convence de la ilegalidad de su propósito y el guardián del Paraíso tiene que ceder a la normativa de la sociedad y entregar la muerta a los curas que tanto odia y con quienes jura arreglar las cuentas. El hermano Archangias considera que Albine no debe ser enterrada entre los cristianos, pero l'abbé Mouret le responde que la eternidad es absolutamente para todo el mundo. Es el propio Serge quien oficia toda la ceremonia del entierro de la mujer amada. En ese momento, en los últimos párrafos de la novela se suceden una serie de situaciones opuestas de gran fuerza: justo en el momento de terminar la oración fúnebre, cuando el ataúd desciende en la tierra, el jardinero filósofo aparece entre los asistentes al entierro y, de un golpe rápido con su cuchillo, corta la oreja del misógino hermano Archangias; es una advertencia. L'abbé Mouret retira con dificultad la mirada de la fosa de Albine y, cuando lo hace, sus ojos tropiezan con el mármol de la tumba de su predecesor, Caffin,

[...] ce prêtre qui avait aimé et qui dormait là, si paisible, sous les fleurs sauvages. (*Le rêve*, 373).

En el mismo momento en que la tierra empieza a caer sobre el ataud de Albine, como señal del fin de toda la ceremonia de la muerte, Desirée, la hermana discapacitada de l'abbé Mouret, acude corriendo al cementerio para anunciar que su vaca, por fin, ha parido un ternero; es la última frase de la novela. La muerte ha pasado con todas sus ceremonias humanas y divinas pero la vida imparable sigue.

En los *Rougon-Macquart* acabamos de ver dos maneras de afrontar la Iglesia la muerte de dos personas no consideradas verdaderamente cristianas. En el caso de M. Vabre hemos visto cómo, por los deseos de una parte de la familia del librepensador de dar un buen ejemplo en el barrio, l'abbé Mauduit, que comparte esta manera de pensar, está dispuesto a administrar los sacramentos últimos sin saber la voluntad del moribundo; la idea de negarlos ante la hipótesis de que persistiera Vabre en su ideas no pasa por la cabeza del párroco.

En *La faute*, l'abbé Archangias quiere marginar a Albine de forma definitiva del resto de la comunidad al negarle la posibilidad de enterrarse en sagrado. L'abbé Mouret rechaza esta propuesta: la muerte iguala a todos los seres humanos y la caridad de Dios está por encima de las normativas de la Iglesia.

En *LR* tenemos el caso del ateo oficial, don Pompeyo Guimarán y de don Santos Barinaga. Éste último jamás se había declarado ateo y furibundo anticlerical y esto porque, como ya sabemos, don Fermín de Pas ha sido el causante de la ruina de su negocio, y otro cura, el beneficiado don Custodio, ha hecho de su hija una beata empedernida. A la hora de la muerte de don Santos hemos visto como don Pompeyo se opone a que ningún cura entre a confesar y dar el viático y la extremaunción al amigo moribundo; hemos visto cómo el párroco don Antero vuelve a sugerir la administración de los últimos sacramentos y es rechazado de plano por Barinaga, que, desesperadamente reafirma su creencia en Jesucristo y que pide "¡el pan del cuerpo!" que es lo que verdaderamente él necesitaba. Hasta el mismo obispo Camoirán quiere ir a convencer al moribundo de que reciba los sacramentos que el bueno de don Fortunato piensa dar personalmente, pero don Fermín lo impide. Don Santos Barinaga muere fuera de la Iglesia y es un motivo de gran escándalo, no tanto por el hecho de cómo ha muerto sino porque todos señalan culpable al Magistral. Pero la muerte de Barinaga tiene otra consideración para Guimarán, ya que el amigo muerto ha sabido, según el ateo vetustense, mantener sus principios:

- ¡Muerte gloriosa! -decía don Pompeyo al oído de cualquier enemigo del Provisor que venía a compadecerse a última hora de la miseria de Barinaga-. ¡Muerte gloriosa! ¡Qué energía! ¡Qué tesón! Ni la muerte de Sócrates... Porque a Sócrates nadie le mandó confesarse. (*LR*, 487).

El entierro de don Santos es otro episodio de la hipocresía vetustense; excepto Guimarán todos los acompañantes han hecho del duelo el elemento más efectivo de propaganda contra don Fermín. La propuesta de marchar todo el cortejo al camposanto en silencio es rechazada por Foja, que considera que, aunque se trata de un muerto fuera de la Iglesia, es de mucho más efecto que la gente vaya rezando y lleve velas. Pero, claro, dadas las circunstancias, una vez en el cementerio a Barinaga no se le puede enterrar en sagrado

[...] El cortejo entró en el cementerio, pero no por la puerta principal, sino por una especie de brecha abierta en la tapia del corralón inmundo, estrecho y lleno de ortigas y escajos en que se enterraba a los que morían fuera de la Iglesia católica. Eran muy pocos. El enterrador actual sólo recordaba tres o cuatro entierros así.

El duelo se despidió sin ceremonia; a latigazos lo despedía el viento con disciplinas de agua helada. (*LR*, 491).

Don Santos Barinaga había insistido en su creencia en Cristo, pero no en sus representantes en la tierra. Morir fuera de la Iglesia católica es morir fuera de la sociedad, es lo que queda bastante claro.

Don Pompeyo enferma en el entierro de Barinaga y poco después le llega a él también la hora de la muerte. Pero Guimarán ha pensado mucho y ha sacado muchas conclusiones de las últimas semanas, sobre todo pensando en don Santos, y decide que quiere morir en el seno de la Iglesia, en la religión de sus mayores y pide que sea nada menos que el enemigo don Fermín quien lo reconforte con los últimos sacramentos. Esta conversión es un triunfo para el Magistral al que se atribuye la autoría y es también un ejemplo edificante para toda la sociedad de Vetusta, la Iglesia ha triunfado, ya nadie recuerda la historia del de la tienda de artículos religiosos:

A la mañana siguiente toda Vetusta edificada se preparaba a acompañar el Viático que por la tarde debía ser administrado al señor Guimarán. Era Domingo de Ramos. No se respiraba por las calles del pueblo más que religión. (*LR*, 547).

Don Pompeyo recibió la extramaunción y la comunión y quedó santamente esperando la muerte y dejando admirada a toda la ciudad de su final estado de gracia. Guimarán es el hijo

pródigo recuperado por don Fermín, por la Iglesia, el miembro reintegrado en la sociedad tras la aceptación de las reglas de la moral común. En el entierro tenía que hacerse evidente la trascendencia pública de la conversión del exateo oficial, era un triunfo de la Iglesia y de la sociedad:

> El entierro del ateo fue una solemnidad como pocas. *Acompañaron a la última morada el cadáver del finado* las autoridades civiles y militares; una comisión del cabildo presidida por el deán, la audiencia, la universidad, y además cuantos se preciaban de buenos o malos católicos. La viuda y las huérfanas recibían especial favor y consuelo con aquella pública manifestación de simpatía. El Magistral iba presidiendo el duelo de familia: no era pariente del difunto, pero le había sacado de las garras del Demonio. Según Glocester, que se quedó en la sala capitular murmurando, "aquello, más que el entierro de un cristiano, fue la apoteosis pagana del pío, felice, triunfador Vicario General". (*LR*, 549-50).

Tanto la muerte de Barinaga como la de Guimarán se convierten en actos de trascendecia social, pero opuesta. Esta repercusión de una circunstancia tan íntima como la muerte causará en uno y otro caso denigración primero y alabanza después de la misma persona, don Fermín de Pas, que, de ser considerado una fuerza colaboradora del demonio, pasa a convertirse en el vencedor de las fuerzas del mal.

Pero hay otra muerte más trascendental en *LR*, la muerte que significa hasta cierto punto el final de la novela, la de don Víctor. Alas, después de narrar en el capítulo XXX todos los pormenores del duelo a muerte entre el Exregente y Mesía, a la hora de hablar del último momento de don Víctor simplemente informa:

> Murió Quintanar a las once de la mañana. (*LR*, 664).

No puede añadirse nada más.

En este capítulo hemos hablado del Bautismo, la Comunión, el Matrimonio y la Extremaunción. Hemos presentado estos cuatro sacramentos como actividades sociales. El sacramento de la Penitencia, al que hicimos referencia en el apartado anterior, lo consideramos como sacramento con repercusión fundamental en el espacio de lo privado.

B) Las ceremonias.

> Los jóvenes laicos de la ciudad, estudiantes los más, no se distinguían ni por su excesiva devoción ni por una impiedad prematura; no pensaban en ciertas cosas; los había carlistas y liberales, pero casi todos iban a misa a ver las muchachas. A la novena no faltaban; se desparramaban por las capillas y rincones de San Isidro, y terciando la capa, el rostro con un tinte romántico o picaresco, según el carácter, *se timaban*, como decían ellos, con las niñas casaderas, más recatadas, mejores cristianas, pero no menos ganosas de tener lo que ellas llamaban *relaciones*.(*LR*, 535).

Esta cita es un buen ejemplo de la utilización social de la religión. Ya hemos visto cómo los sacramentos tienen una especial repercusión en el entorno, pero en las sociedades católicas cualquier ceremonial religioso se convierte enseguida en acto identificativo de relación del grupo, y es este segundo aspecto el que parece más valorado por los miembros de la comunidad. Recordemos que Alas al hablar en el capítulo V de *LR* de las tías de la Regenta, las señoritas Ozores, dice que eran muy devotas, pero en el caso de haber tenido que elegir entre dos citas incompatibles, una la Visita a la Corte de María y, otra, la tertulia de Vegallana, hubiera optado por esta última, "María Santísima, en su inmensa bondad, hubiera perdonado, pero ellas hubieran asistido a la tertulia". Es obvio que Alas ironiza, pero si la elección recae sobre la actividad social, la ceremonia religiosa acaba por conve e ella misma en un acto social, ya que es un pretexto santificado para otros fines.

Las misas.

Vamos a detenernos fundamentalmente en una ceremonia básica de la religión católica: la misa, resumen centralizador de toda la doctrina en el sacrificio de Cristo por la humanidad y su resurrección confirmadora.

El capítulo II de *La faute* trata en exclusiva de la celebración de la misa por l'abbé Mouret. Al mismo tiempo que Zola narra cada una de la partes de la ceremonia, va intercalando descripciones de lo que sucede alrededor. Y al hacerlo elabora una estructura de tres planos donde se desarrollan tres acciones paralelas que corresponden a los grupos participantes en la ceremonia. Aquí radica la curiosidad de la presentación zoliana de esta actividad: la misa matutina de la mísera y alejada del mundo parroquia de Artaud es oficiada por el joven sacerdote Serge Mouret, ayudado por el monaguillo Vincent y, podríamos decir que nadie más, si no mencionamos a la Teuse, el ama del cura, presente en la Iglesia pero mucho más pendiente de la limpieza y el orden del templo que de la ceremonia en sí; no ha

acudido ningún fiel; en su lugar, por la puerta principal entreabierta y por las rendijas de las ventanas, ha entrado una bandada de gorriones que disfrutan de los rayos de sol en la tranquilidad acogedora de la iglesia, tan confortable para ellos como un granero.

Esta misa en soledad de primeras horas de la mañana en la parroquia de una aldea perdida de Francia es bastante significativa de la relación que esa comunidad mantiene con la religión, es decir, no hay ningún vínculo. Pero cada uno de los grupos de asistentes presenta a su modo, dentro del esquema zoliano, un significado concreto entre sí y en cada una de las tres acciones paralelas referida:

Misa de la parroquia de Artaud:

- plano supranatural: l'abbé Mouret: misticismo.
- plano natural: los gorriones: panteísmo.
- plano real: la Teuse: materialismo.

Serge es el único ser que verdaderamente participa en la ceremonia que el mismo está celebrando, es más, l'abbé se consagra por entero como servidor de la divinidad; para él no existe ninguna otra cosa, ni siquiera es consciente de los juegos de los gorriones que han invadido el templo y juegan revoloteando por entre las imágenes y los bancos; lo que no escapa la atención de la sirvienta, la Teuse, para la cual lo único que está ocurriendo en la iglesia es precisamente el alboroto de los gorriones que pueden ensuciar el lugar, así como el control de la cera de las velas que cae y mancha el paño sagrado del altar, hasta el punto de levantarse para poner en orden los cirios y evitar el continúo vertido de cera líquida. El monaguillo Vincent actúa mecánicamente, es la única voz que responde a las oraciones del cura y que obedece unas instrucciones conocidas de memoria como tocar la campanilla, ofrecer la vinajeras, etc. La bandada de gorriones, sin embargo, no resulta irreverente para el lector, su aproximación a la estatua de la Virgen con el Niño o al Cristo crucificado del altar mayor es como un saludo de participación en toda la alegría de una mañana de mayo recién estrenada.

Pero, justo después de que l'abbé Serge acaba de comulgar y cuando Vincent se dispone a guardar y ordenar las vinajeras, la puerta del pasillo que lleva al presbisterio se abre y entra en plena iglesia Désirée, la hermana discapacitada del cura, loca de alegría y entreabre su delantal para dejar ver los trece pollitos que lleva. Acaban de nacer sus animales como ese nuevo día. El ama hace ver a la muchacha que aún no ha terminado la ceremonia y se pone ella misma a ayudar al monaguillo en su labor de colocación cogiendo el misal. El cura, por su parte, guarda el cáliz y la patena. Los personajes de los tres planos se unen en los momentos

finales de la misa en un agradecimiento al hecho mismo de la vida, aunque cada cual a su manera: los gorriones con sus gritos y sus revoloteos al sol, indiferentes al enfado de la Teuse que se ocupa de organizar la iglesia; Vincent continúa con sus respuestas mecánicas; Désirée, reclamada por la gallina clueca, sale del templo, y l'abbé Mouret:

> [...] Tout son être était un ardent remerciement. Il demandait au ciel la rémission de ses péchés, la grâce d'une sainte vie, le mérite de la vie éternelle. Il restait abîme dans ce miracle d'amour, dans cette immolation continue qui le nourrissait chaque jour du sang et de la chair de son Sauveur. (*La faute*, 52).

A la soledad alegre de la parroquia de Artaud se opone la miseria y desolación de la misa que l'abbé Joire celebra en la colonia minera de Deux-Cent-Quarante, en *Germinal*. La desolación es la tónica de todo el poblado, y la pequeña capilla , lo mismo que la escuela y los barracones de los mineros presentan igual aspecto. El verdadero templo de los mineros, el lugar de celebración de los días de fiesta, y de las alegrías colectivas es el local de baile de la viuda Désir, compuesto por dos habitaciones, una con el mostrador y las mesas, otra con un amplio salón donde poder bailar y donde cada uno de los gremios de trabajadores celebran sus verdaderas fiestas patronales, por ello no extraña que en la decoración se tenga en cuenta la referencia a los santos patronos:

> [...]Une décoration l'ornait, deux guirlandes de fleurs en papier qui se croisaient d'un angle à l'autre du plafond, et que réunissait, au centre, une couronne des mêmes fleurs; tandis que, le long des murs, s'alignaient des écussons dorés, portant des noms de saints, saint Éloi, patron des ouvriers du fer, saint Crépin, patron des cordonniers, sainte Barbe, patronne des mineurs, tout le calendrier des corporations. (*Germinal*, 207).

Las contadas ceremonias de este local son las interesantes para los mineros que, si no encuentran soluciones para mejorar su vida, por lo menos allí consiguen evadirse un tiempo breve.

Cuando llega un nuevo cura a la mina, l'abbé Ranvier, llama la atención a los trabajadores con sus ideas de justicia social y consigue durante corto tiempo llenar la iglesia. Pero las palabras del nuevo sacerdote son demasiado difíciles de entender y, además, hacen referencia a realidades que están muy lejos del presente angustioso de los mineros; ¿para qué van a continuar oyendo a Ranvier? La respuesta está en el diálogo entre el sacerdote y la madre de la familia minera protagonista:

- Pourquoi n'êtes-vous pas venus à la messe dimanche, mes enfants? Vous avez tort, l'Église seule peut vous sauver... Voyons, promettex-moi de venir dimanche prochain.

Maheu, après l'avoir regardé, s'était remis en marche, pesamment, sans une parole. Ce fut la Maheude qui répondit.

- A la messe, monsieur le curé, pour quoi faire? Est-ce que le bon Dieu ne se moque pas de nous?... Tenez! qu'est-ce que lui a fait ma petite, qui est là, à trembler la fièvre? Nous n'avions pas assez de misère, n'est-ce pas? il fallait qu'il me la rendît malade, lorsque je ne puis seulement lui donner une tasse de tisane chaude. (*Germinal*, 448).

Hemos visto a nuestro conocido Godard, de *La terre*, obligado a realizar el funeral por el abuelo Fouan, es decir, ha sido vencido por el pueblo de Rognes al no saber negarse, a pesar de sus malos modos, a cumplir con sus obligaciones de cura. La misa de funeral es la que describe Zola insistiendo en el furor del sacerdote burlado:

[...]Il [l'abbé Godard] ne regarda personne, s'engouffra dans l'église, reparut tout de suite, en surplis, précédé de deux enfants de choeur, dont l'un tenait la croix et l'autre le bénitier. Au galop, il lâcha sur le porteurs l'accompagnaient avec le cercueil, il revint vers l'église, oú il commença la messe, en coup de vent. (*La terre*, 541).

En esta ocasión llenaban la parroquia no sólo los familiares y allegados de Fouan, sino todo el pueblo de Rognes que asiste a esta misa sin el menor recogimiento o piedad , con el simple propósito de ver al derrotado cura, el cual, cada vez más consciente de la vejación tiene que reprimirse con todas sus fuerzas:

[...]Avant le préface, quand le curé se tourna vers les fidèles, il ouvrit les bras terriblement, comme pour les gifler. Bécu, très soûl, sonnait toujours. (*La terre*, 542).

En el capítulo V de la Tercera parte de *La faute*, l'abbé Mouret se dedica en persona a reparar el mal estado de su iglesia. Esta actividad anormal en un sacerdote extraña sobremanera a los campesinos de la aldea, para los cuales es increíble que un cura se dedique a tales menesteres y sobre todo si se tiene en cuenta la complexión delicada de Serge. Después de una serie de duros días de trabajo, el joven sacerdote contempla el altar reformado con la reluciente cruz de plata, lo acompañan el ama la Teuse y el misógino hermano Archangias que hacen los siguientes comentarios sobre los fieles de Artaud:

- Hein! dit-elle [el ama], c'est gentil. Vous verrez le monde, demain, à la messe! Ces païens ne viennent chez Dieu que lorsqu'ils le croient riche... Maintenant, monsieur

le curé, il faudra en faire autant à l'autel de la Vierge.
- De l'argent perdu, gronda Frère Archangias. (*La faute*, 281-2).

Otra misa que es descrita con detalle en *La faute* es la celebración de la Exaltación de la Santa Cruz, pero a diferencia de la que citamos en primer lugar, una multitud de fieles llena en esta ocasión la iglesia reparada. Con motivo de esta festividad l'abbé Mouret logra identificarse nuevamente con la divinidad en el sacrificio, supera el deseo de Albine y la experiencia del Paradou. Pero en los momentos últimos de la ceremonia, Serge descubre al fondo del templo a su tío el doctor Pascal con aspecto impaciente y preocupado, hasta el punto que no puede soportar hasta que termine la misa y sale preguntando al ama:

- Eh bien! ce gaillard-là n'en finira donc plus, de se faire encenser? demanda-t-il à la Teuse, qui revenait de la sacristie.

Y cuando por fin se encuentra con el sobrino el médico le hace saber:

- Sais-tu que tu m'as fait avaler la moitié d'une messe? Il y a longtemps que ça ne m'était arrivé... Enfin, je tenais absoulument à te voir aujourd'hui. Je voulais causer avec toi. (*La faute*, 295)

La noticia de Pascal es la grave enfermedad de Albine. La repuesta de Serge, reforzado espiritualmente por la celebración de la misma, es la negativa a ayudar a la muchacha de otra manera diferente al rezo, lo único que considera poder ofrecer por ella y el consejo de que Albine misma rece también.

Alas, por su parte, en *LR* nos describe nada menos que la "misa del gallo" en la catedral de Vetusta. Esta ceremonia es objeto de atención y estudio tanto por los diferentes editores de la novela, Baquero Goyanes, Sobejano, Oleza, como por los críticos y especialistas de la cuestión religiosa en la obra de Alas a los que ya hemos hecho referencia. Y es que en esta ceremonia es donde queda más patente lo que venimos diciendo sobre el uso de la religión como pretexto para el trato social. La noche de Navidad es obvio que hay personas verdaderamente piadosas en el templo, como la misma Regenta, que se identifica con la Virgen de la Silla, cuyo parecido es, nos informa Clarín, asombroso, pero, a diferencia de la madre de Dios, Ana Ozores no tiene ese hijo que hubiera evitado las ansias e inquietudes de Ana. Sin embargo, la mayor parte de los participantes en el oficio lo hacen como continuación de todo el ritual social de las fiestas de las Pascuas; quizá el caso más llamativo sea el del grupo de Mesía y sus amigos que, tras cenar y beber hasta emborracharse, han conseguido meter en la

iglesia hasta al ateo oficial de Vetusta, el cual, a regañadientes y reconociendo que ese no es su sitio y que allí está como un perro, no puede negarse a asistir porque su estado etílico le impide el regreso a casa en solitario. También están Visita y Obdulia Fandiño, encajonada sin poder moverse entre el cocinero de los Vegallana y el zafio político Pepe Ronzal, pero esta señora está muy satisfecha:

> [...]Para la de Fandiño, la religión era esto: apretarse, estrujarse sin distinción de clases ni sexos en las grandes solemnidades con que la Iglesia conmemora acontecimientos importantes de que ella, Obdulia, tenía muy confusa idea. (*LR*, 497).

No pueden faltar los eclesiásticos más importantes de la novela. El siempre elegantemente torcido arcediano Glocester es el encargado de leer la espístola de San Pablo, con exageradísima pronunciación. A Ripamilán, muerto de sueño, le toca leer el Evangelio según San Lucas. Y el Magistral tiene por función presidir *la ronda* que recorre solemnemente toda la catedral para evitar con su presencia vigilante aquellos comportamientos considerados conductas profanatorias, como eran los derivados de la "aglomeración inmoral de malos cristianos", palabras de don Pompeyo Guimarán, pero que son la delicia de Obdulia Fandiño pues coquetear en la iglesia tiene *cachet* "y para la viuda las cosas con *cachet* son las mejores". Además la ronda tenía que velar el comportamiento de los feligreses algo borrachos y de los señoritos que arrojaban monedas de cobre al suelo para provocar el tumulto de los niños pobres:

> [...] bandas de pilletes que ya esperaban ojo avizor la tradicional profanación, corrían tras las monedas, y al caer tantos sobre una sola en racimo de carne y andrajos, excitaban la risa de los fieles, mientras ellos se empujaban, pisaban y mordían disputándose el ochavo miserable. (*LR*, 496).

Un público verdaderamente multitudinario se congrega en esa ocasión en la catedral, la misa que se celebra contrasta con la que inicia este apartado en la parroquia de les Artsud donde no había más fieles que los pájaros. Pero lo mismo que el capítulo II de *La faute* acaba con el final de la misa y la alegría de la mañana invadiéndolo todo, el organista de la catedral de Vetusta se arranca con unas notas que más recordaban canciones populares que música sacra, y así la interpretan todos los fieles, de manera que por medio de la música hay una especie de unión entre los asistentes que hace sonreír a Ripamilán y meditar a Ana Ozores:

> Los carlistas y liberales que llenaban el crucero celebraron la gracia, hubo

> cuchicheos, risas comprimidas, y en esto vio la Regenta un signo de paz universal. En aquel momento, pensaba ella, unidos todos ante el Dios de todos, que nacía, las diferencias políticas eran nimiedades que se olvidaban. (*LR*, 495).

Hay que hacer notar que, como piensa Ana, la paz universal se consigue por la unión de todos en la fe en un mismo Dios. En *La faute*, la alegría que se adueña de las cuatro personas asistentes y la bandada de pájaros viene dada básicamente por el sentimiento panteísta con que Zola ha descrito la ceremonia de la misa a través de la invasión que ha hecho el sol de todo el escenario; l'abbé Mouret, en su función de sacerdote, con la que está plenamente identificado, aunque sea para sí mismo, sacraliza todo el culto de devoción a la primavera en el sacrifico de la muerte y resurrección de Cristo.

Las procesiones.

Son otras ceremonias habituales y multitudinarias en la práctica del catolicismo que cuentan con la ventaja de ampliar el campo de acción del fenómeno religioso al sobrepasar los límites del templo.

Si en *LR* la "misa del gallo" es un momento cumbre en la exposición de la religiosidad en la sociedad vetustense, la procesión del Viernes Santo tiene mucha más trascendencia aún.

El sacrificio de Ana Ozores de participar en este cortejo fúnebre significa el sometimiento expreso y público de su voluntad a la del director espiritual, su verdadero dueño; por encima de los sentimientos de don Víctor que casi se considera deshonrado por la promesa de su mujer.La Regenta, prácticamente después de haber prometido su acto de sumisión a don Fermín ya está arrepentida y acobardada ante lo que tiene que hacer. El viernes amanece nublado, Ana desea la lluvia para que la procesión se suspenda; el Magistral, ante la contrariedad de un cielo gris no sabe lo que daría porque brillara el sol e hiciera así más patente la apoteosis de su triunfo. Pero no ocurrió ninguno de los deseos de ambos y la procesión ha de llevarse a cabo bajo el cielo plomizo. El maestro de escuela, don Belisario, fiel a su costumbre de salir en la procesión vestido de nazareno, más que dar campañía a la Regenta en el recorrido produce el efecto contrario ya que Ana parece estar aún más sola con su vergüenza en medio de un espectáculo para ella tan bochornoso:

> [...]"La habían engañado, nada le habían dicho de aquella criatura que iba a llevar al lado". ¡Oh!, si ella tuviese todavía aquel espíritu sinceramente piadoso de otro tiempo, esta nueva mortificación, este escarnio, esta saturación de ridículo le hubiera agradado, porque así el sacrificio era mayor, la fuerza de su abnegación sublime" (*LR*, 555-6).

Además, la Regenta va descalza en la procesión, la contemplación de sus propios pies sobre el pavimento es para Ana una prostitución, ha sido como desnudarse en público y por esta acción piensa que la deshonra ha entrado en su casa. Esta desnudez es la que envidia Obdulia Fandiño para la cual la exhibición pública de Ana tiene una elegancia sublime y una repercusión que ella no conseguirá nunca con ninguno de sus modelos y poses atrevidas.

A medida que camina entre los penitentes, no encuentra Ana ninguna razón para ir en el cortejo fúnebre, cuando mira a la Virgen se encuentra fría, la Virgen está allí porque va acompañando a su Hijo, pero ella, la Regenta, no tiene ningún motivo que justifique su presencia, a no ser razones pecaminosas: "me cegó la vanidad, no la piedad".

Efectivamente, el triunfo rotundo y público del Magistral es el fin de su poder real sobre el espíritu de la Regenta. Esta pérdida del poderío del contrario a cambio del propio la comprende Mesía rápidamente: Ana, después de lo que está haciendo terminará su relación sumisa con don Fermín; así lo piensa y se lo hace saber Mesía al atribulado don Víctor en el balcón mientras contemplan el desfile:

> - Calma, don Víctor, calma; esto es el principio del fin. Estoy seguro de que Ana está muerta de vergüenza a estas horas. Nos la han fanatizado, ¿qué le hemos de hacer?, pero ya abrirá los ojos; el exceso del mal traerá el remedio... Ese hombre ha querido estirar demasiado la cuerda; claro que esto es un gran triunfo para él..., pero Ana tendrá que ver al cabo que ha sido instrumento del orgullo de ese hombre. (*LR*, 556).

Orgullo tan enorme el de De Pas que le impide ver por completo que en su triunfo de un día está su fracaso definitivo. Orgullo de don Álvaro que se sabe, a partir del momento de la procesión, vencedor seguro a la larga y que, por eso, desafía desde la ventana, mientras don Víctor se esconde tras una cortina, las miradas de cualquier canónigo que desde la calle quiera retarle de alguna manera, don Fermín sobre todo. La procesión del entierro de Cristo en lugar de representar el fin de todas las ansias de grandeza humana ante el inevitable final de la muerte es una apoteosis de sentimientos de poderío y soberbia.

Todo el cortejo queda descrito como una parodia de lo sagrado. Los seminaristas participantes

> [...]Iban a enterrar a Cristo, como a cualquier cristiano, sin pensar en El; a cumplir con el oficio. (*LR*, 557).

Tal es también la actitud de las autoridades civiles y eclesiásticas presentes. Pero esta

degradación miserable de intenciones de los miembros de la procesión queda contrarrestada, según expone Clarín, por la fuerza estética y espiritual de la tradición:

> [...]El Cristo tendido en un lecho de batista sudaba gotas de barniz. Parecía haber muerto de consunción. A pesar de la miseria del arte, la estatua supina, por la grandeza del símbolo infudía respeto religioso... Representaba a través de tanto siglos un duelo sublime. (*LR*, 557).

En la descripción del paso de la Virgen que sucede al Cristo figuran otras contradicciones violentas. Los pensamientos lujuriosos de don Álvaro que saborea su futura victoria engrandecida imaginando que la Regenta hará por él mucho más aún de lo que hace por su confesor, quedan cortados bruscamente por el pavor que la contemplación de la Virgen infunde en el ánimo de Mesía.

La muchedumbre anónima que contempla el desfile sí parece englobar todo el proceso en una sentimentalidad religiosa sin fisuras:

> El populacho religioso admiraba sin peros ni distingos la humildad de aquella señora. "Aquello era imitar a Cristo de verdad. ¡Emparejarse, como un cualquiera, con el señor Vinagre el Nazareno; y recorrer descalza todo el pueblo!... ¡Bah!, ¡era una santa!" (*LR*, 560).

De esta manera el acontecimiento religioso simbolizador de la muerte de las vanidades humanas se convierte, por un lado, en la apoteosis del orgullo del Magistral, por otro, es el punto de arranque de los acontecimientos que desembocarán en el final trágico de la obra: en el entierro de Cristo nace con fuerza la posibilidad de victoria de Mesía, hay un cambio de dueño del espírtu de la señora de Quintanar.

Otra actividad similar en *LR* es la romería de San Pedro en el Vivero. La fusión de los aldeanos, los curas del distrito y los señoritos en la pequeña ermita bajo la advocación del santo, no queda apenas descrita en la novela, pero da lugar a la aventura de don Fermín y Petra en el monte, en la cabaña del leñador, cuando la música de la gaita despierta los sentimientos apasionados del alma campesina de ambos y el Magistral se resigna con cierta amargura:

> [...] "¡Ironías de la suerte! El fruto que se ofrecía, que le caía en la boca, allí..., despreciado..., y el imposible codiciado..., cuanto más imposible, más codiciado..." (*LR*, 581).

En los *Rougon-Macquart* se hace referencia a una procesión que había impresionado a Zola durante su infancia en Aix, según indica Henri Mitterand en la edición de *Le reve*. Se trata de la Fête-Dieu, equivalente a la procesión del Corpus Christi de algunas localidades españolas, un solemne desfile procesional de exaltación de la Eucaristía.

Una alusión directa a esta procesión aparece en el capítulo XIV de *La conquête*:

> A la procession générale de la Fête-Dieu, sur la place de la Sous-Préfecture, lorsque Mgr. Rousselot descendit les marches du magnifique reposoir dressé par les soins de Mme. de Condamin, contre la porte même du petit hôtel qu'elle habitait , on remarqua avec surprise dans l'assistance que le prélat tournait brusquement le dos à l'abbé Faujas. (*La conquête*, 211).

Sin embargo es en *Le rêve* donde uno de estos desfiles tiene una importancia trascendental. En realidad no se trata de la Fête-Dieu sino de otra procesión en honor de santa Agnes, la patrona de la ficticia localidad de Beaumont, en la que se situa la acción de esta novela mística; pero Zola describe el evento con las características propias de la Fête-Dieu. El capítulo VIII de *Le rêve* es la narración detallada del acontecimiento. Pero ya desde el capítulo VI se destaca la importancia de la festividad de la santa de la ciudad, porque el supuesto pintor de vidrieras, Félicien, por orden del obispo, acude a la casa del matrimonio de bordadores para encargar una mitra que debe estar terminada justo para la celebración patronal.

El principio del capítulo comienza señalando el carácter de tradición centenaria que tiene la procesión, llamada en esta obra del Miracle, en la linea de religiosidad medievalista de *Le rêve*:

> Vite, elle s'habilla pour descendre. C'était ce jour-là, le 28 juillet, que la procession du Miracle devait parcourir les rues de Beaumont. Et, chaque année, à cette date, il y avait fête chez les brodeurs: on ne touchait pas une aiguille, on passait la journée à orner le logis, d'après tout un arrangement traditionnel, que, depuis, quatre cents ans, les mères léguaient aux filles. (*Le rêve*, 140).

Toda la ciudad se vuelca en la preparación de las calles del viejo centro para la procesión y, de esta forma, todo el mundo participa en el acontecimiento como se ha venido haciendo de forma secular. En contraste, en el barrio moderno, donde empieza a haber algunas industrias, la vida sigue como cualquier día, la festividad patronal de la santa no parece afectarles, viven en otro tiempo, alejados de los lazos de la tradición:

> [...] Et le recueillement était profond, comme si toute la vieille cité devenait un prolongement de la cathédrale. Seuls, des bruits de voitures montaient de Beaumont-la-Ville, la cité nouvelle, au bord du Ligneul, oú beaucoup de fabriques ne chômaient même pas, dédaigneuses de fêter cette antique solennité religieuse. (*Le rêve*, 143).

Entre los asistentes a la procesión está la familia de tejedores, los cuales han contribuido al embellecimiento de su casa con antiquísimas colgaduras de momentos de la vida de la Virgen: la Anunciación, la Virgen en el Calvario a los pies de su Hijo y la Asunción. Claro que no es casualidad que Zola utilice estas alusiones a esos momentos de la histoira sagrada, se trata de un aviso de lo que va a venir en el plano real de la vida de la protagonista, Angélique, la hija del matrimonio Hubert. La ansiedad de la muchacha a lo largo del capítulo está más que justificada, no es sólo el nerviosismo por ver pasear por el pueblo la mitra que con tanto esfuerzo y especial cariño ha estado trabajando durante tantos días; es algo mucho más trascendental porque la intranquilidad es una corazonada de algo grande. La sorpresa ocurre al pasar el centro de la procesión, presidido por el obispo Hautecoeur bajo la ventana de los Hubert: la familia de artesanos identifica a uno de los jóvenes más distinguidos de la procesión con el obrero Félicien, con quien Angélique ha establecido una relación amorosa idílica. Poco después, en la catedral, en la misa solemne, una vecina confirma la novedad a Hubertine y su hija; además, el joven Félicien es nada menos que el hijo del noble obispo viudo Hautecoeur, que no ha dicho nada a Angélique para conseguir su amor por sí mismo, sin alardear de nombre, poder o dinero. La muchacha, con todo, no se sorprende en absoluto, convencida como está de que su sueño de un príncipe tenía que ser una realidad forzosa y su amor artesano, por la lógica de la imaginación, no es más que lo que tiene que ser. Hubertine, mucho más realista, hace memoria de la oposición familiar que hubo a su matrimonio con Hubert y piensa que su hija adoptiva va a sufrir muchísimo porque sólo vive en el plano de la irrealidad fantástica.

La procesión de santa Agnes, o del Milagro, es el momento, en que se hace realidad el sueño de Angélique. Zola ha ido preparando al lector con una serie de pistas en la descripción del acontecimiento religioso que hacen prever el desenlace.

Hemos señalado la misa y la procesión como ceremonias religiosas más representativas, pero hay otras muchas prácticas que, si bien no tienen la importancia litúrgica de aquéllas, sin embargo son descritas con frecuencia en los Rougon-Macquart y en *LR* en diferentes ocasiones y con diferentes intenciones.

El Mes de María.

Esta práctica aparece en varias novelas del ciclo zoliano y da lugar a contrastes bruscos entre la actividad religiosa en sí misma y la verdadera devoción e intenciones de los participantes en tales acontecimientos.

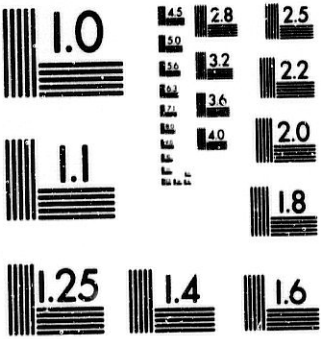
No podemos pasar por alto hacer mención, aunque sea brevemente, a la obra de Frazer (1981) según la cual podríamos englobar las ceremonias preparatorias del Mes de Mayo, o Mes de la Virgen, con los rituales paganos en honor de la fecundidad y el nacimiento del ciclo anual de los cultivos con la llegada de la primavera. Muchas de estas costumbres ancestrales tienen su continuación en la actualidad ya sea en manifestaciones folclóricas o en ritos religiosos de la tradición católica que los envuelve santificándolos con el débil disfraz de lo divino.

El capítulo I de la Tercera parte de *Une page*, tiene como marco las ceremonias preparatorias del mes de Mayo a las que asiste, aunque no es nada devota, la protagonista Hélène para acompañar a su hija enferma. De hecho, para dar trascendencia a la ceremonia el capítulo comienza con un aviso de l'abbé Jouve a su amiga Mme. Grandjean de que en adelante no podrá asistir a las cenas habituales de los martes:

> Quelques minutes plus tard, il y eut un coup de sonnette, et l'abbé Jouve parut. Il venait annoncer qu'il ne fallait pas compter sur lui, le mardi suivant. Ses soirées étaient prises par les cérémonies du mois de Marie. Le curé l'avait chargé d'orner l'église. Ce serait superbe. Toutes ces dames lui donnaient des fleurs. Il attendait deux palmiers de quatre mètres pour les poser à droite et à gauche de l'autel. (*Une page*, 185-6).

A lo largo del capítulo se narra la evolución en los sentimientos de Hélène a partir de su asistencia diaria a la iglesia llena de flores, con la música del órgano y el canto de los niños, factores todos que van a despertar una necesidad de vivir y de gozar que la joven viuda había controlado viviendo retirada con su hija desde la muerte de su marido. Toda esta sentimentalidad vital de Mme. Grandjean va preparando el camino para convertir en amor pasional la atracción que desde el primer día surgió entre Hélène y su vecino el doctor Deberle.

Cuando al finales de mes, Jeanne recaiga en su grave enfermedad, la viuda se culpabiliza de mala madre por haber experimentado unos sentimientos que, según ella, la han desviado de vivir completamente consagrada al cuidado de la niña; y, a su vez, se enfurece contra la causa de esta emotividad nueva:




MICROCOPY RESOLUTION TEST CHART
NATIONAL BUREAU OF STANDARDS
STANDARD REFERENCE MATERIAL 1010a
(ANSI and ISO TEST CHART No. 2)

El Mes de María.

Esta práctica aparece en varias novelas del ciclo zoliano y da lugar a contrastes bruscos entre la actividad religiosa en si misma y la verdadera devoción e intenciones de los participantes en tales acontecimientos.

No podemos pasar por alto hacer mención, aunque sea brevemente, a la obra de Frazer (1981) según la cual podríamos englobar las ceremonias preparatorias del Mes de Mayo, o Mes de la Virgen, con los rituales paganos en honor de la fecundidad y el nacimiento del ciclo anual de los cultivos con la llegada de la primavera. Muchas de estas costumbres ancestrales tienen su continuación en la actualidad ya sea en manifestaciones folclóricas o en ritos religiosos de la tradición católica que los envuelve santificándolos con el débil disfraz de lo divino.

El capítulo I de la Tercera parte de *Une page*, tiene como marco las ceremonias preparatorias del mes de Mayo a las que asiste, aunque no es nada devota, la protagonista Hélène para acompañar a su hija enferma. De hecho, para dar trascendencia a la ceremonia el capítulo comienza con un aviso de l'abbé Jouve a su amiga Mme. Grandjean de que en adelante no podrá asistir a las cenas habituales de los martes:

> Quelques minutes plus tard, il y eut un coup de sonnette, et l'abbé Jouve parut. Il venait annoncer qu'il ne fallait pas compter sur lui, le mardi suivant. Ses soirées étaient prises par les cérémonies du mois de Marie. Le curé l'avait chargé d'orner l'église. Ce serait superbe. Toutes ces dames lui donnaient des fleurs. Il attendait deux palmiers de quatre mètres pour les poser à droite et à gauche de l'autel. (*Une page*, 185-6).

A lo largo del capítulo se narra la evolución en los sentimientos de Hélène a partir de su asistencia diaria a la iglesia llena de flores, con la música del órgano y el canto de los niños, factores todos que van a despertar una necesidad de vivir y de gozar que la joven viuda había controlado viviendo retirada con su hija desde la muerte de su marido. Toda esta sentimentalidad vital de Mme. Grandjean va preparando el camino para convertir en amor pasional la atracción que desde el primer día surgió entre Hélène y su vecino el doctor Deberle.

Cuando al finales de mes, Jeanne recaiga en su grave enfermedad, la viuda se culpabiliza de mala madre por haber experimentado unos sentimientos que, según ella, la han desviado de vivir completamente consagrada al cuidado de la niña; y, a su vez, se enfurece contra la causa de esta emotividad nueva:

"C'ést cette église! c'ést cette église!" répétait-elle avec une violence où il y avait le regret et le reproche du mois de tendresse dévote qu'elle avait goûté là. (*Une page*, 206).

Al refinamiento sentimental de *Une page* se opone brutalmente la descripción de un Mes de María en la parroquia de l'abbé Mouret, la aldea de Artaud. La misma decoración de la pobre iglesia es muy diferente del lujo delicado descrito en la anterior iglesia de París:

Dans l'église, l'abbé Mouret trouva une dizaine de grandes filles, tenant des branches d'olivier, de laurier, de romarin. Les fleurs de jardin ne poussant guère sur les roches des Artaud, l'usage était de parer l'autel de la Vierge d'une verdure résistante qui durait tout le mois de mai. La Teuse ajoutait des giroflées de muraille, dont les queues trempaient dans de vieilles carafes. (*La faute*, 112).

El contraste es más violento después de conocer el misticismo extremo del cura protagonista y su culto por la Virgen, en la faceta de madre y virgen simultáneamente, y la especial consagración que de la propia virginidad ha hecho l'abbé Mouret; si a todos estos factores oponemos el comportamiento de las muchachas participantes en las ceremonias el resultado acentúa conductas opuestas, pues las muchachas no paran de reír y provocar al inocente sacerdote y de desesperar a la experimentada ama, la Teuse; además una de las jóvenes es una soltera embarazada y hace gala de su estado, demasiado notorio, sin ningún tipo de respeto, según la Teuse. Las muchachas aprovechan el pretexto del Mes de Mayo para poder citarse con sus pretendientes a la salida y esto resulta intolerable a la criada del cura:

- Et ça se présente à l'autel de la Vierge! bégaya-t-elle, en poussant les verrous. Les autres ne valent pas mieux, je le sais bien. Toutes des gourgandines qui sont venues ce soir, avec leur fagots, histoire de rire et de se faire embrasser par les garçons, à la sortie! Demain, pas une ne se dérangera, monsieur le curé pourra bien dire ses Ave tout seul... On n'apercevra plus que les gueuses qui auront des rendez-vous. (*La faute*, 116).

Idéntica situación se presenta en *La terre*. El cura, l'abbé Godard, ante el estado de Lise embarazada se ve obligado a tomar cartas en el asunto y considera que es necesario el matrimonio, una hija de la Virgen no puede dar un espectáculo semejante:

"Ah! c'est vous, père Fouan... Je suis pressé, je désirais aller vous voir... Que faisons-nous, dites? Il n'est pas possible que votre fils Buteau laisse Lise dans sa position, avec ce ventre qui grossit et qui crève les yeux... Elle est fille de la Vierge, c'est une honte, une honte!". ( *La Terre*, 74-5).

En *LR* no hay ninguna narración en la que expresamente se cite esta ceremonia del Mes de Mayo, pero aparece una referencia bastante clara a la relación de la llegada de la primavera con las niñas y las muchachas que participan en la Santa Obra del Catecismo. En el capítulo XXI, muy de mañana, don Fermín, después de haber leído una carta de Ana, pasea lleno de felicidad por el campo, inconscientemente corta una rosa y continúa su camino jugueteando con la flor:

> [...]El Magistral, perdiéndose por senderos cubiertos por los árboles, bajaba hacia Vetusta cantando entre dientes, y tiraba al alto el capullo, que volvía a caer en su mano, dejando en cada salto una hoja por el aire; cuando el botón ya no tuvo más que las arrugadas e informes de dentro, don Fermín se lo metió en la boca y mordió con apetito extraño, con una voluptuosidad refinada de que él no se daba cuenta. (*LR*, 445).

Hacia las once don Fermín va a la Iglesia de Santa María la Blanca para dirigir una sesión de la Santa Obra del Catecismo de las niñas. El ambiente descrito durante esta actividad es muy parecido al de un Mes de la Virgen, y si tenemos en cuenta que la acción se situa en el mes de mayo el paralelismo es claro.

<u>Las bendiciones</u>

Hemos visto cómo el obispo Rousselot, al término de la solemne procesión de la Fête-Dieu inaugura el reclinatorio de Mme. de Condamin en *La conquête* (pág. 211).

Rosalie, después de la ceremonia de su matrimonio con Fortuné, pide a su marido que le solicite al cura Mouret que vaya a la casa a bendecir el dormitorio según la tradición:

> Cependant, Rosalie s'était calmée. Avant de s'en aller, elle demanda à Fortuné s'il avait prié monsieur le curé de venir le soir bénir leur chambre, selon l'usage du pays. Alors, Fortuné courut à la sacristie, traversant la nef à gros coups de talon, comme il aurait traversé un champ. Et il reparut, en criant que le curé viendrait. (*La faute*, 268).

La ironía radica en que la pareja anterior acaba de ser reconocida por la Iglesia como un matrimonio, pero hace bastante tiempo que Rosalie y Fortuné viven como marido y mujer y, además, ya tienen un niño de varios meses. La petición de la recién casada resulta tan provocativa como la exhibición de su embarazo cuando participaba en las actividades del mes de la Virgen.

En *Au bonheur* asistimos a una curiosa ceremonia de bendición utilizada como

estrategia publicitaria de primer orden:

> [...] Puis, il était surtout exaspéré de n'avoir pas eu une idée géniale de Bouthemont: ce bon vivant ne venait-il pas de faire bénir ses magasins par le curé de la Madeleine, suivi de tout son clergé! une cérémonie étonnante, une pompe religieuse promenée de la soierie à la ganterie, Dieu tombé dans les pantalons de femme et dans les corsets; ce qui n'avait pas empêché le tout de brûler, mais ce qui valait un million d'annonces, tellement le coup était porté sur la clientèle mondaine. Mouret, depuis ce temps, rêvait d'avoir l'archevêque. (*Au bonheur*, 482).

En *LR* no hemos encontrado ninguna ceremonia de bendición pero sí algo parecido cuando Visita la del banco y Olvido Páez, en representación de las damas *protectrices* de la Libre Hermandad, acuden al Obispado a solicitar que Camoirán presida el reparto de premios de su asociación humanitaria; con la presencia del prelado se pretende la legitimación de esta sociedad no controlada por ningún sector de la diócesis, pero que tendría en el obispo la representación de lo divino y la aceptación tan deseada. Los ejemplos de bendiciones que hemos citado de los *Rougon-Macquart* significan la necesidad de pedir la ayuda divina en el inicio de una actividad para garantizar su funcionamiento y éxito.

Hay también otra serie de prácticas no vinculadas directamente con ceremonias litúrgicas pero que imprimen el sello de la religión o intensifican la devoción en mayor o menor medida. Tal es el caso de las charlas y sermones. En *Le docteur*, Zola habla de la influencia de las charlas de un capuchino que llega a Plassans, sobre todo entre el público femenino, incluida la muy bien educada sobrina el médico:

> Puis, brusquement, tout s'aggrava encore. Un capucin de grande sainteté, comme il en passe souvent dans les villes du Midi, était venu à Plassans faire une retraite. La chaire de Saint-Saturnin retentissait des éclats de sa voix. C'était une sorte d'apôtre, une éloquence populaire et enflammée, un parole fleurie, abondante en images. Et il prêchait sur le néant de la science moderne, dans une envolée mystique extraordinaire, niant la réalité de ce monde, ouvrant l'inconnu, le mystère de l'au-delà. Toutes les dévotes de la ville en étaient bouleversées. (*Le docteur*, 125).

En *LR* es de todos conocida la elocuencia del Magistral. Don Fermín recomienda a Ana que vaya a la Iglesia para escuchar charlas edificantes, dichas por él mismo:

> [...] Además, sin que él quisiera pensar en ello, le halagaba la esperanza de encontrar a menudo en la catedral, en las Conferencias de San Vicente, en el Catecismo, a su amiga, que allí le vería triunfante luciendo su talento, su ciencia y su elegancia natural y sencilla. (*LR*, 378).

También sabemos que está muy orgulloso de la personal oratoria el arcediano Mouruelo y que desprecia la del Obispo Camoirán por parecerle demasiado llana y familiar, sin los adornos retóricos que los temas expuestos merecen. Pero en otras ocasiones, se contratan a otros sacerdotes de fuera de la diócesis, sobre todo jesuitas, como los padres Goberna y Maroto, o el padre Martínez, se cotizaba muy caros sus sermones en las novenas.

En su edición de *LR*, Oleza recuerda la importancia que Clarín da a las novenas en su novela:

> El "fervor religioso" de los vetustenses, siguiendo el calendario de las Novenas, comenzará el día de Todos los Santos, con la Novena de las Ánimas, y concluirá en junio con la del Corazón de Jesús. (Oleza, *LR*,155).

Por nuestra parte, hacemos hincapié en la importancia que da Clarín al adorno de las iglesias para tales ocasiones y, si bien es verdad que no trató Alás por extenso el tema del Mes de Mayo y la solemnidad ornamental que lo caracteriza, lo va a hacer ahora:

> [...] No se podía, como en la novena de la Concepción, colgar el templo de azul y plata, ni colocar un templete de cartón delante del retablo del altar mayor imitando capilla gótica de marquetería; pero todo lo que fue compatible con los siete Dolores de la Virgen se hizo: el lujo fue majestuoso, triste, fúnebre. Todo era negro y oro. La capilla de la catedral se trasladó en masa al coro de San Isidro reforzada por algunas partes rezagadas de la última compañía de zarzuela, que había tronado en Vetusta. (*LR*, 535).

Aparte de las anteriores prácticas, las damas de la buena sociedad de Vetusta, como es el caso de las tías de Ana Ozores, tienen otras obligaciones: formar parte del grupo dedicado a la Visita al Santísimo y la Vela.

Todas las actividades citadas son ceremonias públicas pero hay una práctica religiosa, privada muy extendida en España, como es el rezo del rosario, entre otras oraciones del culto casero, tal y como lo critica el doctor Somoza en la visita que hace a sus primos los Carraspique, porque el tipo de vida que lleva esta noble familia hace que las hijas terminen prefiriendo el convento a la vida mundana que allí se les ofrece:

> [...] En casa se rezan todas las horas canónicas, maitines, vísperas..., después el rosario con su coronilla, un padrenuestro a cada santo de la Corte Celestial; ayunos, vigilias; y nada de balcón, ni de tertulia, ni de amigas, que son peligrosas... (*LR*, 226).

Celebración casera son las onomásticas. En el capítulo XII de *LR*, encontramos al Magistral de visita para felicitar el santo a varios Pacos en el día de San Francisco de Asís, pretexto utilizado por Alas para presentarnos de la mano de don Fermín a miembros de las más ilustres familias de la ciudad como la de don Francisco de Asís Carraspique, el carlista de Vetusta; don Francisco Paéz, el indiano, el más sólido capital de la nueva ciudad, y el Marqués de Vegallana y su hijo Paco. Precisamente don Fermín dejará en último lugar la visita al palacio de los marqueses porque intuye que allí estará la Regenta y desearía ser invitado al almuerzo con los íntimos de la casa, como de hecho ocurre.

Digno de mención, como parte de la liturgia que son, es el caso de la música y las canciones sacras y profanas en *LR*. Mientras en la Misa del Gallo hemos visto cómo el organista la emprende con aires que recuerdan melodías populares; en la casa del Magistral, la doncella Teresina mientras realiza labores domésticas entona de una manera peculiar estrofas del culto, el único tipo de canto permitido por doña Paula, como corresponde a la vivienda de un sacerdote, pero que afectan especialmente a don Fermín:

> Cuando oía, desde su despacho, muy temprano, el "Santo Dios, Santo Fuerte", que cantaba, como si fueran malagueñas, Teresina, que hacía la limpieza allá fuera, tentaciones sentía de cantar él también. No cantaba, pero se levantaba, salía al pasillo. (*LR*, 466).

Como se deduce de lo expuesto a lo largo de este trabajo, la temática del cura y la religiosidad desempeña un papel de bastante importancia en la exposición que Zola y Alas hacen de la sociedad en sus obras. Ambos autores, cada uno desde su particular punto de vista, denuncian y critican precisamente este asunto según la concepción que esa misma sociedad descrita en sus obras tiene del tema. A este respecto, muy recientemente García Posada escribe:

> [...]El discurso literario posee sus propias leyes pero se hace dentro de la historia. *La Regenta* será para siempre un monumento contra la represión de los sentidos, contra los males que acarrea un orden social y políticamente injusto. (García Posada, 1996).

Con los *Rougon-Macquart* ocurre lo mismo, añadimos nosotros, y hacer un estudio de uno de esos factores causantes de un sistema social injusto tal y como lo consideran Zola y Alas nos ha llevado a realizar esta tesis.

## CONCLUSIONES

El estudio que hemos realizado de los *Rougon-Macquart* y de *La Regenta* con la aplicación de los principios metodológicos descritos en la introducción nos ha permitido llegar a una serie de conclusiones sobre la manera en que el tema del cura y el fenómeno religioso en general es tratado en ambas obras.

En primer lugar, los sacerdotes quedan descritos en las obras de Zola y Alas como representantes máximos de la moral de la clase burguesa dominante durante el periodo del Imperio de Napoleón III y de la Restauración borbónica, merced a la identificación realizada entre el dogma de la religión cristiana y los valores morales sustentadores del nuevo régimen instalado en el poder.

Los clérigos son agentes eficaces que sirven de mediadores entre los diferentes subgrupos de las clases sociales dominantes, facilitanto las alianzas entre los mismos, uniones que, a la postre, repercuten en el propio interés de la Iglesia que, si bien va quedando desposeída de los bienes tenidos antes de la Revolución, ahora continúa influyendo en el gobierno de manera indirecta y, sobre todo, como armonizadora de facciones diferentes en el nuevo orden de cosas entre los sectores derrotados del Antigo Régimen y los actuales triunfadores, cuya identidad de objetivos en la base es la misma, y hacia este fin unitario se dirigen los esfuerzos de los eclesiásticos.

Como ejemplo clarísimo de lo que venimos diciendo tenemos los curas de *La conquête*, l'abbé Fenil, defensor de la iglesia galicana apoyada por los orleanistas, y l'abbé Faujas, representante del sector bonapartista, que sabe que sólo con la unión de su grupo y los legitimistas se podrá vencer al partido republicano, enemigo común, tanto de las clase conservadoras como de la institución eclesiástica.

Igual papel desempeñan los curas de *LR*, en especial don Fermín, don Custodio, Glocester y Ripamilán, excepto que estos curas clarinianos alternan tanto con los sectores absolutistas del Carlismo, como la familia Carraspique y doña Petronila Rianzares, como con la nueva nobleza liberal, localizada en Vetusta en torno al círculo de los Vegallana. Evidentemente la radicalización en el caso español es más fuerte entre los dos sectores de la clase dominante, y no se puede olvidar que esta división dio lugar a cuatro guerras civiles durante el XIX.

Con todo, tanto en *La conquête* como en *LR* los curas desempeñan idéntica función como se puede deducir de lo expuesto en el capítulo II del presente trabajo.

Es interesante que los dos prelados con un papel de cierto protagonismo de la obra de

Alas y Zola aparecen alejados del ejercicio de la autoridad que se les ha conferido como cabezas de sus diócesis. Efectivamente, Mgr. Rousselot, el obispo de *La conquête*, vive recluido en la torre de marfil de su biblioteca dedicado al estudio de los autores clásicos, en una posición situada por encima del bien y del mal, que nada tiene que ver con la realidad, una vez que ha delegado su poder en los dos grandes rivales, abbé Fenil y abbé Faujas, que en en su lucha por el dominio son el único problema, incluso tortura, a la tranquilidad del prelado a quien le gustaría poder vivir fuera del mundo.

Camoirán, el obispo de *LR*, de la misma manera que su homólogo zoliano, ha dejado toda la autoridad conferida por su jerarquía en don Fermín, el cual acumula en su persona nada menos que tres cargos: Magistral, Provisor y Vicario General de la diócesis de Vetusta, es decir, su poder es absoluto en las cuestiones directamente relacionadas con el gobierno del obispado, cuyo titular prefiere dedicarse al "culto de la Virgen, los pobres y el confesonario".

De lo que acabamos de exponer se deduce que los ejemplos principales de la jerarquía eclesiástica en Zola y en Alas no cumplen con sus responsabilidades sino que las abandonan por otras actividades, como la intelectual en el caso de Mgr. Rousselot, o la caridad y la comprensión de Camoirán. Por tanto estos personajes resultan ineficaces para el esquema expuesto por Zola y Clarín de Iglesia dominadora y cómplice del poder, pero, sin embargo, ambos prelados responden a la especial concepción del fenómeno religioso tal y como lo entienden nuestros autores, como detalladamente exponemos en el capítulo III.

Para Clarín, persona de profunda espiritualidad que separa siempre entre religión y clericalismo, la religión es básicamente amor, y esto es lo que representa su obispo, aunque en el mundo vetustense Camoirán para unos, los desheredados, sea un santo, mientros que para otros, los ambiciosos miembros del cabildo, sea un inútil.

Para Zola no se puede confundir espiritualidad y religión, sobre todo cuando a esta última se la identifica exclusivamente con la religión católica. Para Zola la religión es sobre todo fe, pero la fe puesta en la ciencia y en el seguimiento de las leyes de la Naturaleza. El Zola de las primeras novelas de los *Rougon-Macquart* puede respetar el catolicismo en cuanto a creencia privada, "la alegría de la fe", pero rechaza cualquier interferencia en el espacio público; por tanto su prelado también es ineficaz como el de Vetusta y no actúa como agente eclesiástico para intervenir en el poder sino cuando no le queda ninguna otra salida.

De esta manera, para Alas la religión es amor (el ejemplo es la religión que quiere Ana, no la del Magistral) y esto se explica, literariamente hablando, a partir del especial naturalismo de este autor en el que se mezclan el realismo estético hegeliano, el rigorismo ético krausista y el misticismo heredado de Renan.

Zola, máximo exponente de la escuela naturalista, basa su sistema en el determinismo, el positivismo y tiende hacia el socialismo colectivo de Fourier, pero esto último sobre todo en las producciones finales de la saga y en las obras posteriores. La religión tal y como la entiende Alas no es posible para Zola; para el autor de Médan, esta religión en realidad se convierte en un obstáculo al verdadero amor, teoría que defenderá hasta las últimas consecuencias en las *Tres ciudades* y en *Los cuatro Evangelios*, obras posteriores a la que hemos estudiado en este trabajo.

Los casos de los dos obispos a quienes hemos hecho referencia son excepciones dentro del vasto número de personajes eclesiásticos citados tanto en *LR* como en los *Rougon-Macquart*. Es cierto que hay algunos sacerdotes que no cumplen rígidamente con la misión del agente eclesiástico como soldado de Cristo o como garante de un sistema de moralidad, pero son los menos, y solamente supeditan su función primaria, de manera esporádica y en un breve tiempo, a lo que podríamos llamar una actividad humanitaria. Hay que tener siempre muy presente la existencia de una gran contradicción entre lo que Zola y Alas consideran que es la religiosidad y lo que oficialmente es, sobre todo, la identificación con una religión católica próxima a los aspectos materiales y muy alejada de lo que es la espiritualidad verdadera para los dos autores en cuestión.

Excepciones y contradicciones a un lado, hemos encontrado un esquema característico del cura que se repite en las diferentes novelas de los *Rougon-Macquart* y entre los eclesiásticos de *LR*. Este estereotipo del cura viene caracterizado por una serie de funciones:

1. El sanador, o el médico: El cura es el médico del alma y aparece asociado con frecuencia a un doctor. El médico del alma tiene tanta importancia como el médico del cuerpo, de ahí que aparezcan en diversas obras de la saga como pareja inseparable; en *LR* ocurre otro tanto, e incluso se establecen diferencias entre los doctores de la vieja escuela y los seguidores de las nuevas concepciones científicas del XIX, las cuales tienen su correlación con las nuevas maneras de encarar algunos sacerdotes su oficio frente a una sociedad sometida a grandes crisis ideológicas. L'abbé Mauduit, de *Pot-Bouille*, y De Pas cumplen esta función.
2. El sabio: Por su formación superior y especial en medio de una sociedad con un alto índice de analfabetismo el sacerdote aparece a gran altura por encima de la media de su feligresía, aunque entre los mismos sacerdotes, como es obvio, existan distinciones de nivel intelectual. Mgr. Rousselot, de *La conquête*, y el Magistral, son ejemplos de esta función.
3. El consejero: Directa consecuencia de la función anterior. Las personas con un nivel inferior de preparación no dudan en consultar con el cura asuntos que no son estrictamente

religiosos, como por ejemplo de índole económica, de interpretación de documentos o leyes, a lo que el cura se presta solícita y servicialmente sin otro pago que la información recibida, cuestión que a la persona demandante de ayuda no preocupa en demasía dada la discreción supuesta al sacerdote (l'abbé Roustan, de *Le Ventre*; l'abbé Jouve de *Une page*). Pero los consejos principales son aquellos relacionados con la moralidad, por ejemplo, a l'abbé Mauduit (*Pot-Bouille*) le preocupa la relación de una pareja que convive sin estar casada y aconseja repetidas veces el matrimonio por cuestiones del decoro debido al barrio; de la misma manera, el Magistral, apelando al decoro, asesora a Ana sobre cómo ha de ser el vestido que la Regenta lleve al baile del Casino, que detrás haya un asunto de celos es otra cuestión. Don Fermín también, hipócritamente, se vale de su función de consejero para ir a persuadir a don Víctor de que no se tome la justicia por su mano una vez descubierto el adulterio de Ana.

4. El consolador: Ante la aflicción por una circunstancia extrema, como la muerte, es cuando el cura en medio de la impotencia ejercita esta función (l'abbé Roustan de *La joie*). El Magistral no cumple este cometido al rechazar a Ana cuando acude al confesionario al final de la novela; esta función de la consolación es cumplida en LR por el amigo Tomás Crespo, un sacerdote del culto a la Naturaleza.

5. El buen amigo: Una amistad aparentemente desinteresada pero tras de la cual está la necesidad de control o dominio (l'abbé Faujas, en *La conquête*, don Fermín De Pas); una excepción es l'abbé Jouve de *Une page*, cuya relación con Hélène es la de amigo verdadero, pero este es un caso de cura atípico que actúa por humanitarismo cristiano.

Como se ve, en las novelas de la saga zoliana podríamos decir que hay una especialización de funciones y el cura en cuestión tiene importancia dentro de la obra justamente por el ejercicio de un determinado papel. En *LR*, por el contrario hay una concentración de funciones en la persona de don Fermín, pero aquí lo importante es el estudio individual de este personaje y la función que ejercita varía según las circunstancias, es decir, está supeditada a la descripción de la personalidad del cura. En la novela de Clarín importan los aspectos psicológicos, es una novela de sujetos; en Zola, lo que se destaca es el grupo y la religión como espiritualidad individual en el conjunto no tiene cabida, lo que importa es la repercusión social del fenómeno, nefasta para este autor.

Por la misma razón, la consideración de la riqueza o la pobreza del cura encierra tras de sí las dos imágenes de la Iglesia anterior y posterior al proceso revolucionario, continuada en sus dos versiones durante el Segundo Imperio y la Restauración. La Iglesia, como colectivo está descrita siempre como rica, y así la consideran el resto de los personajes de todas las

obras. La elección de pobreza se presenta como una decisión voluntaria de algunos miembros de esta institución; de igual modo otros se dedican a actividades económicas enriquecedoras, preocupados sólo por realizarlas en el anonimato y que no levanten, de salir a la luz, demasiado alboroto entre los seglares.

La sotana se convierte en el principal símbolo externo de representación de lo clerical, uniformando, por tanto igualando, a sus miembros, pero confiriendo la individualidad del cuidado que cada uno tiene de su aspecto. El traje talar se convierte también en el distintivo de los curas como grupo aislado dentro de la sociedad que, si tiene relación con algún otro colectivo, es asociado inmediantamente por el tipo de vestimenta con las mujeres. La sotana es el símbolo de la androginia del cura, o de su castración, así lo entienden muchos personajes en las obras estudiadas, ya sean seglares, como Mesía o François Mouret, o sacerdotes, como ocurre en los casos concretos de don Fermín y de l'abbé Mouret, aunque la sotana tiene valores diferentes y lo que para De Pas es atadura, humillación y reconocimiento público de una pérdida de la virilidad nunca aceptada íntimamente, para Mouret es la armadura protectora de una castidad deseada por encima de todo, ofreciendo si hubiera sido necesario la castración voluntaria.

El hermananmiento con el colectivo femenino no se produce sólo por el aspecto exterior de las vestiduras de faldas. En Zola sobre todo, pero también en Alas hay una igualación en el comportamiento de curas y mujeres para conseguir sus objetivos: la utilización de métodos indirectos pero con una constancia inquebrantable. De todas maneras, ya sea por el aspecto como por las características de actuación, la cercanía entre los dos colectivos es evidente en todo momento, hasta el punto de que, lo mismo que hemos atribuido a los sacerdotes una serie de funciones, la mujer en su relación con los curas desempeña papeles especiales y diferenciados, ya sea en una relación individual directa entre el cura y la mujer, ya sea en cuanto al comportamiento típico de todo un colectivo con los eclesiásticos.

La función primera en la relación entre la mujer y el cura es la de madre. Fundamental ya que de manera más o menos directa la madre interviene en la opción del hijo por el sacerdocio. En las dos novelas de cura que hay en los *Rougon-Macquart*, *La conquête* y *La faute*, y en *LR*, la madre aparece inseparable del hijo cura pero la relación establecida es muy diferente en cada uno de los tres casos:

1. Madre acaparadora. La madre es la responsable de la elección sacerdotal del hijo, a ésta se ha llegado con objeto de que el hijo pudiera alcanzar una mejora en su posición social, que, a la larga, repercute también en ella. Esta mujer ha hecho grandes sacrificios hasta lograr

situar a su hijo, pero una vez conseguida la ascensión de clase, el amor al hijo se funde con la propia ambición personal, que no coincide en ocasiones con la del hijo cura, pero a éste no le queda otro remedio que aceptar las condiciones maternas porque, además del lógico amor filial, se siente totalmente en deuda con la progenitora por lo que no le es posible ningún tipo de rebelión. Tal es el caso de la relación entre De Pas y Paula Raíces.

2. Madre amantísima. Al igual que la anterior es un tipo de mujer que sacrifica toda su vida al interés del hijo, pero lo sitúa por encima del suyo propio; aunque no alcance a comprender las verdaderas motivaciones por las que el hijo sacerdote actúa, basta con seguir el más mínimo deseo que aquél exprese, y, si es posible, adivinarlo antes de que sea formulado. Este tipo de madre ha sometido su interés al del hijo, y esto es muy importante porque se rompe el paralelismo que se ha establecido entre *La conquête* y *LR* entre los curas y sus madres cuando lo único que tienen en común es el origen social muy humilde y la capacidad de sacrificio; Mme. Faujas vive supeditada a l'abbé Faujas, De Pas, por contra está atado a Doña Paula.

3. Madre indiferente. Un caso muy especial porque más que como madre la mujer aparece como compañera del sentimiento místico del hijo por una similitud temperamental; se trata de una identificación de intereses, pero bastante poco productiva a niveles que no sean los estrictamente espirituales de un mundo común ideal. Es el caso de Marthe Mouret y su hijo, el futuro abbé Mouret.

La segunda función de la mujer en relación directa con el cura es la mujer como enamorada o como objeto de amor:

1 Objeto utilizado. El amor místico de la mujer puede desembocar en amor platónico por el cura que le ha abierto el camino a la vida del espíritu y acabar en una pasión desenfrenada por el cura, el cual, se sirve de esta conocida supeditación de su feligresa para utilizarla en beneficio propio o de su causa; es la relación establecida entre Marthe y l'abbé Faujas en *La conquête*.

2. Objeto amado. En este caso se invierten los términos y es el cura quien ama y la mujer quien lo rechaza, a pesar de haber buscado también ella una relación con el sacerdote pero no precisamente un amor; tal es el caso de Ana Ozores y Fermín De Pas.

3. Objeto inmolado. El amor, aunque correspondido, es imposible por la condición de cura del protagonista, y como el celibato es una regla fundamental, el protagonista, sabe que al decidirse por el estado sacerdotal tiene que renunciar a su amor; los sentimientos de la mujer importan bien poco y se la sacrifica.

En ninguno de los casos citados se logra un amor satisfactorio, pero no hay otra alternativa posible para Alas; Zola, por lo menos en los *Rougon-Macquart*, aunque está en completo desacuerdo con el celibato, no plantea el rechazo total que después hará de esta cuestión en *Les Trois Villes*.

Hay dos colectivos femeninos que aparecen directamente relacionados con los sacerdotes y supeditados a ellos:

1. Las beatas, servidoras espirituales de los curas, aparecen descritas, tanto en la obra francesa como en la española, como grandes hipócritas y como personas insatisfechas con su propia vida; sometidas por completo a la voluntad del cura, parecen disfrutar cuando contemplan el sufrimiento ajeno, que consuelan en teoría.
2. Las criadas, también sometidas a los curas a los que consideran como grandes señores. Tienen un estado privilegiado pues al no tener esposa el sacerdote, ellas son las verdaderas amas de casa y con bastante facilidad, quedan descritas en algunos casos como dominadoras de sus patronos eclesiásticos.

Otro colectivo femenino, el de las monjas, es descrito de manera muy negativa tanto por Zola como por Clarín, la explicación está en que los conventos y colegios de monjas parecen simbolizar para estos autores la pésima educación femenina.

En toda la obra zoliana es frecuente encontrarse con casos de misoginia en especial en los curas, que continúan con la fábula medieval de la mujer como corruptora del hombre por tentarlo a pecar. En *LR* es interesante resaltar que el caso más claro de misoginia es el del propio donjuán de Vetusta, Álvaro Mesía, lo que no es de extrañar conocidas las ideas de moralidad de Alas, que resalta así más la hipocresía del personaje.

La crisis en la espiritualidad es una consecuencia de la crisis en la educación. Zola y Clarín condenan el proceso educativo en general y denuncian la necesidad de una reforma global, aunque desde perspectivas diferentes. Para Zola la educación ha de basarse ante todo en la verdad científica a partir del positivismo, cualquier tipo de secreto o misterio es oscurantismo corruptor. El rechazo de Alas en *LR*, que es la obra que aquí nos ocupa, surge de las teorías regeneracionistas de la Institución Libre de Enseñanza; la evolución clariniana hacia posturas espiritualistas se produce en la decada posterior a LR, lo mismo que ocurre con Zola hacia posiciones radicales contra cualquier tipo de religiosidad no demostrable. Por esta razón el ataque educativo en las obras que estudiamos es en gran medida paralelo en ambos autores, sobre todo cuando se trata de la educación femenina, rechazada de plano por Zola y

Alas por formar en la desigualdad y en la ignorancia, planteamiento que puede parecer moderno pero que tiene su punto de partida en la consideración burguesa del ser humano como portador de derechos igualitarios.

Cuando se trata en particular de la formación sacerdotal, Clarín lo que cuestiona es que no se tenga en cuenta vocación del seminarista que, si no es verdadera, produce la crisis en el individuo, el cual se ve obligado a sobrevivir de la apariencia, abundando con esta actitud en un sistema social basado en la hipocresía (De Pas). Para Zola la formación clerical es totalmente negativa, educa al sujeto en la ignorancia incluso de sí mismo presentando como salida la sublimación y el misticismo en extremo y el resultado es un individuo inmaduro (abbé Mouret); o, un individuo totalmente falso que ha entrado en el juego de la conquista del poder a través de la apariencia de la religiosidad (abbé Faujas).

Hipocresía social e ignorancia educacional llevan a los temperamentos sensibles al misticismo, la histeria y la locura, por no poder resolver una problemática de insatisfacción afectiva y sexual. Este es el caso de las protagonistas femeninas de *La conquête* y *LR*, tanto Marthe Mouret como Ana Ozores buscan en la religión, tal y como se la presentan los sacerdotes Faujas y De Pas respectivamente, una solución a sus problemas psíquicos, el resultado es la muerte de la primera casi enloquecida y la depresión traumática de la segunda. Hay que destacar el caso de una mujer que se salva de esta grave situación, se trata de la joven viuda Hélène, la protagonista de *Une page*, a quien precisamente un cura, l'abbé Jouve, le señala la raíz de su ansiedad y su solución con un nuevo matrimonio pues el refugio en el misticismo es un recurso falso.

Con respecto a los curas la problemática en este sentido es similar: el misticismo primero y el ascetismo para expiar la culpabilidad después, es la salida del protagonista de *La faute*. L'abbé Faujas sublima con la ambición de poder y se fortalece con su misoginia; ésta última es también el motor del patológico hermano Archangias. Resuelven sus problemas mentales quienes solucionan su sexualidad, aunque, al hacerlo, entran en una práctica inmoral dadas las exigencias de su estado, es lo que le sucede al abbé Caffin, que es sancionado al ser descubierto su crimen. Esta es también la solución del Magistral, el cual es el único que verdaderamente funciona como hombre sano, aunque le es necesario escindir su amor y cubrir sus necesidades espirituales con Ana y las carnales con Teresina; don Fermín resuelve sus problemas como hombre pero no es un buen sacerdote, pero esto último no le importa, lo es por obligación. Los obispos Rousselot y Camoirán y otros curas como Ripamilán o Bourrette, son ancianos y no sabemos cómo resolvieron sus crisis de juventud, aunque deducimos que lo hicieron mediante la subiimación mística o intelectual; el obispo Hautecoeur, también

envejecido, estuvo casado en su juventud y madurez, habla de los problemas para acallar el deseo que sólo logra por medio de la disciplina y la penitencia.

Todos los personajes afectados por una problemática religiosa y afectiva luchan arduamente para conseguir una vida de piedad en la que esperan lograr si no la satisfacción al menos el consuelo o el equilibrio; a este tipo de vida ideal se llega por tres medios o caminos muy en relación con la ascesis recomendada por la Iglesia:

1. La lectura. Es ésta una cuestión muy interesante. Para Clarín es casi el principal medio de perfección, lo que no es de extrañar ya que en Alas predomina el intelectual con preocupaciones espirituales y filosóficas; prácticamente todos los personajes de *LR* leen, incluso aquéllos que por su condición social se supone que no han tenido un acceso fácil a la educación, como, por ejemplo, Petra, la criada de Ana. Por el contrario en Zola es difícil encontrar lectores, de hecho sólo el abbé Mouret de entre los numerosísimos personajes de los *Rougon-Macquart*, realiza una lectura reflexiva sobre espiritualidad y filosofía; los otros lectores de la saga realizan tal actividad buscando una finalidad práctica (los médicos, los científicos, incluso los artistas) o de adoctrinamiento político (los líderes mineros o agrarios), es decir, la lectura en Zola va dirigida a la búsqueda de acción inmediata para solucionar problemas más en contacto con la realidad material.

2. La oración. Se destaca la plegaria individual frente a la colectiva. Esta es la práctica preferida de la persona verdaderamente religiosa (obispo Camoirán). Puede ser de dos tipos, la oración mecánica, mediante la repetición memorística de las plegarias tradicionales, o de creación mental, a modo de diálogo; los curas aconsejan a sus feligresas el cultivo de la primera sobre todo, la oración creativa puede resultar peligrosa al dar rienda suelta a una imaginación sensible que se puede desviar por caminos insospechados. La oración no sólo sirve en el proceso de búsqueda del éxtasis místico (Marthe y Serge Mouret, Ana Ozores) también es fórmula ascética disciplinaria tras la comisión del pecado (Ana Ozores) o única posibilidad de vida (Abbé Mouret). Otro variedad de a oración es el rezo supersticioso para asegurarse o pedir algo (Mère Fétu de *Une page*, los soldados de *La Debacle*). Evidentemente ni l'abbé Faujas ni De Pas rezan a solas nunca, pero el suyo, aunque por diferentes razones, no es un verdadero sacerdocio.

3. La caridad. Como virtud individual y secreta aparece en Zola más bien como filantropía solidaria (Hélène, Deberle, Pauline) o humanitarismo espiritual (Angelique, Félicien, l'abbé Jouve, obispo Camoirán). Pero la caridad recomendada por los curas a sus hijas espirituales es la institucionalizada, justo una de las prácticas por las que la Iglesia actúa en la sociedad

(Marthe Mouret, Ana Ozores). La beneficencia laica oficial tiene poco éxito al ser condenada por los círculos eclesiásticos que ven en ella una fuerte competidora en su afán de protagonismo y dominio social (Círculo de la Libre Hermandad de *LR*).

La competición por la conquista del poder es una guerra abierta, tan silenciosa como aniquiladora, y divide a los propios eclesiásticos. A veces se trata de luchas entre individuos que, en realidad, son las cabezas representativas de tendencias antagónicas tanto políticas como religiosas (la rivalidad entre l'abbé Fenil y l'abbé Faujas). En otras ocasiones se trata de un cura que lucha en solitario para alcanzar o mantenerse en el poder frente a un aspirante nuevo o un grupo de enemigos que hacen causa común la derrota de aquel, aunque sus aspiraciones sean diferentes e incluso contrarias (el Magistral contra el Cabildo y diferentes grupos de la sociedad vetustense). El caso de la rivalidad por amor es exclusivo de *LR*, se trata simplemente de una lucha de hombre a hombre en la que pierde el que ha renunciado a su virilidad por el sacerdocio. A pesar de todo el empeño puesto por los protagonistas en su afán de espiritualidad fracasan en el intento y se infringe la ley moral, normalmente coincidente con la moralidad oficial. Los infractores son castigados, o se autocastigan, pero en ambos casos se trata de un alejamiento del grupo del individuo caído, bien por el vacío que la misma sociedad hace, bien por el encierro en que voluntariamente se recluye el protagonista (Ana Ozores, abbé Mouret, abbé Caffin). El castigo no tiene que ser necesariamente eterno, existe la posibilidad de perdón, que unas veces es rechazada por el propio infractor (abbé Mouret) o no llega a conocimiento del mismo (perdón de Quintanar a Ana). Pero también están las faltas imperdonables; así, se puede disculpar el sexo, si no se ha llegado a un gran escándalo (abbé Caffin, marqués de Vegallana), pero no se perdona el haber faltado reiteradas veces al comportamiento impuesto por la moral del grupo (Ana Ozores).

Para exculpar de las faltas cometidas la Iglesia tiene su propio sistema secular a través de la confesión y el sacramento de la penitencia. La confesión es fundamental en la estructura de *LR*, que empieza prácticamente la historia en torno a la primera confesión de Ana con De Pas y que termina cuando la protagonista vuelve a la catedral buscando en don Fermín no el simple perdón sino la necesidad de reconfortarse de nuevo espiritualmente, aunque no lo consigue porque el Magistral no la perdona. La confesión tiene dos facetas principales, la del perdón pero también la del consejo, y esta es la que resalta Alas pues De Pas es el único cura que ha utilizado esta vertiente del sacramento con Ana. En Zola la confesión es básicamente consejo pero encauzado hacia la consecución de dominio (Faujas), garantizar el orden moral (abbé Mauduit), para lo cual tiene que estar también muy clara la baremación de las culpas con

objeto de que el infractor sepa a qué atenerse (Mme. Juzeur). A través de la confesión el cura controla a su feligresía y su prestigio aumenta según quienes sean sus hijas de confesión (Faujas, De Pas) o después de haber asistido a personajes oficialmente fuera de la Iglesia ( M. Vabre,don Pompeyo Guimarán).

Hay una tendencia tanto en Zola como en Alas a parodiar los sacramentos y las diferentes prácticas litúrgicas de la Iglesia. La parodia de la confesión la encontramos en la figura de Mesía, que hace hablar a sus amantes en los momentos íntimos y recibe infinidad de informaciones sorprendentes, don Álvaro, cuando llega a un cierto nivel en una relación, prohibe a su amante confesarse por saber el dominio que a través de esta actividad adquieren los curas sobre los penitentes.

Los restantes sacramentos se suceden en los *Rougon-Macquart* y en *LR*, principalmente como simbolización unas veces y como parodia en otras; el hecho de que no se haga mención a alguno responde en ocasiones al significado especial que su ausencia expresa. El hecho de que no haya referencias directas a la Confirmación y al Orden Sacerdotal se debe a la administración de la primera con el Bautismo o la Comunión; con respecto al segundo no se habla concretamente de la ceremonia, pero la cantidad de eclesiásticos que pululan por ambas obras hace innecesaria la alusión. De todas maneras lo que más destacan Zola y Clarín es la repercusión social de tales prácticas religiosas:

1. El Bautismo. En los Rougon- Macquart aparece claramente la conexión del sacramento por el que se entra a formar parte del mundo cristiano con el principio de alguna actividad o empresa. Es interesante que Zola dedica todo el capítulo V de *Son Excellence* a la ceremonia del bautizo del hijo de Napoleón III, como metáfora del nacimiento del nuevo régimen. Pero también el bautismo da garantías de seguridad al neófito (*La terre*, *L'Assommoir*, *La joie*, *L'oeuvre*) a través de la importancia de la elección de los padrinos, gente de un nivel social o económico superior o igual al de los padres. La ausencia de bautizos en *LR* creemos que es premeditada para señalar una sociedad estancada, sin futuro, sin embargo, en *Su unico hijo*, Clarín confiere un significado especial al bautismo del hijo de Bonifacio Reyes.
2. La Comunión. Se centra este sacramento en la Primera Comunión y en el mundo femenino, se señala la coincidencia de la ceremonia con la entrada en la adolescencia de las muchachas (*L'Assommoir*, *La Terre*). En *LR* cumple la misma función la descripción de la preparación del catecismo.
3. El Matrimonio. Se parodia en *L'Assommoir* por ser una de las prácticas que más

beneficios reportan a la Iglesia y cómo varía la ceremonia en función del dinero desembolsado; en *LR* también se hace referencia a este aspecto económico del sacramento. La metáfora mística del matrimonio que representa la unión de Cristo con la Iglesia es ridiculizada en *La faute* cuando l'abbé Mouret en una boda alude a esta unión espiritual, pero la gente se aburre del extenso sermón y no presta atención. Una parodia simbólica en *LR* es el sueño-pesadilla de Quintanar oficiando el matrimonio de Ana y don Álvaro rodeado de cuervos.

4. Las ceremonias de la muerte. Tanto el sacramento de la unción de los enfermos como los funerales y entierros tienen una finalidad eminentemente social, ha habido un desaparición total del sentido religioso y en torno a esta cuestión giran todos los fragmentos que la ilustran recogidos en el último capítulo del presente trabajo.

Además de los sacramentos hay una serie de prácticas religiosas trascendentales por su incidencia en la comunidad concreta que participa de ellas. La misa y las procesiones se convierten en las ceremonias más significativas, en algunos casos es frecuente que tanto Zola como Alas describan la ruptura del límite entre lo religioso y lo profano y se llega a una fusión con las características de una actividad colectiva popular.

Lo que acabamos de escribir demuestra hasta qué punto el tema del cura tiene repercusión en la sociedad que produjo las obras objeto de nuestro estudio, de la cual son reflejo, y hasta qué punto el fenómeno de la religiosidad así entendida da lugar a una moral hipócrita por parte del poder, cuestión denunciada por Zola y Alas.

## BIBLIOGRAFÍA PRIMARIA


ALAS, Leopoldo, *La Regenta*, ed. de Gonzalo Sobejano, Madrid, Clásicos Castalia, 1981.

_____ , ed. de Marino Baquero Goyanes, Madrid, Espasa-Calpe, 1985.

_____ , ed. de Juan Oleza, Madrid, Cátedra, 1994.

_____ , *Obras Selectas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1966.

_____ , *Cuentos*, Madrid, Taurus, 1970.

_____ , *Obra olvidada*, Madrid, Ediciones Júcar, 1973.

_____ ,"Traducción" y "Prólogo", en Émile Zola, *Trabajo. (Los Cuatro Evangelios)*, Barcelona, Taifa Literaria, 1985.

ZOLA, Émile, *La fortune des Rougon*, París, Fasquelle,1985.

_____ , *La curée*, París, Gallimard, 1981.

_____ , *Le ventre de Paris*, París, Gallimard, 1988.

_____ , *La conquête de Plassans*, París, 1990.

_____ , *La faute de l'ábbé Mouret*, París, Garnier-Flammarion, 1972.

_____ , *Son Excellance Eugène Rougon*, París, Gallimard, 1982.

_____ , *L'Assommoir*, París, Gallimard, 1978.

_____ , *Une page d'amour*, París, Fasquelle, 1983.

_____ , *Nana*, París, Le livre de poche, 1990.

_____ , *Pot-Bouille*, París, Gallimard, 1982.

_____ , *Au Bonheur des dames*, París, Gallimard, 1980.

_____ , *La joie*, París, Fasquelle, 1988.

_____ , *Germinal*, París, Gallimard, 1978.

_____ , *L'Oeuvre*, París, Gallimard, 1983.

_____ , *La Terre*, París, Gallimard, 1980.

_____ , *Le Rêve*, París, Gallimard, 1986.

_____ , *La bête humaine*, París, Gallimard, 1977.

_____ , *L'argent*, París, Fasquelle, 1982.

_____ , *La Débâcle*, París, Gallimard, 1984.

_____ , *Le docteur Pascal*, París, Garnier-Flammarion, 1975.

## BIBLIOGRAFÍA SECUNDARIA


ALARCOS LLORACH, Emilio, "Notas a La Regenta", en *Archivum*, II, 1952, págs. 141-160.

ÁLVAREZ, Carlos Luis, "Clarín va a Misa, en *Cuadernos del Norte*, Oviedo, nº 7, 1981, págs. 109-113.

ARBOLEYA MARTÍNEZ, Maximiliano, *El clero y la prensa*, Salamanca, 1908.

_____ , "Alma religiosa de Clarín: datos íntimos e inéditos", en *Revista Quincenal*, Barcelona, nº 61, 10-VII-1919. Recogido en Martínez Cachero (ed.), *LAC* (1978).

ARTOLA, M., *La burguesía revolucionaria*, Madrid, Alfaguara, 1973.

BAGULEY, David, *Bibliographie de la critique sur Émile Zola. 1864-1970*, University Of Toronto Press, 1976.

BAQUERO GOYANES, Mariano, (ed.) *L. A. "Clarín". La Regenta*, Madrid, Espasa-Calpe, 1985.

BECARUD, Jean, *"La Regenta" de Clarín y la Restauración*, Madrid, Taurus, 1965.

_____ , *De "La Regenta" al Opus Dei*, Madrid, Taurus, 1977.

BECKER, Colette, "Chronologie et introduction", en Émile Zola, *La faute de l'abbé Mouret*, París, Garnier-Flammarion, 1972.

BERGER, Yves, "Preface", en Émile Zola, *La joie de vivre*, París, Fasquelle, 1985.

BERTRAND JENNINGS, Chantal, *L'Eros et la femme chez Zola. De la chute au paradis retrouvé*. París, Klincksieck, 1977.

BESER, Sergio, *Leopoldo Alas, crítico literario*, Madrid, Gredos, 1968.

_____ , *Clarín y La Regenta*, Barcelona, 1982.

BLANCO GARCÍA, (Padre), *Historia de la literatura española en el siglo XIX*, Madrid, Sáenz de Jubera, 1891.

BLANQUAT, Jossette, "La sensibilité religieuse de Clarín. Reflets de Goethe et de Leopardi", en *Revue de Litterature Comparée*, París, XXXV, 1961, págs. 177-196.

BOBES, Carmen, "Significado y función de los personajes secundarios", en *Argumentos*, 63/64, 1984, págs. 22-27.

_____ , *Teoría general de la novela. Semiología de "La Regenta"*, Madrid, Gredos, 1985.

BONET, Laureano (ed.) "Introducción", en *Émile Zola: El naturalismo*, Barcelona, Península, 1972.

_____ , *De Galdós a Robbe-Grillet*, Madrid, Taurus, 1972.

_____ , *Literatura, regionalismo y lucha de clases: (Galdós, Pereda, Narcís Oller y Ramón D.Perés) por Laureano Bonet*, Barcelona: Universidad de Barcelona, 1983

BRENT, Albert, *Leopoldo Alas and La Regenta. A Study in Nineteenh Century Spanish Prose Fiction*, Columbia, Missouri, University of Missouri Studies, Vol XXIV, nº 2, 1951.

BRIAN, T. Avril, "Un estudio de la religión en La Regenta, en *Humanitas*, Nuevo León, nº15, 1974, págs. 435-444.

BROWN, Donald F., "Two Naturalistic versions of Genesis: Zola and Pardo Bazán, en *Modern Language Notes*, LII, 1937, págs. 243-248.

BULL, William, "The liberalism of Leopoldo Alas", en *Hispanic Review*, X, 1942, págs. 329-339.

CABEZAS, Juan Antonio, Clarín. El provinciano universal, Madrid, Espasa-Calpe, 1936.

CARENAS, Francisco, "¿Anticlericalismo en La Regenta de Clarín?", en *Norte*, X, 1969, págs. 1-7.

CAYUELA, Arturo María, "Efectivamente... (A propósito del centenario de "Clarín"), en *Cristiandad*, nºs. 201-202, 1952, págs. 302-303.

CLAVERÍA, Carlos, "Clarín y Renan", en *Cinco estudios de literatura española moderna*, Salamanca, 1945.

CLOCCHIATTI, Emilio, "Clarín y sus ideas sobre la novela", en *Revista de la Universidad de Oviedo*, LIII-LIV, 1948.

CUETO ALAS, Juan, "La cuarta persona del singular. El humor literario: dos ejemplos asturianos, en *El Urogallo*, 3, nº 16, 1972, págs. 83-90.

_____ , "La Regenta, la dictadora y la esfera espantosa, en *Triunfo*, XXXV, nº 11, 6ª época, 1981, págs. 8-12.

CHAMPSAUR, Baltasar, "Clarín y la enseñanza laica", en *Revista de España*, nº 137, 1891, págs. 291-306.

DAVIS, Gifford, "The critical Reception of Naturalism in Spain before La cuestion palpitante", en *Hispanic Review*, XXII, 1954, págs. 97-108.

DE LOS RÍOS, Laura, *Los cuentos de Clarín. Proyección de una vida*, Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid, 1965.

DELEUZE, Gilles, "Préface", en Émile Zola, *La Bête humaine*, París, Gallimard, 1969.

DENDLE, Brian J., *The Spanish Novel of Religious Thesis. 1876-1936*, Madrid, Castalia, 1968.

DEZALAY, Auguste, "Zola et le rêve", en *Travaux de linguistique et de litiérature*, VI, nº 2, 1968, págs. 177-189.

_____ , *L'Opéra des Rougon-Macquart*, París, Klincksieck, 1983.

_____ , "Préface, commentaires et notes", en Émile Zola, *La Fortune des Rougon*, París, Fasquelle, 1985.

DONNARD, Jean-Hervé, "Les Paysans et La Terre", en *L'Année balzacienne*, París, Garnier, 1975, págs. 125-142.

DUBY, Georges (dir), *Histoire de la France*, París, Larousse, 1987.

DUPUY, Aimé, "Le Second Empire vu et jugé par E. Zola", en *L'Information historique*, nº 2, 1953, págs. 50-57.

DURAND, Frank, "El crimen religioso y ético de Ana de Ozores", en *Los Cuadernos del Norte*, V, nº 23, 1984, págs. 19-24.

ESQUER TORRES, Ramón, "Las luchas del siglo XIX: El P. Blanco García y Leopoldo Alas "Clarín", en *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, nº 38, 1962, págs. 241-255.

FOUCART, Bruno, "Préface", en Émile Zola, *L'Oeuvre*, París, Gallimard, 1983.

FERMIGIER, André, "Préface", en Émile Zola, *Pot-Bouille*, París, Gallimard, 1982.

FRAZER, J.G., *La rama dorada. Magia y religión*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1981.

FUENTES, Víctor, "Los límites del Naturalismo de Clarín en La Regenta", en *Arbor*, III, nº 434, 1982, págs. 173-180.

GAILLARD, Jeanne, "Préface", en Émile Zola, *Au Bonheur des Dames*, París, Gallimard, 1980.

GARCÍA-POSADA, Miguel, "Clarín y la memoria", en Babelia, Suplemento semanal de *El País*, Octubre 1996.

GARCÍA PAVÓN, Francisco, "El problema religioso en la obra narrativa de Clarín, en *Archivum*, nº 5, 1955, págs. 319-349.

GARCÍA SARRIÁ, Francisco, *Clarín o la herejía amorosa*, Madrid, Gredos, 1975.

GIL DE MURO, Eduardo T., "El anticlericalismo de "Clarín", en *VI y VII Ciclo de Conferencias sobre Oviedo*, Oviedo, Gráficas Summa, 1973, págs. 101-118.

_____ , "Clarín, un cristiano en la balanza", en *Los Cuadernos del Norte*, 2, nº 7, Oviedo, 1981, págs. 114-119.

GIRARDET, Raoul, "Préface", en Émile Zola, *La Débâcle*, París, Gallimard, 1984.

GÓMEZ SANTOS, Marino, "La religiosidad de Leopoldo Alas. Dos cartas del Clarín íntimo, *Bolentín del Instituto de Estudios Asturianos*, 5, Oviedo, 1951, págs. 240-244.

_____ , *Leopoldo Alas, Clarín (Ensayo bibliográfico)*, Oviedo, 1952.

GONZÁLEZ LÓPEZ, "Entre el Naturalismo y el espiritualismo: Clarín", en *Historia de la Literatura Española, La E. Moderna (siglos XVIII y XIX) New York*, Las Américas, 1965, págs. 501-512.

GRAMBERG, Eduard J., *Fondo y forma del humorismo de Leopoldo Alas, "Clarín"*, Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos, 1958.

GRANT, Elliot, "The Bishop's Rôle in Zola's Le Rêve", en *The Romanic Rewiev*, nº 4, 1962, págs. 105-111.

GREAVES, A., "Mysticisme et pessimisme dans *La Faute de L'abbé Mouret*", en *Cahiers Naturalistes*, nº 36, 1968, págs. 148-155.

GROSS-CASTILLA, Amanda, "Lo que La Regenta debe a Émile Zola", en *Actas Congreso: Clarín, La Regenta y su tiempo*, Barcelona, 1984, págs. 505-515.

GUILLEMIN, Henri, *Présentation des Rougon-Macquart*, París, Gallimard, 1964.

_____ , "Preface", en Émile Zola, *Le ventre de Paris*, Paris, Gallimard, 1964..

GULLÓN, Germán, *El narrador en la novela española del siglo XIX*, Madrid, Taurus, 1976.

HAMON, Philippe, "Le personnage de l'abbé Mauduit dans Pot-Bouille: sources et thèmes, en *Les Cahiers Naturalistes*, nº 44, 1972, págs. 201-211.

HAUSER, Arnold, *Historia social de la literatura y el arte*, Madrid, Gaudarrama, 2 vols., 1964.

HEMMINGS, Ew. J., "Emilio Zola y la religión. A propósito de La Faute de L'Abbé Mouret". en *Europa*, 1983, págs. 129-135.

IFE, Barry W. "Idealism and Materialism in Clarin's La Regenta", en *Revue de Litterature Comparée*, XL, 1970, págs. 273-295.

KRAKOWSKI, Anna, *La Femme dans l'oeuvre d'Émile Zola*, París, Nizet, 1974.

KÜPPER, Werner, *Leopoldo Alas, Clarín, und der französische Naturalismus in Spanien*, Köln, 1958.

LANOUX, Armand, "Préface", en Émile Zola, *L'argent*, París, Fasquelle, 1982.

LASO PRIETO, José María, "La religión en La Regenta", en *Argumentos*, 8, nºs. 63-64, 1984, págs. 38-43.

LAUNAY (de), Marc B., "Préface",en Émile Zola, *La Conquête de Plassans*, París, Gallimard, 1990.

LISSORGES, Yvan, *Clarín político*, tomo I, Toulouse, Université de Toulouse-Le Mirail,1980.

_____ , *La pensée philosophique et religeuse de Leopoldo Alas (Clarín) 1875-1901*, París, Eds. du CNRS, 1983.

_____, "La autenticidad religiosa de Leopoldo Alas", en *Ínsula*, XXXIX, 451, 1984.

LÓPEZ JIMÉNEZ, Luis, *El Naturalismo y España*, Madrid, Alhambra, 1977.

_____, "Personajes de Zola recreados por "Clarín", en *Actas Congreso: Clarín, La Regenta y su tiempo*, Barcelona, 1984, págs. 537-547.

LÓPEZ SANZ, Mariano, "Puntualizaciones en torno al naturalismo literario español", en *Cuadernos Americanos*, 37, nº 216, págs. 210-213 y 218-220.

MARESCA, Mariano, *Hipótesis sobre Clarín. El pensamiento Crítico del Reformismo español*, Granada, Diputación Provincial de Granada, 1985.

MARTÍNEZ CACHERO, José María, *Leopoldo Alas "Clarín"*, Madrid, Taurus, 1978.

_____, *Las palabras y los días de Leopoldo Alas (Miscelánea de Estudios sobre "Clarín")*, Oviedo, Imprenta La Cruz, 1984.

MARTÍNEZ TORRÓN, Diego, "El naturalismo de La Regenta", en *Cuadernos Hispano Americanos*, nº 380, 1982, págs. 257-297.

MIRANDA GARCÍA, Soledad, *Religión y Clero en la gran novela española del siglo XIX*, Madrid, Pegaso, 1982.

MIRAVALLES RODRÍGUEZ, Luis, "¿El Magistral de La Regenta, personaje real o inventado? Paralelismos entre Fermín de Pas y José María de Cos y Macho", en *Actas Congreso 1984: Clarín, La Regenta y su tiempo*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1984, 649- 660.

MITTERAND, Henri, *Zola journaliste. De l'affaire Manet à l'affaire Dreyfus*, Paris, A. Colin, 1962.

_____, "Le regard d'Émile Zola", en *Europa*, 4-5, 1968, págs. 394-399.

_____, "Dossier", en Émile Zola. Le ventre de Paris, Paris, Gallimard,1979.

_____, "Préface", en Émile Zola, *Le Rêve*, Paris, Gallimard, 1986.

MUNDI PEDRET, Francisco, "Los estamentos eclesiásticos en tiempo de "Clarín"", en *Actas Congreso 1984: Clarín, La Regenta y su tiempo*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1984, págs. 707-722.

MUSUMECI, Antonino, "Tasso, Zola and the Vicisitudes of Pastoralism", en *Nineteenth-Century French Studies*, IV, 1976, págs. 344-360.

NELSON, Brian, "Pot-Bouille, étude sociale et roman comique", en *Les Cahiers Naturalistes*, nº 55, 1981, págs. 74-92.

NIMETZ, Michael, "Eros and Eclessia in Clarin's Vetusta", en *Modern Language Notes*, 86, nº2, 1971, págs. 242-253.

OLEZA, Juan, (ed.) Leopoldo Alas "Clarín" *La Regenta*, Madrid, Cátedra, 2 vols., 1994.

ONTAÑÓN DE LOPE, Paciencia, "Las "Novelas de cura" de Zola en la Literatura Española", México, en *Anuario de las Letras*, 1981, págs. 199-233.

ORTEGA, José, "Don Fermín de Pas: Un estudio de Superbia et concuspiscentia catholicis". en *Revista de Estudios Hispánicos*, IX, 1975, págs. 323-342.

PALLS, Byron P., "El naturalismo de La Regenta, en *Nueva Revista Filología Hispánica*, nº 21, 1972, págs. 23-39.

PATTISON, Walter T., *El naturalismo español. Historia externa de un movimiento literario*, Madrid, Gredos, 1965.

PEÑA, Vidal, "Algunas retóricas de "La Regenta"", en *Los Cuadernos del Norte*, nº7, 1981, págs. 36-42.

PÉREZ DE AYALA, Ramón, "Prólogo: "Clarín y don Leopoldo Alas", en *Leopoldo Alas, "Clarín". Cuentos. Supercheria. Cuervo. Doña Berta*, Madrid, Taurus, 1970.

PÉREZ DE LA DEHESA, Rafael, "Zola y la literatura española finisecular", en *Hispanic Review*, nº 39, 1971, págs. 49-60.

PÉREZ GUTIÉRREZ, Francisco, *El problema religioso en la generación de 1968*, Madrid, Taurus, 1975.

PLACE, David, "Zola and the Working Class: The meaning of L'Assommoir", en *French Studies*, 1, 1974, págs. 41-60.

POSADA, Adolfo, *Leopoldo Alas "Clarín"*. Oviedo, Imprenta La Cruz, 1946.

PROAÑO, Franklin, "Ascesis y misticismo en Ana Ozores", en *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, XXVI, 1972, págs. 765-782.

RAMOS-GASCÓN, Antonio, "Selección e Introducción", en *Clarín. Obra olvidada*, Madrid, Ediciones Júcar, 1973.

REDONDO, Gonzalo, *Historia de la Iglesia, La Iglesia en la Edad Contemporánea*, vol. III, Madrid, Ediciones Palabra, 1985.

RICHARDSON, Joanna, *Zola*, Londres, Winenfeld and Nicolson, 1978.

RIPOLL, Roger,"La vie aixoise dans Les Rougon-Macquart", en *Les Cahiers Naturalistes*, nº 43, 1972, págs. 39-54.

_____ ,"L'histoire du Second Empire dans La Curée", en *Revue d'Histoire moderne et contemporaine*, 1-3,1974, págs. 46-57.

RUTHEFORD, John, *Leopoldo Alas: La Regenta*, Londres, Grant and Cuttler, Tamesis Books, 1974.

_____ , "Introducción a La Regenta", en *Los Cuadernos del Norte*, V, nº 23, 1984, págs. 40-47.

SEGRE, Cesare, *Principios de análisis del texto literario*, Barcelona, Crítica, 1985.

SERRES, Michel, "Discours et parcours. Émile Zola: *L'Assommoir*", en *Critique*, 4, 1975. págs. 365-378.

SERRANO PONCELA, Segundo, "Un estudio de La Regenta", *Papeles de Son Armadans*, XLIV, 1967, 19-50.

SOBEJANO, Gonzalo, (ed.) *Leopoldo Alas: La Regenta*, Madrid, Castalia, 2 vols, 1981.

_____ , "Clarín y el sentimiento de la Virgen", en *Aufstieg und Krise der Vernunft*, Viena, H. Böhlaus, 1984, págs. 157-172.

_____ , *Clarín en su obra ejemplar*, Madrid, Castalia, 1985.

TUÑÓN DE LARA, Manuel (Dir.), *Historia de España VIII. Revolución burguesa, oligarquía y constitucionalismo*, Barcelona, Lábor, 1993. 2ª edic.

VALIS, Noël Maureen, "The Landscape of the Soul in Clarín and Baudelaire", en *Revue de Littérature Comparée*, LIV, 1980, págs. 17-31.

_____ ,"Leopoldo Alas y Zola: paralelismos y divergencias temáticos", en *Anuario de Letras*, nº 17, 1979, págs. 327-35.

_____ , *The Decadent Vision in L.A., A Study of "La Regenta" and "Su único hijo"*, Louisiana State University Press, Baton Rouge and London, 1981.

VARELA JACOME, Benito, *Estructuras novelísticas del siglo XIX*, Gerona, Hijos de José Bosh, 1974.

_____ , *Leopoldo Alas "Clarín"*, Madrid, Edaf, 1980.

VENTURA AGUDÍEZ, Juan, *Inspiración y Estética en La Regenta de "Clarín"*, Oviedo, Imprenta La Cruz,1970.

VIAL, André-Marc, *Germinal et le socialisme de Zola*, Paris, Éditions Sociales, 1975.

VILANOVA, Antonio, "La Regenta de "Clarín" entre la ley natural y el deber moral". Vol. Clarín y La Regenta en su tiempo, en *Actas del Simposio Internacional*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1984, págs. 353-383).

_____ , (ed.) "Clarín" y su obra, Barcelona, *Actas Simposio Internacional*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1985.

VILLA PASTUR, Jesús, "La novela en la generación del 68 y el P. Blanco García", *Archivum*, nº 2, 1952, págs. 303-311.

VILLACORTA BAÑOS, Francisco, *Culturas y mentalidades en el siglo XIX*, Madrid, Editorial Síntesis, 1993.

WEBER, Francis W., "The dynamics of motif in Leopoldo Alas's La Regenta", en *The Romanic Review*, LVII, 3, 1966a, págs. 188-199.

_____ , "Ideology and religious Parody in the novels of Leopoldo Alas", en *Bulletin of Hispanic Studies*, XLIII, págs.1966b, 197-208.

WILSON, Angus, Émile Zola: *An Introductory Study of his novels*. Londres, Heinemann, 1965.

_____ , *The naugty nineties*, Londres, Eyre Méchuen, 1976.

WURMSER, André, "Préface", en Émile Zola, *Germinal*, París, Gallimard, 1978.

# ÍNDICE


INTRODUCCIÓN ..... 1

CAPÍTULO I. ZOLA Y CLARÍN. SUS OBRAS. ..... 9

- Émile Zola: Notas sobre su biografía intelectual ..... 9
- Leopoldo Alas: Notas sobre su biografía intelectual ..... 15
- *Los Rougon-Macquart* ..... 20
  - *La Fortune des Rougon* ..... 20
  - *La Curée* ..... 23
  - *Le Ventre de Paris* ..... 27
  - *La Conquête de Plassans* ..... 29
  - *La faute de l'abbé Mouret* ..... 34
  - *Son Excellence Eugène Rougon* ..... 39
  - *L'Assommoir* ..... 41
  - *Une page d'amour* ..... 44
  - *Nana* ..... 46
  - *Pot-Bouille* ..... 48
  - *Au Bonheur des Dames* ..... 50
  - *La joie de vivre* ..... 51
  - *Germinal* ..... 54
  - *L'oeuvre* ..... 56
  - *La terre* ..... 57
  - *Le rêve* ..... 60
  - *La bête humaine* ..... 63
  - *L'argent* ..... 65
  - *La débâcle* ..... 66
  - *Le Docteur Pascal* ..... 68
- *La Regenta* ..... 70

CAPÍTULO II. SOCIEDAD E IGLESIA EN EL SIGLO XIX. ..... 74

- Antecedentes en Francia: Sociedad e Iglesia hasta el Segundo Imperio ..... 75
- España: Sociedad e Iglesia hasta La Restauración ..... 77

- Paralelismos entre Francia y España ..... 79

CAPÍTULO III. SOCIEDAD E IGLESIA: EL SEGUNDO IMPERIO Y LA RESTAURACIÓN. ..... 81
- Instituciones sociales y moralidad ..... 81
- La actividad de los agentes eclesiásticos en las relaciones de sociedad ..... 89
- La intervención en el poder como objetivo de la Iglesia ..... 96
- El dominio temporal de la Iglesia ..... 99
- Las órdenes religiosas y las sectas ..... 102

CAPÍTULO IV. LA RELIGIÓN Y EL INTELECTUAL. ..... 106
- Los casos de Alas y Zola ..... 106
- Ateos, agnósticos y anticlericales ..... 115

CAPÍTULO V. LOS HOMBRES DE LA IGLESIA. ..... 135
- Breve relación y descripción de personajes eclesiásticos ..... 135
- Funciones ..... 143

1. El sanador ..... 144
2. El hombre sabio, el consejero ..... 146
3. El mediador ..... 148
4. El consolador ..... 149
5. El buen amigo ..... 150
6. Cura rico. Cura pobre ..... 153

- Aspecto, aparicencia: las descripciones ..... 159
- La sotana ..... 166

CAPÍTULO VI. LAS MUJERES Y LA IGLESIA. ..... 171
- La mujer fuerte ..... 173
- La madre del cura ..... 174
1. Madre acaparadora ..... 175
2. Madre amantísima ..... 177
3. Madre indiferente ..... 178
- La enamorada ..... 180

1. El objeto utilizado ..... 180
2. El objeto amado ..... 181
3. El objeto inmolado ..... 182
- Colectivos femeninos ..... 184
1. Las beatas ..... 187
2. Las criadas ..... 191
3. Las prostitutas ..... 199
4. Las monjas ..... 200
- La misoginia ..... 205

CAPÍTULO VII. IGLESIA Y EDUCACIÓN. ..... 209
- El Seminario ..... 211
- El Pensionado: La educación femenina ..... 227
- La madre como educadora ..... 244

CAPÍTULO VIII. EL AMOR Y LA MÍSTICA ..... 246
A) El Amor ..... 246
- La religión en el amor. El amor en la religión ..... 246
- El éxtasis místico ..... 265
- El amor profano ..... 269
- El sexo. La virginidad. El celibato ..... 272
- La tentación ..... 281
- El amor morboso ..... 284
B) Los medios y caminos para la vida de piedad ..... 286
- La lectura ..... 287
- La oración ..... 293
- La caridad. La limosna ..... 301

CAPÍTULO IX. EL AMOR Y EL PODER. ..... 307
- La rivalidad en el amor ..... 307
- La rivalidad en el poder ..... 314

CAPÍTULO X. EL SENTIMIENTO DE LA CULPA. EL PERDÓN Y LO IMPERDONABLE ..... 330

- La culpabilidad ..... 330
- El perdón. Lo imperdonable ..... 335
- La confesión ..... 340

CAPÍTULO XI. LA LITURGIA Y LAS CEREMONIAS. ..... 349
A) Los sacramentos ..... 349
- El bautismo ..... 350
- La comunión ..... 354
- El matrimonio ..... 358
- Los ritos de la muerte ..... 363
B) Las ceremonias ..... 371
- Las misas ..... 371
- Las procesiones ..... 377
- El Mes de María ..... 382
- Las bendiciones ..... 384

CONCLUSIONES. ..... 388

BIBLIOGRAFÍA. ..... 401